



Ángeles
y
Luciérnagas

JUNIOR PÉREZ
LAGOMBRA



Ángeles
y
Luciérnagas

JUNIOR PÉREZ
LAGOMBRA

Ángeles y Luciérnagas

Junior Pérez Lagombra

Copyright © 2019 Junior Pérez Lagombra
Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-9945-8-0573-4

Ninguna parte de este libro puede ser reproducido, almacenado en un sistema o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso consentimiento del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, eventos, circunstancias e incidentes de esta novela son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivos o muertos, o eventos reales es pura coincidencia.

A Dios y a mi familia.

CONTENIDO

Sinopsis

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

Sinopsis

Una inesperada tragedia ha derrumbado los cimientos de la familia Robles. En un intento de recuperar, por lo menos, una parte de su única hija, y con las esperanzas de escribir un nuevo capítulo en sus vidas, un pequeño pueblo pintoresco se ha convertido en su nuevo hogar temporal. Camila deberá luchar contra sí misma para salir del limbo en que se encuentra, donde la culpa y el constante recuerdo de su pasado no le permite abrirse a lo único que la libraría de las cadenas que la atan .

Capítulo I

El silencio de la noche

El crujir de las hojas secas, tras las pisadas, fueron más acentuadas al internarse en la espesa floresta. Estaban todas ellas allí, tiradas sobre el suelo pareciendo tener el cuidado de protegerlo. Sin ningún orden, solo amontonadas en el mismo trayecto, dibujado por el constante pisar y donde la hierba ha renegado germinar. En ocasiones caían como lluvias, empujadas por soplos de brisas, en otras, eran abortadas, desprendiéndose sin querer seguir sosteniéndose de las ramas que las amamantaban. Hojarasca que había perdido el esplendor del verde que le enaltecía. Un camino que punteaba ir a algún lugar, pero sin dirección, apenas una marca, un rasguño sobre un cansado suelo que los árboles custodiaban con recelo bajo el resguardo de sus sombras.

Sus colores dorados con sus acentuaciones cafés expresaban el desprecio del rechazo, pero que de alguna manera embellecían su recorrido, permitiendo expresar tenues sonrisas al sentir la agradable sensación de las caricias de las brisas que osaban tocar su húmedo semblante. En cada paso, las gotas de su cansancio brincaban de su cuerpo y tras saltar al vacío eran atraídas con tanto ímpetu que, al impactar sobre las hojas, olvidaban humedecerlas. Otras, solo levantaban un leve polvillo y los surcos que abrían eran imperceptibles. Esquivaba las ramas que al extenderse se posaban sobre el trayecto y los trozos de árboles secos que yacían en tierra, al interponerse, con un brinco calculado, los saltaba. Corría a un ritmo suave, haciendo un compás armónico entre los latidos de su corazón y los pequeños sorbos de aire con los que se entretenían sus pulmones en cada pisada. Los árboles emergían robustos y acoplados entre ellos, apenas dejando pasar escasos rayos tibios de luces entre sus ramas, recreando una sensación de soledad en el reflejo de sus sombras.

Vestía largos pantalones negros adheridos a su cuerpo, zapatos deportivos, una franela color ladrillo que dejaba ver los hombros y en su cabeza una cinta blanca que impedían al sudor llegar a su rostro. Apasionada por el correr,

retaba a su propio cuerpo aun cuando sus energías se agotaban. Lo hacía con tanto entusiasmo que disfrutaba hacerlo en el momento en que la luz y la oscuridad coqueteaban en el tiempo y sus tonalidades se conjugaban en una única armonía. Escogía los atardeceres dibujados con pinceladas de rojo carmesí y anaranjado, como entrada al grisáceo que serviría de preludeo a la oscuridad. Se sumergía en pacífica quietud entre los árboles, atravesando trayectos cada vez más angosto hasta confundirse entre el mismo aroma que como perfume expelía el ambiente. Disfrutaba observar el cielo vestirse de la majestuosidad de los colores y ver desaparecer la tonalidad verdosa al apagarse la luz.

Los reflejos de luces que lograban traspasar las barreras de las ramas y las hojas, les golpeaban mientras calentaban su piel haciéndola humedecer. Solo corría, con pisadas firmes en aquellos relieves inclinados y curvilíneos, adornados con algunas piedras mientras se disponía a ascender la colina que eligió como meta. El espanto de las aves que saltaban al vuelo, inquietas tras su inesperada presencia, se elevaban despavoridas, unas calladas, otras con su peculiar chirrido, grito de prevención, agitaban alocadamente sus alas, huyendo a otros destinos.

Era lo más alto, se sintió como gaviota libre al aire con sus alas extendidas y girando en círculo. Apreció el más hermoso paisaje entre la luz que sobrevolaba por encima y la apariencia grisácea de la sombra que se apoderaba del valle. La oscuridad le comenzaba a sorprender y el tiempo indicaba la hora de retorno, a pesar de agotar las fuerzas de sus piernas ya cansadas, reinventaba sus energías después de lograr alcanzar la meta de su recorrido. Era la colina más alta que se lograba alcanzar a través de una frondosa foresta y que emergía sobre el valle donde se levantaba la solitaria casa, rodeada de pastos verdes y margaritas, a unos minutos a las afueras del pueblo. La casa alejada del bullicio de la vida de mercaderes y transeúntes en su afán de dar continuidad a su existencia emergía entre el verdor del valle y el silencio de la soledad.

Logró detectar la presencia de un vehículo blanco en frente de la casa y sabiendo que no esperaban visita, un sobresalto se apoderó de ella, e inmediatamente, antes que sus propios instintos reaccionaran emprendió el

regreso. Esta vez, sus pasos llevaban prisa, quería volar, sentía esa urgente necesidad. Podía escuchar como sus pisadas retumbaban contra el suelo y el eco se apropiaba de sus golpes. Descendiendo, por momentos miró hacia atrás, luego a los lados, percibiendo la respiración de quien le acompañaba.

Creía, quizás por esos instantes de temor que ofrece la soledad, que en su retorno sentía la presencia de algún acompañante. El espesor de los árboles acentuaba más la falta de luz. Bajaba el declive de la colina de forma ladeada, resbalando en ocasiones, pero recuperaba su equilibrio rápidamente y con su impulso retornaba al ritmo de su agitada marcha, apurando el paso hasta lograr llegar a la superficie más plana. Al descender la colina y dejando atrás la espesa foresta, se dirigió a la hermosa llanura de pasto verde, con algunos ligeros relieves curvilíneos, como olas encadenadas unas tras otras, en donde estaba ubicada la casa que ocupaba. Continuaba corriendo, desesperada, ansiaba afanosamente llegar.

Próximo a la casa, redujo su ritmo, detuvo su marcha y encorvada, apoyándose con sus manos sobre las rodillas, inhalaba cuanto podía, sin perder de vista a la camioneta que mantenía el motor en marcha. Las luces traseras mostraban la borrosidad añejada y las delanteras iluminaban algún lugar del camino, su destello no reflejaba visibilidad. Luego, caminó apresurada y se detuvo, ya frente al portal de entrada. La incertidumbre se apoderó de ella y un extraño escalofrío sintió por todo su cuerpo. Avanzó tímidamente al mismo tiempo que dos hombres uniformados, uno más joven que el otro, salían de la casa, haciendo un triste gesto de saludo al marcharse. Un extraño gesto cargado de súplica tal cual el color grisáceo de sus uniformes. Cruzaron miradas haciendo contacto visual. Miradas que llevaban un mensaje que no deseaba descodificar. Ella marcó unos pasos hacia atrás, cediendo espacio innecesario, para que ellos encontraran sin obstáculo su camino. Sus frías miradas no encontraban estorbo más penetraron sus propias pupilas intensamente. Abordaron la camioneta y aceleraron tan fuerte que ni siquiera el polvo de la calle se preocupó en levantarse, las aves que descansaban alrededor del camino continuaron sus siestas, y se perdieron de su vista al doblar la curva sin hacer un ruido que llamara la atención.

Mirando hacia el lugar que partieron, permaneció con su vista distraída,

mientras calmaba su respiración y rápidamente, como volviendo en sí, subió los escalones de la galería, se asomó a la puerta y observó a escondidas hacia el interior, para que no notaran su presencia. Luego, mirando hacia los alrededores, tomando suficiente aire y relajando sus nervios, penetró a la casa y siguió sin detenerse hacia su habitación ante la vista de sorpresa de sus padres que permanecieron atónitos y mirándose entre sí.

—Te he dicho que no quiero que vengan por aquí, aquí no —indicó visiblemente disgustada sin dirigirle la mirada una vez cerró la puerta.

—«*Que puedo hacer, así lo he hecho, pero...*»

—Y con ese ridículo traje. Tienes que ser más fuerte con ellos —acentuó enérgicamente sin levantar la voz.

—«*Ten calma*».

—Como si uno les debiera algún favor. Casi no los soporto —Tirando al suelo bruscamente la vestimenta mientras se desnudaba.

—«*¿Qué haces?*»

—¿Estás ciega? Voy a darme un baño.

—«*Pudiste desvestirte dentro, ¿no crees?*»

—No seas ridícula, solo estamos tú y yo, déjate de esa arcaica mentalidad.

—«*Solo quieren que les des la oportunidad de escucharlos, al menos muestran educación, ¿no lo crees?*»

Cerró la puerta del baño tan fuerte como pudo e inmediatamente abrió el grifo de la ducha para que el sonido ahogara las palabras que le dirigían. Dejó caer sobre su cuerpo toda el agua que podía, como si estuviera sumergida en el fondo de un lago. Momentos después, salió del baño y se vistió, se acercó a la sala y observó con malas ganas la cena que le esperaba sobre la mesa de la cocina. Al plato le hacían compañía un vaso con agua y una píldora de color azul, que odiaba terriblemente ingerir. Sus padres, sentados uno en cada extremo de la mesa, esperaban por ella, haciendo su mejor esfuerzo para sonreír. Tomó el lugar entre ellos, y sosteniendo el tenedor, contra la voluntad de su estómago, empezó a ingerir los alimentos que masticaba sin ningún deseo de consumir, sintiendo la obligación de tragarlos con cada esfuerzo de su garganta.

Al levantarse de la mesa, miró por encima de sus padres hacia la puerta de

su habitación, que se movía sobre las bisagras e ignorándola, tomó el vaso con agua y vertió el líquido en el lavaplatos. Abrió el refrigerador y alcanzó un recipiente que contenía jugo de naranja con el que ingirió la píldora, mostrando gestos de desagrado y repugnancia al tragar.

— ¿Cómo estuvieron los ejercicios? ¿Qué tal el recorrido? —inquirió su madre, percibiendo su mirada hacia la puerta.

—Bien —respondió con sequedad e incomodidad, volviendo a tomar otro vaso de jugo.

—Los alimentos sólidos son tan necesarios como...

— ¡Por Dios padre!, ya tengo diecisiete —interrumpió descortésmente, moviendo los ojos hacia arriba.

—Solo tratamos de...

—Ayudar... Se han vuelto tan predecibles.

Se expresó con enojo y dirigiéndose hacia su habitación con pasos rápidos, entró en ella, pero esta vez dejó la puerta entreabierta, meciéndose sobre sí misma. Mientras que sus padres hicieron silencio, ahorraron las miradas, solo atinaron a terminar su cena y levantarse de la mesa. Las palabras sobraban entre ellos, y el consejo que seguían era simplemente esperar.

Todo indicaba que sería una noche interminable y contar las estrellas era un oficio que les consumía el tiempo sin ningún resultado. Sentándose en la galería del frente, separados por una pequeña mesa adornada con una taza de té, permitían a sus miradas perderse en el negro infinito, mientras que el aroma del té de manzanilla los acompañaba. Narraban entre ellos las mejores anécdotas que la nostalgia les permitía recordar. Ella había cubierto su cuerpo con una manta, para contrarrestar la brisa fría que descendía de las colinas circundantes, y él, solo llevaba consigo su gorra de afición deportiva. Se maravillaban con los cientos de luciérnagas que salían de entre los árboles a ejecutar sus espectáculos, parecían danzar al sonido de los chirridos de las aves nocturnas. Unas apenas un punto luminoso, otras dejaban apreciar mejor su diminuta figura. Junto con el viento, se lograba escuchar el canto de algún búho en plena faena, buscando calmar sus ansias. Y luego, ese nefasto sonido de la batalla por la vida en donde quien es víctima se convierte en el festín del cazador.

Acurrucada hasta los pies, deseaba fervientemente que la noche fuera tan efímera como pudiera y su desvelo solo fuera un desacierto del tiempo en la oscuridad. Momentos después, el sonido de unos pasos, los obligaron a mirar hacia la puerta. Camila, quien llevaba un abrigo puesto, se acercaba a ellos cruzando los brazos contra sí misma. Tomó lugar sobre el piso de madera, a los pies de su madre y recostó su cabeza sobre el asiento que ocupaba, dejando perder su mirada tan lejos como pudo. Sintió sobre sus cabellos rizados el suave roce de la delicada mano de su madre, quien la acariciaba una y otra vez. Camila, señaló hacia el lugar desde donde sus oídos percibieron el sonido.

—Es un búho —afirmó su padre.

Reaccionó con repugnancia, encogiendo los hombros cuando un grito seco represento la pérdida inevitable de una vida durante la batalla entre especies. Llevó sus manos a la boca y observó a su padre que, asintiendo con la cabeza, le corroboraba lo ineludibles que eran las batallas de sobrevivencia. Sin embargo, las luciérnagas frente a ellos les robaron unas llamativas sonrisas que contagió a su madre y reflejó cierto sosiego en el semblante de su padre. Camila se levantó y corrió a rodearse de las pequeñas luces que danzaban en el aire, abriendo sus brazos como alas extendidas de ave queriendo flotar en los cielos. Iba tras ellas y sus carcajadas armonizaban con el baile de los pequeños insectos, que con sus movimientos dibujaban elegantes trazos que hasta la imaginación misma podría sorprenderse con su espontaneidad.

Diana se levantó de su asiento e ignorando el rostro de asombro de su esposo, se acercó a Camila y ella al ver a su madre acercársele, intentando bailar, carcajeó estrepitosamente y abriendo sus brazos corrió a su alrededor como un aeroplano. Ambas, se mezclaron entre las pequeñas luces saltarinas como inocentes niñas juguetonas. Así hicieron de la noche un ambiente más feliz y alegre. Se imaginaron flotar en el universo, confundirse con los titilares de las estrellas y navegar entre los destellos que las hacía resplandecer. Al tomarse de las manos persiguieron las luces que, al ser tantas sus irradiaciones, iluminaban y doblegaban la oscuridad de la noche que, cediendo, se apartaba entregando su espacio.

— ¡Están locas! Pequeñas traviesas.

Expresó el señor Andrés sin poder ocultar la felicidad de verle disfrutar aquella noche. Ellas, haciendo señas con las manos lo invitaban, más él hacía caso omiso mientras disfrutaba de su té de manzanilla. Totalmente desafinadas, cantaban trozos de canciones, gritaban a todo pulmón entre risas y carcajadas, agarradas de las manos y girando entre sí. De repente, Camila cambió su semblante al percibir tras la ventana de su habitación a quien veía saltar sobre la cama. Ella cantaba mientras le dirigía una pícara sonrisa que la invitaba a jugar. Diana, se percató de aquel cambio repentino y trató de incentivarla a continuar su juego de infantas. Procuero rápidamente por cambiar de lugar para que quedara oculta aquella escena que parecía controlar a su hija. Sus miradas se buscaban, como si fuera la fuerza de un imán, persistía tanto que sus movimientos comenzaron a desequilibrarse.

El cansancio pudo más que el deseo de Diana de continuar jugando entre las luciérnagas junto a su hija, por lo que se vio obligada a tomar un descanso.

—Ya no eres una adolescente, mujer.

—Muy cierto, tienes toda la razón —dijo con voz entrecortada, haciendo el esfuerzo para recuperar el aliento perdido.

—Vas a necesitar un ungüento para los dolores que brotaran al enfriarse tu cuerpo.

—Espero que me puedas ayudar con eso.

Camila escuchaba distraída mientras que la alegría que hace poco reflejaba en su rostro se esfumaba, desvaneciéndose junto al ánimo que manifestó cuando jugaba con su madre. No se detuvo a compartir lo que restaba de la noche con sus padres, sino que, sin despedirse, continuó al interior de la casa hasta su habitación. La tristeza y las preocupaciones emergieron de inmediato en sus padres. Apenas pudieron seguirla con sus miradas mientras se alejaba de ellos. En esos momentos comprendieron qué tan larga les sería la noche, cuántas frazadas serían necesarias para cubrirlos del frío que traían las brisas al descender de las colinas, haciendo rugir los árboles como animales salvajes negándose a perder su libertad, como sedentario en un corral aborrecido por el aburrimiento.

Desde la distancia, solo eran luces brillando en la oscuridad La casa era un destello en medio de la oscuridad de la noche, rodeada de colinas que protegían el valle donde se levantaba. Habitaban en un lugar solitario, en las afueras del pueblo, en compañía del verdor del valle y el polvo que recordaba el camino. El bosque próximo a ellos, dejaba escapar los cantos de vida y los gemidos que ponían fin a ella. El silencio permitía reproducir de entre la frondosidad de los árboles sonidos que el viento llevaba consigo en un viaje para que el olvido los sepultara lejos.

La noche avanzaba, a pesar de aparentar estar estancada, la cual se convertiría en la madrugada que pronto festejaría las distintas tonalidades del crepúsculo. Sería una noche más, que luchaba por ocupar un lugar entre el polvo de la historia para no quedar olvidada, con intensos deseos de apresurar el paso del tiempo, donde el temor de que lo oculto se revelaría, infundiendo un pavor escalofriante. El destino mostró por un momento la felicidad efímera de un horizonte inalcanzable. La esperanza tocó el corazón de Diana, no así el del señor Andrés, quien mantuvo activo su discreta mirada como vigilante celoso. Moviendo sus ojos entre los extremos de su fondo blanco con la velocidad de una estrella fugaz. Aparentó dormir, sin querer engañarse mientras que sus oídos no podían evitar escuchar voces tan cerca como lo estaba su almohada, pero tan confusa que no podía distinguir las palabras que se murmuraban.

Ignoró toda la noche los sollozos de su esposa hasta que el sueño la venció y entre la amarga tristeza, rendida, su cuerpo durmió profundamente ahogada en su propio mar de lágrimas. Por momentos, parecía ser una estancia infantil y en otros, velada de adolescentes compartiendo las ilusiones de sus sueños. Pero al final, los párpados comenzaron a perder su fortaleza y vencidos, intentaban contra su voluntad cubrir unos ojos cansados. Cayó vencido sobre la cama intentando entre sobresaltos no rendirse, pero su cuerpo como piedra pesada, inmóvil, fervientemente renuente dejó a un lado el desvelo que le inquietaba.

El silencio de la noche era interrumpido en ocasiones por sonidos que el viento negaba compartir, pero mitigaban su ignorada presencia. La oscuridad

se hacía espesa cuando las luciérnagas, llevándose sus luces, desearon esconderse y apagando su brillantez ocultaron sus encantos. La casa lucía como una estrella batallando en su soledad, pretendiendo llamar la atención con su resplandecer en medio de la nada, como si navegara perdida, rodeada de aguas que aparentaban ser mansas, casi inertes. La calma era escalofriante y el mismo silencio insoportable, tanto que, nada se dejaba escuchar y todos, cerrando sus ojos, decidieron esconderse en sus lugares favoritos.

La luz salía a través de la ventana, esquivando las cortinas en su camino, logrando extenderse hasta evaporarse en la distancia en una mísera borrosidad que poco a poco perdía la batalla ante la oscuridad que la absorbía. Aparentaba ser un faro en una de bahía perdida, intentando afanosamente lidiar en su escondite, llamando la atención de alguna embarcación que no se asomaba a la vista. Era solo una luz blanca, pálida, sin vida, que ni siquiera ofrecía un atractivo encanto para los insectos merodearlas. No había en ella nada de atrevido, solo interrumpía el espacio en que la noche se engalanaba con su oscuridad, perturbando los sentidos y ahuyentando a todos a su alrededor.

Fue una noche larga y serena, donde el miedo engalanó el ánimo del señor Andrés mientras que los sueños de Diana naufragaban en las serenas y calmadas aguas de la orilla. El valle pretendía dormir, cautivado por el silencio que, por momentos, le arrebatan los sonidos que emergían de entre las floretas llenos de vida que con sus armonías buscaban ocupar los instantes para los cuales fueron paridos. La brisa negándose a moverse, fue atrapada por una ligera llovizna humedeciendo las hojas de los árboles. Pero más tarde, en algún momento, todo dormitó, hasta el silencio mismo durmió de su cansancio que le agobiaba, a pesar de la insistencia de quienes jugaban al desvelo.

Capítulo II

Fragancias silvestres

Las luces de la habitación de Camila amanecieron encendidas. Fue una velada ausente de las usuales miradas sagaces e inquietantes, llenas de interrogantes cuyas presencias eran insoportables para aquellos que deseaban tener, desesperadamente, todo bajo el inalcanzable control. La madrugada se había despedido y el Sol hizo su presencia por encima de la cadena de colinas. El alba les sorprendió, su fuerte luz irradiaba potente sobre aquella mañana. Andrés despertó con los rayos de luz que, después de penetrar por la ventana y atravesar las finas cortinas, caían sobre su rostro. Reaccionó sobresaltado, llamando a su esposa, cuando finalmente se dio cuenta de la traición en que cayó cuando fue vencido por el sueño. Momentos después, la madre se dirigió hacia la sala y después de echarle una mirada a la cocina, observo sobre la mesa unos juegos de platos que aparentaban estar dispuestos para su uso. La mesa había sido preparada para dos, pero solo un juego conservaba su contenido.

La puerta principal estaba abierta y acercándose pudo observar a Camila recoger flores silvestres que los cálidos rayos del sol les habían hecho expandir los pétalos, despertándolas para que retornaran a su oficio de embellecer con sus colores, sobre el verde pasto, todo el paisaje. Ella tomaba todas las que podía, como si fueran a agotarse. Ella parecía insaciable, tenía tantas entre sus brazos que, al cortarlas con su afilada tijera y coleccionar unas flores más, otras, caían al suelo de entre sus manos, aun así, continuaba.

— ¡Margaritas!

—Buenos días, madre.

Camila respondió a su madre con su rostro reluciendo de alegría. Diana se le acercaba tímidamente, dejando expresado, con su triste mirada, la ternura que siente por su hija.

—Se llaman margaritas. Son hermosas, ¿verdad?

—La casa está algo triste y algunas flores les caerían bien, ¿te parece?

Diana se le acercó y extendiendo sus brazos los ofreció para ayudarlo. Ella sonrió tan hermosa que los ojos de su madre empezaron a aguarse, pero se contuvo. Ella cortaba las flores con un entusiasmo exagerado, sonreía y disfrutaba lo que estaba haciendo. Parecía una niña disfrutar cargada de inocencia, encorvándose y a veces arrodillada al suelo para alcanzar las flores.

—Creo que tenemos suficiente —expresó tímidamente.

—Madre —dijo deteniéndose y colocando sus manos sobre la cintura—, mira bien la casa, no me gusta verla así. Dentro parece como si fuera un desierto, toda pelada, sin adornos, por ponerlo de un modo, para no lastimarte con eso de que parece una fría funeraria.

—Buscaré unos jarrones con agua para colocarlas, ¿aceptas? —dijo Diana.

—Ahora estás cooperando, por supuesto que... quiero que luzca hermosa por si tenemos alguna visita, la gente siempre llega sin avisar.

Escuchando sus palabras con tanto ánimo y alegría, volteó para encontrarse con la figura de Andrés, que permanecía atónito parado en la galería. A Diana solo le quedaba por esperar que su hija saciara su deseo y se calmara. Cuando al fin parecía haber terminado, se dirigió con un paquete de flores que sostenía contra su pecho hacia la casa, seguida por su madre, a quien animaba a acompañarle.

—Papi, son lindas, ¿verdad?

—Sí, sí mi hija, son hermosas.

Respondió Andrés, algo contrariado debido a las insinuaciones de los gestos que Diana le mostraba disimuladamente, con los que le rogaba responder con agrado. Sin embargo, de inmediato ella resplandeció con su comentario.

La fragancia de las margaritas se apoderó de toda la casa. Sobre las mesas, la meseta de la cocina, en cada rincón de la casa fue, para Camila, un lugar ideal para ser decorado con las margaritas. Dentro parecía un jardín

primaveral, un arco iris de colores. No salían de su asombro, se preguntaban si aún dormían, si sus mentes todavía dormitaban. Cruzaban sus miradas mientras intentaban seguirle la corriente.

Lucía un pantalón azul y ajustado que le llegaba hasta la mitad de los muslos. Usaba los zapatos deportivos sin medias y una blusa estampada con flores que pretendía jugar con el viento. Ella llevaba su rizado pelo negro hasta los hombros amarrados con una cinta azul que los embellecía. Varias pulseras de metal adornaban la muñeca de su mano izquierda y para que el tiempo no fastidiara con la prisa que debería llevar, optó por no llevar puesto su reloj de pulsera.

—Y ahora madre, ¿qué te parece?

Extendió los brazos mientras dibujaba en su rostro sus mejores expresiones de satisfacción y dando unos pequeños saltos, sin despegar los pies del suelo, insinuó la respuesta que esperaba. Su madre no la hizo esperar y elogió, sin tener otra opción, cuán hermosa había quedado la casa, pretendiendo agradecerle, aunque dentro de sí, persistían inquietantes pensamientos sobre sus actos.

—Todo está muy bello, mi amor.

Expresó Diana dejando notar cierto tono de consternación en su apagada voz con el esfuerzo de fingir estar feliz por lo que había realizado su hija.

— ¿Ocurre algo Camila?

—No.

Una forzada e incómoda sonrisa agridulce emergió en el rostro de Camila repentinamente. Una ligera muestra de tristeza precedió las señales de alegría, lo cual hizo temer ligeramente a Diana. Dirigiendo una mirada de preocupación a su esposo que observaba desde el umbral de la puerta que mantenía entreabierta, le dejó saber en las penas en que se ahogaba. Camila continuó recortando margaritas, parecía no saciarse y cada vez lo hacía con más entusiasmo. Diana la acompañó y parada junto a ella, con su rostro vestido de tristeza y los brazos llenos de las flores silvestres, su alma se

destrozaba.

—«*Creo que son suficientes*».

— ¿Te parece?

—«*Sí*».

— ¿Estás segura?

—«*Lo estoy Camila. Además, ¿qué estás haciendo?, deberías estar pendiente de tus deberes, el tiempo se acerca*».

—Solo piensas en ti. Me confundes y me llenas de dudas.

—«*Lo único que veo es a una chica correr el mismo trayecto cada atardecer y totalmente desprevenida*».

—Suficiente. No creo estar preparada, no lo creo hermana.

—«*¿Lo ves?, flaqueas muy fácil, tu carácter es muy débil. Debes aceptar la realidad*».

Intentaba mantener la calma y dejó caer las últimas margaritas que había cortado y la tijera que sostenía en su mano. Se hacía trizas en su interior, una acumulación de enojo quería hacerla estallar. Al escuchar el grito, Diana corrió hacia ella y acercándosele, intento abrazarla por detrás.

— ¿Qué te pasa, hija mía?

—Nada —dijo al dejar caer las manos que cubrían su rostro.

—Escuché ese grito y pensé que...

—Te dije que nada, me gustaría ir al pueblo. Faltan algunas cosas que me gustaría comprar. Todo tiene que quedar perfecto.

Perpleja por lo que había observado, Diana volteó hacia atrás y fijó su mirada en Andrés, quien se había acercado unos pasos hacia ambas. Caminó rápido, casi corriendo, rosando a su padre en su trayecto, quien la miraba sin comprender el desconcierto de Diana con Camila. Dejó, tras su paso, el fuerte sonido de la puerta al cerrarse, pero nadie intentó seguirla. Eran susurros o quizás jugadas del sonido producido por el viento, pero Diana presenció perpleja la acción de su hija como si fuera una pesadilla, llena de terror.

— ¿Qué ha pasado? —dijo Andrés.

—No sé, solo me acerque al escuchar el grito. Pero luego, impidiéndome

que le abrazara, me dijo que todo estaba bien.

—Ese extraño comportamiento, solo ocurría cuando se aproxima la noche, pero ahora, sucede muy frecuente a cada momento.

—No te asustes, pero eran las mismas voces.

— ¿Estás segura? —preguntó Andrés lleno de pavor.

—Muy segura. No te inquietes, debemos continuar observándola. Estoy aterrada y confundida. No sé qué creer.

—Pensé que al venir aquí...esto es desesperante.

— ¿Estás pensando en regresar?

—No, más bien arrepentido de haber venido, creo que no fue una buena decisión. En verdad yo también estoy confundido.

En aquel momento sintieron estar en medio de un desierto. Miraron a sus alrededores y les rodeaban espesos bosques y altas colinas, más no la extensa desolación de las secas arenas con sus maliciosos espejismos, pero sentían vivir en uno que los hacía sentir falsas ilusiones. Recogieron las flores silvestres que yacían tiradas en el suelo y después decidieron entrar en la casa.

Momentos después, cuando creían que Camila estaba más tranquila, presos del temor y sin estar claros en lo que estaban haciendo, aceptaron acompañarla al pueblo. La felicidad parecía haberse apoderado de ella, en cambio sus padres, quienes apenas abrían los ojos después de una larga e intranquila noche, hubieran deseado que fuera un sueño. Condujeron a baja velocidad ante las exclamaciones de Camila cada vez que observaba alguna flor que le llamara la atención. El seco polvo del camino les seguía levantando espesas nubes que impedía ver hacia atrás.

Minutos después se internaron en el centro de Palmira y, una vez localizada su destino y a petición de Camila, se aparcaron frente a una tienda de variedades. Era un pueblo pequeño, con sus calles angostas y casas luciendo hermosos jardines. Sus ciudadanos, en aquel momento, parecían llevar alguna prisa, como si el tiempo los empujara a moverse con urgencia con el temor de que se agotara. No corrían físicamente, pero parecieran vivir frenéticamente,

cruzando las calles para dirigirse de un lugar a otro, unos cargando bolsas plásticas mientras que otros, incluso, llevaban cajas sobre sus hombros.

—Buen día, señor, —saludó un vecino del pueblo en su agitado caminar—, señora.

—Hola —respondió Diana.

— ¡Vaya! —dijo el señor Andrés—, camina rápido ese señor.

—Se percibe como si estuvieran afectado de un nerviosismo colectivo. Creo que no escuchó tu saludo —señaló Diana mirando a los alrededores—. ¿Qué estará pasando?

—Dejen de husmear tanto —incredó Camila.

Entretenidos en sus observaciones, no percibieron hacia donde se había dirigido Camila y en un momento de confusión, la impaciencia y la preocupación se apoderaron de ellos. Buscaron desesperados entre los comercios, empezando a ponerse nerviosos, más aún cuando percibieron que el tiempo estaba siendo alterado, confundiendo cuánto tiempo tenían buscándola. Estaban por creer que las agujas de los relojes que llevaban puesto atentaban contra su cordura cuando un pequeño jovencito, al percatarse de su inquietud, luego de haber presenciado la curiosa escena, se les acercó y les indicó a dónde se había dirigido.

— ¡Hola! ¿Necesitas ayuda?

— ¿Eso crees?

—Te ves algo... perdida —dijo lentamente cada palabra, a lo que ella sonrió.

— ¡Ja, ja! ¿Te parece? —miró a su izquierda y mostró gestos de picardía.

— ¡Turista! ¿Eres nueva por aquí? Las conozco a todas y a ti no te había visto.

— ¿Turista? Puede ser, pero no soy nueva por aquí.

—Si tienes algún interés especial en lo que buscas, puedo ayudarte.

—He entendido bien, me has ofrecido tu ayuda y te lo agradezco...

—Lo siento.

El joven comenzó a acercársele, mientras que Camila buscaba entre los tramos con su vista. Tomaba algo y lo mostraba a su izquierda, esperando alguna aprobación. A veces, reflejaba como espejo señales de rechazos o de aceptaciones. El joven miraba instintivamente y con gestos de extrañez, simplemente plegaba su rostro no entendiendo lo chocante de sus movimientos. Caminó todos los pasillos entre las tramarías bajo la curiosa mirada del joven que le ofreció su ayuda. Luego, cedió espacio para que ella no se sintiera incomodada, quien respondió mostrando un gesto de agradecimiento, sin embargo, la mirada del joven la buscaba constantemente. La miró mientras ella parecía platicar con alguien, despacio se acercó al mostrador y recostándose en él, continuó observándola.

Los Robles, la localizaron a través de los cristales e inmediatamente entraron al lugar. Una vez se les acercaron, Andrés, intentó molesto expresar su desacuerdo por su imprudencia al desaparecer sin explicaciones. Diana rápidamente intervino y acercándose a Camila mientras hacía señas a Andrés de que se apartara, intentó calmarla, al ver que su rostro mostraba cierta incomodidad por la abrupta reacción de su padre frente a todos.

— ¡Libros! —exclamó Diana, confundida— Pensé que vinimos por...

— ¿Qué otra cosa puede ser, madre? —dijo con voz triste al interrumpirla.

—Tu padre solo se asustó al no verte, fue solo eso. Además, hemos visto un comportamiento extraño entre la gente, como que todos tienen alguna prisa.

—Él no nos entiende, ¿comprendes? —dijo mirando ligeramente hacia atrás y luego directo a los ojos de su madre.

—Sí, sí, claro que te comprendo —afirmó con voz nerviosa.

—Los libros son buena compañía, cuando se quiere estar a solas. Nos muestran otra perspectiva de la vida. Uno se sumerge en ellos y es como si nos internáramos en otra dimensión, un mundo nuevo.

—Cierto, mi hija...—dijo sin dejar de expresar lo sorprendida ante las inusuales palabras de Camila.

El joven permaneció apartado, observando la escena, pero un intercambio de miradas entre Camila y él alertó a Diana de su presencia, por lo que voltio para ofrecerle un gesto de amabilidad y un saludó que perturbó a su padre. Acercándose al mostrador, pagaron los libros a la joven que amablemente les

atendió y los colocó en una bolsa. Salieron de la tienda de variedades, Camila mantuvo la calma y dirigiéndose al joven gesticuló con las manos un adiós, quien respondió haciendo oleadas con los dedos de su mano.

—Hermosa joven —susurró quien le acompañaba.

—Sí, perfecta. ¡Cuidado! Te dejas atrapar fácil.

—Nunca la había visto por aquí.

—Tampoco yo, ¿ellos deben ser sus padres?

—Puede que sí. Me ha sorprendido. Bien, despierta que debemos irnos, el tiempo cambiará pronto.

— ¡Tiene rostro de ángel! —expresó fascinado por la belleza de la joven mientras la veía alejarse, para luego afirmar— ¡Es un ángel!

Expresó mirando a la joven detrás del mostrador quien solo atinó a levantar los hombros mostrando desinterés en lo que hablaban, hizo caso omiso a la conversación de los jóvenes que no ocultaron su admiración por la presencia de Camila. La joven del mostrador solo manifestó tener la urgencia de ordenar algunas cosas y cuando levantó su mirada hacia los jóvenes, en su rostro estaba pintado su deseo de cerrar y marcharse de su lugar de empleo.

Salieron de la tienda de variedades. Camila iba delante con prisa, sus padres intentaban darle alcance, pero ella podía más y no la alcanzaron sino hasta llegar al automóvil. En aquel momento las calles parecían un desierto, un pueblo muerto. Solo el polvo merodeaba cuando los soplos del viento los levantaba de su descanso. Sostenía los libros en sus manos e intentaba, viendo la portada, mostrarlo a su izquierda, como si quisiera leer el reverso, pero sus ojos miraban a la altura de su hombro. Andrés presionaba la llave del automóvil, pero aun girándola, no conseguía emprender la marcha del motor sino hasta después de hacer varios intentos. Diana se mostraba nerviosa y deseaba urgentemente abandonar el lugar. El joven de la tienda, parado del otro lado del cristal dentro del negocio, continuó con su mirada sobre la joven, ahora sentada dentro del vehículo, hasta que la perdió de vista cuando este se escondió tras la distancia provocada por la marcha del carro y fuera del alcance de su mirada.

—«No es bueno estar aquí. Deja esos libros y enfócate en que lo hemos

hablado».

Advertía una voz en sus oídos mientras ella respondía cubriéndolos con sus manos y bajando la cabeza. En aquel momento, Camila optó por hacer silencio, no deseaba escuchar advertencias ni mucho menos sugerencias. La paranoica actitud de sus padres la intranquilizaban. Su padre aceleró el vehículo y pronto dejaban a sus espaldas el pueblo.

—«*El joven del negocio, no es de confiar, mantente alejada de él*».

No deseaba seguir escuchando, era toda una pesadilla. Pensaba que le habían robado su libertad. Sus padres solo se miraban entre sí, como si guardaran algún secreto. Durante todo el camino hacia la casa, el padre no dejaba de mirar por el espejo retrovisor, mientras que Diana volteaba y dejaba que su mirada se perdiera sobre la polvoreada que dejaba el vehículo en el camino.

El regreso a la casa fue totalmente tenso. Camila imploraba no seguir escuchando más advertencias y el silencio de sus padres por su extraña conducta anteriormente, la ponía nerviosa. Al llegar, Andrés revisó toda la casa y sus alrededores, luego se sentó en la galería mirando lo que se podía visualizar del horizonte, pues las arboledas que les rodeaban impedían apreciar más allá.

—No logro comprender la actitud de ustedes, ¿pueden decirme que pasa?
—solicitó Camila.

—Solo fue un momento de confusión y tu padre creyó que era oportuno regresar.

— ¿Confusión? ¿Qué quieres decir con confusión? Es solo un chico.

—Sabes cómo es tu padre, exagera un poco cuando algún desconocido se acerca.

— ¡Ja, ja! no me hagas reír, salimos como locos de aquel lugar y crees que la palabra confusión lo explicaría todo...

Dejó caer los libros y tomando una posición desafiante, levantando el

mentón y cruzando los brazos al tiempo que deseaba echar fuego desde sus ojos, intentó externar su disgusto, pero se contuvo y prefirió irse a su habitación. El silencio se adueñó de la casa y más tarde en la mañana, las aves dejaron de expresar sus chirridos. La naturaleza callaba, apenas unos soplos de vientos fríos se dejaban sentir al chocar con las ramas de los árboles. Una sensación de vacío y soledad les rodeaba.

El fresco aroma de las margaritas se hacía dueña de la casa. Sus pétalos expresaban una inocencia perdida, pero para Camila, no fue más que un momento donde el impulso la condujo contra su voluntad. El pavor hizo que Andrés fuera bañado en un nerviosismo y su piel humedecía, transpiraba excesivamente tanto que, toda su ropa estaba mojada. Diana, intentaba encontrar las palabras que cargada de paz, trajera armonía. Andrés poseía una enfermiza obsesión por el cuidado de Camila y eso la asfixiaba. En sus temores, la vigilaba constantemente hasta tal punto que ella empezaba a sentir el calor de sus miradas tanto que, presentía sentimiento de acoso. Se sentía acorralada y ansiaba, como ave, extender sus alas y dejarse llevar por el viento. Soltar las cadenas que las ataban, que limitaban su libertad.

—Ni siquiera se te ocurra dirigirme la palabra.

Se lanzó sobre su cama. Cubrió su cabeza con la almohada y la sostenía fuertemente. Ahogaba debajo de su almohada los gritos que libraban la batalla de su ansiado albedrío. Deseaba confundirse, mezclarse entre las sábanas y la almohada. Una sensación de esfumarse, convertirse en invisible, se adueñaba de su cerebro.

—«*A mí también me gustaría que se hiciera realidad lo que deseas*».

Levantó su mano derecha y señalando con su índice, advertía sobre la necesidad de hacer silencio. Solo fue una simple indicación que expresaba su enojo.

Capítulo III

Tempestades

Próximo al medio día, la espléndida hermosura del radiante cielo azul comenzó a disiparse. Las ramas de los árboles comenzaron a agitarse y el zumbido del viento anunciaba un funesto augurio. El aroma de tierra húmeda llegaba junto con el viento, trayendo como mensajera cuan triste historia sería aquel día. Densas nubes grises ocultaban rápidamente la luz del sol y de pronto dio inicio una ligera llovizna, era el preludio de una tempestad y el rugir del viento con sus azotes redoblaron su fuerza destructora contra los árboles que cedían ante sus debilidades. Las oscuras nubes se posaron sobre el pueblo, ocultando su majestuosidad. La lluvia arreció con tanta fuerza que el ruido que producía era insoportable para los oídos. La casa era estremecida desde su cimiento y las hierbas se ahogaban en los charcos de aguas acumuladas. No había mejor lugar ni momento para apreciar el bello atardecer, la naturaleza posponía su encantador espectáculo, en aquella tarde no regalaría tan hermoso evento. El cielo se pintó de un gris funesto y la humedad se unía a un calor pegajoso que hacía sentir la piel llena de mugre.

En su sorpresa, por la rapidez en que el clima había cambiado, Diana y Camila se pusieron en alerta, quienes empezaban a percibir, desde el interior de la casa, lo que el viento traía. Andrés, al notar el repentino cambio del clima y como alzaban vuelos las aves abandonando el lugar en busca de refugio, se esforzó en su desesperación a cerrar todas las puertas y ventanas, asegurándolas fuertemente. Solo actuaba, reaccionando instintivamente sin saber lo que sucedía a sus alrededores. La calma se esfumaba, su debilidad fue consumida por la furia de la tormenta.

Furiosos estruendos retumbaban después de un fuerte relampagueo que dibujaba una efímera estela incandescente de líneas blancas entre las nubes. Parecía que el cielo se venía abajo mientras que la copiosa lluvia inundaba el suelo. El agua corría como río desbordado por el camino, anegando todo el valle. Rayos caían sobre los árboles alrededor de la casa, partiéndolos en pedazos y sus restos eran consumidos por un fuego abrazador que la misma

lluvia se encargaba en sofocar. El temor se apoderó de Camila quien, envuelta en pánico se hizo abrazar de su madre quien pronunciaba versos pintados de plegarias repetidamente para que la calma volviera. La oscuridad impedía la visión y solo cuando las centellas de los relámpagos brillaban podían tener noción de donde se encontraban. Las cortinas de agua que se formaban al caer del techo de la casa eran hasta donde apenas podían ver. Andrés, en su nerviosismo y preso del pánico, volvía a asegurar cada puerta y ventana de la casa que cedía al ímpetu con que las golpeaba las ráfagas de viento. Era como si el mundo decidiera dejar de existir, sin clamor, ahogado en azotes y quemados por los mismos rayos que golpeaban sin piedad. Parecían estrellas fugaces que abandonaban su lugar en las alturas y buscando donde reposar, caían destrozando en su camino todo cuanto tocaban. El retumbar del fuerte sonido de los truenos, hería los oídos tanto que, sentían la sensación de que sus cabezas podían estallar.

— ¿Qué es lo que está sucediendo? ¿Qué está pasando? —preguntó atemorizada y con voz temblorosa Camila.

—Estamos en medio de una tormenta.

— ¡Ay, madre!, ¿y esos extraños ruidos?

—No se muevan de ahí, iré a ver.

—Mejor no, por favor, ten cuidado Andrés...

Fue un fuerte impacto que se sintió en la parte posterior de la casa, cerca de la cocina. Una rama traída por el viento colisionó contra una de las ventanas, destrozándola. La ventana cedió dejando que la rama alcanzara al interior, las ráfagas de viento de inmediato arrastraron consigo objetos que comenzaron a ser tirados por todos lados. Inmediatamente, Andrés, les pidió abandonar la sala al ver el peligro en que se encontraban.

—Entren a la habitación y aseguren bien la puerta —vociferó Andrés.

—Escucha a tu padre, vamos.

—Muévanse, rápido.... —gritó desesperado una vez más.

Ambas, se internaron en la habitación de Camila. La voz de Andrés se perdía con el viento y los ruidos de los truenos impedían que fuera escuchado. Camila, corrió sosteniendo la mano de su madre y siguiendo su indicación, se

ocultaron en la esquina formada entre la pared y el armario.

—«*Aquí estaremos a salvo*».

—Eso espero.

— ¿Qué dices? —preguntó Diana atemorizada.

—Nada, solo digo que aquí estaremos bien.

Alrededor de una hora después, lo que para ellas pareció una eternidad, la calma regresaba y los azotes de las ráfagas de los vientos comenzaban a disminuir. La abundante lluvia se transformó en una ligera llovizna. El cielo permaneció vestido de gris dando la sensación de que las nubes tomarían más tiempo en abandonar el lugar del que se habían apropiado. El viento, cansado de tanto azotar, perdió fuerza y ya no podía empujar más las nubes que mantenían oculta la luz del sol. Camila y Diana, incorporándose, abandonaban el lugar que les sirvió de refugio y dando voces llamaban a Andrés.

En un charco de sangre y boca abajo, yacía Andrés en medio de la sala, todo empapado de agua. Diana, se apresuró a ayudarlo mientras que Camila, pasmada, permaneció parada en la puerta sin saber qué hacer con una expresión de miedo en su rostro. Permaneció estática, como si sus pies fueran clavados a las maderas del piso. Estaba débil, había perdido las fuerzas por la contundencia del golpe recibido en la cabeza que le provocó una herida sangrante.

—¡Trae un paño, una toalla o algo! — ordenó, dirigiéndose a su hija. — ¡Y apresúrate que ha perdido mucha sangre!

— ¡Oh!... por Dios madre.

—Camila, muévete...—gritó Diana desesperada.

Diana permaneció con Andrés, ayudándolo a levantarse. La sangre se mezcló con el agua y dibujaron surcos rojos sobre la madera del piso.

—Aquí tienes —ofreció Camila, al regresar con un lienzo blanco.

—La hemorragia se ha detenido, pero la herida...necesitará de la ayuda de un doctor...

—Debemos llevarlo con un doctor, se ve muy mal —indicó Camila.

—Andrés, Andrés —insistía Diana.
— ¡Oh, Dios mío! Me duele la cabeza...—dijo quejándose Andrés.
—Iré por el auto, hay que sacarlo de aquí madre.
— ¿Podrás conducirlo?
—Sí, sí, sí....

Camila corrió rápido hacia el frente de la casa y el alma se le partió en dos al encontrar despojos y ramas traídas por los fuertes vientos que arrojaban el vehículo cuyo interior estaba todo inundado. Turbada, tardó unos segundos en reaccionar, pero casi empujada, fue convidada a quitar los escombros que estaban encima del automóvil y a retirar los tapones de drenaje para liberar el agua acumulada en su interior.

—Gracias —susurró.
—«*No es momento para dar gracias, deben llevarlo con un doctor lo más pronto posible*».

Encendió la marcha del motor para comprobar que funcionaba, mientras le respondía a su madre que afanosamente le llamaba. Ambas, sosteniéndolo por los brazos, lograron colocarlo en el asiento posterior del automóvil y se dirigieron hacia el pueblo.

—Vámonos, en marcha hija mía —expresó con nerviosismo Diana.
—Hija, ve con cuidado —expresó Andrés, dando muestra de dolor y debilidad.

Por unos segundos, se detuvo a mirar hacia algún lugar de la casa, su rostro mostraba la complacencia de un agradecimiento. Moviéndolo con el simple esfuerzo de pronunciar la palabra «*gracias*», al mismo tiempo que su tierna mirada reflejaban un sentimiento único de un amor indescriptible. Hizo unos extraños gestos, parecido a las líneas que marcan una sonrisa, al ver a los dos hombres vestidos con uniforme gris, posicionados a distancia con la vergüenza y el temor a ser rechazados. Permanecieron bajo el árbol con sus miradas tristes y largas. Espectadores agónicos, desesperados, en busca de paz. Aquel árbol no les brindaba ni sombra ni refugio bajo la tormenta, solo estaban allí consumidos en su aflicción.

—Ten cuidado con los charcos, pueden ser hoyos profundos en la carretera...

Advertía Diana preocupada por la debilidad que mostraba Andrés, mientras le presionaba la herida.

—Madre, por favor... ¿Crees que habrá algún doctor en esta selva?

—Espero que sí, pero el pesimismo no es buen aliado en este momento — señaló Diana con voz temblorosa.

—«Solo enfócate en el camino».

—No me presiones, cállate...—replicó Camila inquieta.

— ¿Qué dices hija? El viento no me deja escuchar.

—Solo decía cosas, descuida.

La sensación de eternidad se apoderó de ambas. Apenas habían pasado menos de veinticuatro horas desde que habían disfrutado de un hermoso paisaje durante todo el trayecto al pueblo, mientras se deleitaban con las flores silvestres que encontraban en el camino. Camila, en su desesperación, conducía por algunos tramos en forma de zigzag tratando de esquivar las imperfecciones del camino, aparentando perder el control del vehículo, lo que incrementaba la sensibilidad de los alterados nervios de su madre. Próximo a la entrada del pueblo, el lodo acumulado estancó las ruedas del vehículo hasta imposibilitar su marcha. Empujaba el acelerador, pero solo conseguía dispersar lodo mientras las ruedas patinaban sobre sí mismas.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué te detienes? —preguntó Diana angustiada.

—Creo que nos atascamos... ¡maldición! —expresó su frustración golpeando el volante.

— ¿Qué hacemos? Andrés está sangrando de nuevo y tiene la piel pálida.

—Calma madre, iré por ayuda, solo espera aquí.

El sonido de una bocina captó su atención haciendo que se detuviera. Dirigió su mirada respondiendo al llamado. El joven que conducía la camioneta se aparcó en el extremo opuesto al automóvil de Camila.

—«Otra vez él, ten cuidado. ¡Qué necedad!».

— ¿Qué? —preguntó a quien le susurró al oído— Me asustaste...

—«Solo te advierto que no confíes de él» —insistió ante la inquietud de Camila.

— ¡Basta ya!, por favor —expresó imitando una ligera sonrisa agradable al joven de la camioneta —, estás actuando como papi.

—Hola, veo que están en problemas —dijo el joven desde su camioneta.

—En verdad que sí —expresó contrariada Camila mientras extendía sus brazos con un ligero gesto de angustia.

— ¿Qué pasó?

—Mi padre está dentro, herido y nos hemos atascado...

—Lo siento —dijo al desmontarse—, veamos qué podemos hacer.

—La tormenta nos sorprendió, tratamos de protegernos, pero el recibió un golpe en la cabeza.

— ¿Inconsciente?

—No, pero está muy débil debido al sangrado.

—No perdamos tiempo y pasémoslo a mi camioneta, debemos darnos prisa, ¿de acuerdo?

Mientras Diana sostenía un lienzo en la cabeza de Andrés, el joven lo agarraba por sus brazos al pasarlo a la camioneta. Luego continuaron hacia el pueblo. La lluvia volvía a arreciar, pero esta vez, el viento se mostró con más calma. Durante el camino se encontraron con grupos de jóvenes con vestimentas de socorristas, auxiliando a los afectados. Vehículos con luces rojas y azules encendidas y sonidos de ambulancias y bomberos pidiendo que se les dejara libre el paso. Parecía todo un caos por los escombros tirados por todas partes, una escena apocalíptica, con llantos y gritos de mujeres con sus niños bajo el brazo y hombres con sus fuerzas reducidas a recitales de plegarias, temerosos. Unas cuadras más adelante, una casa que el tiempo le borraba el color de la pintura exhibía un letrero acompañado de una gran cruz roja algo borrosa. Exhibía el nombre de alguien con letras desgastadas que dificultaba la lectura. En su interior, reinaba una calma espantosa y los que esperaban ser atendido lucían rostros cansados y dormitados, unos sentados mientras que otros dejaban caer su cuerpo sobre las paredes, sin más fuerzas de la que podría ofrecer la esperanza. El joven pidió ayuda y siendo atendido con rapidez, por unos hombres vestidos de blanco, entraron a un cuarto protegido por unas cortinas y enseguida atendieron a Andrés.

La oscuridad llegaba lentamente para ocupar su lugar, la prima noche la anunciaba. Un triste silencio acompañaba el infortunio que era interrumpido por los gritos y llantos de la desolación. Los faroles de las calles ya no podían ejercer su tarea, reposaban tirados por todas partes, convertidos en metales retorcidos, testigos de la furia de los vientos. Ningún vehículo transitaba por las calles que la lluvia convirtió en lodo, con algunos charcos de aguas como adorno del recuerdo de lo que la tempestad dejó a su paso. Ramas desprendidas de los árboles yacían en el suelo, sobre las casas y en medio de las calles.

Unos jóvenes, a pies, iban en grupo llamando a los vecinos y ofreciendo ayudas. Los rostros de los compueblanos, parados frente a sus casas, reflejaban el triste desconsuelo de una batalla donde solo pudieron guarecerse de la furia con que eran azotados. Miradas largas y cansadas, penumbras grises, esperanza perdida y las marcas indolentes de montones de destrozos, escribían la historia de su desventura que al final mostraba las manos vacías. Eran unos murmullos colectivos, unos ruidos molestos a los oídos, gritos de plegarias pidiendo misericordia, arrojados en la desesperación, que la tormenta dejó a su paso.

—Abel —dijo su nombre mientras les regalaba unas tazas con chocolate caliente.

—Gracias, me llamo Camila —dijo al aceptar y al mismo tiempo que levantaba la mano haciendo seña de guardar silencio al lado opuesto.

—«*Después no digas que no te lo dije*».

—Gracias, nos has ayudado mucho, joven —expresó Diana algo apenada y confundida.

—No es nada señora, si necesitan algo más, no duden en hacérmelo saber.

—Has hecho demasiado, tu ayuda ha sido de gran valor, no hubiésemos sabido que hacer si tú no hubieses llegado en ese instante.

—Bueno, me tomé la molestia de pedirle a unos amigos ir por su automóvil.

—No era necesario...te lo agradecemos, pero...—dijo algo sorprendida Camila.

—Solo es suficiente pronunciar la palabra mágica.

—Gracias —expresó mirando a su madre en busca de aprobación.

—«¿Qué haces?».

— ¿Te pasa algo? ¿Tienes algún dolor? Estamos en el lugar indicado, es mejor que te revise un doctor...—dijo Abel al notar los extraños movimientos de Camila.

—Es un pequeño dolor en el cuello. Creo que es la tensión al ver a mi padre tirado en el suelo, ¿entiendes? —dijo intentando desviar la atención.

—Sí, sí por supuesto —Luego agregó—. No dejes que se te enfríe el chocolate.

—Cierto, gracias. Entonces, trabajas entre estanterías de libros...

—No, no, solo acompañaba a un amigo. A él le fascina leer también.

— ¡Ah! Entiendo, que bien.

—Esperemos por allí, mientras esperamos que nos den alguna noticia sobre tu padre —dijo señalando unas sillas.

—Mi hija y yo estamos muy agradecidas, pero parece justo que debes continuar con...seguro tienes algo que hacer...

Le razonó Diana mientras se dirigían a ocupar el lugar que Abel le había mostrado.

—Descuide señora, solo me dirigía a mi casa. La tormenta me sorprendió en casa de unos amigos. Esperaré hasta que el doctor nos explique, ¿sí?

La conversación, aunque con el temor de recibir algunas malas noticias de los doctores, se mostraba ligera y amena con picas de inquietudes y sensibilidad de los nervios de Diana. Para Diana y Camila, la tensión hizo el tiempo de espera una eternidad, para Abel, una oportunidad para conocer la bella joven que le llamó la atención en el negocio de variedades. Desde aquel lugar, sus vistas recogían toda el área, en especial en la espera de que las cortinas se abrieran y dieran a conocer lo que pasaba con Andrés. Camila podía sentir sobre su rostro la calidez de las discretas miradas del joven que el destino consideró compartir un reencuentro en tan poco tiempo. Ella respondía con una ligera sonrisa cargada de timidez, cuando sorprendía sus miradas en ella, él intentaba mostrar el respeto que el momento requería ante la presencia de su madre.

—Los doctores siempre toman un tiempo más del necesario...—argumentó Abel tratando de romper el hielo.

—«*Me pregunto si le gusta hablar, hablar...*» —escuchó Camila como si el viento soplara en sus oídos.

—Sí, ¿por qué hacen eso?, será una incógnita por siempre —respondió Camila apenas mirándolo.

—Tienes razón, pregúntale eso a ellos, simplemente los enaltece —argumentó Abel.

Fue inevitable la sonrisa de Camila ante las ocurrencias de Abel, quien la miraba con timidez y con el temor del rechazo de su madre. Las cortinas empezaron a ser deslizadas lentamente y de la misma forma Diana y Camila se levantaron de sus asientos. El doctor que atendió a Andrés intentaba localizar entre los presentes a los familiares de su paciente hasta que la reacción de ellos le llamó la atención.

— ¿Son los familiares del señor Andrés?

—Sí doctor, soy su esposa Diana y ella es nuestra hija Camila. ¿Cómo está él, dígame?

—Muy bien. Suturamos la herida y está como decimos por aquí «cultivando amistades», es muy simpático su esposo. Si gustan pueden pasar.

—Debe haber alguna confusión, no suena como mi marido —expresó Diana mostrando una simpática sonrisa.

— ¡Ah!, entonces la hemorragia se llevó con ella algo de lo reservado que era —dijo el doctor de buena manera.

—Disculpen —dijo Abel interrumpiendo—, los señores desconocen esas peculiares expresiones de Palmira. A la gente de por aquí, sencillamente les encanta formalizar amistades.

La mirada de complacencia de Camila con Abel no tardó en hacerse notar. Él estaba parado unos pasos detrás ella y no dejó pasar la oportunidad de intervenir en la conversación. Había permanecido con ellos desde que los encontró varados en el camino.

—Abel, no sabía que conocías a los señores...

—Robles —afirmó Diana.

—Los encontré camino a casa y que otra cosa podía sino ofrecerles mi humilde ayuda.

—Sí, ¡Qué bueno!, pero pasen, el señor Robles debe estar ansioso de verlos.

—«*El chico scout, que astuto es. Presumido*».

Quizás, por primera vez, no escuchó las palabras dirigidas directamente a sus oídos. Las intervenciones y apariciones de Abel estaban cargadas de chispas que resaltaban unos destellos que dejaba embelesado a quien pretendía. Abordaba con sutileza, maquillaba su humildad y marcaba cada gesto y palabra con un ritmo que agradaba a quien lo escuchaba. Aquellos susurros pretendían desviar la atención entre ambos, intentando interponerse entre aquellas miradas de fuego que lanzaba en sus flechas a Camila, a quien le cortaba la respiración y le cambiaba la rigidez en su rostro, haciéndolo resplandecer como si estuviera encantada con el resplandecer de la luna. Avanzó tras su madre con lentitud al pequeño cuarto donde aguardaba en una camilla el señor Robles. Camila desviaba cada intención y esforzándose, se concentraba en ignorar las voces que llegaban a sus oídos y lo que su vista alcanzaba ver. Al desvelar la cortina, justo en el momento de la entrada de Diana, el gesto alegre del señor Andrés se reflejó inmediatamente en su rostro, pero tal cual fue la rapidez de la aparición del gesto, así de efímero fue su duración, tanto así, que no logró disimularlo al ver a su hija siendo escoltada por el joven que había presenciado junto a ella en la tienda de variedades. Simular no era parte de la actitud de Andrés, pero tampoco se esforzaba por intentar mostrar algún signo de educación.

—Es el joven que nos auxilió en el camino —explicó Diana rápidamente—, sin él nos hubiera sido muy difícil llegar aquí.

—Cierto padre —acentuó Camila tratando de agregar más veracidad a las palabras de su madre.

—Soy Abel, espero que se sienta mejor señor —intervino—, su automóvil está aparcado en el frente.

—Gracias —dijo entre dientes Andrés, esquivando la mirada.

La fuerte mirada sobre el joven inquietó a Diana quien, con aprensión,

intentaba interponerse entre aquellos rayos de fuego y disimular la vergüenza que le cubría ante la escena inapropiada de su esposo, esa enfermiza actitud de protección. La enfermera daba por terminada su labor en la herida que recibió y le invitó a vestirse. Incorporándose en la cama, rechazó la ayuda de su esposa. Camila permaneció fuera del lugar donde atendían a su padre tratando de borrar la mala impresión que causó la escena. Agradecía la ayuda y se disculpaba por la fría conducta de su padre.

—Ese joven solo nos ha sido útil y tú...

—No me vengas con sermones...—interrumpió Andrés.

—Estamos en un pueblo, en medio de la jungla y rechazas precisamente al primer ser humano que se nos acerca. Se encargó de hacernos traer el automóvil, sacándolo del lodo en donde se sumergió. Buena oportunidad para aprender a ser agradecido y tú la desprecias.

—Tú bien sabes cuál es nuestra condición aquí, debemos ser discretos. Piensa, solo piensa —dijo apuntando a su sien varias veces.

—Baja la voz —dijo mirando a su alrededor.

—¿Ha tomado ella su pastilla, hoy? ¿Anoche? Has pensado en eso...

—Sabes muy que sí y ya cálmate, me tienes los nervios de punta.

Regresaban a la casa, esquivando en las calles los destrozos que a su paso dejó la tormenta. Andrés volvió a mostrar el hermetismo en que intentaba mantener a la familia, una vez más. Diana simplemente intentaba lidiar entre las aguas turbulentas que rodeaban las mansas, esforzándose en no sucumbir. Habían llegado a Palmira después de aceptar el ofrecimiento del Dr. Kingsley para pasar el verano en el hermoso panorama que ofrece. El alma de Diana se destrozaba al ver rodar en la mejilla de Camila una lágrima que brotaba desde las raíces de su corazón. Mantenía su mirada al frente con el volante en las manos ignorando la presencia de sus padres.

Capítulo IV

Abrazos y lágrimas

Días después de que fueron azotados por los fuertes vientos de la tormenta que les sorprendió, Camila deseaba fervientemente volver a su habitual recorrido de los atardeceres. El camino en el que disfrutaba correr aún permanecía anegado y solo podía conformarse con ver el paisaje a la distancia. El encierro en su habitación, con incontables escenas que se reproducían constantemente en su mente, la enfermaba. En su cabeza, aún permanecían aquellas escenas, tanto la de la tienda de variedades como la del centro de salud, la inoportuna y abrupta conducta de su padre que, sumada con la falta de delicadeza, expresó su desagrado ante la presencia de Abel después de haber ofertado su ayuda cuando quedaron varados en medio de un camino convertido en lodo. Eran pensamientos que hacían raíces, que se fijaban en su mente con una fortaleza tal, que la dominaba. Los días pasaban y ella permanecía sobre su cama intentando disfrutar de la soledad en que estaba sumergida. Sus ojos sentían el cansancio de viajar una y otra vez desde el techo de su habitación hasta el húmedo paisaje que rodeaba la casa a través de la ventana.

En aquellos días, ni siquiera regaló una trivial mirada a sus padres. Prefiriendo permanecer entre las cuatro paredes de su habitación. Le hincaba una espina clavada, no en el corazón, más bien en su propia alma que la mantenía enclaustrada en su propio hermetismo de soledad. El tiempo pasaba, siéndole indiferente el día o la noche, perdiendo su noción, batallando entre la realidad y sus temores.

Vestida como de costumbre. Sus pisadas eran lentas y suaves sobre el húmedo suelo. Esta vez, competir con el ocaso del Sol no era su objetivo, solo ansiaba correr. Sentía la necesidad de salir corriendo tan veloz como el viento. Mezclarse entre sus soplos y sentir esa envidiable sensación de libertad que al extender las alas se despojaría de las oxidadas cadenas que la ataban.

Desprendía, como arrancado por la suave brisa, un aroma fresco a flores silvestres que se apresuraba a inhalar. El Sol se veía caer sobre el horizonte como una bola de fuego y sus cálidos rayos perdían la fuerza del calor. Era una colina alta, tanto como una montaña besando las nubes, que esperaba recibir el choque con el astro rey dejando escapar hermosos destellos de colores, mientras que una opacidad oscura caía sobre la casa que se perdía de la vista en la lejanía.

Pretendió ignorar los suaves pasos que se marcaban a su lado. Giraba su cabeza al sentido opuesto al que conseguía escucharlos. Exhalaba su enojo a través de los poros de su piel. Deseaba con toda la fuerza de su alma sentirse sola. Los recuerdos que venían a sus pensamientos coloreaban de rojos sus ojos sin perder la belleza que les adornaban. Mientras se internaba entre los altos árboles que rodeaban la colina ante de su ascenso, escuchó las hojas musitar no muy lejos de donde se encontraba y detuvo su marcha, luego, unos pasos que se acercaban hicieron que los bellos de su piel se pusieran en guardia. En aquel momento sintió ser agarrada por las manos, sintiendo la confianza de la compañía de su custodia más que todos estos últimos meses. Retrocediendo unos pasos, pudo notar como unas ramas eran movidas, como si alguien las apartara del camino haciendo espacio para avanzar. Los latidos de su corazón podrían escucharse, su pecho se estremecía y su piel comenzaba a humedecerse. El espeso de las arboledas dificultaba la visibilidad. Le era difícil distinguir en el follaje quien se acercaba. Con los nervios de puntas y arropada por el miedo, con sus ojos engrandecido pensó huir cuando de repente, una voz le llamó la atención.

— ¿¡Camila!?

Iniciaba la marcha de regreso cuando a sus espaldas escuchó su nombre. Volteó para cerciorarse de que la voz correspondía al joven que se ha entrecruzado en su camino varias veces. A pesar de la velocidad con que sus latidos accionaban, y que su fría piel temblaba por lo incontrolable de sus nervios, la voz no le causó ninguna calma, más sintiendo la presencia de su cuidadora sintió una efímera tranquilidad. En ese momento, una densa neblina se interpuso y no podía ver el rostro de quien llamaba. Sentía la voz cerca, muy próxima a ella.

—«*Vámonos* —susurró a sus oídos—, *no te detengas*».

—Espera, soy yo...

Entonces, vinieron a su socorro unos hombres vestidos de gris que, aunque sentía que su presencia no era de su agrado, vio en ellos cierta protección. Comenzó a descender con rapidez la inclinación de la colina, casi halada de las manos por quien intentaba cuidarla. Perturbada y aterrada, sus pies tropezaron con las raíces de uno de los árboles y perdiendo el control, rodó sobre su cuerpo unos metros colina abajo, manchando todo su cuerpo de tierra mojada. Quien la cuidaba se apresuró a extenderle la mano, alentándola a incorporarse mientras que la animaba a continuar corriendo.

—Camila, Camila...

La voz la llamaba de forma insistente haciendo que su corazón saltara de miedo en su pecho. Iba a toda la velocidad que podía, como la presa huyendo de las garras de la muerte del león hambriento. Y los hombres permanecían apostados tras los troncos de los árboles con la intención de que ella lograra huir lo más pronto posible y que no pudiera ser alcanzada. Actuaban en nombre de su deber. Sin embargo, cuando miraba hacia atrás, volvía a sentía sobre ella las mismas manos intentando agarrarla y cuando volvía su mirada al frente, buscando con su vista la casa, parecía estar llegando, pero el tiempo aparentaba desacelerar su marcha haciendo que la distancia se hiciera más larga. Sentía la sensación de que sus pasos no avanzaban. Sus pisadas se marcaban sobre sus mismas huellas, en el mismo camino.

—«*Deja de mirar tanto hacia atrás puedes volver a perder el equilibrio*»
—animaba quien la acompañaba.

Le era imposible, porque el miedo se había apoderado de ella, y sin poder evitarlo, su rostro volteaba. De pronto, sintió que la alta colina donde disfrutaba su recorrido cada tarde aumentaba enormemente su tamaño y se venía sobre ella queriendo aplastarla. Toda su sombra cubría su cuerpo. Agilizaba los movimientos de sus piernas tanto que parecía volar, no sentía tocar el suelo, pero una sensación en su estómago le hizo saber que la tierra parecía tragársela y el valle donde estaba la casa no se lograba ver debido a

la oscuridad que la abrazaba. El ardiente Sol que buscaba su descanso tras la colina, era simplemente un anillo cuyo fuego se apagaba, y los rayos, viajaban perdiendo su calor hasta convertirse en una neblina gris, opaca y fría. Luego, pedazos de bolas ardientes descendían en lluvias sobre ella. Las esferas de fuego golpeaban el suelo con tanta fuerza que la hacían temblar. Gritaba fuertemente, pero sus labios descansaban y negaban moverse.

Una parte de ella se adelantó, otra parte permanecía rezagada. Sus pies se habían adherido al suelo y apenas podía moverlos. Sentía que sus pisadas se hundían en las aguas de los charcos, otras veces sus pies debían redoblar la fuerza para librarse del lodo que intentaba detenerla. A veces, sentía que la halaban con más fuerzas y otras veces que era empujada. El oxígeno huía de ella y negaba ser inhalado, sentía que se asfixiaba. En otro momento, sentía que se ahogaba en lo más profundo de las aguas. Su cuerpo se estremecía, luchaba con ella misma.

El sudor le había empapado todo el cuerpo y su piel temblaba de frío. Sus músculos se estremecían tanto que, perdía la firmeza para mantenerse corriendo y dando tumbos casi volvía a caer, pero quien la acompañaba la sostenía fuertemente de sus brazos y evitaba que cayera. La oscuridad, cubrió toda la tarde y la noche se adelantó, el azul del cielo fue tragado, consumido y apenas se podía ver un gran vacío sin estrellas, sin ninguna luz que brillara en la altura, un firmamento muerto. Las bolas de fuego caían a su lado, pero apagadas, la misma noche le negó la luz que exhibían. Las llamas se extinguían al penetrar en la neblina.

Aquellos dos hombres vestidos de gris, que siempre ha aborrecido ver, por la intervención de una generosa súplica, se convirtieron en sus cuidadores y la protegían de quien ella despavorida huía. Pero, aun así, cada vez que miraba hacia atrás, las miradas de ellos encontraban una flecha envenenada que pudiera partir sus almas y destrozarlas. Sentían esa sensación en sus corazones aún sobre la insistencia y cariño que profesaba sentir para con ella y que la veían con una ternura, no como la madre a un hijo, quizás como amigos. Pero luego, los vio ser consumidos entre los destellos de fuegos que expulsaba el Sol. Los vio saltar por los aires y ser aborrecidos por el viento que les negó la ayuda para sostenerlos.

El terror mezcló sus lágrimas con el sudor tanto que, le cubría los ojos como si fuera una cinta negra que llevaba puesta. Intentaba con toda su desesperación abrir su boca poder inhalar todo el aire que sus pulmones demandaban, pero sus labios hacían la fuerza que podían para mantenerse juntos sintiendo que se asfixiaba por la falta de oxígeno y que el aire que le rodeaba era un líquido que penetraba a su cuerpo para arrancarle la vida.

Su propio sudor la rodeaba como si estuviera sumergida en la fría agua de un manso lago. Sus extremidades agotaban sus fuerzas y su alma ansiaba el socorro de un ayudador que le salvara. Sentía todo su cuerpo sumergirse en el suelo convertido en lodo, donde aparentaba sostener sus pies con firmeza y como arena movediza en cada paso que intentaba dar, la halaba a su fondo. Se movía en si misma incontrolablemente. Deseaba con todas sus fuerzas liberar sus extremidades, que estaban atadas a su cuerpo por un fuerte imán.

—Camila, Camila...

Sus aterradores gritos, que lograba expresar brotaban de una desesperada alma que sentía que la tierra se la tragaba y que el mundo se volcaba contra ella. Los dos agentes, simplemente hacían señas de que avanzara mientras fueron saltando por los aires, y que continuara corriendo. Mientras lo que causó tal temor, tomaba un aspecto aún más oscuro y consumía de una manera voraz toda la luz que el mismo Sol podía brindar. La penumbra que estaba sobre la casa se convirtió en una espesa neblina oscura y solo podía seguir corriendo sostenida de la mano de quien prometía cuidarla.

—Camila, Camila...

Sus propias manos cubrían sus oídos impidiendo que escuchara su nombre. Su propio cuerpo evitaba ser librada de aquellas ataduras que la martirizaban. Su alma se enfrascaba a muerte, enfrentando un débil cuerpo que caía vencido por el terror de aquello que le perseguía. Sofocada, su cuerpo se estremecía tanto que, la superficie bajo ella se sacudía grandemente. Parecía estar cerca, muy cerca de su casa y como que una luz pequeña entre tanta oscuridad brillaba cada vez más fuerte permitiéndole extender sus brazos y como gaviota

dejó que el viento la llevara por su rumbo y una frescura que sintió contra su pecho arrancó de su alma aquel momento. Entonces, fue librada de donde estaba sostenida y encontró una puerta abierta por donde fue lanzada a la libertad justo antes de que las garras estuvieran sobre ella.

—Calma, mi hija, calma. Estoy aquí contigo, calma.

Fueron tan fuertes sus gritos y los estremecedores movimientos que realizaba sobre su cama que alertó a sus padres. Diana logró despertarla y abrazándola fuertemente contra su pecho, la sostuvo en sus brazos. La humedad del sudor empapó toda la cama y las sábanas, extendidas sobre ella junto a la almohada, dejaban correr el sudor que no podían absorber. En su miedo, respiraba con la boca abierta por temor a asfixiarse y sus ojos deseaban permanecer cerrados con miedo a ver la luz que tanto deseo encontrar.

Andrés, parado en el umbral de la puerta, observaba con un rostro lúgubre la escena de amor y miedo que protagonizaban su hija y esposa. Su fuerte carácter cedió y dando paso a la sensibilidad, dejó que una lágrima corriera por su rostro, la cual rápidamente impidió que fuera vista. Se alejó de la habitación y sin saber a dónde ir, porque aún la noche tardaba en despedirse, dejó perder su vista hacia la colina que tanto adora su hija, y allí, pudo ver como la Luna hermosamente resplandecía. Irradiaba la luz que la embellecía, coqueteaba con la discreción que la enorgullece y disfrutaba la serenidad con que se sujeta al cielo.

Relumbraba tan hermosa, la luz que le vestía, el anillo color azul claro, que la hacía lucir espléndida como los rostros de los enamorados buscando robarse un beso. Y, entre aquellos ojos mojados y rojos, el rostro de Andrés pudo marcar una ligera sonrisa, acompañada de un respiro profundo como lava fría expulsada de un volcán ardiente. Permaneció allí parado y creyó ver la Luna decirle adiós, aunque el alba no se asomaba. Creyó ver la luz ondear agradecida por haberla contemplado, mientras que destellos tenues del Sol intentaron opacar su belleza, pero para sus ojos, solo era una mancha, como una nube más flotando en el cielo.

Era la media mañana cuando unos suaves golpes a la puerta anunciaban una solicitud de permiso. Camila, que aún permanecía recostada boca abajo sobre su cama con su cabeza debajo de la almohada, intentaba ignorar el llamado. La puerta se abría suavemente con delicadeza y quien la empujaba avanzaba evitando el ruido de sus calzados. Una vez dentro, Diana, sonrió y por un instante observó y luego cerró la puerta de la habitación tras la entrada de quien llamaba. Una angelical voz pronunció suavemente su nombre que la hizo saltar llena de alegría.

— ¡Prima!

Reconoció su voz e inmediatamente se lanzó sobre ella confundiendo en un abrazo ahogado en alegría, sonrisas y lágrimas. En un abrazo, se unieron con todas sus fuerzas, bajo el encuentro de una celosa mirada que observaba con sus brazos cruzados, afligida y apartada en un triste rincón. Se aferró a su prima, con tanta fuerza, que su alma sentía un regocijo, una especie de paz que venía sobre su cuerpo como aliciente ungüento sobre el dolor.

—Olena, Olena...

Diana recibía un bálsamo en su alma, la alegría de haberlas reunidos. Sonreía y al mismo tiempo lidiaba con la tristeza que ambicionaba apoderarse de su acongojada y abatida alma. Su espíritu perdía la fuerza de la esperanza de ver un amanecer que brillara lleno de ternura y amor para su hija. Tras la puerta, recostada en ella, suspiró profundamente con una mezcla de sensaciones que la sacudían entre penas y regocijos, ansiando fervientemente que el reencuentro trajera la tranquilidad con la que han soñado.

— ¡Dios permita que este encuentro traiga sosiego! —externó Andrés acongojado.

—Mi fe se evapora. Lo admito con tantas penas.

Expresó Diana, mientras las lágrimas humedecían sus labios en un intento de callarla. Apagaba el fuego del deseo de su alma de gritar con todas sus

fuerzas al ver sucumbir a su adorada hija entre cenizas de una llama que le quemaba constantemente. Andrés, miraba hacia algún lugar del firmamento después de haber paseado su mirada por el húmedo rostro de su amada esposa. Pero una ligera sonrisa pudo haber cambiado, quizás, su estado de ánimo más que su naufragada y moribunda fe. La llegada de Olena, cuando traspasó el umbral de la puerta, fue como un destello de luz, una gota de agua que sació la sed agria al cruzar el oscuro túnel con las fuerzas perdidas.

Su figura sustituía la oscuridad de los desvelos y abría la puerta a una dosis de paz. En ella reposaba toda esperanza que el tiempo consumía. Olena, fue vista en aquel momento como la luz del alba que con sus hermosos destellos brindaba un nuevo amanecer.

Horas después de haber pasado el tiempo contando sus historias, Camila y Olena, abandonaban el luctuoso escenario de la habitación sumergida en tinieblas. Aparecían en una escena que trajo la nostalgia de las alegrías de su niñez. Andrés, no pudo contener sus emociones y las dejó a solas, su contristado espíritu perdía la fortaleza. Ahora, eran unas jovencitas y sus juegos ya no eran infantiles. La adultez las envolvía. Correr una tras otra dejaba de ser un juego amado. Intercambiaron las impresiones una con las otras, mostraron sus mejores sonrisas, lucieron sus mejores gestos. Amenizaban un ambiente donde se afanaban en convertir los vestigios de oscuridad en una suave luz.

—Me di cuenta de que Palmira es un lugar de bellos encantos.

—Así mismo es, Olena. Parece que el tiempo aquí ni siquiera transcurre — afirmó Diana que movía el equipaje de Olena.

—Me gustaría que me acompañaras. Son muy hermosos los atardeceres. Y además el paisaje es agradable para ejercitarse —dijo entusiasmada Camila.

— ¿Verdad? ¿Todavía realiza esos recorridos? —preguntó Olena.

—Sí, aquí la naturaleza te ofrece cada tarde una bella razón, Olena, es muy diferente a la ciudad —expresó Camila y luego con un tono triste y apagado señaló —, aquí solo te detienen las inesperadas tormentas.

—Estoy sorprendida. Creo escuchar tu corazón hablar Camila —dijo intentando borrar el semblante de tristeza que emergía en Camila.

— ¿Qué dices prima? Ya verás que hermoso es todo en este lugar —

expresó risueña Camila.

—Estoy segura de que habrá tiempo para eso.

—Es bueno correr. Me fascina mucho. Además, la vista es hermosa cuando cae la tarde. Mira, ya pronto el lago mostrará esos hermosos colores cuando el Sol se pone. ¿Qué te parece si vamos?

—Por supuesto que sí, querida.

—Son juegos de luces fenomenales. Aunque las aguas del lago son demasiado frías. Al menos eso he escuchado —dijo Camila mostrando un rostro resplandeciente de alegría.

—Coloqué tus cosas en la habitación Olena. Espero que te sienta como en tu casa.

—Gracias, Diana.

Ambas intercambiaban sus expresiones con gran entusiasmo. La alegría del reencuentro las desbordaba en risas y carcajadas llenas de energía.

—Y... se puede saber quién te ha instruido —dijo Olena exhibiendo una pícaro mirada.

—Los susurros del viento... —expresó Camila dejando caer su mirada al lugar opuesto que ocupaba Olena.

Los recuerdos de una conversación amena se habían perdido en el divagar de las memorias. Ante la presencia de Olena, Camila era otra joven. Por el momento, conversaba con entusiasmos y aquellos susurros que le provocaban gestos indeseados e incómodos parecían no lograr su objetivo. Aunque por momentos, una extraña fuerza intentaba llamar su atención, pero era tan fuerte los lazos que la unían a Olena que su aliciente presencia era mejor que cualquier medicina. Aun así, percibía la imagen que se posaba en el camino de su mirada, buscando captar su atención.

Por su lado, Diana sentía un refrigerio en su alma. Una extraña calma en su interior. En ciertos momentos, en que las carcajadas sustituían las palabras, parecía cerrar sus ojos y mirando hacia arriba, podría leerse en sus labios lo agradecida que estaba. Andrés, no se sentó a contemplar el firmamento como de costumbre. Sus pasos fueron más lejos y cabizbajo, sus pensamientos lo llevaron a apartarse de la casa. Parecía un sonámbulo bajo los cálidos rayos

mañaneros del sol, buscando entre las sombras de los altos árboles la frescura que ofrecían.

Quizás se alejó para no escuchar las risas y cuentos de su hija y Olena. Quizás sentía el temor de una falsa calma. La fe puesta en el reencuentro por Diana. A lo mejor fue en busca de abrazar la fresca y suave brisa que descendía, llena de quietud, desde las colinas que bordeaban la casa. Levantarse juntos al viento como una menuda pluma que sin peso alguno dejaba la resistencia y seguía su camino. Pero seguro, le corría al miedo de los largos e inagotables desvelos de las noches, que traían consigo susurros de conversaciones a sus oídos, tan reales que casi deseaba compartir. Le temía a esas charlas infaustas y a sus realidades. Unos murmullos que el silencio de la brisa arrastraba con ella. Una música que alejaba la falsa ilusión de un sueño ligero.

Un poco distante, alcanzó la sombra del solitario almendro. Debajo del árbol, contempló la casa que se levantaba en el pequeño valle verde. Observó cómo las cadenas de colinas la resguardaban, como soldado fiel del intruso invasor. Pero también, deseó, sin levantar su mirada al azul del cielo, permitir ese estallido de lavas ardientes que reposan en su pecho y que le atormentaba enfriar antes de arropar todo a su paso. Lanzar al viento con todas las fuerzas de su alma, ese grito de desesperación que como cadena oxidada le hería el espíritu y le mataba lentamente.

Arrinconada, con sus brazos cruzados, sentíase despreciada e ignorada, mientras los hombres vestidos de gris la acompañaban. La sutil mirada de Camila intentaba expresar un vacío interés. El enojo pintaba la piel de rojo y los rostros mostraban la contrariedad con sus miradas largas. Ambas, sentada en la sala, con sus rodillas dobladas y los pies sobre el sofá, charlaban alegremente. Camila jugaba con sus cabellos, mientras hacía un esfuerzo por sonreír en cada una de las palabras que pronunciaba Olena, pero su tímida mirada viajaba hacia aquel cuadro intimidante que cobraba vida, cada vez más fuerte y con más presencia. Olena, ocupaba ahora un lugar, un espacio, venía a intentar de llenar un vacío. Sus intimidantes miradas llovían sobre la insinuación de ignorancia que percibían de Camila. Su rostro expresaba el esfuerzo de una sonrisa que ocultaba la timidez y el miedo tras su corazón.

Capítulo V

Sombras y luces

El entusiasmo había sustituido las incertidumbres que traía el paso del tiempo. El péndulo del reloj que colgaba vertical y que con sus suaves movimientos de agujas definía el tiempo, por el momento no recibía esas agónicas miradas de los padres de Camila. El tiempo avanzaba con la calma que sus almas anhelaban y, así mismo, ansiaban que sus insomnios llegaran a un fin. Desde la llegada de Olena, los días permitían disfrutar la belleza del valle y los encantadores sonidos que regalaban las florestas que les rodeaban. Los atardeceres, que tanto le gustaban a Camila para correr, eran disfrutados en compañía de Olena. Se disipaban, como neblina al avanzar el día, las preocupaciones y los miedos que rodeaban a sus padres. Los eternos desvelos que las frías y oscuras noches traían consigo y que les impedía caer en un nocturno descanso, debido a los extraños susurros de palabras y frases confusas, cada vez eran menos. Diana sonreía más y sus miradas de ternura reflejaban el gran amor por su hija.

El eco de las risas adornaba una vez más la casa. Aunque, en ciertos momentos, pinceladas de nostalgia abrumaban el alma de Diana, aunque podía vencerlos al verlas sonreír. Así, se sumergía en un entrañable pasado que le arrebatava una sonrisa, pero en otras ocasiones eran inquietantes recuerdos que le afligía. Olena, sustituía los momentos grises y sumaba un entusiasmo lleno de vigor. Ambas, se entrelazaban en fuertes lazos y hacían entre ellas indispensables vestirse de una coraza firme y compartir con alegría cuando la tristeza intentaba imponerse. Andrés luchaba contra debilitantes instantes que la memoria traía al presente. Llevaba sobre sus hombros una carga que pesaba en su corazón y que a pesar del transcurrir de los meses, se hacía cada vez más imposible de soportar.

Olena, al llegar a lo más alto de la colina, al faltarle aire, tomó asiento en una roca debajo de un frondoso y colorido flamboyán. Camila, quien continuó sus movimientos, le animaba seguir.

—Estoy agotada.

— ¿En verdad?

—Sí, no tengo la resistencia que tú tienes Camila.

—Te esfuerzas y luego te acostumbras. ¡Vamos! —Camila le animaba.

—Para ti es fácil.

Expresó Olena mientras se recostaba sobre el tronco del árbol, extendiendo sus piernas con la dificultad que produce el cansancio para respirar.

—Ves aquella montaña. Detrás de ella es que está el lago, duerme a sus pies —señaló Camila extendiendo su brazo derecho.

—Me gustaría regresar, es muy solitario este lugar.

—Esperemos un momento más y te fascinarás, ya lo verás.

Al ascender el Sol, con el nuevo amanecer, su brillante luz estaba con ella, proyectando sus radiantes rayos sobre la colina haciendo que su sombra se posara sobre el valle, donde la casa actuaba como punto de intersección entre la sombra y la luz. Frotó sus ojos ante el espectacular acto de magia de la naturaleza, creyó estar soñando. Olena, se puso de pie ansiando tocar aquel encuentro que solo creía existir en su imaginación. Avanzó con timidez, llena de asombro. Camila la observó disfrutar su momento de estupefacción. Olena permaneció estática, pasmada, sin palabras que pudieran describir los que sus ojos estaban viendo.

Avanzó hacia aquel mágico punto y luego el regocijo fue mayor cuando su propia sombra se proyectó sobre el valle como si estuviera vida propia. La felicidad permitió que su rostro resplandeciera mientras veía a Camila dar vueltas, danzando con sus brazos extendidos al cielo, dejando que la suave brisa jugara con su rostro y cerrando los ojos cantaba sus versos preferidos.

— ¡Es magia! —dijo Olena.

—Es por eso que disfruto los atardeceres. Es un mundo de hadas — comentó Camila.

—Parece que el tiempo se detiene.

—Sí, eso parece.

Agregaron a aquel hermoso espectáculo de la naturaleza sus carcajadas, el canto de sus versos, sus hermosas sonrisas y felicidad. Bailaban y giraban en círculos con sus manos extendidas, queriendo envolverse en los destellos de los rayos y ver sus figuras extenderse por todo el valle. Aquella tarde decidieron descender la colina caminando. A pesar de que la oscuridad se apremiaba en ocupar el lugar del día, dejaban a un lado el temor que podría causarles. Primero la brillantez de la luz, luego su ida, dejando paso a un ambiente cuyo tono grisáceo cedía espacio a la negrura que permitía disfrutar la esplendidez del infinito cielo.

Seguían sus suaves pasos, sobre el mismo sendero custodiado por la verde hierba. Los altos árboles compartían su melancolía a la llegada de la tristeza que le acoge cada vez que ven el Sol partir. Dejaban caer sus hojas en un forzado dormitar, moribundo producto de un cansancio agotador con el calor impregnado en ellas. Sin embargo, se mantenían firmes y robustos, queriendo avanzar el tiempo y apurar el amanecer. La frescura del clima hizo su presencia y la rapidez de las corridas de las dos jóvenes se convirtió en una lenta caminata, donde las expresiones avistaban el interés que la adolescencia clamaba: sonreír de felicidad.

— ¿...Y entonces?

— Entonces, ¿qué...? —inquirió Camila.

— ¿Qué te ha parecido Palmira?

—Sabes, ni siquiera sé porque estamos aquí. Mis padres... siento que... me tratan como una prisionera y la casa como a una cárcel. Hace unos días, saludé a un chico... y... casi se sintió como el estallido de una bomba —dijo con tristeza.

Cruzaron miradas, Olena extendió su brazo derecho con la intención de abrazarla, pero apenas la tocó. La curiosidad se apoderó de Camila e intentando alcanzar un pequeño nido de ave que descansaba en una débil rama, colocó su pie derecho sobre la gran raíz que emergía y al no tener la firmeza, por la humedad de esta, perdió el equilibrio al resbalar, pero logro sostenerse rápidamente de una rama adyacente e impidió caer al suelo. El grito de cuidado de Olena pasó desapercibido por Camila, en aquel mismo instante en que su vista se perdía entre la luz y la sombra de los árboles. Una imagen

aparentaba lucir una pose de disconformidad que le atemorizó. Entonces fue cuando recordó unos angustiantes momentos que protagonizó precisamente en aquel lugar. Con su mirada fija en aquella borrosa imagen oculta tras los árboles, quiso salir corriendo.

—Espera Camila, ¿qué te pasa?

Sus ojos inquietos saltaban mirando a todos lados, como si estuviera desesperada y perdida. Olena iba tras ella dando voces, pero ella, en su afán de abandonar aquel lugar, parecía ignorarla. Sus oídos no atinaban a escucharla. Aquello que vio le influyó tanto miedo que le pareció estar viviéndolo nuevamente y fue cuando comprendió cuan real fue su pesadilla.

Las pinceladas del arrebol matizadas en el cielo fueron más intensas aquella tarde. La belleza del atardecer se disipaba con la fuerza de la oscuridad que la desplazaba mientras tomaba su lugar. Cedía la luz a la oscuridad, caía rendida como ante una batalla. Emergían suavemente pequeños titilares en el firmamento, venciendo el gris celestial. Los pasos de Camila, aunque no corría, llevaban prisa y casi pisando las sombras de sus huellas, le seguía Olena, expuesta a la debilidad del cansancio.

Minutos después, se encontraban en la casa. Recibieron las mismas de siempre cada vez que volvían de una caminata. Camila, de inmediato se retiró a su habitación sin expresar una sola palabra. Olena, sin comprender la reacción de su prima, permaneció en la galería con su vista hacia la colina tratando de entender el abrupto comportamiento de Camila.

Se levantaba una placida y serena noche. Al Este, llena de esplendor, el cielo recibía orgulloso la Luna, que emergía imponente. El silencio de las palabras en la casa permitía que los oídos disfrutaran del cantar de lasavecillas nocturnas. La brisa que descendía de las colinas traía su fresco. El verdor de las hierbas aparentaba dormir. El alma de Diana perdió el sosiego, mientras que Andrés, simplemente bajó su cabeza desde el rincón de la sala donde se encontraba, cuando vio a su hija cerrar tan fuerte la puerta de su habitación que no logró comprender como permaneció sujeta a las bisagras. En aquel momento sus mentes permanecieron en blanco. Por unos instantes,

Olena se sintió fuera de lugar hasta que sintió el suave toque de las manos de Diana sobre sus hombros mientras le regalaba una tímida sonrisa.

Durante la cena, la pastilla azul adornaba el mantel de cuadros rojos y negros. Esperaba ser ingerida. El ritmo de los movimientos de los cubiertos entonaba, con sus golpecitos, una triste melodía. Las miradas navegaban por encima de los demás buscando una superficie donde detenerse. Aunque juntos en el comedor, la soledad llenaba el espacio que sus miradas evitaban compartir.

Aún con la ausencia de la luz, cuando todavía la oscuridad reinaba, muy temprano en la mañana, Olena salió de su habitación al no poder conciliar el sueño. Por momentos, unos extraños ruidos le perturbaban. Podía escuchar algunos susurros de palabras confusas e incompresibles, que llegaban arrastradas por los soplos de brisas a sus cansados oídos. Decidió entonces, disfrutar del aire libre que se confundía con las suaves melodías de las aves que entonaban sus cantos de alegría, dándole la bienvenida al amanecer. Pudo notar las luces encendidas en la habitación de Camila y debajo del burlete de la puerta, débiles reflejos de sombras moviéndose sobre la superficie del suelo.

Colocó alrededor de su cuello su bufanda de estampas primaverales. Acomodó su largo pelo castaño hacia atrás, el cual decidió llevar suelto y luego, evitando ser descubierta, sigilosamente salió al patio del frente de la casa. Algunas estrellas en el horizonte mostraban su débil brillo después de una larga noche de trabajo. Las tenues luces de las bombillas alrededor de la casa tenían poco alcance. Se avistaba que, en poco tiempo, el Sol aparecería para dar inicio a un nuevo día, pero la oscuridad, intentando aferrarse a permanecer y sin ninguna oportunidad de vencer, no ansiaba irse. El árbol de almendro, aún no se podía distinguir, era solo un objeto oscuro. Una vez bajo el aún oscuro cielo, aspiró el fresco aire profundamente, varias veces, hasta embriagarse con aroma fresco de las flores silvestres.

Miró a sus alrededores, donde su vista perdía alcance. Luego, observo a sus espaldas la fría casa que, llena de acciones incompresibles, lucía un gran vacío. Sentía no tener sentido el haber venido a Palmira, le embargaba el arrepentimiento. Estaban fuera de su comprensión, los extraños comportamientos de Camila, que continuaban hurgando su corazón, al que solo lograba contristar. Tanto esplendor que ofrecía la naturaleza para disfrutar, pero solo percibía espinas donde debió encontrar pétalos. Avanzó unos pasos y se detuvo a apreciar las margaritas que empezaban a mostrar la urgente necesidad por los cálidos rayos del sol que le ayudarían a exhibir su belleza. Miraban todas, al lugar desde donde esperaban recibir ese mágico toque que les daría vida.

Los primeros rayos acosaron un crepúsculo renuente a marcharse, pero como la noche, perdía su débil fuerza. El cielo recobraría su azul. Las aves iban de un lugar a otro entre las ramas, llenas de felicidad. La neblina se desplazaba sigilosamente al ritmo de la brisa. La naturaleza volvía a exhibir su verdor que la oscuridad le había puesto en pausa. De pronto, un sonido mecánico junto a los ladridos de un perro, le sorprendió. Sobrecogida por el susto, giró bruscamente hacia su espalda y se espantó. Entonces, quien tomaba la imagen, permaneció por un instante inmóvil y confundido.

—Lo siento. Disculpa —dijo el joven avergonzado.

— ¡Hola! —dijo Olena con su piel rojiza.

—Mambrú quieto, quieto —indicó al perro tratando de tranquilizarlo.

Mambrú, se lanzó inmediatamente sobre Olena buscando ser acariciado. Ella se arrodilló y jugueteó con el perro que continuaba emitiendo sus ladridos que se iban mezclando con las carcajadas de Olena.

—Shhh, quieto, ya Mambrú —insistía el joven—. Disculpa, le fascina jugar.

—A mucho les gusta. Es hermoso...

—Lo es, gracias.

—Siento haber tomado la foto, pensé que eras...

—...Camila —dijo sonriendo en voz baja.

—Sí Camila y...

—Olena.

—Olena. Mi nombre es Abel —dijo reverenciando—. Un placer conocerle.

—Igual —dijo sonriendo.

— ¿Eres una chica exploradora? —inquirió Abel.

—No, no nada de eso.

—Entonces, ¿qué hace una joven como tu tan temprano en estos lugares?

— ¿Periodista? —dijo mientras acariciaba una margarita y Mambrú le seguía.

—Lo dices por la cámara, ¿verdad?

—Por las preguntas —dijo en voz baja y sonriendo.

La oscuridad se había desplazado y todo era luz. Las margaritas mostraban su felicidad y esplendor. Unas miradas curiosas que despachaban algunos rayos de enojo se mezclaban a los del sol. Media oculta tras la cortina de la ventana, desde su habitación, Camila intentaba codificar el intercambio de sonrisas y cortesías entre su prima y Abel. Sus ojos destilaban una furia incompresible mientras quien le acompañaba atizaba su enfado. Al observar que tomaban el camino hacia la casa, seguidos por su fiel animal, Camila se apresuró a salir a su encuentro.

— ¡Camila! —enunció sorprendida su prima al notar su presencia en la galería.

Respondió al saludo de Olena alzando su mano derecha y moviendo sus dedos. Bajó lentamente los escalones de la galería. Al descender, lo hizo lentamente, acentuando con intención cada paso, asegurando que su presencia fuera apreciada, especialmente por Abel. Inclino su cabeza ligeramente, pero sin perder contacto visual. La suave brisa hizo que su blusa pareciera más ajustada de lo que en realidad era, lo que produjo un ligero cambio de tonalidad en la piel de Abel.

—Hola —expresó Abel con una voz nerviosa.

— ¿No me van a invitar?

—Es que no...—dijo Olena.

—«*Estoy cansada de su presencia*».

—...No sabía que se conocían —dijo ignorando a Olena.

—No. No nos conocíamos, pero el madrugar planificó nuestro encuentro.

— ¡Vaya! ¿Con que es así? —expresó Camila con sarcasmo.

—«*¡Que listo es! Presumido*».

—Camila, el joven hasta me confundió contigo...

—Sí, cierto, tenemos un gran parecido —dijo con ironía haciendo referencia a sus cabellos.

—Bueno, pues ando tomando algunas fotos y me dirijo a esas colinas para tener mejor oportunidad...

Pronto el rostro pícaro de Camila fue desvaneciéndose, dando lugar a una expresión sombría mientras escuchaba a Abel hablar acerca de la colina y sus intenciones de fotografiar. De repente, fue interrumpido por los ladridos de Mambrú, que retumbaban produciendo ecos mientras se guarecía detrás de Abel. Parecía que una manta invisible lo cubría en un escalofriante miedo. El perro ladraba ferozmente hacia el lado derecho de Camila. El, una vez alegre y juguetón Mambrú, fue preso del terror y mostraba un comportamiento extraño. Olena observaba el extraño comportamiento del perro, que había permanecido apaciguado hasta la llegada de Camila. Abel quien, tomando la correa, intentado controlarlo, mantenía su confusa vista yendo entre donde se encontraba Camila hasta su perro, que aún se encontraba intranquilo a su lado.

—Está muy inquieto, a lo mejor quiere continuar su caminata —dijo Olena.

—Sí, sí eso creo —dijo Abel mientras lo acariciaba.

—Los perros son impredecibles —apuntó Camila.

—Será mejor continuar mi marcha —dijo Abel

—El amanecer no podrá ser captado...—indicó Olena intentando detenerlo.

—Habrá otros tan hermosos como el de hoy —comentó Camila.

—Pero si gustan, podemos hacer lagunas tomas. ¿Qué les parece?

Olena acepto sonriendo, mientras que Camila intentó imitar la misma emoción con una sonrisa incomoda, al mismo tiempo que su mano derecha alcanzaba su oído. En aquel momento, con la presencia de Abel, deseaba que sus oídos solo escucharan su voz. El perro, aún inquieto, halaba con fuerza la correa, queriendo alejarse de la presencia de Camila. Se recostó detrás de

Abel cubriendo sus ojos con sus patas delanteras. Un flamante colibrí, atraído por las margaritas, cruzó entre ellos. La pequeña ave, con su volar serpenteó, permaneció suspendida frente a la flor, captando la atención de Olena. El contraste entre el amarillo de la flor y el azul del colibrí engrandeció los ojos de los jóvenes.

— ¡Qué azul más hermoso! —señaló Olena.

—Sí, muy bello —afirmó Abel.

Abel no perdió el tiempo enfocar su cámara hacia la pequeña ave y lanzar unas ráfagas de tomas que hizo despertar la curiosidad de Camila. Él aún permanecía con el sujetador de la correa de Mambrú en sus manos. Al ver la reacción de Camila y el brillo que su sonrisa reflejó, se acercó a ella para mostrarle las imágenes que había captado. Mambrú, aún atemorizado, se resistía a ser halado por su amo. Ambas, alabaron la habilidad de Abel y su rápida reacción ante la inquieta ave, que ya había abandonado el lugar, espantada por el sonido de la cámara.

—Entonces, quieres decir que este es tu oficio —dijo una sonriente Camila.

— ¿Eres artista? —inquirió Olena.

—Si eso es. ¡Bellas imágenes! —dijo sorprendida Camila

—En verdad soy... pintor, bueno también fotógrafo... así es...

—El solitario es todo un artista —dijo Camila

— ¿Cómo es eso de solitario? —inquirió curiosa Olena.

—Bueno, es muy exigente. Para eso necesita un espacio adecuado, un poco de soledad, privacidad, creo, ¿no? —argumentó Camila.

—Solitario, privacidad —repitió Abel con asombro—. Qué cosas dicen.

—Has logrado una buena imagen de la pequeña ave, creo. Hoy no tendrás fotos del amanecer, pero el colibrí realizó una oportuna llegada y parece que Mambrú ha perdido interés por seguir caminando. ¡Pobrecito!

—Así es Olena, bueno, habrá más caminatas, ¿verdad Abel? —señaló Camila.

Camila hizo todo cuanto pudo para ignorar aquellas palabras e imágenes que siempre parecían acompañarla. Concentró todo su esfuerzo en escuchar

las voces de Olena y Abel, tanto así, que podía percibir sus palabras simplemente por los movimientos de sus labios. La calma que le fue arrebatada a Mambrú y que había exhibido hasta que Camila se les unió, esfumaron sus alegres ladridos. La casualidad del encuentro de Abel con las jóvenes, había dejado atrás sus intenciones de tomar imágenes del amanecer. La ligera conversación encendía la llama de la alegría y, entre miradas tímidas y pícaras, el momento se hacía cada vez más agradable. Los ojos de Abel, inquietos, no podían evitar apreciar los movimientos de los labios de Camila al hablar. Captaron su atención aquellos labios delineados con el pincel de una mano delicada. Parecían cuidadosamente dibujados y el fresco rosado de su tierna piel resaltaba, haciendo que los latidos del corazón de Abel se agitaran. Camila podía sentir el calor de unas inquietas pero sutiles miradas, que en realidad no pasaban por desapercibidas por ninguno de ellos. Olena disimuló pretender pasar por desapercibido la indiscreción de aquellas señales de calor que emitían, sin disimular, los ojos de Abel.

La soledad que rodeaba a la casa se disipaba y emergían, intentando adueñarse de los sentidos, las esencias de los aromas que ofrecía la floresta con sus encantos. Las flores silvestres respondían con entusiasmo al roce de los rayos del sol y la blanca neblina daba la sensación de una ternura apacible que los envolvía en un risueño misterio.

Varios grupos de garzas blancas surcaban el cielo en pequeñas formaciones de combate. Ellas, seguían su líder con su pausado aleteo. El alba las invitaba a unirse a la fiesta del encuentro con unos vigorosos rayos que les calentaría desde temprano en la mañana. Abel, haciendo uso de sus habilidades, tomaba imágenes de aquellas aves y sus asombrosas formas de interactuar. Pero también, se aseguró a capturar las inigualables sonrisas de las jóvenes que servían de modelo. Era tal su belleza, que podían opacar los más hermosos juegos de colores del crepúsculo.

El almendro compartía su soledad con unos entes cuyos rostros eran embargados en grises tristezas. Aquellos que intentaban cubrirse con su sombra dejaban perder sus frías miradas en la felicidad que liberaba a Camila de sus angustias. El constante sonar del obturador de la cámara era sentido como una estaca atravesando sus almas. Cruzaban sus brazos, mientras sus

apenas almas se sumergían en un oscuro desconsuelo. Olena, hizo un movimiento intencionado que despertó el interés del joven, quien volteó su cámara hacia donde reclamaban su atención.

Desde el interior de la casa, la alegría de Diana se hacía visible al presenciar aquel inusual encuentro entre los tres jóvenes. Andrés, aún bajo el control del sueño que los insomnios le regalaban cada noche, llegaba tarde a la escena que logró producir unas gotas de lágrimas en Diana. Miraban desde la distancia, en silencio, sin intercambiar palabras entre ellos. La agradable charla logró desplazar el inquieto comportamiento de Mambrú a su usual y sereno estado. La escena despertaba a la curiosidad, al ver como el pequeño colibrí se apoderaba de la atención del trío que, por sus miradas, era obvia la admiración que el ave lograba extraer de ellos.

—Tengo pensado ir a Abdem.

— ¿Abdem? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Diana, no ocultó su sorpresa al escuchar las palabras inesperadas de Andrés. Soltó la parte de la cortina que había puesto a un lado para ver a los jóvenes que charlaban frente a la casa. Concentró su mirada en Andrés casi sin parpadear, mientras éste se dejaba caer en el sofá desviando su mirada. Observaba, desde su lugar, la postura de su esposo sobre el mueble, y como se había sumergido en un silencio donde sus propias palabras evitaban el eco. Ella tomó un lugar a su lado y ambos sostuvieron con firmeza sus manos, sus miradas se encontraron mientras sus ojos reflejaban la acostumbrada sensación que no conocía misericordia.

Capítulo VI

Pinceladas de colores

La naturaleza estaba dispuesta a exhibir sus encantos. El típico fresco del otoño amenizaba el estado de ánimo de Olena, quien se negaba a ser atrapada por la nostalgia. Olena, inquieta y amante de la vida exterior, como punta de témpano flotando en la calma del alto mar, apenas lograba contener la necesidad de navegar en algún tipo de entretenimiento que la sacara de la rutina en la que había caído. Para ella, vivir entre cuatro paredes era como un ave enjaulada, sin libertad. Camila, dejaba atrás unos tristes rostros que le hacían compañía al solitario almendro. No podía evitar mirar hacia atrás, a través del espejo retrovisor del pasajero. Aquellas imágenes ansiaban permanecer en su mente mientras que, sumergidos en un mar de desolación, la observaban alejarse.

Eran caminos polvoreados, inestables y quebrados debido a los agujeros dejados por los charcos, formados por las ocasionales lluvias. Encendieron los faroles del vehículo pues la débil sombra que ofrecían los árboles representaba el preámbulo del anochecer. Era un camino angosto y solitario, con espesa foresta custodiando a ambos lados. Dos líneas dibujadas en el suelo indicaban las marcas de los vehículos en su transitar. El estridente grillar era ensordecedor. Algunos tibios y anaranjados rayos de luz acompañaban la fresca brisa del atardecer. El Sol caía cansado de su divagar y las ramas apenas permitían el paso de débiles reflejos de luces que impactaban los ojos de las jóvenes.

— ¿Crees que nos hemos perdidos? —dijo Camila mirando hacia atrás con temor.

—Apenas llevamos unos minutos en el camino.

—Estos árboles son muy altos, ¿no crees? —apuntó Camila

—Sí, son muy altos —dijo Olena intentado mirar sus cúspides inclinándose hacia el parabrisas.

Al adentrarse en el angosto camino, Camila empezó a temer por las alturas

de los árboles y la humedad que le abrumaba. Por momentos, cubría sus oídos por los ruidos de los grillos que, por lo fuerte del sonido, parecían miles entonando sus melodías. Miraba constantemente hacia atrás, como quien teme perderse. Llevaba los pies sobre el asiento y en ocasiones, dejaban descansar su cabeza apoyando su frente sobre las rodillas.

—Si quieres, puedes encender la radio —dijo Olena.

—¿Crees que estos insectos nos dejarán escuchar alguna canción?

—Cierto, tienes razón. Si no llevara las manos sobre el volante, me taparía los oídos también.

El vehículo saltaba con las protuberancias e irregularidades del camino. Olena sonreía a los incontrolables movimientos, mientras que a Camila le era indiferente el disfrute de su acompañante. Cruzaban constantemente frente al vehículo, pequeñas aves que buscaban su refugio para que la oscuridad no les sorprendiera. Salían volando de un lado y otro, llevando la urgencia de encontrar refugio de la fría noche que se avecinaba. Minutos después, salían de las sombras de las arboledas y se encontraban con un amplio sendero de pastos verde con el ocaso frente a ellas. Las calmadas aguas del lago, que exhibían una admirable paz, les sorprendieron y las forzó a expresar su admiración. Parecía un mar inmenso. Un cristal en reposo disfrutando de lluvias anaranjadas de frágiles rayos de un Sol agotado buscando descanso. El Sol era custodiado por blancas y frágiles nubes transparentes que se veían descansar detrás de la inmensa montaña. El vehículo se detuvo. Sus ocupantes dejaron perder su mirada hacia el impresionante horizonte que se adueñaba de un arcoíris de colores. Aquella tristeza que vestía Camila fue disipándose ante el asombro de la obra maestra frente a ellas.

— ¡Parece que estoy soñando! —exclamó sin pestañear Olena.

Ambas salieron del vehículo con sus miradas recorrieron su alrededor, apreciando todo lo que el alcance de sus vistas les permitía. Como un gran mar, el lago dejaba que pequeñas olas acariciaran sus orillas. La suavidad con que alcanzaban la orilla absorbía el sonido de su impacto. Se podía ver las siluetas dibujadas por los peces que nadaban en las cristalinas aguas. Una montaña de gran altura parecía detener sus aguas para que permanecieran allí,

exhibiendo sus encantos.

— ¡Hola, chicas!

Ambas respondieron al saludo de Abel entusiasmadas. No tardaron en dejarle saber cuan hermoso les parecía la escena que presenciaban. Aun con el cielo azul, una tímida Luna emergía sobre ellos. Callada y serena, aquella tarde se maravillaba en los colores que exhibía la puesta del Sol. Olena se acercó a Abel y ambos se saludaron con besos en las mejillas, mientras que Camila buscaba con su mirada al canino que lo acompañaba la última vez, pero sin ningún éxito en encontrarlo.

—Descuida Camila, Mambrú no está conmigo.

— ¿No?

—En realidad, solo me acompañaba aquella mañana, es de mi amigo Martin.

Camila, aliviada por su respuesta, tomo un ligero suspiro que permitió que la frescura del lugar le llenara los pulmones y relajara los músculos de su rostro. Los ladridos del perro no le serían una preocupación en el momento. Mambrú la ponía nerviosa debido al extraño comportamiento exhibido ante su presencia. Avanzaron unos metros más hacia la casa que pasó desapercibida a su llegada. Estaban ocupadas deleitándose en la impresionante escena que le daba la bienvenida al lugar para notar la casa que ocupaba el terreno.

—Bienvenidas.

Sonriendo discretamente ante su estado de sorpresa, las recibía. Era más bien una casa para veranear. Un imponente farol frente al lago, escondida entre arbustos en un camino olvidado. Rodeado por la soledad en donde el silencio compartía con los chirridos de las aves. Se podía escuchar cada rama ser agitada por la brisa que buscaba refrescar las dulces aguas del lago. Una envidiable serenidad que superaba la paz. Con una gentil muestra de amabilidad, las invitó a entrar a la casa.

— ¿Desean tomar algo?

— ¿Qué tienes? —respondió Olena.

—Vino...

—...Para mí está bien —dijo Olena.

— ¿Una copa para ti, Camila?

Se quedó esperando por la respuesta, en realidad Camila ni siquiera escuchó la oferta que le presentaban. Olena había seguido los pasos de Abel hasta el interior de la casa, pero Camila permaneció contemplando las maravillas de los colores que el cielo les ofrecía.

—Es muy solitario aquí.

—Sí, cierto, muy solitario —dijo Abel pasándole la copa de vino.

— ¿Entonces?

— ¿Entonces qué? —preguntó Abel.

—Que es lo que te atrae de vivir entre tanta soledad. Apartado de todos. En un camino perdido...

—Solo me fascina. Es todo —presumió Abel.

Tomó varios sorbos de vino mientras que Olena se sumergía en el asombro. Buscaba con la mirada a través del cristal de la parte delantera de la casa a Camila. Olena recorría el interior de la casa y unos cuadros en óleo, hermosamente enmarcados invitaban a ser observados. Solo había tomado un sorbo de vino.

— ¿Dónde habrá ido?

Olena continuó concentrada en las pinturas que les cautivaban. Vivos colores hacían contraste con unas tonalidades melancólicas. De unos tonos sólidos y vibrantes hasta unos opacos y transparentes grises. Seguían un orden, como el arcoíris. Era una imagen que parecía tener un efecto de distancia, al observarla con detenimiento, sentía que su vista se perdía en el interior de ella. Giró de repente, al escuchar el suave golpe de la puerta al cerrar. Quedó a solas en la sala, la salida de Abel no le llamó la atención. Detuvo sus pasos frente a una pintura en particular. Tenía los matices de colores divididos diagonalmente en dos. Grises en la parte inferior y en la superior, tonos rojos y azules. Era la creación de un espejo reflejado en sí mismo. Concentró su mirada en la pintura mientras se acercaba detenidamente, casi sin parpadear,

mientras sus ojos aumentaban de tamaño. La expresión de asombro se acentuaba en su rostro. Llevándose la mano a la boca evitó emitir algún sonido. Quiso tocar el lienzo donde la combinación de aquellos colores reflejaba una escena tan real que los vellos de su piel se cargaron de energía. Sus nervios se estremecieron y sostuvo con firmeza la copa de vino para no soltarla. Un escalofrió le invadió todo el cuerpo. Los poros de su suave piel se humedecieron. La respiración tardaba, se hacía lenta. Aquella obra de arte parecía poseer su vida. Sus ojos cedían a un espantoso hipnotismo que la mantuvo con sus pies clavados, inmóviles. Parecía inocente, embelleciendo a aquella pared de la que colgaba, pero actuaba como un túnel negro que deseaba succionarla. Retrocedió, cuando su instinto se lo permitió, mientras la seguía mirando.

Recobró su dominio propio y dejando la copa en la mesita de la sala, salió en busca de Camila. Al salir a la galería se apoyó de la baranda con ambas manos y miró a ambos lados, pero, al no encontrar lo que buscaba se apresuró a salir de la casa. Descendió de un solo paso los escalones de la galería. La redondez del Sol se ocultaba tras la inmensa montaña y era poca la luz que reflejaba la cristalina agua del lago. La Luna, a su espalda, compartía la poca luz que brindaba el Sol. Su sombra iba delante y su miedo le acompañaba. Había perdido el sentido del tiempo y no estaba segura de cuánto tiempo había pasado desde que llegaron ni de cuánto tiempo había estado separada de Camila. Dos sombras subían desde la ribera, luego pudo ver quienes la originaban. Camila se le adelantaba a Abel quienes ascendían por unos escalones de madera que daban acceso al litoral del lago próximo al pequeño muelle. Olena se le acercó a Camila y tomándola por un brazo la aporó para hablarle.

— ¿Dónde estabas? Te he buscado por todas partes —dijo Olena algo nerviosa.

—Caminé por la ribera del lago y luego Abel me acompañó —dijo Camila sorprendida por la actitud de Olena.

— ¿Por qué no me lo dejaste saber?

— ¿Qué pasa Olena? Estás muy nerviosa —susurró Camila evitando que Abel la escuchara —. Creo que el vino te ha hecho efecto.

—Apenas tome un trago —susurró Olena y después de una pausa añadió—

debemos irnos cuanto antes. Ven date prisa.

—Pero Olena, ¿qué pasa? Me está asustando.

Abel, quien permaneció parado próximo a las escaleras, observaba como las jóvenes charlaban entre ellas y evitaban ser escuchada. Aún sin soltarla del brazo se hizo acompañar de Camila hasta llegar al vehículo.

— ¿Te pasa algo? Te ves muy inquieta Olena —dijo Abel, quien no lograba comprender la actitud de la joven.

Una sonrisa nerviosa acompañaba la respuesta y su reacción fue decirle a Camila que subiera al vehículo. Abel permaneció estático, sin comprender la reacción de las chicas. Sus ojos se pasearon entre las chicas y la casa tratando de comprender que pasaba con sus brazos extendidos. Se acercó con pasos lentos al vehículo que abordaban hasta que fue forzado a decir adiós. Se despidieron y dando la vuelta, tomaron el mismo camino que las llevaría de regreso. Subieron los cristales del vehículo y encendieron su luz en alta. Olena condujo tan rápido como podía sin considerar las imperfecciones del camino, solo quería atravesarlo.

Abel con su copa de vino aún en su mano, solo atinó a ingerir todo su contenido. Continuó viendo el vehículo que se perdía en la oscuridad dejando tras sí una opaca luz roja que se hacía borrosa mientras extendía la distancia entre ellos. Permaneció allí estancado, sin comprender como la compañía había durado tan poco. Las había invitado después de su casual encuentro mañanero y desde aquel momento libraba una batalla entre su corazón y su alma por las imágenes grabadas en su mente que perturbó todo su ser. Se fijaba en sus pensamientos su imagen, tanto que corría por su sangre, su sonrisa y su angelical mirada.

—Hemos salido como proyectil. Espero que tengas una buena explicación.

— ¿Qué hora es? —repitió varias veces Olena con temor— ¿Dime?

—Son las cuatro y diez...Dios no puede ser... ¿Qué está pasando?

—No lo sé, solo que la puesta del Sol ha quedado inmóvil...

—Qué locura dices Olena, yo misma disfruté cuando descendía tras la montaña. Tus nervios te están traicionando, ese reloj se descompuso con la

tormenta —dijo señalando el reloj del vehículo.

—No me mires de esa forma —dijo Olena.

— ¿Cómo quieres que te mire? Has hecho el papel de paranoica de mis padres. Es increíble esta reacción tuya.

Dejaron detrás el camino que sacudió los nervios de Olena. Continuaba con la vista puesta en el retrovisor y solo podía ver la oscuridad que la luz de la luna no podía vencer. Sumergida en la confusión, Camila no lograba comprender la actitud de Olena. Giró a la derecha, al mismo tiempo que sentía el alivio que le ofrecía la distancia al alejarse más y más de aquel lugar. La frustración se apoderaba de Camila, que no dejaba de mirar a Olena con una sensación de enojo acumulada en su interior. Sus ojos destilaban fuego de rabia. Quiso expresar con algunas lágrimas su estado de ánimo, pero sus ojos solo se enrojecieron. Dejó perder su mirada en la oscura foresta a su derecha mientras se sumergía en el silencio.

Por momentos, Olena la observaba sin pronunciar una palabra. Avistó una pequeña luz que recordaba el lugar donde se levantaba la casa que deseaba alcanzar. En su galería, Andrés y Diana disfrutaban las danzas que exhibían cada noche las luciérnagas. El toque suave de la bocina del vehículo captó la atención de los padres de Camila. Las luciérnagas hicieron espacio, como unas cortinas de seda, cuando el automóvil se detuvo frente a la casa. Camila salió abruptamente y cerró con fuerza la puerta, externando todo su enojo. Olena permaneció por un momento parada cerca del vehículo mientras Diana siguió los pasos de Camila. Andrés permaneció inmóvil con su mirada fija en Olena que, suspirando, se recostaba del automóvil tratando de alcanzar las estrellas con su vista.

—Nunca había sentido tanto miedo, tío.

—Cálmate —dijo Andrés— ¿Qué fue lo que te causó tanto miedo? Estas pálida.

—Fue como una película que pasaba frente a mí cuando vi ese cuadro. Todo estaba tan claro, no supe que hacer y entré en pánico. Era la misma imagen de aquel fatídico día en que perdimos a Yulia. —expresó con voz entrecortada— Lo siento.

—Y... ¿Crees que el joven...?

—...No lo creo, más bien, no estoy segura. Pueda que sea coincidencia... él es pintor y...no sé...creo que los nervios me traicionaron y actué por impulso. Solo quería salir corriendo y evitar que Camila lo viera.

—Sí, creo que todos estamos angustiados por esta situación. Yo mismo a veces me siento perdido, cada día es más desalentador —Alentándola a calmarse, le acariciaba el hombro derecho.

Las danzas de las luciérnagas no lograron captar su atención. El estrellado cielo no contaba ninguna historia. La Luna parecía vestir un tibio esplendor borroso. La suavidad de la fresca brisa acariciaba la piel de Olena que, con sus brazos cruzados, permanecía recostada del automóvil con su cabeza en alto con el pensamiento nublado. Andrés, tomó un lugar a su lado y dialogaron sin mirarse sus tristes rostros, buscando como responder a tantas preguntas.

El telón rojo dejó iniciado con su ascenso la obra, las escenas no sorprenderían a nadie. El dramaturgo había escrito cada línea con tintas grises. Los personajes se representaban a sí mismos. La música de fondo parecía entonar un grito ahogado de sombras y miserias, melodías negras. Era el prelude de una larga noche. Era la bienvenida al desvelo en donde los sueños debían esperar. Los tímidos aplausos eran simple encuentro de palmadas cansadas. El rostro de Andrés vistió sombrío, permaneció con su vista perdida, su mente en blanco sin saber que pensar.

Diana se entregó a su angustia con el mismo frenesí con que su corazón latía. Camila se recluyó en su habitación sin decir una sola palabra. Su rostro deslumbraba enojo, ira, por la manera en que fue obligada a retornar a la casa desconociendo el motivo. La puerta detuvo el avance de Diana que, con un profundo suspiro, comprendió cuan largo seria su desvelo. Permaneció parada por un largo momento observando la puerta. Una frustrada esperanza le recordó que permanecería cerrada por lo menos aquella noche.

Observó desorientada a Andrés y a Olena dialogar frente a la casa. No quiso saber que compartían. Parecía que se esfumaba la esperanza del sosiego que traería la presencia de Olena y ya comenzaba a sentir la pesada carga sobre sus hombros. Palmira era el lugar de la esperanza. Esa ansiada luz que acompaña a transitar el oscuro y frío túnel de la angustia. Miró hacia el estante

justo al lado de la ventana lateral de la casa y alcanzando un portarretrato, lo sujetó contra su pecho cerrando sus ojos. Los marcos custodiaban la imagen de una joven feliz, quién podría imaginar que se convertiría en una luz apagada, tal cual su acongojada alma.

Capítulo VII

Dulce espina

Seguía la misma travesía de una pasarela en el firmamento. Coqueteaba con su esplendor en su suave avanzar. Su tenue luz era su hermosura. Su redondez aquella noche la hacía perfecta. La Luna, como todas las noches, buscaba el mismo lugar de descanso del ocaso. Recorría lentamente exhibiendo sus encantos y colectando secretos de deseos íntimos. Posó en lo más alto y desde allá guiñó a las estrellas que les envidiaban. Fue una noche con una densa oscuridad, pero perfecta para ser admirada. Las cristalinas aguas del lago la imitaron. Las notas de los cantos de las aves nocturnas amenizaron la sensación melancólica de un otoño fresco y triste. Era el panorama visto a través de los sorbos de vino a los que acudió Abel mientras se perdía en sus pensamientos. La llama ardiente de sus deseos se estremecía cada vez que su imaginación recreaba la sonrisa de aquella chica.

Aún escuchaba el rugir del motor del vehículo al alejarse. Quedo en su memoria la borrosa luz roja como recuerdo de la inesperada partida. La soledad le hizo compañía a unas copas de vino que sorbía entre preguntas y dudas. Pequeñas escenas fugaces luchaban por ocupar sus pensamientos. La tierna frescura de un rostro juvenil cautivaba su interior. Cada sorbo de vino recreaba el agradable tono de su voz. Cada movimiento de sus labios era como mansas olas cálidas de un mar profundo. Miraba la copa y en sus fantasías, dibuja la silueta encantadora que cautivó su alma. Recreaba el danzar de sus piernas y los sensuales movimientos que mostraba. Sus ojos encantadores, como luceros del alba, despertaban sus más furtivos anhelos.

Impedía embriagarse. Luchaba por mantenerse a flote y no anegarse. Los latidos de su corazón se movían con tanto ímpetu que desbordaban en su piel el rojo del crepúsculo. Sostuvo en una mano la botella de vino y en la otra la ansiedad de ingerirlo. Paseó con su sombra la orilla del lago. Marcó sus huellas entre las suaves arenas y las pequeñas piedrecitas. Juguetó con las débiles aguas que buscaban descanso en la costa. Las huellas de su andar seguían sus torpes pasos. Aquella noche, quiso contar las estrellas. Contó las

que le parecían tan bella como ella y fueron todas. Dejó descansar la botella, luego la copa le abandonó. Y más tarde, la soledad fue compañía solo de su imaginación. El delirio lo arropó.

Era como estar solo en una isla desierta y sangrando por las venas del alma. El cincel marcaba los rítmicos golpes del mazo que le obligaba a sucumbir. Eran golpes incesantes que ansiaban perdurar estampados y soslayando el olvido. Sus imaginaciones combatían con su sueño. Deseaba despertar de aquella escena que se enlazaba en su alma. Correr no podía, y hasta el vino se atrevió a manipular sus sentidos. La imagen de la hermosa doncella permanecía frente a sus ojos como sus propias pupilas, solo soñar podía. Descansó sobre las frías arenas y puso su vista al profundo firmamento. Extendió sus extremidades en una gran cruz y captó su imagen sonreír vestida de plata en aquel cielo estrellado.

Sobre aquellas arenas le sorprendió el alba. Jugeteaban a su alrededor pequeños cangrejos. Una bandada de garzas blancas hacía sus piruetas en formaciones, celebrando la llegada de los cálidos rayos. Extendían sus alas, regalándosela al viento. Frotó sus ojos para despertarlos, el efecto del vino lo había abandonado. Pasó la noche plácida y serena en turbulentas imágenes que consumían los instintos de su alma. Recreó su más reciente pasado y sonrió a sí mismo. Comprendió que las locuras de su corazón colocaban grilletes que le robaban su libertad. Grilletes que anhelaba con fervor permitir hacer su oficio.

Los ladridos insistentes de Mambrú lo despabilaron. Se incorporó con la fuerza que le restaba a su cansado cuerpo. Martín agitaba sus manos al mismo tiempo que le llamaba desde la escalera próximo a la casa. Mambrú fue a su encuentro, gozoso de saludar a su amigo. Quiso volver sobre sus huellas, pero estas se habían ido con las olas que les acariciaron.

—Que mal hueles amigo.

Martín mostro repulsión al captar el olor a mugre que expedía Abel. Caminaba con pasos torpes y poco equilibrio. Sus ojos luchaban por soportar la fuerte luz del día. Sus párpados ocultaban sus rojos ojos que, como el vino

ingerido, ansiaban brotar del lugar que le contenía.

— ¿Qué pasó con la velada?

— ¿Cuál velada?

— Olvidaste que me habías dicho que las invitarías.

— Sí, sí estuvo aquí con su prima.

— ¿Prima? ¿Cuál prima? No sabía que tenía familia por aquí.

— Tampoco yo. La conocí...

— ...Cuando intentaste tomar fotos de un amanecer tardío, y apenas te atreviste a enfocar un colibrí, ¿cierto?

Logró comprender con el movimiento áspero de su mano derecha de que no hubo un final feliz. La fogata no encendió las llamas que debió arder. Las leñas reposaron apiladas a la espera de convertirse en cenizas. La decepción estuvo a flor de piel. Avanzó a la casa como soldado destrozado tras el bombardeo insistente del enemigo. Batallaba entre los escombros por encontrar lugar seguro, pero su alma caía abatida por una simple sonrisa. El calor del vino quemó su alma y su corazón ardía.

— ¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? ¿Acaso viste un extraterrestre? ¿Fuiste secuestrado? ¿En verdad son como dicen?

Detuvo su moribunda marcha. Mambrú continuaba tras Abel dando brincos de alegría sin conseguir llamar la atención. Martin comprendió que debía guardar silencio. Sus preguntas eran como una lluvia de proyectiles que caían sobre un aturdido corazón que intentaba sobrevivir.

— ¡No puede ser! No, no, no. ¿Te has enamorado? Apenas la has visto una sola vez en aquel negocio de...

— En realidad, tres veces sin contar la de anoche.

Fue entonces cuando Abel continuó su marcha hasta entrar en la casa. Martin cayó en un mar agitado de sorpresa con olas que lo golpeaban sin misericordia. Anonadado, sin lograr comprender, le dio la espalda y se acercó a contemplar el lago buscando respuesta entre las cristalinas aguas.

El silencio permitía disfrutar de los cantos de las aves. Se podían escuchar los aleteos cuando sobrevolaban por encima de la casa. Aquella noche transcurrió sin ninguna sorpresa y en vano el telón rojo fue izado. Los espectadores permanecieron paralizados, pasmados esperando la mejor actuación de sus protagonistas que fue toda una desilusión.

— ¡Caras tristes! ¿Quién murió?

Se aproximó a la mesa del comedor con una sonrisa espléndida en su rostro. Su semblante no mostraba cansancio ni las marcas del desvelo, sino toda su hermosura. Levantaron sus miradas y la observaron vestir de alegría. No se miraron entre sí, cada uno sin saber cómo reaccionar y tratando de comprender el entusiasmo que mostraba Camila.

— ¿Vienes conmigo al pueblo?

Olena tardó en reaccionar ante la conducta de Camila y la respuesta emergió con movimientos lentos de su cabeza que se interpretaron como un sí. Se sentó a su lado y compartió con ellos el desayuno. La tensa oscuridad que cubría a Andrés y Diana se levantaba de sobre ellos. La calma llegaba cargada de incertidumbre, pero amaban en su desconcierto aquel momento de sosiego.

El silencio se apartó por un momento. La mesa del comedor, que se vestía de unos cuadriculados colores rojos y negros, servía como testigo durante aquel desigual desayuno. Las margaritas que lucía el florero parecían levantarse con más viveza. La conversación se tornó amena, con sonrisas y carcajadas que llenaban la casa de una brillante luz de armonía. Fue entonces cuando Diana comprendió que toda la noche se había entregado al sueño. Andrés entendió que no sentía la carga del cansancio. Aquellas voces que el viento traía no se dejaron escuchar. Evitaron mirarse, solo atinaron a dejar que las incertidumbres fueran arrasadas por el mismo viento que se llevó las tormentosas voces que tanto miedo les había infundido cada noche.

Primaba el desorden. El taller estaba localizado en el segundo nivel de la casa. Bordeada por paredes de cristales que permitía apreciar la hermosa vista del lago y la inmensa montaña que le protegía. Martin, recogía algunas cosas que estaban tiradas por todos lados. Era la imagen del caos dejado por un torbellino en donde sus vientos dejaron esparcidos el resultado de su furia. Paletas de colores, espátulas y pinceles decoraban el desorden. Sobre el trípode, en un lienzo color crema, la imagen de unos ojos marrones claros, resguardados por unas ondeadas pestañas negras, permanecía sin terminar. Como fondo, el intento a carbón de delinear una hermosa sonrisa, apenas perceptible. Martin permaneció por un instante observando el lienzo e intentando comprenderlo.

— ¿Qué haces?

Martin volteó al escuchar la voz de Abel. Solo lo miró y giró de nuevo hacia el trípode. Permaneció frente al lienzo con sus brazos cruzados y con su vista enfocada en los trazos tratando de comprenderla.

—Esta pintura es diferente a las demás.

— ¿Me estás supervisando?

—No lo interpretes de esa forma. Sabes bien que tienes un compromiso y conoces cuales son los requisitos acordados.

—Entiendo, y estás tú para recordármelo.

Martin sonrió, sorprendido por las esquivas excusas de Abel. Se alejó unos pasos para tratar de continuar poniendo orden a las cosas tiradas por todas partes. Mientras Abel continuaba observándolo. Luego, Abel se sentó en el banco frente al trípode que sostenía el lienzo con los trazos que intentaba dibujar el rostro de una mujer. Quedó pensativo por un momento, hasta que el impulso de un enojo que brotó bruscamente e hizo que arremetiera con toda su fuerza contra él, destruyéndolo. Luego impactó con sus manos la columna de madera próxima a él.

Martin solo lo observó externar toda su rabia. Dejándolo, descendió del taller disponiéndose a marcharse. Quiso creer que la soledad sería su cura. En aquel momento su presencia perturbaba su estado de ánimo. Mambrú esperaba en la galería cerca de la puerta como todo perro fiel.

—No logro concentrarme. Esa chica se ha apoderado de mis pensamientos.

Aún no había terminado de descender los peldaños de la escalera de la galería cuando escuchó la confesión de su amigo detrás de él. Mambrú quiso imitar la reacción de Martin quien se detuvo como militar al escuchar la voz del deber.

—Sus ojos han venido siendo para mí como una lámpara en la oscuridad. Son tan llenos de vida. Tanta luz hay en ellos que, si estaba perdido, no siento estarlo ya.

Martin extendió los brazos al viento e intentó reaccionar con gestos diciendo que lo comprendía. Volvió a la galería y acercándosele a Abel, quien se sostenía el puño derecho, colocó su mano sobre su hombro dándole unas palmadas, pero sin decir una palabra.

—Llegaron, las invité a unas copas, pero luego cuando me acerqué a Camila...Olena prácticamente la obligó a marcharse. El vino no hizo objeción en acompañarme. Estuvo conmigo toda la noche hasta que el cansancio me venció.

— ¿Estás consciente de lo que has hecho? ¿Cómo no pudiste contenerte? Sabes bien que no puedes tomar de esa forma.

Quejándose del dolor en su muñeca derecha, se sentó. Su lucidez se había perdido. El rostro reflejaba la amargura de una desilusión. Era un hombre extraviado en un bosque de telas de arañas. Sus pensamientos confundidos, sin luz, en total oscuridad.

—Es que, en mi corazón, su presencia ha hecho germinar una luz de intensos deseos que arden en todo mí ser. Su presencia es tan atractiva que siento ser su más devoto admirador.

—Amigo, que locuras dices. Solo han sido momentos casuales en lo que te has encontrado con ellas.

—Solo son momentos casuales las bellas imágenes de trazos que el pincel deja sobre el lienzo también. Su forma y color, es lo que deslumbra el alma. A mí me ha hipnotizado.

Martin, completamente estupefacto, lo observaba como si estuviera bajo los efectos de los embrujos de alguna deidad. Dudaba lo que estaba escuchando. El efecto del vino hacia el esfuerzo de desquiciarlo y debería esperar que la resaca brotara y lo liberara.

—Esa chica me ha hecho perder la quietud que el silencio me ha regalado aquí en Palmira. Desde que la vi por vez primera, entre los tramos de aquel negocio, no he podido tomar un pincel. Es como si las ideas se hayan apartado de mí.

—¿Y Valeria? ¿Has pensado en ella?

—Por eso mi amigo es que te he confesado la tormenta en que vive mi alma. Necesito de tu ayuda...

—Complicidad querrás decir. Quieres que me sacrifique a tu lado. ¿Eso quieres verdad?

Martin, parado junto a su amigo, se mostraba pensativo, como si quisiera elegir con mucho cuidado las palabras antes de decirlas. Puso varias veces sin poder sacar las palabras correctas y vencido ante la mirada de súplica de Abel, dijo:

—No sé dónde has perdido tu cabeza, pero...hacer de cómplice es traicionar a Valeria y perder la confianza de Mirna.

Entonces fue cuando ambos se miraron a los ojos fijamente por un instante. La belleza del lago pasaba desapercibida, las melodías de las aves fueron ignoradas. Mambrú recostado, parecía evitar escuchar la conversación.

—Crees que podemos ir a charlar a algún otro lugar.

—Sí, me parece bien. Confundámonos un poco con la gente del pueblo. Eso me haría bien.

Camila les sorprendió con nuevas energías que dejaron atónitos a sus padres. Hurgaban en sus mentes inquietantes preguntas cuyas respuestas preferían que no llegaran nunca. Olena intentaba extender aquel momento de sosiego y cuando las intenciones del silencio por destruirlo revivían, encendía nuevas chispas para avivar la chispa de la alegría de Camila.

—Además de pantalones cortos y zapatos deportivos, no tienes otra cosa que no permita apreciar tus cualidades —expresó Olena con sarcasmo.

—¿Qué? Venimos hasta aquí por vacaciones, ¿no?

—Creo que disfrutas las lluvias de miradas sobre tu piel prima. ¿Te fascina verdad?

Camila aceptó con normalidad las observaciones de Olena, aunque sus padres temían fuertes tronadas que destruyeran el momento de bonanza en que compartían el desayuno.

—Empaqué lo debido para recrearse. No vine con la intención de ser la luz de ningún túnel, ni mucho menos creo que en esta maleza aparezca algún diamante.

La esperada tormenta nunca llegó, y Diana logró que sus preocupaciones no fueran notadas.

—Creo que la forma de vestir incentiva el morbo y no es justo tomar ciertas ventajas —insistió Olena.

—La verdad es que no logro comprender. Los tiempos cambian, oculto o no, las mentes débiles fantasean sin importar lo que estén vistiendo.

—Muy cierto Camila, pero un poco de ayuda motiva más al desenfreno desmedido. No todos ignoran el rojo del vino, y un solo sorbo es suficiente para perderse en su sabor.

—En mis tiempos, no había posibilidad de mostrar mis piernas como se puede ver en la actualidad —dijo Diana de manera risueña mirando a Andrés

—. Aun así, los encantos femeninos no dejaban de expresarse.

Intervino Diana una vez se percató del tema de conversación entre Camila y Olena. Andrés permanecía atónito, no esperaba tal actitud de Camila ante las críticas de Olena. Ambas charlaban de forma tan amena y adulta que podrían creer estar sumergido en un profundo sueño.

— ¿Cómo cuáles encantos madre? Porque a la verdad tengo curiosidad de saber cómo un hombre se aproximaba a una mujer. Porque he oído que hasta sonreír era pecado.

—Sonreír no, jovencita. Es la forma, mostrar un rostro fresco, no se debe comparar con gestos insinuantes. No confundas los buenos modales con ventas carnales. El irrespeto comienza cuando tú lo permites. Tú eliges como quieres ser tratada.

—Bueno, entonces como se explica tantas infidelidades. Acaso los hombres jugaban a la gallina ciega haciendo de la corrida el soplo que levantara la falda para anidarse —dijo Camila con lo que estallaron de risas ella y Olena.

—Creo que juzgamos muy a la ligera Camila. Estoy con tía, hoy en día insinuamos demasiado, aunque eso no da derecho a cruzar ciertos límites sin consentimientos —expresó Olena tratando de detener sus carcajadas.

—Las niñas deben vestir como tales, y las jóvenes no creo que deben colgar un anuncio de desesperación en sus espaldas. No deberían ser tan sensuales e insinuantes. A veces se ven tan desesperadas que hacen que cualquier buen samaritano le extienda una mano. Sin preguntarse con cuales intenciones.

—Bueno, lo que llevo puesto es lo que tengo. Espero no causar ningún infarto o que las vistas depravadas me arranquen la piel, ¿me acompañas o no?

—Parece que mi comentario no llenaría ningún vacío, después de escuchar en desventaja claro está, cada una tiene sus posiciones. Lo cierto es que hay muchas verdades en lo que están diciendo. El hecho de lanzar la carnada al agua no atrapa el pez. No, eso no, la carnada en si tiene que ofrecer algo, y en muchas ocasiones ser motivada.

—Podrías ser más explícito, tío.

Inquirió Olena con curiosidad, aunque Camila urgía en dar por terminada la

charla y querer levantarse de la mesa. Su rostro mostraba ya el cansancio de las observaciones que se hacían con relación a su vestimenta.

—Imaginémonos el pez hambriento, simplemente morderá el anzuelo. Si ese mismo pez fuera más cauteloso, es decir no estar hambriento, seleccionaría con más cuidado su alimento. El hambre o su instinto lo motivó a comer y eso lo hace ser presa fácil. Pero si tiene cuidado con la forma en que le llega a la carnada, o la motivación, probablemente no sería la cena de ningún pescador.

—Entonces, espero que mis pantalones cortos sean una carnada fácil de digerir —afirmó sutilmente Camila.

—Que dices chica. Simplemente te estás mostrando a quien espera que se te acerque.

—Olena ha comprendido bien —dijo Diana.

—Diré algo, en lo que creo que el mundo no ha cambiado. Los hombres, no creo que solo piensan con la cabeza. Sus instintos salvajes los queman en una llama ardiente. En ocasiones no muestran el debido respeto —acentuó Camila poniéndose de pie y mostrando la urgencia de irse—, y firmemente creo que las mujeres deben vestirse como lo desean. Yo elijo vestir libremente.

—La falta de respeto ha hecho de este mundo un lugar inhabitable. Y hablo del respeto mutuo. Aunque como mujer sé que este es un tema de dos. El hombre que conozca sus límites y que la mujer no envuelva sus cualidades en un anzuelo —puntualizó Diana.

—No se preocupen, hoy seré el guardaespaldas de mi adorable prima —dijo Olena siguiendo los pasos de Camila.

—Ya veremos donde caerán esas lluvias.

Andrés y Diana permanecieron en sus asientos. Las jóvenes se despidieron riendo a pesar de sus argumentos. La conversación fue una calma tensa para los padres de Camila. Sentían estar en la paz que ofrece el ojo de un huracán, aunque rogaban que aquellas noches se conviertan en páginas de una historia sin repetición. Permanecieron allí, por un rato tan largo, que hasta el miedo de mirarse se desvaneció.

Camila quien aferrada de la mano de Olena avanzó cabizbaja por entre los muebles de la sala hacia la puerta de salida, evitando mirar hacia el sofá

donde una sonrisa triste pretendía llamar su atención. Olena caminó a su lado respondiendo a la seguridad que le reclamaban. Aquel momento no pasaba desapercibido para sus padres que sentían sus almas fragmentarse en pedazos y sus corazones ahogarse en angustia. Así iniciaba la mañana de aquel día en donde la belleza que brindaba Palmira se apartaba a un segundo plano y la esperanza intentaba sobrevivir.

Capítulo VIII

Sombras grises

El invierno iniciaba su despedida, pero antes, dejaba sus marcas, como huellas de un recuerdo arraigado en las venas de almas afligidas, con sus corazones salpicados por dolores en sus mismas esencias. Huellas tan profundas e hirientes que al tiempo le era difícil sanar. Permanecerían como una fecha en el almanaque sin celebración más que las lágrimas negras que brotarán de las almas bajo los escombros de sus venas. Continuaría con ellos por el resto de sus vidas, convirtiendo en sombras grises, sus luces. Las nubes grises cargadas de rabia dejaban caer aquellos torrenciales aguaceros sin la debilidad de la misericordia a su paso. Gota a gota, fueron acumulándose y descendían de las colinas y montañas llevándose todo cuanto podían a su paso. Los suelos inundados se retorcieron de los golpes que recibían y los riachuelos se rejuvenecieron, aglomerando todas sus energías tan apresuradamente que el tiempo no se percató. Las neblinas se amotinaron, infundiendo el temor de la ceguera, haciendo que hasta los hombres más fuertes temieran dar un paso al frente. La radio encontraba espacio entre las canciones para intentar describir qué podían traer los próximos minutos. Las largas y heladas noches ganaban terreno, aunque deseaban retrasar el renacer de la primavera. Las frías aguas del río Force navegaban obedientes por su cauce, pero en su interior llevaban consigo la fuerza de la destrucción. Las neblinas abrazaron toda la ciudad de Abdem pretendiendo permanecer en ella, la ocupaban como apropiándose del mismo aire que se respiraba.

—Ana va a celebrar una fiesta, ella es mi amiga y no quiero faltarle. Su familia se muda. Bueno en verdad, vamos a compartir entre nosotras, en la casa...

—Los pronósticos del clima nos aconsejan que debemos permanecer en casa. Hay muy poca visibilidad en las calles —dijo el señor Andrés sin mirarle al rostro.

—Aún es invierno, que quieres que digan, que el calor será insoportable, que nos protejamos de los rayos del sol —replicó Camila algo alterada.

—Pero aun así debemos ser precavidos, ¿no lo crees?

—Estás insinuando que debería considerar no asistir solo porque alguien mira al cielo y ya sabe que va a suceder. No me has escuchado, se va de la ciudad.

—Hija mía, esas personas no simplemente miran al cielo y...

—Perfecto, ahora entiendo, dos nubes se posan sobre la ciudad y debemos esperar a que nos digan qué hacer.

—Estás siendo desconsiderada con tu padre. Él solo trata de prevenir cualquier inconveniente, solo eso —intervino Diana intentando calmar la soberbia de Camila.

— ¿Qué pasa aquí? ¿A qué se debe el alboroto? —intercedió Yulia mientras descendía las escaleras.

—Tu hermana ha sido invitada a una fiestecita y les estamos aconsejando que considere las condiciones del clima...

—No, me están condicionando para que no vaya, que es diferente.

—Está bien, ¿dónde es la fiesta Camila?

—Es en casa de Ana, acordamos juntarnos como a las siete de la noche. Y planeamos acompañarla esta noche. Tú sabes charlar, tomarnos fotos y... decirnos adiós.

—Bien, te llevaré...

Camila no esperó que su hermana terminara lo que quería decir cuando se lanzó sobre ella, como una avalancha de nieve dando un estruendoso grito de alegría. La apretó con todas sus fuerzas y dándole un beso en la mejilla, subió corriendo las escaleras hasta su habitación.

—Pero te recojo mañana temprano, recuerda nuestro compromiso. Creo que tendré que negociar esa última parte.

—El clima es traicionero y porque no considerar las advertencias.

—El papel de hermana mayor es muy difícil. Debí permanecer en la habitación y dejar que ustedes se entendieran, ¿verdad?

—Eres muy débil con tu hermana. La apoyas en todo, no creo que sea bueno.

—Comprendo tus preocupaciones, pero sabes cuan rebelde es Camila. Está decidida a ir y luchará hasta lograrlo. ¿Qué otra opción nos deja?

—No solo rebelde, es tan...terca.

Diana, desde la cocina, mostraba su preocupación, no solo por las advertencias que anunciaba la radio, sino por el pesimismo que Andrés inyectaba a todo. La intervención de Yulia solo despejó la discusión entre Camila y Andrés, pero, en él quedó el sabor amargo de una premonición negra. Confiaba en Yulia, quien se había caracterizado por su responsabilidad intachable, pero la energía de Camila era como la fuerza de un buey, indómita y un tanto salvaje.

—Sé que eres responsable, pero permíteme decirte que conduzcas con cuidado.

—Descuide usted, no me dejaré llevar por los impulsos de Camila.

Llevaba puesto un vestido rojo con unos delicados tirantes que lo hacía colgar de sus hombros, dejándolos al descubierto. Mostraba su esbelta figura, recorriendo todo su cuerpo hasta descansar sobre sus rodillas. Unos zapatos negros altos hacían juego con el delgado cinturón. Dejó su pelo suelto al viento, adornado por las hermosas argollas que colgaban de sus orejas. Sus labios pintados de un intenso rojo resaltaban la hermosa sonrisa que dejaba en suspenso a quienes la miraban. Descendía las escaleras rozando el pasamano con la suavidad de su palma. Avanzaba cada escalón mostrando una sonrisa pícaro y atrevida que dejó pasmado a su padre.

— ¿Qué clase de despedida es?

—Tranquilo padre, solo nos tomaremos unas fotos. Llevaré conmigo un abrigo pues lo más que podemos es pescar un resfriado. Además, llevo mis pijamas y...me vestí así para impresionar a mis amigas.

Todas rieron. Andrés sumergido en sus temores se reservó el derecho de no saborear el chiste de su hija. La fría y larga noche del invierno hizo lo propio, le arrebató todo el esplendor que con orgullo exhibía el día y desplazándola tomó su lugar. El firmamento exhibía una oscura soledad, ninguna luz relucía, solo un gran espacio negro y vacío era todo cuanto podía verse. La oscuridad arropaba la ciudad y los faroles de las calles hacían lo posible por vencer las tinieblas que les rodeaban, una labor que le era difícil. Yulia condujo como le

había prometido a su padre, teniendo que lidiar con la impaciencia de Camila que ansiaba por llegar a reunirse con sus amigas.

La visibilidad era poca y los letreros luminiscentes con señales de precaución les recordaban el peligro a evitar. El alcance de los faroles del automóvil era mínimo. Una ligera llovizna recordó a Yulia que el agarre de las ruedas del automóvil no era efectivo ante cualquier imprevisto. Las líneas amarillas parecieron disiparse entre la negrura del pavimento y las aguas acumuladas. Por momentos, solo eran ellas y la oscuridad que les esperaba. Una intensa luz blanca pasaba a su lado a alta velocidad provocando que una ola de agua cayera sobre el automóvil que arrojó el cristal delantero dificultando la visibilidad. Casi de inmediato, centellas azules y rojas ahogaron el grito de pavor de Camila, tras una gran iluminación que vino sobre ellas que las arrojó en un desgarrador pánico. Un extraño silencio les rodeo entre las luces, golpes y el silbido de una sirena. Yulia, cediendo a los impulsos de su instinto, extendió su mano derecha queriendo sostener a Camila cuando quedaba a la disposición de la inercia que jugaba con ellas.

Un fuerte sonido acompañó las llamas que provocó el impacto, seguido por los cristales saltando en pedazos por todas partes. Y dando vueltas sobre sí mismos, los vehículos volvieron a colisionar y con el impacto, destrozaron los barrotes de protección del puente. Cayeron al vacío y se estrellaron sobre las heladas aguas del río. Casi de inmediato, en segundos, las frías aguas ocupaban todo el espacio interior de los vehículos. Burbujas de aire fueron testigos del poco espacio que restaba por ser ocupado por las aguas. El silencio se hizo más evidente cuando la sirena enmudeció, vencida por la falta de energía. La oscuridad misma succionó las luces de los vehículos y las hizo parte de ella.

Diana, ordenaba los platos después de haber acompañado a Andrés durante la cena. Ella, dejó escapar un grito de espanto y un escalofrió erizó los bellos de su piel del sobresalto. Soltó de sus manos lo que sostenía. Cubrió su boca con las manos, como deteniendo el alma para que no desmayara del susto. Sus latidos permanecieron en suspenso. Sus ojos parecían ver una escena de terror queriendo saltar de sus órbitas. Y con el rostro en pánico corrió hacia Andrés

que cabizbajo permanecía en la sala. Sus labios se movían como el que habla, más las palabras permanecieron escondidas. Había enmudecido y sus pulmones absorbían el aire con dificultad.

— ¿Qué te pasa mujer? Parece que has visto el mismo diablo. Habla, tu piel está tan blanca como la harina.

—Ha venido sobre mí un mal presentimiento, creo que algo ha sucedido. Es como si lo hubiera visto, justo ahora.

—Por Dios mujer, me pones nervioso. ¿Qué cosas dices?

—Si algo malo les ha pasado a nuestras niñas, creo que no lo soportaré.

—Cálmate, ¿qué quieres que haga? Ya las conoce, qué pensarían si vamos tras ellas. Nunca nos lo perdonarían.

—Llámalas.

—Cálmate, me estás volviendo loco. Sabes bien que Yulia no responde mientras conduce y es un milagro cuando Camila contesta.

Ambos cayeron presos de los nervios y el tiempo incrementó sus preocupaciones. Temían encender la radio para escuchar alguna novedad. Envuelto en el silencio, pudieron captar el leve sonido de una sirena, pero creyeron que era una mala jugada de la imaginación y la traición de los nervios.

Ante la desesperación misma, sintonizaron las noticias. El locutor con una voz apagada y afligido daba a conocer la triste noticia de la suerte que tocó a la propietaria de una farmacia y algunos de sus clientes. Dos presuntos asaltantes en su intento de robo les habían quitado la vida en medio de la confusión que generó el asalto. La policía enseguida emprendió la persecución para su captura.

— ¡Dios mío! ¡Qué pena los de esos señores!

—Entonces el sonido que escuchaste fue real.

—Sí, así parece ser.

—Aun así, tengo un mal presentimiento.

—Cálmate mujer. Acabas de escuchar las noticias. Debemos tener paciencia, todo estará bien.

—Dios te oiga —expresó Diana mientras los nervios la destrozaban.

Una hora después unos toques sobre la puerta aceleró el palpitar de sus corazones y el susto los consumía en la desesperación. Andrés acudió y cuando Diana vio a los policías simplemente se desmayó. Las lluvias arreciaron y Diana era conducida al hospital. Andrés había perdido la razón de la realidad y sus palabras decidieron enmudecer. Todo el peso que sentía sobre sus hombros destruía la fe que le sostenía. Su miedo se hacía realidad y el destino que pretendió tener en sus manos, solo era una inevitable premonición que amortiguaría el impacto del hecho. La crueldad del invierno se vestía de un gris funesto. El sonido de la sirena de la ambulancia solo era parte de una escena, eran los gritos de una tragedia anunciada. La historia solo faltaba confirmarla, los hechos habían sido narrados.

La oscuridad acampó y ondeaba su bandera sobre la casa de Los Robles. La compasión no les faltó, estando con ellos en los brazos de sus amigos. La desgracia llegó a su puerta y marcó el ritmo del destino que pausaría el camino al andar. Sus vidas arrastrarían una cadena atada al alfiler que le hería sus corazones. Yulia perdía la vida en las frías aguas del Force que apagaba su brillante luz. Cirios exhibían una tenue luz al lado de su féretro, donde las miradas incompresibles de míseras preguntas no encontraban respuestas.

Una flor sobre la tumba decía el adiós a la hermana querida. Camila, se negaba a aceptar la realidad. Sus lágrimas salían como el torrente de una cascada desde sus rojizos ojos. El abrazo de su madre ante el sepulcro de Yulia la consumía en dolor. Los amigos comenzaron a marcharse. Partieron algunos en total silencio, otros reflejaban aquel dolor arraigado en el alma de Camila. Sentada sobre el suelo, Camila y en cuclillas su madre a su lado, mientras que Andrés con sus pensamientos en blanco brindaba solo su presencia, así posaron para la foto familiar.

—Ella me salvó madre.

Entre lágrimas y llantos expresaba Camila el dolor que apagaba la alegría de su corazón. Fue entonces cuando la humedad hizo presencia en el rostro de Andrés. Su fuerte temperamento fue vencido por una cascada de lágrimas que brotaban con todo el dolor de su alma. El caparazón que le protegía cedía ante aquella declaración de Camila. Yulia cumplió su palabra hasta el final de su

vida.

—No sé cómo lo hizo, pero me quitó el cinturón y me empujó con tanta fuerza que el agua no pudo contenerme.

Era su historia, su heroína había dado su vida para que ella la contara. Una triste victoria. Acomodó la flor después de darle un beso sin decir adiós, solo un hasta luego. Quedaba la marca como registro fiel del lugar donde descansaría para siempre. Marcharse fue toda una agonía y el desconsuelo los acompañaba. Luego, el silbido del viento vino a sus oídos y mirando hacia atrás, sonrió como las tantas veces que la hizo reír.

Un grupo de personas vestían de color negro, algunos exhibían el blanco. Entre ellos los que vestían de uniforme, rendían los honores de un último adiós a un deber cumplido. El sonido de las salvas no se dejó escuchar, solo el llanto de los familiares. Los fusiles brillaron por su ausencia, unas formaciones de respeto llevaron los ataúdes a su morada final. Otros simplemente expresaron cuán desgarrada quedó su alma.

Aquel día no hubo lluvia. El cielo mostraba con orgullo el esplendor del azul que le cubría. Tampoco era invierno, este se había marchado con sus grises momentos. Era la primavera esmerándose por mostrar sus encantos, su verdor y las bellezas de sus flores, su orgullo. Su aroma enamoraba el fresco aire. Los colores desplazaban los días grises y funestos. Las mariposas daban vida con sus encantos y sus magistrales vuelos torpes. Las aves entonaban sus mejores melodías. La luz del día no le temía a la oscuridad, solo marcaban el paso del tiempo. Era el tiempo de la belleza desplazando los grises días.

Tanta belleza y esplendor no pudieron opacar la terrible presencia de dolor en la casa de los Robles. La ausencia irreparable de Yulia se convertía en un abismal vacío. Era la primavera con su verdor característico y los retoques mágicos de los colores de las flores que brotaban por todas partes. Suaves lloviznas se convertían en los rítmicos sonidos que solo podían escucharse en la casa donde las risas y carcajadas sintonizaban la alegría del vivir, al caer la tarde.

El invierno solo dejó nefastos recuerdo cuyas huellas indelebles persistirían en corazones marchitados para siempre. La primavera con sus encantos, no lograba cautivar la atención de aquellas almas desgarradas que hacían sus vidas míseras. Las flores solo posaban como un objeto más, un adorno que les rodeaba, algo sin vida. Y las ligeras lloviznas ocasionales solo atizaban la melancolía de unos recuerdos llevados en el fluir de las sangres por todos sus cuerpos. Era la historia de un día que la ciudad solo le regaló entre tantas páginas, una para lidiar con el olvido. La adolescente Camila derramaba las lágrimas del dolor de su alma, apagando la chispa que irradiaba su vida.

Capítulo IX

Pétalos rotos

El tiempo transcurría acarreado por los movimientos incansables de las agujas del reloj que persistía en recordarlo. Los días fueron las luces que exhibían y las noches el amargo recuerdo de un funesto frío. Entre recuerdos y la nostalgia se confundían los momentos en que la vista se perdía en el estrellado cielo. Los pensamientos giraban en torno a las memorias dejadas en el vacío por la ausencia de Yulia. Podría percibirse su olor, su sombra y hasta el sonido de las palabras de su voz resonar como el aleteo del colibrí frente a la flor buscando el néctar. Su perfume había quedado impregnado en las paredes. Las fotos enmarcadas manifestaban su sonrisa y la alegría de su rostro. Sus ojos parecían ver a quien la apreciaba. Camila transcurría su vida encerrada en su habitación. Ella, se hizo presa del vacío de la soledad de su hermana. Su pérdida se reflejó en el poco interés por encontrar el significado de su vida. Sus oraciones eran monosílabas, todo cuanto podía compartir.

Creó su propia escena de dolor, su mundo de cristal. El cristal de su ventana recogía la humedad de su respiración hasta cubrirlo como si fuese una cortina, difuminando su vista. El exterior se convirtió en un mundo extraño, lleno de la maldad que le arrebató parte de su alma y colocó en su lugar la tristeza. Los colores se tornaron sombras grises con manchas blancas y negras, todo cuanto percibía.

Las aclamaciones se convertirían en clemencias en las oraciones de Diana. Sus rodillas perdían la piel que les cubría. El dolor de la pérdida de una hija se agigantaba con el desamor de Camila. Había transcurrido cuatro meses desde que aquel funesto invierno se llevó la vida de Yulia. Meses en que cada vez más Camila se hacía más solitaria, aislándose en su encierro. Los encuentros familiares se transformaban en velatorios, donde el miedo hacía que sus miradas se esquivasen entre sí, evitando encontrarse con la de Camila.

Convirtió su habitación en su prisión. Se aferró a la soledad. Mostró la falta de interés por el mundo que le rodeaba. Vivía como si sus latidos

decidieran pausar los movimientos de su corazón. Su alma languidecía. Andrés, se sumergía en un torbellino de desesperación al ver que Camila no asimilaba la realidad de la pérdida de su hermana. Las conversaciones de los esposos Robles eran un intercambio de palabras forzadas que simulaban fortaleza. Los cimientos de sus propias vidas se tambaleaban y sucumbían vivos viendo el destino oscurecerse.

— ¿Aún está en su habitación?

— Esa pregunta sigue teniendo la misma respuesta de estos últimos meses —respondió Diana sin mirarle al rostro.

— Entiendo cómo te sientes, y debes comprender que mi alma, al igual que la tuya, está destrozada. Hay palabras que uno simplemente desearía que no existieran para no usarlas, pero...

Enmudeció un instante, sus palabras se ahogaban en su garganta. Sus ojos se nublaban. Prefirió pausar en silencio.

— Comprendo, pero con la pérdida de Yulia, algo de mi vida se fue también con ella. Y con esta falsa realidad en que está sumergida Camila, creo que mi alma se ha partido en pedazos.

Expresó Diana cuando se percató de su silencio. Sus miradas no se encontraron, Andrés próximo a Diana solo acariciaba el borde superior de la silla del juego de comedor, mientras intentaba arrepentirse de lo que anhelaba decir.

— Pero dime... ¿Qué te está inquietando ahora? Sé que estamos viviendo momentos difíciles, pero debemos esforzarnos hasta volver a tener a Camila en nuestros brazos.

Bordeó la mesa, como un niño juguetón, pero a la velocidad de sus cansados pasos. Miró hacia las escaleras asegurándose que sólo estarían ellos dos mientras se expresaba.

— Ayer fui a visitar al Dr. Kingsley.

Confesó tímidamente. Sus palabras fueron expresadas llenas de temores. Las dijo sin el valor de mirar a su esposa, habló cabizbajo y con sus párpados cubriendo sus ojos.

Suspiró fuertemente, inhaló todo el aire que sus pulmones podían soportar. Diana detuvo los movimientos de sus manos y permaneciendo con su cabeza inclinada, quedó pensativa. Para ambos era difícil asimilar tener que llegar al extremo del camino en donde las afiladas espinas los herirían sin compasión, hurgando todo su ser. Permanecieron callado, sus miradas buscaron donde descansar dentro de la casa deseando que el horizonte estuviera a su alcance.

— ¿Ya lo decidiste?

—Sí.

—Sabes bien cuán difícil para mí será aceptar esta decisión, pero no te abandonaré si crees que es lo correcto —dijo Diana sintiendo un nudo en la garganta, mientras unas gotas de lágrimas surcaban su rostro.

—He permanecido callado, estos últimos meses. He observado que Camila duerme con las luces encendidas y..., al menos eso creo.

Diana no pudo evitar reflejar preocupación por el tono en que Andrés se expresaba. Le hablaba mirando insistentemente hacia las escaleras y luego bajaba el tono de su voz intentando acercársele. La miraba queriendo evitar encontrarse con sus temores y angustias. Diana llevándose su mano derecha al pecho, como queriendo sentir sus propias palpitations, encontró difícil expresar con palabras lo que decían sus gestos.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó enjuagando su rostro con su mano.

—No estoy seguro, pero a veces creo escuchar voces.

El asombro no fue una sorpresa. El miedo y las preocupaciones se apoderaban de las incertidumbres de Diana. La flojedad de sus rodillas la obligaron a sentarse y apoyando sus dos codos sobre la mesa recostó su cabeza sobre sus manos. Las lágrimas que cayeron humedecieron el mantel de la mesa. Andrés quiso acercársele, pero haciendo señal lo impidió. Secó sus ojos con el delantal que llevaba puesto. Los nervios de Andrés se inquietaron, sus manos revelaban el tanto miedo que sentía.

— ¿Para cuándo?

—Le pedí a Olena que nos acompañe, sabes cuánto se quieren. Será al principio de la semana entrante.

Una penumbra parecía cubrir aquel día la casa de Los Robles. Los incontables movimientos de los nervios parecían ver que todo era consumido por la tierra, que todo lo absorbía. La humedad de los ojos marchitaba la vista de Diana que observaba todo borroso. Andrés se desplomó sin fuerza sobre el sofá, consumido por su propia desesperación. Podían percibir bajo la luz del día la oscuridad que les cubría.

El olvido se llevó consigo todo cuanto pudo cuando desgarró del alma parte de la vida de Camila. Las noticias eran otras, y solo permanecía fresca en las memorias de Los Robles el terror de aquella noche fría y funesta. Su radiante sonrisa brotaba con melancolía y sus miradas mostraba cuan ausente estaba. El amor de Olena por Camila ofrecía los únicos momentos en que se podía percibir indicios de vida. Llegaron a ser como los roces cálidos al acariciar los pétalos de la flor. Ella inyectaba con su compañía alivio a una carga que pesaba tanto que marchitaba su corazón.

Ocuparon aquella tarde el asiento trasero del vehículo, mientras que Andrés y Diana con sus miradas perdidas en el cercano horizonte impedían ver hacia atrás. Andrés conducía con el temor del recuerdo. Diana parecía amenguar los sobresaltos de su corazón presionando su pecho. Camila sostenía la mano de Olena y la apretaba tan fuerte como podía. Olena le agradaba con una sonrisa tierna y amorosa.

El paisaje lo formaban los edificios inertes que pretendía alcanzar el cielo, pero solo apenas podían acariciar algunas nubes a su paso. Sus sombras intentaban consumir el resplandor de la luz sobre el asfalto negro. La gente caminaba en su anonimato pretendiendo vivir ausentes. Ocupaban el lugar del escenario que protagonizaban con sus guiones, a la vez que eran sus propios

directores. Era la agitada vida de una gran ciudad. Era la rapidez con la que eran echados al olvido los sucesos diarios tratando de aferrarse a alguna parte de la historia en la que, inevitablemente, se convertiría la vida. Paredes de concretos, desilusiones y canciones de esperanza conjugaban el diario vivir.

Ascendieron hasta el tercer piso de un edificio pintado de colores vivos. Una sonriente secretaria los recibió como si fuesen gratas visitas. Una hermosa sala adornada con flores primaverales ornamentaba un ambiente acogedor. El perfume de las rosas y los jazmines recordaban un jardín. Los esposos se sentaron juntos y tras ellos un cuadro exhibía el horizonte azul del cielo y las blancas arenas besadas por las olas del mar. Un cuadro que invitaba a la serenidad y al sosiego e inspiraba confianza. Camila y Olena tomaron lugar aparte, permaneciendo calladas y serenas hasta donde los nervios les permitían. Parecían charlar por sus gestos, pero los nervios de Camila exhibían su estado de miedo.

La decoración primaba la esencia de aroma que al inhalarlos recreaba quietud espiritual. Unos minutos después, la secretaria los invitó a pasar al consultorio en donde le esperaba el Dr. Kingsley. Levantándose de su lugar se acercó a recibirlos como quien da la bienvenida a un familiar ausente por un largo tiempo. Rezagados, Camila daba tímidos pasos al lado de Olena sosteniendo sus manos con firmeza. Iniciaba su entrada con tímidas miradas que recogían todo el consultorio.

— ¡Que hermosa familia, Andrés!

—Muy amable doctor. Mi esposa Diana.

—Y... ¿Quiénes son las bellas jovencitas?

—Camila y nuestra sobrina Olena.

—Bien, Camila he querido que nuestro primer encuentro sea familiar. Tus seres queridos, las personas más cercanas a ti, son parte de tu vida, hoy en el presente y en el mañana, de alguna manera ellos forman parte de esas interacciones que moldean tu forma de vida, ellos estarán contigo dándote soporte, consejos...ven acomódate donde más prefieras.

El Dr. Kingsley se sentó de tal forma que él y Camila estaban frente a frente. Y cuando les pidió a los demás expresar sus sentimientos afectivos

hacia ella, lo hizo sin dejar de mirarla. Andrés, enmudeció y Diana sintió que las palabras renunciaban a expresarse, mientras sus ojos se aguaron. Olena con su mirada buscó refugio en el suelo imposibilitando poder contener las ansiedades de manifestarle cuanto la ha amado.

Daba la sensación de gran amplitud la sala donde estaban. Los cuadros que embellecían las paredes exhibían los bellos colores de la primavera. La pared tras el escritorio del Dr. Kingsley era de cristal que permitía apreciar el radiante azul del cielo. Un lugar acogedor, donde el verde de los árboles que contenían los tarros resaltaba con el contraste del blanco de las paredes.

El Dr. Kingsley, quien aún permanecía observando a Camila, después de cada intervención, parándose de su lugar le dijo.

— ¿Tienes algún aprecio por sus reacciones?

Camila desvió su mirada, esta se perdía a través de la pared de cristal que expandía el consultorio hacia el horizonte del eterno azul del cielo. Sintió la necesidad de saltar con sus brazos extendido y salir de aquella escena. Quizás la juventud de su alma no podía apreciar los anhelos de su propio corazón. A lo mejor los nervios desvirtuaron el mensaje del doctor. Quizás las expresiones de afectos tardaban en ser comprendidas por su razonamiento. Sintió estar navegando en una nebulosa gris con la sensación de caída en su alma.

—El aprecio a la vida nos sujeta a ella. Quienes nos aman en verdad lo hacen con gratitud, pero son impulsados por lo que ellos entienden quiénes somos. Ellos nos valoran.

El Dr. Kingsley caminaba alrededor de todos ellos, le daba vuelta a la pequeña sala expresando sus argumentos. Todos permanecieron callados, ni siquiera se miraron. Mudaba sus pasos con cierto control y articulaba sus gestos con esmero para lograr conectar el significado de sus palabras en aquella joven que desechaba el interés de la vida.

—La luz al amanecer brilla cada mañana con tanto ímpetu que es capaz de

abrirse paso entre la oscuridad y desplazándola con valentía la vence y toma su lugar. Y aunque la obstinada oscuridad persiste, la luz no escatima su esfuerzo en continuar su lucha para desplazarla, hasta vencerla.

Respiraba pronunciadamente el aire. Su pierna derecha se movía de forma incontrolable. Presionaba con sus dos manos donde estaba sentada y mostraba encogimiento en los hombros. Oía cada palabra sin dar la impresión de escucharla. El movimiento involuntario de su pierna hacía temblar todo su cuerpo.

—Entiendo que te sientas incómoda con esta escena. Pero debes comprender cuanto te aman quienes te rodean. Cuando uno es amado con tanta pureza es porque nuestra luz brilla sin mancha.

Los dejó solos y dirigió sus pasos hacia su escritorio sin volver a mirarlos. Andrés y Diana se levantaron de sus asientos y se dirigieron a la puerta de salida, seguidos por Olena. Camila permaneció con sus incontrolables movimientos y su mirada perdida entre las nubes que posaban ocultando algo del azul celeste. La secretaria se acercó tras la salida de Olena quien por un instante permaneció parada bajo el umbral de la puerta, y la cerró.

Camila al levantarse de su asiento se aproximó al Dr. Kingsley quien permanecía inmerso entre los papeles que descansaban sobre su escritorio después de representar su difícil papel de salvavidas. Se detuvo frente a él sin pronunciar palabra. Su insistencia lo obligó a levantar la mirada y cuando lo hizo encontró frente a él una hermosa joven con su rostro empapado en lágrimas haciendo todo lo posible por sonreír.

El Dr. Kingsley acomodándose, la miró, ella desvió su mirada como el que siente vergüenza o quizás la compasión motivó a dar esos pasos y vencer la posición de rendimiento que mostró. Él la invitó a sentarse frente a su escritorio y ofreciéndole una servilleta, Camila palpó sus lágrimas hasta secar su rostro completamente.

Se sentó, articulaba las palabras mientras eran acentuadas con torpes movimientos de sus manos. Él mostró todo el interés en escucharla. Ella

expresó todo cuanto resguardaba en su corazón, a veces mostrando una tímida sonrisa, a veces pausando entre cada lágrima que brotaba de sus ya enrojecidos ojos. Expresaba con falta de coordinación, rebuscando entre los recónditos lugares de su corazón la mejor forma de resaltar el dolor que le atormentaba.

Luego el tiempo tornó ameno aquel encuentro. Y aquellos pocos minutos en que la disertación del Dr. Kingsley buscaba golpear con el frío cincel el corazón de Camila, se tornaron en un expresivo intercambio de sentimientos que emergían de un alma caída sedienta de vida. Camila a medida que avanzaba el tiempo pudo exponer con más libertad sus sentimientos. El Dr. Kingsley escuchaba atento, sin pestañear, parecía sumergido entre las ondas de los tonos de las palabras que ella pronunciaba. Fluían como olas empujadas por la delicadeza de las brisas convertidas en armonía con aquellos suaves roces.

Al salir del consultorio, Camila, con ambas manos dentro de los bolsillos de sus pantalones, en una de ellas, sosteniendo con firmeza en su puño, la conclusión de sus años de oficios mostraba la descarga de las energías que les consumían al lucir un rostro más relajado. Olena se le acercó y luego de confundirse en un abrazo, decidieron abandonar aquel lugar.

Capítulo X

Deseos plasmados

Un largo vestido negro que dejaba al aire libre parte de su espalda. Tirantes cruzados daban un toque sensual sobre sus senos, mostrando ligeramente la parte superior, donde colgaba un diminuto corazón plateado. Observaba con detenimiento, casi inmóvil, uno de los cuadros de la exposición en la galería de arte. Parada a unos metros de distancia con sus ojos evitando pestañear. Absorbía con su concentrada mirada todo cuanto podía de aquella obra de arte. Parecía apreciar cada trazo plasmado por el pincel, cada color y sombra, cada luz que le daba vida, sus relieves. Su inmóvil posición con la que denotaba su aprecio por la pintura captó la atención de los demás.

Las pocas luces de la galería de arte acentuaban más su presencia. Sus cabellos caían sobre sus hombros como una cascada silente queriendo dormir. Sus ojos verdes recorrían sin discriminación la obra de arte desde cada borde hasta su centro. Sus ojos estaban bordeados por un tono verde limón, que hacía resaltar la luz que les acariciaban. Su presencia se percibía imponente. Su delgada figura llamativa recibía suaves miradas que podrían competir con los cuadros expuestos.

- Cada movimiento del pincel lleva impregnado la gracia de una mujer.
- ¿Alguna en especial?
- Aquella mujer que nuestra imaginación adora como una diosa.
- ¿Diosa de la imaginación o tu diosa?
- Pecaría con tal precisión mi alma, si satisfago tu pregunta.
- Secretos de hombre —dijo con una sonrisa pícara.

Su belleza no pasaba desapercibida entre sus amigos. Lanzarse tras su conquista era una aventura donde la posibilidad estaba tras el lienzo rojo del torero más aguerrido. Él sentía la sensación que provocaba en su piel las ardientes miradas que ponía al descubierto los más íntimos deseos. Tenía marcados unos límites, que solo podían ser liberados cuando lo disponía, pero

la elegante joven sobresalía entre todos los invitados y dejaba ver una irresistible sensualidad posando frente al cuadro que llamaba su atención.

La esbelta joven mostró una suave sonrisa que el osado artista no pudo captar. Él se había parado un paso detrás de su espalda y prácticamente susurró a sus oídos. No volteó para ver quien le hablaba, sino que continuó con su vista sobre el cuadro. Abel aceptó dos copas de vino que le ofreció uno de los asistentes. La joven al ofrecimiento de Abel dio un paso hacia el cuadro que fue interpretado como una negación al ofrecimiento. Ella continuó con su estado de inmersión, él persiguió su sombra.

Era una doncella recostada sobre su cama, simulando modelar de forma lateral frente a quien resaltaba su imagen. Las sábanas que fingían ser limpias acariciaban el suelo donde descansaban los zapatos dejados por todas partes tras el desborde de energía de la pasión. Las sábanas eran la muestra de un ferviente oleaje que las dejó desordenadas. Una de sus manos sostenía una copa vacía y en la otra descansaba su cabeza con el codo apoyado sobre una suave y fiel almohada. Su bata le cubría sin dejar nada a la imaginación. Su rostro sin mostrar líneas que definan sentimientos de alegría, solo una mirada seca, cargada del trasnocho, o quizás de lo que el cansancio dejó impregnado en la piel como perfume devoto a sus encantos. Sus párpados caídos indicaban que su mirada se perdía en el suelo. Sus uñas descuidadas reflejaban el olvido del toque de un amor propio. Su pelo desaliñado mostraba el tiempo en que el juego de unas manos restregaba su piel como león hambriento.

Era un cuartucho de paredes retorcidas y levantadas de colores estridentes desgastados por el tiempo. Era un escondite que simulaba guardar el secreto de las carcajadas que brotaban con el licor ardiente. Una ventana con un poste cruzado que imposibilitaba ser abierta, mantenía el secreto que nunca ha sido noticia nueva. No había vista al exterior. La mugre adornaba por doquier y podría sentirse la humedad ser dueña del lugar. Una botella vacía dormía horizontal debajo de la cama protegiéndose de la tenue luz del bombillo que pendía de un hilo en el centro de la habitación. Las arañas sobre el bombillo y las esquinas tejían sin cesar sus escondites. La botella vacía permanecía como huella de una noche de caricias frustradas y besos amargos que no rosaban el corazón y que el alma huía al contagio.

Un fondo brumoso de pinceladas onduladas y retorcidas y colores oscuros, grises y marrones daban complemento a la escena. Quien la observaba sentía la sensación de mantener la concentración en lo que aquella doncella pudiera estar pensando. Percibía leerse lo que su alma sentía. Podría leerse cuánto dolor guardaba en su corazón. Tantas tristezas destrozadas adornaban aquella figura taciturna. Descansaba de su labor que enmendaba los golpes que los látigos disidentes la hacían sobrevivir del margen en que vivía. Era su oficio donde ya el arrepentimiento vivía soterrado por las lágrimas del dolor y la impotencia de las angustias. Su vida solía ser lo que lograba sobrevivir de un nauseabundo mundo. Las bellezas de la noche eran simplemente el reloj que marcaba el ritmo de su jornada.

La joven concentraba su mirada en cada detalle del cuadro. Apreciaba con todo el cuidado que sus ojos podían ver. Logró moverse y aproximarse un poco más. Abel entendió que su sombra parecía extinguirse, alejarse de él. Ella tocó parte de sus cabellos, varias veces los acarició con movimientos suaves y calmados. Los ojos de Abel se engrandecieron ligeramente y comprendió que ella notaba alguna similitud con el cuadro y quien posaba para el pintor.

—Es solo un producto de la imaginación.

Sus oídos captaron sus torpes palabras, pero ella no mostró indicio de haberlas escuchados. Aparentó sonreír mientras continuaba acariciando sus cabellos.

— ¿Cuál sería el color de sus ojos?

— ¿Te ha inquietado el cuadro?

Preguntó Abel torpemente. El interés de la joven apremiaba los agitados nervios de Abel. Entre tantos cuadros colgados en las paredes de la galería de arte, ella creó especial interés que captó la atención de todos, creando oleajes de unos murmullos colectivos entre los asistentes de impresiones dudosas y preguntas curiosas. No solo la obra, sino también, los movimientos que entre ellos dejaban al libre albedrío de unos pensamientos voraces que no pudieron

evitar ser cautivados por tan singular escena.

—El pincel desnuda el alma del artista. Nos dice sus secretos, exhibe sus pensamientos más íntimos. Nos habla de sus amores, de sus alegrías y del insomnio que se apodera de su corazón. Su inconsciente se expresa.

Sin darle importancia a lo atónito en que había quedado Abel. La joven enfocó su mirada con más discreción en la representación de un objeto sobre una mesita de noche desnivelada, retorcida por las carcomas, cuyas gavetas permanecían abiertas. Un portarretrato mostraba el grabado de una imagen. Era la representación de una familia. Estaba inclinado, casi sobre la superficie de la mesa y su sombra oculta por el mismo portarretrato. El rostro de un niño empapado en lágrimas sostenido en los brazos de su padre mientras su madre le besaba la mejilla. Un objeto de metal en forma oval descansaba cerca del portarretrato con pigmentos rojos.

— ¿Qué curioso? ¿Será este el rostro de la mujer? ¿Será el rostro de su amante? Aquí tenemos un dilema, ¿cierto?

Abel enmudeció por completo. Grabó aquella imagen precisamente porque su instinto lo determinaron entre enojos e ira. Esas mismas lágrimas que vistieron su rostro emergían desde lo más profundo de su alma, llenas de dolor y desconsuelo. Entonces fue cuando ella extendió la mano aceptando la copa de vino. Tardó unos segundos esperando por la reacción de Abel, quien hacía el esfuerzo por mantenerse sereno.

Mirna que observaba la escena que protagonizaban Abel y la galante joven, apresuró sus pasos y se les acercó. Entendió que Abel se encontraba atrapado entre redes y que solo podía aletear hasta que el cansancio lo rindiera.

— ¡Valeria!

Exclamó Mirna con un tono suave y encantador. Abel suspiró profundamente y el color de su piel se normalizaba. Su tía venía a rescatarlo de una perspicaz observadora que podría desvelar las intimidades de Abel.

—Mirna, que agradable sorpresa.

—Era imposible perderme de la exhibición de mi amado sobrino.

Levantó la copa dando por sentado la veracidad a lo expresado por Mirna. Él permaneció en silencio mientras ellas intercambiaban impresiones. Tomó seguido varios sorbos de vino, que captó la atención de Valeria y el temor de Mirna.

—La exposición es genial.

—Veo que conoces a Abel Dabelym, nuestro anfitrión.

—Ha sido una valiosa crítica, tus observaciones... —dijo Abel.

—Sí, me fascina el mundo del arte. Sin el arte, el mundo sería opaco, vacío. Impregna luz a la vida.

—Abel, Valeria es periodista y sus escritos son bien apreciados en el mundo del arte. Entonces, ¿qué me dices?

—Para ser tu primera exposición a este nivel, creo que está muy aceptable. Muy buena exposición.

Abel permaneció en silencio. Escuchaba con atención la conversación de Mirna con Valeria teniendo como fondo a su escena, murmullos inquietos. La valorización y las observaciones de la prestigiosa crítica del arte se convertían en tendencia que podía con sus palabras cavar una fosa o enarbolar la bandera del éxito a quien juzgaba. Abel daba la impresión de ser un observador más. Mirna celebró con alegría el comentario de Valeria mientras que para Abel solo fue un motivo para levantar la copa y continuar ingiriendo vino. Mirna celebraba, Abel escuchaba y Valeria apreciaba ser el foco de atención entre tantas obras de arte colgadas en las paredes. Resaltaba como una pequeña luz en el firmamento. Brillaba reluciendo sus encantos.

—Mirna, me parece que tu sobrino tiene algo que celebrar esta noche.

—Agradezco tus apreciaciones y... —dijo Mirna

—...Y agradezco la invitación.

Mirna escuchó complacida, pero un momento de destellos entre los jóvenes le hizo comprender que debía apartarse. Las palabras se confundieron y sus miradas colisionaban. Emergía una leve chispa que atizaba en sus interiores ante sus presencias. Él logró que Valeria mudara unos pasos y caminaron

juntos observando los demás cuadros. Abel recobraba su normal aspecto después que estuvo a punto de ser cuestionado sobre la imagen en la mesita de noche. Mirna logró disminuir el aleteo de los murmullos de los demás invitados desviando la atención que protagonizaba Valeria.

Era su primera gran exposición. Pero sus nervios le inquietaban. Sus ojos se enfocaron en los movimientos de los labios de Valeria. Ella parecía disfrutar cada palabra que expresaba y él permanecía embebecido ante la suavidad con que estos se movían. Valeria daba a entender cuan agradable le era la exposición y él intentaba no sucumbir ante los agitados nervios que buscaban zozobrar.

—Eres muy definido en tus tonalidades.

—Gracias.

Tardó unos segundos responder y captar el significado de la expresión de Valeria. Una nubosidad parecía posarse sobre su cabeza. Su presencia cambió el tono de su piel y el equilibrio de sus nervios.

—Los más acentuados son los colores tintos y grises, ¿alguna razón?

Los nervios provocaron que observara los cuadros expuesto en la proximidad en que se encontraban. Lograron turbarlos, sentíase perdido en un oleaje con fuerte ráfagas de vientos que azotaba con tanto ímpetu que era imposible salir a flote. Ella respondió con una desilusionante sonrisa a su propia pregunta ante la falta de respuesta.

—Creo que ellos expresan tu verdadero yo. Tratas de enviar un mensaje. Creo que quieres que todos sepan algo. Es como un código. ¿Es un código?

Un simple gesto en su rostro fue la respuesta. Un gesto de ingenuidad ficticia que marcó una despistada inseguridad. Pero él paseaba su vista sin discreción sobre todo su cuerpo. Su presencia fue sentida por su corazón y su alma ansiaba gritar sus emociones. Se convertía en alguien más que apreciaba sus propios cuadros. Intercambió la copa que llevaba en su mano y continuó tomando del vino que apagaba la sed y encendía una llama oculta que ansiaba brotar. Entonces Valeria comprendió que se había convertido en la obra de

exhibición más apreciada por Abel. Su voz solo era la melodía que amenizaba sus pensamientos y su presencia quien saciaba la curiosidad de su vista.

Detuvo todo cuanto hacía, dejó de expresar su punto de vista. Se paró frente a él y lo observó tomar del vino sin perder la mirada que descansaba ella. Su copa aún conservaba todo el vino. Permanecieron mirándose sin pausa, sus ojos no pestañearon, los latidos de sus corazones fingieron permanecer en calma. Pero en su interior, las llamas ardían. Era un fuego tan vivaz que encendía la vida del alma en Abel y ella, simplemente dejaba a un lado su perspicaz periodístico que la había traicionado.

—Te digo algo, una flor marchitada deja caer sus pétalos, no es que ella los abandone. Es como si fueran perdiendo la vida, sus pulmones accionan con más dificultad, sus latidos se cansan y luego...muere el alma, se va la vida.

Concentró todo su esfuerzo en escuchar con detenimiento a cada una de sus palabras. Aunque sus ojos se afanaban en mirar hacia sus sensuales movimientos de su boca al hablar, logró escuchar lo que le decía.

— ¿Es tu obra de arte?

Ella sonrió y él exhibió con acentuado tono el rojizo de su piel. Su rostro iluminó tanto que la imaginación de Abel la vio como si fuese una estrella que podía alcanzar con sus manos. Ella dándole la espalda, se detuvo en un pequeño cuadro que había pasado por alto. Era una rosa que había abandonado su color rojo y algunos de sus pétalos yacían a su lado cubriéndose con el polvo que el viento levantaba. Pero el ramo que la sostenía, en su muerte, aún exhibía con orgullo la espina que gallardamente le protegía.

— ¿Qué tratas de transmitir? ¿Cuál es tu mensaje?

Pareció coquetear, pareció insinuar su feminidad cuando al girar lentamente lo hizo ocultando sus bellos ojos con el tono verde de sus párpados. Fue un momento en que el tiempo mereció pausar. Sonrió atrevida y

encantadora, una vez mostraba la insipiente preguntas de la crítica y otra hacía acompañar sus palabras con encantos que anhelaban imantar, adherir y quizás empujar en su oleaje la embarcación a un puerto seguro en su destino.

—Creo que, a pesar de las penumbras grises, esos tonos tristes y callados que pretenden enarbolar las angustiadas almas vivientes como su más sagrado símbolo, al final, podemos ver un rayito de luz. Esa flor quizás no tenga esa oportunidad, pero la doncella puede, no digo recuperar lo perdido, sino quitar el barroto que impide abrir la ventana y así dejar que entre la luz.

Expresó lo que su alma guardaba en lo más profundo de su ser. Mirna anhelaba que hiciera silencio. Los invitados extasiados escucharon atentos y asentían con la cabeza. Valeria con sus brazos cruzados y parada frente a él escuchaba con la razón de su alma, mientras su corazón intentaba comprender a quien le hablaba. Fue su gran exposición, fueron las palabras que los pinceles coloreados derramaron sobre los lienzos bajo el silencio de su soledad. Fueron las palabras que expresó a través de las tonalidades en cada uno de sus cuadros que su alma ansiaba dar a conocer.

Fue la satisfacción que logró Valeria al escuchar atónita con los gestos que las acompañaron la sinopsis de su trabajo. Aun resaltando su belleza, su sonrisa expresiva recibía los destellos donde su feminidad se reflejaba. Olvidando sus labores, Valeria con sus encantadores ojos logró definir su atención, pero al mismo tiempo, él revelaba sus más íntimos deseos.

Mirna ágilmente se les acercó buscando contener el flujo que emanaba de Abel. Se desbordaba su río interior con todas sus fuerzas y arrasaba todo cuanto encontraba a su paso.

—Ahora, Valeria ¿qué dices?

—Asombroso, creo que debemos buscar más estrellas para la puntuación. En verdad me ha sorprendido la uniformidad de las muestras...no creo recordar haber visto algo así.

En aquel momento la copa de Abel estaba vacía. Él se había tomado todo su contenido sin percatarse de la jugada que sus instintos les hacían. Ella,

levantando su copa simuló brindar por él, arrancándole una ligera sonrisa. Entonces fue cuando apreció el contenido de la copa .

La ciudad tenía noticia nueva. El resplandor intenso del Sol se reflejó radiante sobre las aguas del mar. Las olas al moverse parecían danzar una balada de amor. Era un ritmo perfecto entre la suavidad de las brisas, las frescas aguas y las blancas arenas que hacían la perfección de un oasis que a la distancia podía apreciarse como una obra de arte.

—Hola.

—Si aquel vestido te hizo lucir encantadora, ahora veo junto a mí una diosa.

—Además del pincel, usas las palabras.

—Sí, ahora puedo respirar un poco mejor.

—En la galería se te veía como un ave enjaulada.

—No es para menos —expresó después de pasear sus ojos por todo su cuerpo.

Era el balcón del apartamento de Valeria. Su vista era el extenso horizonte formado por el eterno encuentro entre el mar y el cielo. Compartían el amanecer de una velada. A ambos le fue imposible ignorar las enérgicas miradas que comunicaban las intenciones de sus corazones. Ella lo vio a través de su exposición, cada cuadro colgado en aquellas paredes blancas tocaba su alma. Entendió que las frías tonalidades y su uniformidad eran un mensaje de rebeldía, un grito a todos.

—Dime, eliges las exposiciones para decirle al mundo quien realmente eres.

—Es la intención del artista, ¿no?

— ¿Eso crees?

— ¿Puedes, por un instante, dejar de ser la inquisidora periodista? Mira a tu alrededor, tienes frente a ti un bello paisaje.

Valeria se levantó de la mesa y se le aproximó. Lo abrazó por la espalda y le regaló un beso. Él permaneció sereno apreciando el firmamento. Ella insistía en ser su centro de atención.

—Estoy aquí.

Lo sedujo hasta lograr enlazarse en un intenso beso. Ella se había sentado en sus piernas y las sostenía con sus brazos. Aquel apartamento se convirtió en su refugio, donde él dejaba a un lado los momentos de soledad y se entregaba a los intensos deseos de Valeria que lo cautivaba con su sensualidad. Era su juego, su pasividad lo hacía una presa fácil. Él perdía ante ella el razonamiento, sus intensas miradas y los sensuales movimientos de sus gruesos labios lo embelesaban, lo dejaba extasiado. En cambio, ella, sentía tener en sus manos cuanto anhelaba que saciare la llama que ardían en su alma.

Capítulo XI

Paisaje de fuego

Vislumbraba un rayito de alegría en el rostro de Camila. Olena le transmitía confianza cuando estaba a su lado haciéndola sentir segura. El volumen de la radio animaba a las jóvenes y tarareaban a todo pulmón la canción que escuchaban. Camila intentaba concentrar su mirada hacia el frente dando palmadas al ritmo de la música y de vez en cuando observaba a Olena bailando mientras conducía. Pasaron frente al camino que dirige a la casa de Abel y solo rieron recordando aquel momento en que salieron despavoridas.

— ¿Hacia dónde vamos?

—No puedo creer que este sea un pueblo olvidado —dijo Olena.

—Pero...

— ¿Creíste que íbamos para donde Abel? Ya te vi como miraste hacia allá.

— ¿Qué dices? Yo...

—Solo quiero que nos alejemos un poco de la casa. Conocer los alrededores. Sabes que no me gusta estar encerrada.

Llegaron hasta el parque y encontrándose en una encrucijada, sin pensarlo mucho Olena giro a la derecha. La presencia del viento parecía tener el oficio de borrar las huellas que intentaban recordar las caminatas de sus transeúntes. El polvo se levantaba con la suave brisa y daba la sensación de ser un pueblo aislado.

—Aún no logro comprender que buscamos aquí. Entre tantos lugares del mundo, escogen un pueblo que se dedica a morir.

Así se quejaba Olena cuando su vista recogía todo el panorama. Camila permanecía callada con su mirada perdida al frente intentando mantener el contagio de la alegría del tarareo de Olena moviendo su cuerpo al ritmo de la música.

— ¡Increíble!

— ¿Qué?

—Tú siempre estás en las nubes. Cómo es que no te has dado cuenta. Ni siquiera llamamos la atención.

Insistía Olena con sus argumentos de estar perdidos bajo la luz. La vida transcurría sin novedades más que las influencias del clima. Y los días eran soportados tal y como el tiempo los traía.

—No exageres. Mira ahí, detengámonos un momento, quiero entrar.

La fachada del lugar no podía pasar desapercibida. Un hermoso jardín con flores de vivos colores embellecía el frente. A la entrada un joven les recibió dándoles la bienvenida. Sus rostros expusieron la fascinación una vez accedieron y sus ojos que casi brotaban de su órbita al quedar embebecidas con el lugar. Contrastaba con lo que ellas habían visto del pueblo, más que un pasto verde bordeando la casa y que las simples margaritas sobresaliendo como manchas de encanto.

—Creo que hasta aquí llegaron tus quejas.

—Sí, y creo que no estamos solas.

Abel y Martin charlaban entre sí, cuando las dos jóvenes se les acercaron. Pero Abel pausando la conversación que sostenía con su amigo pareció que el aire le faltaba y con su mirada fija, atinó a expresar su agrado de volver a ver a las jóvenes.

— ¡Qué mundo más pequeño!

Le saludó Abel mientras las recibía y las invitaba a que les hicieran compañía. La chispa de alegría que Camila traía todo el camino se disipaba cuando su mirada se encontró con la de Abel que no disimuló su sorpresa al volver a verla. Mostrándose calmada y serena, permaneció en silencio ante el casual encuentro. Olena no ocultó mostrar el éxtasis de admiración cuando sus ojos se perdían en el paisaje frente a ella. Los coloridos flamboyanes con sus encendidas tonalidades naranjas se apropiaban del paisaje. Era un mar de fuego encendido que al juego de la brisa, le daba vida. Las ramas figuraban

movimientos de las flamas como si fueran cirios encendidos agitados tal y cual los hacen las olas de mar.

—Sí, muy pequeño —dijo Olena al responderle a Abel después de sonreír al notar el lúgubre semblante en Camila.

—Yo soy Martin, en caso de que no notaran mi presencia.

—¿Eres el dueño de...?

—Mambrú —dijo Martin.

—Sí, descuida no está por aquí —dijo Abel dirigiéndose a la callada Camila.

Una leve tonalidad roja se percibió sobre la piel de Camila que intentó cubrir con su sonrisa, para luego dejar escapar un ligero suspiro al escuchar la voz de Martin que la tranquilizó.

—El destino tiene jugadas impredecibles.

—¿Eso crees? —dijo Camila al desviar su mirada.

—Entonces, ¿ustedes son las chicas de la casa solitaria del valle verde? —intervino Martin

—Si así es, y si ese es el nombre de la casa, esas somos —respondió Olena con indiferencia al tono de voz despectivo de Martin.

—La foto del colibrí es espectacular, fue una buena toma —dijo Martin con tono sarcástico.

El mesero se les acercó y las jóvenes ordenaron jugo que hicieron acompañar con galletas de chocolate a recomendación de Abel. Que inmediatamente intervino queriendo interrumpir a Martin con sus observaciones sarcástica y evitar estropear el afortunado momento.

—«Él es como las moscas; hacen presencia en el momento menos esperado».

Sus nervios comenzaron ligeramente a inquietarse. Intentaba, mostrando sutil líneas en su rostro, sonreír dejando que su vista divagara sobre el mar anaranjado frente a ellos. Se forzaba a adecuarse, a interactuar con los demás, pero solo era su presencia que podían percibir, estaba ausente entre ellos.

—Colibrí, ¿qué foto del colibrí es esa? —intervino Olena con curiosidad.

—Ninguna que tenga alguna importancia. Martin solo trata de recordarle que soy fotógrafo.

—Cierto, pero veo que no traes la cámara —dijo Olena.

—Aún estoy desconcertado, tras la inesperada huida. No pensé que me caía bien el papel de espantapájaros.

Ambas sonrieron pero Olena carcajeó de forma estrepitosa. El semblante de Camila entonó con el naranja de los flamboyanes. Aquella sonrisa que cautivó a Abel pretendía emerger como el viento hace levantar sobre su propia superficie las olas, aunque ella, intentaba ocultarla. Él no disimuló y rozaba sus ardientes miradas sobre su delicada piel casi quemándola. Momento que captó con desprecio Martin.

—No veo nada de especial en las galletas —expresó Camila después de un largo rato en silencio que captó la atención de todos.

—Lo especial de estas galletas son las delicadas manos que las sostienen —expresó Abel poniendo en relieve sus intenciones.

—Podemos apreciar el paisaje, creo que es único. ¿Les parece? —intervino Olena al silencio que creo las intenciones de Abel.

Se apresuró Olena tratando de desviar el revelador significado de las palabras de Abel ante la ligera señal de incomodidad externada por Camila.

—«*Es un vulgar pretencioso. No te dejes perturbar. Mejor sería marcharse de aquí*».

Camila se levantó y caminó hacia la baranda. En un momento dio unos pasos hacia atrás al notar la altura en que estaba. Abel la siguió para hacerle compañía.

—La belleza de la escena que nos regalan los flamboyanes no nos permite percibir la altura en donde estamos.

Camila escuchó con entusiasmo y lucía encantada por el interés con que Abel le explicaba. Volvió tímidamente a acercarse a la baranda, tan cerca que rozó su mano a la superficie y, esta vez, él la sostuvo por su brazo con tanta

suavidad que temía que el roce de su piel podría lastimarla. Mostró la gallardía de agradarle con su acercamiento y pudo apreciar la timidez de su sonrisa confundirse con el resplandor anaranjado de las flores de los flamboyanes como el más admirado atardecer. Era un refrigerio que su alma disfrutaba.

—Cierto, se siente que estamos a mucha altura.

Dijo con una melodiosa voz pero a la vez temblorosa y cargada de vergüenza una vez se inclinó para percibir la altura. Abel recorría cada movimiento de sus rostros que le cautivaban y su corazón emergía rompiendo los enlaces encadenados de una oscuridad que lo ataba. Ella relucía un aura en que vibraba una energía de luz, de un amor que imantaba.

—«*Hay que irse. No me gusta su mirada. Tienes que tener cuidado, enfócate. Estos pantalones son como un imán a la vista de él*».

Aquel momento dejó que el viento acariciara su rostro y cerrando los ojos inhaló suavemente del fresco aire cargado con el aroma del néctar de las flores.

—Una vez conoce uno este pueblo, es como un imán, uno se enamora. Es un pequeño paraíso olvidado, lleno de quietud. Me fascina.

— ¿Verdad? Entonces... ¿Me estás diciendo que te gusta estar aquí?

—Sí, así es. Al principio eran días aburridos, pero Martin tuvo la paciencia de mostrarme la hermosa naturaleza que nos rodea.

—«*Ya lo dijo, solo quiere compañía. Vámonos ya...*».

Camila paseó rozando la baranda dando unos pasos pausados, él iba tras ella guardando la distancia que anhelaba se esfumara. Le platicaba palabras con la melodía que su alma intentaba. Ella, deseaba sonreír y con cada paso podía sentir su mirada recorrer todo su cuerpo. La limpia piel desnuda de sus piernas que acariciaban los rayos del sol llegaban con la envidia de él sustituirlo, ser quien gozara la suerte de tocarlo.

Sentado en la mesa continuaban charlando Martin y Olena. Ella pretendía prolongar la estadía y aquel encuentro que revelaba la dulzura de su amada prima como hacía tiempo no sucedía. La imaginó ver extender sus alas y saltar sobre los ramos de aquel esplendoroso paraíso que encantaba con su singular belleza. Disfrutó poder darle a Camila la oportunidad de correr tras la puerta abierta de la jaula en que se había encerrado. La vio respirar el aire más puro y saciar su alma con los encantos galanes de Abel, aunque la timidez la invitaba a huir, una cadena que robaba su libertad.

—Entonces, ¿son familia del Dr. Kingsley?

—Los padres de Camila y él son viejos amigos.

Fue la rápida respuesta que logró Olena. Martin conocía a Palmira y a todos aquellos que llegaban al pueblo. Pero su pregunta estaba cargada de bribonadas. El tono de su voz revelaba en sus palabras la malignidad de la inquisición. Olena pudo captar de inmediato y olfateó sus intenciones, y como eco pudo responder de tal manera que las dudas ocuparan sus pensamientos.

—El Dr. Kingsley es una persona muy considerada al prestarle a ustedes su casa —insistió Martin con sus pesquisas.

—Sí, así es, a la verdad soy muy joven para conocer toda la historia, solo trato de aprovechar la oportunidad. Y tú, ¿eres de por aquí?

—Sin duda alguna, este es mi hogar.

—Me he preguntado tantas veces, que es lo que Palmira ofrece que les encanta a todos.

—Palmira es como la medicina de la receta del Dr. Kingsley, eso es, ¿comprendes?

La sagacidad de Martin sobrepasaba los límites. Olena sentía que la intimidaba y la acorralaba. Tomó del jugo pretendiendo ignorar en parte la conversación con Martín pero, sentía el calor de sus miradas queriendo penetrar su cabeza sesgándola con su incisivo bisturí.

—Creí conocer a todas las amistades de Dr. Kingsley.

—Bueno pues ya nos conoces. Espero que no sea una sorpresa del todo.

— ¿Cómo dices que se llaman los padres de Camila?

—Los señores Robles, Andrés y Diana.

Fluyó en su semblante el malestar que las inquietudes de Martín le hicieron incomodar. Dejándolo solo en la mesa, se acercó a Camila y a Abel que se extasiaban con la belleza que el paisaje brindaba. Dejó que entre ellos continuara fluyendo su charla sin intervenir, pero estuvo cerca de Camila como soldado en vigilia. Sonreía compartiendo sus observaciones.

—Palmira guarda sus secretos —expresó Camila con su interés en el pueblo.

—Cierta amiga, esos secretos han colocado cadenas a mi estadía aquí.

—Es un pueblo extraño, las calles tan solitarias, sus gentes te saludan como si nos conociéramos de toda una vida. Además, he llegado a pensar que el tiempo le arrebató la vida —dijo ella quejándose con cierta cautela en voz baja.

—Comparto contigo esa observación, igual pensé cuando llegué, pero luego cambie de opinión y aquí estoy, detenido en ese tiempo que tú mencionas.

—Y, ¿cuál ha sido el motivo de tu retiro a un lugar tan solitario?

Abel seguía sus pasos deseando inhalar el perfume que emanaba de su piel. Su alma podía percibir la armonía del danzar de sus latidos. Su corazón marchaba agitado cada vez que ella mudaba un paso. Ansiaba profundamente apreciar su rostro cada vez que sonreía, porque veía en ella, sobre la tierra, una diosa.

Su aura lo atraía como un imán. Veía alrededor de su cuerpo una gran luz que resplandecía, titilando tal cual una estrella en el firmamento. Su dulce voz agradaba su alma y emergía de él la vida, los pétalos se expandían con los cálidos roces de luces, con su mera presencia. Retumbaba el eco de su voz en cada rincón de ser, hasta hacer vibrar aquellos prohibidos lugares.

Martín observaba desde la mesa. Se mostró angustiado por el comportamiento de Abel. La presencia de la joven había hechizado su alma tal cual un zombi, que le seguía ciegamente movido por el fuego de una pasión que ardía en su ser y que anhela vivir. Extendió sus manos mientras naufragaba

en un mar de mosto golpeado por gigantes olas que golpeaban su agrietado corazón. Sus débiles cimientos perdían fuerza en el lodo que intentaba sostenerlo, pero el peso de su dolor podía mucho más.

Olena carraspeó para hacer notar su presencia, quizás por el cerco que Abel pretendía, pero más bien fueron los ademanes extraños que realizaba Camila que pudo captar y la motivaron a reaccionar. Su extraña actitud podría revelar el asunto de sus estadias en Palmira y ella era el telón entre escena de lucidez y un pasado que renegaba a marcharse.

— Allá abajo corre el más cristalino de los arroyos. Sus aguas son frías y el sonido contra las rocas es armónico.

Decía Abel en su cumplido al paisaje que había captado con su esplendor la atención de Camila. En ese momento, intentaba buscar un espacio entre las ramas para poder mostrar las cristalinas aguas correr entre las raíces de los altos árboles. En eso, Camila, con Abel a su espalda, sostuvo fuertemente su mano de la baranda. Al escuchar la palabra arroyo, le fue imposible evitar que sus pensamientos viajaran al pasado.

—«*Por eso insisto en que te debes enfocar en...*».

Hizo señal de alto a la voz que escuchaba y sintiendo la cercanía de Olena extendió su mano y se sujetó a ella tan fuerte como pudo al mismo tiempo que perdió toda la energía de sus rodillas y su cuerpo se desplomó.

Despertó rodeada del doctor, Olena y Abel. Al abrir sus ojos, los movió horizontalmente detectando quienes le acompañaban y mostró la sonrisa que la hacía titilar como una estrella en el firmamento. La alegría de sus amigos reflejó los mismos sentimientos de felicidad.

—Por lo visto no tardamos mucho en volver a encontrarnos.

Intentó levantarse sosteniendo su cabeza mientras reflejaba muestra de

dolor. Continuó buscando entre ellos el rostro que extrañaba y luego fijó su mirada en Olena quien al acercársele sostuvo su mano.

—Los llamé y les dije que todo estará bien.

—El doctor nos dijo que fue un simple desmayo y que permanecerás un tiempo aquí en observación.

—Sí, debes descansar, te ves muy fatigada. Tu presión arterial estaba un poco alta, pero se ha normalizado. En un momento podrás irte, ¿te parece bien?

Palpitó estrepitosamente el corazón de Abel que podía escucharse a su corazón latir en la distancia. Su piel parecía conservar el reflejo anaranjado del paisaje protagonizado por los flamboyanes. Emitió una sonrisa que dejaba notar la alegría de su alma cuando escuchó el comentario del doctor, Camila no pudo evitar sonreír de tal manera que su rostro parecía emitir destellos de luz.

—Pensé que la cabeza me iba a estallar, y de pronto todo se tornó oscuro.

Pasadas unas horas, Olena conducía de regreso junto con Camila sumergida en un absoluto silencio. Sentada con los pies sobre el asiento abrazándolos y con su cabeza recostada sobre las rodillas, Camila se sumergía en su soledad. Intentaba conservar para sí esa sonrisa de felicidad que solo el corazón podía entender, y mirándola de reojo, Olena acudía al llamado del silencio, disimulando ignorar su regocijo.

Capítulo XII

Café claro

Aquella tarde una ligera llovizna, que con su armónico sonido, intentaba sofocar el fuego de la pasión que les quemaba. Las ropas que estorbaron encontraron el suelo como descanso y descubrieron el tesoro que guardaba tras ellas. Al descubrirse festejaron amarse. Sus sudores humedecieron sus pieles y empaparon la sábana que intentaba cubrirlo ante los ojos santos de su pecado, más la apartaron, anhelando sus almas fervientemente arder de amor.

La fogosidad con que rozaban sus labios estremecía todos sus cuerpos. Sus brazos los entrelazaban uno al otro con toda la fuerza de sus almas. El ritmo de sus movimientos expresaba el intenso deseo de amarse. Eran almas gemelas saciando su sed de amor que encendía la chispa de sus vidas. Con una mano él la sostenía y con la otra le hacía vibrar todo el cuerpo. Recorría cada una de sus curvas, una y otra vez, con el insaciable anhelo de volver sobre ellas. Era un anhelo insaciable con unas ansias vivas, una ardiente flama que amaba su alma, un pecado placentero al que deseaba ser atado.

Ella dejaba que sus emociones iluminaran su triste y oscura alma que hacía su vida agónica. Era una fuente inagotable de energía con la urgente necesidad de ser explotada con la más dulce y salvaje ternura de pasión del hombre que encendía la luz del túnel de su corazón. Clamaba que el calor de sus besos y caricias fueran eternos y superaran los tiempos. Aquella tarde ofreció su corazón para ser amado. Y sus danzas entonaban con la armonía de los deseos insaciables que fervientemente ardían entre sus cuerpos. Se acariciaban con la lentitud de amarse eternamente dejando al tiempo vagar por siempre.

La tarde se despidió bajo la fresca llovizna que fracasó en el intento de calmar su pasión. Y luego, llegó la noche sin ser invitada, y oscureció todo. La Luna con toda su esplendor pasaba desapercibida. Las estrellas eran apenas unos puntos de luz en la distancia que pasaban inadvertidas. Ella era la reina de admiración aquella noche. Brotaba de su cuerpo el deseo que no ansiaba mermar. Jugaron con sus manos y sus labios y se decían sus secretos.

— ¡Te amo!

Expresaban palabras entre sorbos de respiración y sus besos. Ella lo deleitaba, él animaba a sus fuerzas a no agotarse. La ardiente relación ardía tanto que la energía emergió con la fuerza de un volcán, ansiando expulsar de su fuente todo su caudal.

— ¡Abel!

Ella sostuvo con sus manos su cabeza. Se arrodilló entre sus piernas, como si estuviera sentada. Presionó con sus acalorados labios con toda su energía los de él en aquel momento de gloria, creyendo navegar el cielo. Él sostenía todo su pecho con ambas manos sintiendo la perfección de sus senos. Mientras ella, extraía su alma, absorbía todo su ser y él extendiendo los brazos, rendido con sus fuerzas agotadas, se entregaba a su amada. Perdían los sentidos, el razonamiento se les ocultó, la gloria creyendo alcanzar con el delirio de su pasión.

Unos involuntarios movimientos le sacudía todo su cuerpo como ansiando liberarse de una cadena que lo apresaba. La sábana sobre su cuerpo y la almohada en su cabeza impedían que respirara. Abel lanzando un grito de desesperación con la boca abierta, que lo hizo saltar de la cama. Apartó la sábana que le cubría y lanzó a un lado la almohada. Respiraba desesperadamente intentando llenar sus pulmones de oxígeno.

Sentado en la cama logró calmarse y al ver la hora en el reloj despertador comprendió su realidad. Las cuatro y quince minutos de la madrugada, la oscuridad reinaba. La soledad y el silencio les hicieron compañía a interrogantes nubosas que lo mantuvieron en el limbo. A su lado ocupaba un lugar el vacío de una fría soledad.

El sudor enfrió su cuerpo. Encendió la luz y caminó en círculos pretendiendo borrar de sus pensamientos todo cuanto giraba en su atolondrada cabeza. Deambulando por toda la casa, hasta que encontrándose en el taller, fijó su mirada en el lago. Nada se reflejaba sobre su superficie. Las aguas del

lago dormitaban en la calma que le rodeaba. Encendió la radio para acosar el molesto silencio.

Luego de vestirse, tomó su cámara fotográfica y estando en la galería, preparó su escenario para obtener del paisaje lo que la negrura de la noche le permitiera. El alba persistía en su sueño y tardaba en despertar. El tiempo transcurría en cada lapso en que captaba su imagen, aún sin la esperanza de obtener alguna definición. Varias tomas después, con la compañía de los cantos de las aves, los coloridos rayos de luz anunciaban el nuevo día.

Una luz de los faroles de un vehículo lo alertó. Segundos después el sonido le acompañó. Martin madrugaba. Y antes de desmontarse, cruzaron miradas de asombro por lo inoportuno del encuentro. Mambrú, mostró su alegría y corría hacia la playa del lago.

—Amanecí con el deseo de nadar un poco.

—Por supuesto.

El sonido del disparador de la cámara anunciaba la captura de la imagen. Unos chirridos de las aves hicieron ecos, mientras era notoria la llegada de las garzas blancas en bandadas próximas a la orilla del lago en busca de alimento.

—Es una extraña familia.

— ¿Te parece?

Continúo con más frecuencia captando imágenes. Martin se aproximaba a la galería y enfocó su vista al objetivo de Abel. Mambrú en un intento fracasado de querer atrapar las garzas que caminaban sobre la arena, no se rendía y continuaba tras ellas.

— ¿Café?

—Aún no —respondió sin apartar la vista de su objetivo.

—Prepararé, ¿sí?

—De acuerdo.

Abel apenas lo observó. Pretendía ocultar algún vestigio de la fantasía que

lo sobresaltó mientras dormía. La oscuridad se había marchado y la superficie del lago reflejaba la luz con una intensa brillantez.

El olor del café se apoderó de toda la casa. Martin preparó dos tazas y colocó la de Abel sobre la baranda de la galería. El vapor que expelía de la taza indicaba lo caliente del café.

—Esos extraños movimientos, ¿los has notado?

Abel alcanzó la taza y tomó un sorbo de café. Expresó de inmediato gestos que decían lo ardiente que estaba el líquido. Desmontó la cámara del trípode y tomándola en sus manos se dirigió al lago como sigiloso león tras su presa. Martin continuó tras sus pasos.

—Absolutamente nadie los conoce.

— ¿Qué estás diciendo, Martin? Acaso los estás persiguiendo. No puedo creer que estés actuando de esa manera.

— ¿Cómo es que no te haces la misma pregunta?

—Ellos solo ha venido a Palmira por unos días, vacaciones o algo así, no creo que debamos intervenir su privacidad.

—Es la casa del Dr. Kingsley. Y él solo envía ahí a sus pacientes.

En aquel momento sintió cuanto amaba la soledad. Prefirió estar sumergido en su taller salpicado de pintura. Volvió a la galería y procuró la taza con café y bebió varios sorbos. Martin comprendió que sus palabras fueron inoportunas y se acercó al lago. Mientras caminaba recogía pequeñas piedras y las lanzaba tan lejos como podía, haciendo que las aves alzaran el vuelo, buscando descargar su furia. Desde la galería, Abel grababa cada acción. Luego prefirió subir al taller y enfocando desde la distancia sació su instinto fotográfico.

Momentos después en que Martin sació su sed en las aguas del lago, procuró acompañar a Abel en el taller. Mambrú, continuó su afanosa carrera de ir tras las aves que intentaban tocar el suelo, sin éxito alguno.

—El artista intenta plasmar sobre el lienzo lo que su corazón le dicta al

alma que entiende es su deseo. Trazan sombras y luces con los colores de su pincel o sus propias manos para expresar su mensaje que germina de lo más recóndito de su ser.

—Ahora sé que eres poeta.

Sonrió levemente, pero dejó expresado el disgusto de las observaciones de Martin sobre Camila y su familia.

— ¿Y entonces? ¿Qué haces con la cámara?

—Captar lapsos de tiempo. Enfoca y dispara. Preservar esos detalles que forman un todo de colores. Un instante real de la vida misma.

—Tu rostro revela las marcas del insomnio. Sé que por eso has intentado no mirarme de frente.

Golpeó el pincel contra el lienzo, una y varias veces. Desahogaba su enojo, arrancaba esas energías presionadas en su pecho que ya les dolían. Las sonrisas de Camila hacían surcos en su alma y germinaba en su corazón un ramito conteniendo pétalos de una flor que pretendía querer tener un cuidador.

—Es una flor. Desde aquel día en que la vi en la tienda atrapó mi corazón y cada noche se apodera de mis sueños. Cuando ella sonrío mis latidos se agitan de tal forma que mi corazón enloquece. Su belleza me ha enloquecido y muero por sostenerla en mis brazos. Sí, muero.

Martin detuvo la marcha cuando empezaba a descender las escaleras. Cuando comprendió que sus palabras pausaron, continuó su descenso. Un estruendoso ruido de objetos impactando contra las paredes le sobrecogió, pero decidió seguir y apartarse. Abel había respondido a sus interrogantes.

A su paso por la sala, sobre la mesa de centro, en el teléfono de Abel se leía el nombre de Valeria mientras emitía una suave nota musical. Sus ojos pasearon por encima del objeto y restando importancia lo ignoró.

Aquella fue una mañana en que el alba le saludó sonriente. Y el maravilloso gesto de la luz quedó plasmado en su cámara cuando se reflejaba

sobre el lago. El eco del cantar de las aves, se adueñaba, junto a las imágenes de Camila, de sus pensamientos que se repetían sin cesar. El aroma del café se había disipado y solo restaba un líquido frío en la taza. La radio reproducía una melodía que se apropió del ambiente. La calidez humana solo permanecía en la humedad de la sábana estrujada que guardaba los secretos de sus movimientos y esta solo era parte de un sueño roto que asentó cicatrices más profunda aún en los sentimientos de Abel.

Las imágenes eran tan fuertes que lo hacían sonreír para sí. Soñaba despierto dejando perder su mirada en la lejanía, sin punto fijo. La expresión de su rostro permanecía serena y dormida, viajando entre la imaginación de un sueño anhelado.

Después de varios intentos, Martin logró que Mambrú subiera al vehículo. Encendió su marcha y el estruendo de su aceleramiento le dejaba saber a Abel que volvía a compartir consigo mismo la soledad y sus imaginaciones. Su mente se nubló y las ideas se estancaron de tal forma que solo podía observar el lienzo blanco descansar sobre el trípode y admirarlo. Su inspiración era absorbida por otras imágenes, aquellas que solo anhela disfrutar el alma para regocijo de su corazón.

Capítulo XIII

Una receta en blanco

Aquel solo fue un momento en que la oscuridad intentó una vez más apoderarse de su existencia. Era como caer en un abismo sintiendo la luz disiparse al ser succionado en el viaje al vacío. Un abismo que se retorció como un torbellino y perdía la noción del tiempo. Sus pies parecían flotar en el aire y su alma desfallecía. Veía como sus fuerzas la abandonaban y luego sus ojos cansados eran cubiertos por sus párpados.

La recaída de Camila trajo consigo el desvelo de sus padres y la pérdida de la esperanza a pesar del pequeño progreso que creyeron lograron alcanzar. Los oscuros temores y miedos se adueñaron del ambiente de la casa. Olena se encerraba en su habitación a solas, se culpaba de haber fracasado en la ayuda que ofrecía. Andrés regresó a Abdem en compañía de Diana forzado por las insistencias de su corazón lastimado que le hacía su vida miserable.

Camila, sumergida en la oscuridad de su habitación, evitaba todo contacto con el mundo exterior. Accedía a tomar su medicina ante las insistencias y ruegos de Olena que, ya no podía ocultar sus temores cada vez que la miraba hablando consigo misma. Sus momentos de lucidez disminuían y cada vez deseaba estar más sola. Aquel momento frente al mar anaranjado que los flamboyanes creaban, se fue al olvido con la fugaz felicidad que le regaló.

Los columpios bajo el árbol de almendro se movían y ella mostraba un fuerte desprecio cada vez que los veía. La sombra del almendro, y la inclinada colina que constantemente admiraba, se convirtieron en punto negro del desprecio. Los atardeceres pasaban desapercibidos y el correr que tanto le fascinaba ocupaba lugar en su pasado.

—«Ella batalla en aceptar la realidad de la pérdida de su hermana, su hija, señores Robles. No quiere dejarla ir, recrea estar a su lado. Es como si quisiera evitar lo sucedido. Todo cuanto podemos es no desfallecer en los continuos esfuerzos en mostrarle nuestro amor. Mostrarle nuestro amor».

El día relucía, las flores silvestres galanteaban sus colores y la fresca brisa que regalaba el clima no llamaban la atención de Camila. Olena encendió la radio para ahuyentar el funesto silencio que le acorralaba. La casa emergía rodeada de un tupido pasto verde, en su soledad solo la acompañaba el árbol de almendra y todas aquellas flores que la bordeaban junto a la empalizada.

—«*La pérdida irreemplazable...únicamente el amor puede ocupar ese lugar. Dosis de amor constante. Hacerle saber a ese ser amado cuanto nos importa*».

La puerta de la habitación de Camila permaneció abierta. Olena que estaba sentada en el sofá al lado de la radio, levantó la cabeza y sonrió cuando Camila cruzó el umbral de la puerta. Los labios de Camila se movieron pareciendo pronunciar unas palabras de saludo que fueron recibidas con agrado por Olena. Avanzó hacia su prima quien, dando suave golpes sobre el sofá, le indicó que tomara un lugar a su lado.

—«*La soledad es su peor enemigo. Ella puede auto incitarse al desprecio de su propia vida. Les digo con toda sinceridad y con gran pesar la verdad*».

Recostó su cabeza sobre las piernas de Olena y cerrando los ojos expresó su deseo de dormir. Olena acarició con suavidad su hermoso pelo, mientras continuaba cantando las canciones que reproducía la emisora. Camila cruzó sus brazos y extendió sus piernas sobre el sofá. Olena, era esa pequeña luz que amaba y deseaba acompañar siempre.

—«*Les facilité mi casa en Palmira para alejarla del medio familiar y así intentar renovar su vida. Crear nuevos momentos, no es la intención suplantar los que compartió con Yulia, pues es una tarea imposible. Ayudarla a aceptar la realidad es cuanto podemos hacer*».

Los ojos de Olena, no pudiendo contenerse, se aguaron. ¿Qué más podría hacer para traer de nuevo a su amada Camila? Todos aquellos momentos felices que disfrutaron junto a Yulia estaban cuidadosamente ordenados en el baúl del pasado, con el temor de que la nostalgia los devolviera al presente.

La observó ser feliz al lado de aquel joven que intentaba mostrar afectos hacia ella. Había surgido la esperanza de ver el final de su tiempo en esa cruz de martirio que apagaba la luz de su existencia. Una chispa de felicidad brotó en aquel momento que luego como jugada del destino se evaporó.

—«*Luchar contra esos recuerdos arraigados en nuestros más íntimos interiores, créanme, para lo cual la ciencia no tiene medio de curar, es una batalla difícil. Todo lo posible es basado en el apoyo y las buenas intenciones de quienes las adoran*».

Creyó que el destino planificaba el desprecio. Que los bellos amaneceres eran una utopía de juego de colores. Que los atardeceres eran solo un pasaje a la oscuridad. Creyó en la fuerza de la juventud para lidiar con las espinas y piedras de tropiezos en los caminos. Que la luz al final del túnel no se apagaba. Creyó estar confundida. Una fuerza la empujaba a un mundo tan irreal que amaba vivir.

—«*Es al tiempo que hay que ganarle la batalla. Su vida está en un estado de pasividad tenebrosa y si estalla toda esa energía de su interior, nada hay para contenerla*».

Las lágrimas no cesaban de brotar. Sus ojos se convirtieron en una cascada que humedeció todo su rostro y que constantemente enjuagaba con sus manos. Olena también extrañaba a Yulia, pero además siente perder a Camila. Lloraba a solas en su noche de soledad, amenguaba su llanto de dolor contra la almohada.

—«*Debemos ayudarle a moldear nuevos sentimientos, estos definirán sus relaciones sociales. Pero también, aceptar la realidad caminos llenos de espinas y pocos pétalos. Querrá aislarse, eligiendo la soledad como su compañía*».

Camila logró dormir. Dormía profundamente y Olena continuaba acariciando su rostro y su pelo. Cantaba con un tono suave y afligido en voz baja para no despertarla.

—«*Mostrará un estado de desinterés por todo cuanto le rodea. Verán en ella la expresión máxima de la antipatía*».

Parecía que un pequeño destello de lucidez y paz se habían apoderado de Camila. Su triste rostro al cruzar la puerta de su habitación partió en pedazo el corazón de Olena. Se le acercó buscando unos brazos que quisieran adorarla, con la ternura que parte de su alma ansiaba.

—«*Es una herida abierta. Una herida que no debe descuidarse, de la cual se debe evitar un sangrado, una hemorragia que luego no pueda ser controlada. Espero que entiendan con mucho cuidado lo que les estoy expresando. Ella recreará momentos, trayendo imágenes de recuerdos a los que les dará vida. Creerá que son reales*».

Olena recostó su cabeza sobre la espalda del sofá y abrazando a Camila, durmió con ella. La emisora continuó amenizando la hermosa mañana y el canto de las aves mostraba la alegría y el regocijo de un nuevo día.

Atrás quedó Abdem con sus ruidos, sus altos edificios y la gente en sus ajeteos, buscando ocupar un lugar en la historia polvoreada del olvido. Otros esquivando sus míseras actuaciones cubriéndose de un polvo que desearían llevar sobre sus cuerpos por siempre. Llevaban prisa de la urgencia de vivir su vida y no quedar relegado en el lapso de tiempo que los encerraría. Las tristes miradas de Los Robles pasaban desapercibidas. Solo sus corazones sentían la agonía de sus existencias y la carga que sostenían en sus hombros. La empatía se disipaba con el paso del tiempo, los demás, solo recrearían añoranzas de un pasado lleno de lamentaciones.

Fueron ásperas palabras que describían la real crueldad de una verdad. El Dr. Kingsley les habló sin miramiento, directo a los ojos, pausado y sereno. Cambiaba el tono de su voz, entre pausas, para aquellas palabras que sabía tocaban el corazón de Los Robles. Describía un cuadro que se exhibía por doquier y que la apatía esquivaba. Al subrayarlas con un matiz cruel, real, con

ellas, trastornaba sus tuétanos mismos. El mostró una postura de un actor que solo leía sus líneas sin compasión y con franqueza, pareciendo tener la pereza de agregarle vida a su personaje. El lazo no era un juego sobre el cuello.

—«*El hilo del que pende la vida de Camila es el amor que logre adueñarse de su corazón*».

Repercutía sobre su eco de forma incesante el dicitame de una sentencia anunciada. Los hizo callar en su silencio. Ya no era miedo, era un funesto terror que corría entre sus venas. Su amada hija estaba al borde de un precipicio creyendo que el salto al vacío era la vida.

Abdem era una ciudad fría, insensible. La historia era constantemente sustituida por la frialdad de las paredes del desinterés por el poco amor hacia lo demás. Era el resultado del valor de la vida moderna, una selva indómita, salvaje y de sentimientos vanos. Era la trampa hacia la soledad.

Aquella secretaria del Dr. Kingsley les había ofrecido café. Era una joven en que Diana creyó ver el rostro de su hija. Ella con su tierna mirada cargada de un vacío de compasión, les regalo una simple sonrisa. Andrés solo comprendió en la frialdad de su corazón que era parte del juego de su trabajo.

En su residencia, sintieron el gran vacío dejado por Yulia. Era el tiempo de limpieza. Había que arrancar de raíz todo cuanto se vestía de Yulia. Sus fotografías que adornaban el estante de la sala. Aquellos reconocimientos enmarcados de sus logros. Su taza de café preferida y hasta el olor impregnado en las paredes. Les dolía borrar todo cuanto sostenía a Yulia, esconderla en algún lugar de sus pensamientos, para poder retener a su gran amada Camila entre sus vidas, y decir adiós, hasta a la nostalgia a quien se llevó parte de su ser. Continuar la vida, rociando polvos a la muerte a pesar del dolor que embarga.

Intentaban borrar su vida, su historia y su realidad de existencia. Procuraban convertirse en ciudadanos que aceptaban la realidad como una excusa para seguir adelante. Andrés lo hacía con más ahínco, Diana se detenía a acariciar cada memoria que guardaba el objeto a deshacer. La nostalgia no

recreó el mejor momento en el tiempo, ni siquiera una llovizna en donde los pensamientos se perdieran con la mirada.

—«*No tengo una receta con un medicamento con una dosis para aplicar. No les voy a vender una falsa esperanza. Solo puedo aconsejarles amor y aún no se vende en frasco*».

Era como el doblar de las campanas, todos saben qué anunciaban. Era un pronóstico con explícitas advertencias. Removían en sus almas las miradas de clemencias y súplicas que la serenidad del Dr. Kingsley escogiera para hacerlos comprender su situación.

Palmira se convertía en el pesebre de una ilusión para recobrar la vida de su hija Camila. Las luciérnagas danzaban frente a la casa. Sus luces intentaban formar bellas figuras en el aire, pero al igual que la historia de Abdem, eran efímeras.

Abel lidiaba con mantener en su imaginación las imágenes de Camila, al mismo tiempo que intentaba concentrarse en su trabajo. El pincel se deslizaba y la pintura se corría estropeando las figuras que lograba dibujar. Su teléfono sonaba insistentemente y lo ignoraba sin la más mínima intención de ver quien le llamaba.

En un rincón, varios lienzos se amontonaban. Parecía ser un sueño aquel momento en que le describían con tanto entusiasmo sobre lo que aparentaba ser un mar de oleaje anaranjado. Aquella joven parecía apoderarse de sus pensamientos, y él lo ansiaba. Dejó el pincel a un lado, desprendió de él su delantal y lo lanzó al piso.

Detuvo su mirada hacia el horizonte tratando de buscar un momento de sosiego. Apreció el ocaso que dibujaba sus más bellos colores entre el cielo y la superficie del lago. La tarde dormía en un fuego encendido que dejaba en sus recuerdos los rayos del Sol. Sus pensamientos lidiaban en mantener fresca

en sus memorias cada línea que definía la sonrisa de Camila. Cada gesto y movimiento vivían frente a sus ojos. La locura tomaba control de su vida.

Tomó un lienzo blanco, dibujó su imagen a carbón. Luego mezcló los colores que definían su suave piel y con la espátula plasmó en alto relieve parte de su rostro. Y luego, dejó a un lado la espátula y con sus propias manos delineó sus tiernos labios lentamente como si estuviera tocándolos. La pasión hacía arder su cuerpo como brasas rojas de una fogata. Mordió su labio inferior cuando el rojo carmesí en sus dedos daba relieve a la comisura que la definía al resaltarla. Trazó los contornos de sus ojos y les dio la vida que anheló. Grabó sus largas cejas protectoras y delineó sus pestañas. Momento después, se detuvo y observó aquella imagen tener vida.

Los ladridos de Mambrú lo trajeron de vuelta del sueño en que deseaba permanecer. Martín retornaba junto a Lisa y después de inhalar profundamente salió del taller y fue a su encuentro.

— ¡Lisa! ¿Qué gusto verte?

—Abel, ¿cómo estás?

Besos y abrazos los unió en un caluroso encuentro, mientras Mambrú intentaba llamar la atención. Martín se mostró más reservado, permaneció rezagado y apenas movió su mano en señal de presencia. Abel respondió con una sonrisa forzada. Lisa intentaba comprender el tenso semblante de Abel que se escondía tras un juego alegre que simulaba la alegría de volverse a ver.

—Me imagino que tendrás mucho que contarnos.

—Así es, y... ¿Cómo esta Valeria?

Sintió una ardiente mirada de Martín, sobre su piel. Él esperó con ansias la respuesta de Abel que tardaba en llegar.

—Bien...—hizo una pausa y cambió a un tono más elaborado—, ella está bien, ya sabes con sus escritos y observaciones, lidiando entre palabras ásperas y agrídulces. El alma de la crítica.

—...Y encantadora como siempre.

Respondió Martin ante la incisiva sorpresa de Lisa por el tono irónico en que habló. Sus ojos se movieron entre los lugares distanciados en que se encontraban Abel y Martin. Una atmosfera tensa se encargaba de abrazarlos.

—Por como veo tus manos, debe ser interesante el trabajo que realizas, ¿nos muestra?

—Sí, así es, he trabajado mucho estos días.

Martin carraspeó a la respuesta de Abel, acompañado de una sonrisa irónica que cautivó la atención de Lisa. Mambrú se recostó en la galería mostrándose cansado. La prematura oscuridad de la noche llegaba silente, sin mostrar el apuro de desplazar el día. El ocaso del Sol se desvaneció dejando solo la sensación de sus llamativos destellos. La fresca brisa del lago movía las pequeñas olas y estas regalaban un suave sonido al alcanzar la orilla. Emergían pequeñas luces en el cielo y la Luna descansaba. Lisa los entretenía con sus historias y sus vivencias recientes.

—Ahora es el turno de ustedes. Veo que están muy callados. ¿Cuál es el mal entendido?

—No hay ningún mal entendido, es mucha presión, mi cuerpo se siente cansado —argumentó Abel.

—Si quieres nos vamos para que descanses —dijo Martin con tono irascible.

—Escena de celos —dijo Lisa suavemente a los oídos de Abel.

— ¿Te ha contado?

—Sí.

Sostuvo su mano derecha y le regaló una tierna sonrisa de comprensión que intentó no reflejar expresiones de lástimas. Se encorvó y beso su mejilla. Mambrú se levantó rápidamente y siguió los pasos de Martin que expresaba su enojo por la actitud de Abel.

—Estoy sumergido en un torbellino. Mi corazón ha enloquecido. Mis pensamientos solo piensan en su imagen —Le expresó a Lisa quien lo abrazaba y mostraba empatía a los sentimientos de Abel.

—Sé muy bien lo que dices. El corazón a veces actúa de manera

incomprensible y nos enloquece el alma. Bien, mañana será otro día.

—Mejores esperanzas —asentó Abel con sutileza.

—Sí, la esperanza corre tras el destino, este no descansa y la espera de esos días ansiados nos rompen los nervios y nos ahogan en anhelos —dijo Lisa al regalarle un beso presionando sobre su mejilla—. Creo que necesitarás con quien hablar, ¿sí?

—Sí —dijo Abel cuando al fin ella liberó su mano.

La oscuridad era intensa, aunque apenas la noche daba inicio. La Luna no exhibió su resplandeciente luz. El firmamento se mostró nostálgico con escasos puntos de luz. Abel en su soledad, solo lidiaba con la imagen de Camila que ansiaba abrazar. Una llovizna dejaba sentir su presencia. Los faroles de la casa atrajeron varios saltamontes y el chirriar de los grillos hacía notar su presencia. Le esperaba un escenario de desvelo e insomnio, locuras de éxtasis con lo que jugarían sus pensamientos. Colorearía durante toda la noche sus ansiedades y sueños, en su soledad.

Capítulo XIV

Reminiscencia

Los intercambios de miradas entre Camila y Olena sustituían las palabras. El silencio era acompañado de semblantes con destellos de afecto y cariño. Camila, ensimismada, con sus pensamientos divagando, mostró su ausencia y cuando sentía el calor de los vistazos de Olena dejaba escapar una tímida sonrisa. Aquella noche no evitó disimular y reciprocando con sus gestos algún llamado de atención, respondía con reservada alegría el gusto de verla.

El regocijo era contagioso. La complicidad del tiempo con su lentitud, para las jóvenes que anhelaban la llegada de la tarde, era apremiante para vestirse de ilusiones. Sus corazones festejaban la alegría y sus almas cantaban las más hermosas melodías. La indecisión formó parte de la alegría que agitaba aquella tarde la casa de Los Robles. Entre risas y carcajadas los nervios tenían la prisa de seguir la corrida del tiempo que llegó lento pero luego pareció volar. Era habitual entre ellas que Camila lograra lucir la hermosura que la vestía. Olena y Yulia compartían el mismo pensar y siempre estaban atentas a como ella luciría. Parecían que elegían el mejor vestido para ella, retocaban sus mejillas de colores y hacían lucir sus ojos más brillantes. Era la menor entre todas. Era a quien amaban.

El momento frente al tocador era invertido en resaltar la belleza de Camila, extraer de su interior esa timidez que ocultaba sus encantos. Seleccionaron un vestido rojo que le llegaba hasta la rodilla y dejaba lucir sus hermosas piernas. Sus primeros pasos con zapatos altos fueron guiados por las manos de Yulia, mientras Olena recogía el momento con su cámara. Las carcajadas y las risas acompañaban el temor de Camila por perder el equilibrio.

Sus labios vistieron un suave tono rojo, que aparentaba ser innecesario. Cuando la noche se apoderó de Abdem, las tres jóvenes, bajaban las escaleras luciendo alegremente sus vestimentas. Diana mostraba la sonrisa más orgullosa y feliz. Andrés, haciendo todo cuanto podía para no expresar

sus retrógrados sentimientos, solo le ofreció la llave del automóvil a Yulia bajo una fuerte mirada de exhortación.

— *¡Lucen fantástica, mis niñas!*

Andrés arrugó el entrecejo, mostró un rostro áspero, frío. Partieron bajo las miradas protectoras de Andrés que pretendían llevar el control del automóvil. Fijó su mirada hasta verlo desaparecer entre la oscura calle. Volvía a entrar a la casa volviendo su mirada hacia atrás.

—*Déjalas partir. Solo serán unas horas.*

Sabía Andrés que no podía cortarle las alas y que el tiempo de extenderlas y navegar entre el viento llegaría. Aunque su corazón intentaba no comprenderlo, él estaba consciente que habría tiempo de tempestades y otros de tensa calma en los cuales no podrá acompañarlas. Le obsesionaba la protección, era su modelo de amar. Camila amaba la compañía de Yulia y Olena, y era la chispa con la cual iniciaba la aventura. Con la que conseguía elevar los temores de Andrés.

Las lágrimas de Olena brotaban en la nostalgia. Aquella tarde esperaron en la galería por la llegada de Los Robles que se aventuraron en retornar a Abdem en busca de comprensión. Los juegos de columpios debajo del árbol de almendro continuaron moviéndose sin descanso. Camila expresaba desprecio cuando sus ojos dirigían su mirada a aquel lugar, en cambio, relucía en ella cierta frescura en su rostro, en algunos momentos, parecía ignorar la presencia de Olena y compartía con alguien más.

Las luciérnagas empezaron a abandonar las forestas en que se ocultaban y emergían resplandeciendo, sus ondulados movimientos, imprimían gracia a sus vuelos. Eran como una lluvia de estrellas fugaces con movimiento pausado queriendo ser vistas. Parecían que danzaban para ella, unas veces se agrupaban y otras ocasiones, algunas se apartaban como un intento de invitarla a compartir.

Las luces del automóvil anunciaron la llegada de Andrés y Diana. Las luciérnagas hicieron espacio formando una cortina. Camila mostró frialdad a

la llegada de sus padres. Olena simplemente trató de esquivar aquella lúgubre escena fría. Su corazón se contristaba.

—*A esta velocidad llegaremos al final de la fiesta.*

—*Calma, apenas comienza la noche Camila.*

Las luces de Abdem mostraban su esplendor. Aquella noche el cielo vestía su mejor grandiosidad, la tristeza con que la gente se desplazaba durante el día, cobraba el matiz de la alegría durante la noche. Al llegar, las lluvias de miradas capturaron la atención en Camila. El escote que mostraba Camila creó una ola de atracción en donde los jóvenes no pudieron ocultar su sorpresa y los murmullos sustituyeron la música que amenizaba el ambiente. Su sensualidad al desplazarse entre ellos, la alegría que se reflejaba en su rostro y la altivez de su mirada, pasmaban a los jóvenes frisándolos en un intenso embelesamiento. Una sensación de gozo arropaba a Yulia que iba unos pasos delante y Olena seguía a Camila, ambas agarradas por las manos.

Invitaciones y ofertas no cesaban queriendo los jóvenes hacerles compañía. Ocuparon una mesa para tres a un extremo del local. Los espejos adheridos a las paredes las multiplicaban y el efecto del parpadeo de las luces, resaltaban los colores de sus bellezas.

—*Yulia*

—*Hola Daniel.*

—*Ahora no, gracias —dijo Yulia al rechazar la oferta a la petición de bailar.*

—*¿Por qué no? No vine hasta aquí para aburrirme hermanita —se quejó una entusiasmada Camila.*

—*Olvídalo, Daniel solo quiere sobresalir a costa de nosotras.*

—*Paciencia prima —aconsejó Olena—, la carnada está lanzada en cualquier momento el pez morderá el anzuelo.*

—*¡Oh Dios mío! ¿Qué insinúas?*

Sonrieron ante el sonrojo de Camila. Tomaron asiento y la música les hacía mover sus cuerpos. Un ambiente contagioso, un volumen ensordecedor

que hacía temblar todo el cuerpo.

—Lo de siempre y una soda.

Le ordenó al mesero señalando a Olena y Camila. El rostro de Camila eliminó, por un instante, la sonrisa al entender que la soda era para ella.

—Hoy sabré elegir —dijo Camila.

— ¿En verdad? —reaccionó intrigada Olena con una sonrisa pícaro.

—Hola Miguel.

—Pero... ¿Es Camila? ¡Qué hermosa estás!

Aquella noche, Camila sonrió como nunca en su vida. Yulia disfrutó el gozo de su hermana. Las tres se tomaron de las manos y bailaron, rieron a carcajadas y fueron la envidia de los chicos que rogaban por una oportunidad de unírseles. Pero aquella noche celebraban estar feliz consigo mismas. Lucieron esplendidas para los ojos de todos, pero más para sus propios gozo.

Tomaron un tiempo en descender del automóvil. Como si necesitaran recargar sus energías para volver a la realidad de un sueño del que no podían despertar. Diana observó las luciérnagas y vislumbró el rostro alegre de Camila pareciendo disfrutar de las pequeñas luces que se apropiaban del paisaje. A veces Olena sonreía, en otras se apropiaba de ella un espantoso escalofrió de miedo.

Eran tantas las luciérnagas que su iluminación vencía la imponente oscuridad. Seguían el juego de la brisa, pareciendo navegar entre olas de un manso mar. Andrés, enfocó su mirada en su adorada hija y la confusión se mezcló con las observaciones del Dr. Kingsley, queriendo llorar. Diana colocó su mano sobre su muslo derecho y su mirada recordó su amor de juventud, pero en aquel momento fue la apacible ternura de una amiga regalando una sonrisa para calmar su contristada alma.

Olena acompañó a sus tíos y entró con ellos a la casa. Intercambiaron impresiones en tono bajo cerciorándose de que Camila no les escuchara. Olena se desplomó sobre el sofá y aquella noche lloró amargamente.

El sonido estridente de la música las contagió y todas tararearon las

canciones que bailaron. Disfrutaban estar feliz. Miguel se les acercó atraído por el encanto de Camila y queriendo unírseles intentaba vencer los gestos de rechazo de Yulia con expresiones de ruegos. Ambas, apretaron fuertemente las manos de Camila de la que ella quería soltarse. Miguel insistió y Olena, haciéndose cómplice soltó su mano haciendo espacio para que él se les sumara.

— *¿Qué haces?*

— *Decir que sí a la felicidad. Mírala.*

Olena enjuagaba sus lágrimas que los dolores de su alma. Las palabras de Diana no llevaban sonidos y acercándose a Olena colocó su mano sobre su espalda y la consoló. Andrés sintió su corazón contristarse, partirse en pedazos, evitaba exponer sus emociones. Habían regresado sin ninguna notas en las manos, solo con un mar inmenso de angustias.

El clima invitaba a disfrutar el aire libre. Y aceptando la invitación de Miguel, les acompañaron a la playa. Era una hermosa bahía que guardaba el secreto de las arenas más blancas y finas. Rodeada de árboles de coco y uvas que prestaban sus sombras bajo el ardiente Sol que emergía imponente por encima de ellas. La suave brisa corría sobre la superficie de las aguas haciéndola levantarse. Las olas de mar se extendían sobre ellas perdiendo su poder ante sus bellezas y dejaban tras sí, en un intento de querer permanecer sobre ellas, su espumante resaca. Sus aguas cálidas y cristalinas y en la distancia disfrutaban besar el azul de cielo, un gozo eterno. El radiante Sol y las frescas y cristalinas aguas hacían la combinación perfecta para nadar.

— *Si continúa así, vas a necesitar atención médica —le dijo Olena a un perturbado Miguel —. Ella puede incomodarse y ya sabes lo que eso significa, ¿comprendes?*

Yulia sonrió de forma pícaro al escuchar a Olena expresarse sobre la advertencia que le hacía a Miguel, quien abriendo los brazos aceptaba su realidad. Ni el corazón de Camila ni sus ojos estaban dispuestos a dar señales que se interpretaran en satisfacer alguna necesidad. Se quitó sus

pantalones cortos al mismo tiempo que Olena sonreía por los gestos de deseos de su amigo. Camila vestía un traje de baño de dos piezas color amarillo, su preferido. A los ojos de Miguel les eran imposibles no contemplar su bien formadas curvas y la belleza de su piel.

—! ¿Qué?! —expresó Camila.

—Amigo, disfrute del agua, para que su viaje no sea en vano.

La dulce joven, prefería sonreír, disfrutar e ignoraba las otras caras de la vida. Su corazón ingenuo solo amaba cuanto podía vivir. Corrió al agua y lanzándose de cabeza, nado sumergida hasta que por un instante Miguel pensó que podría ser su salvavidas. Sus inquietos nervios deseaban salir corriendo y las expresiones de apuro y preocupaciones de Yulia y Olena lo confundieron hasta que en su intento, salió como proyectil y siendo muy tarde, porque en ese instante, Camila emergía unos metros mar adentro, y escuchó las sonadas risas de burlas de Yulia y Olena. Miguel se había lanzado al igual olvidando quitarse la ropa que llevaba puesta encima de su traje de baño. Camila era solo una niña traviesa que lo único que no le era indiferente era sonreír.

Escucharon sonidos de risas y las tres intercambiaron miradas. Aún escuchaban la voz del Dr. Kingsley resonar en su interior. Era como un frío cincel que hurgaba sin piedad el alma en los recónditos lugares de sus corazones. Cada punzón estremecía sus almas, cuan palabras oídas en la confusión de una realidad que negaban aceptar. Yulia no estaba, y Camila parecía estar detenida en el tiempo. Había permanecido con su mente distraída en un pasado que sus imaginaciones acarreaban con ella.

Diana se acercó a la ventana, y haciendo lugar moviendo un poco de la cortina, hizo espacio y allí estaba sentada su adorada hija sonriéndole a las luciérnagas que jugaban ser arrastrada por la suave brisa. Soltó la cortina y encontró el sostén de los brazos de Andrés a su espalda y mezclándose en un fuerte abrazo murmuraron palabras de fortalezas entre ellos.

El entusiasmo le había empujado a plasmar sobre un papel la admiración que sentía acerca de su compañera y amiga. Cada día buscaba un lugar

cerca de ella en el aula, y aunque logró la amistad de Olena, incrementó sus esfuerzos para formar parte de su grupo. Olena recibía los agrados y pretensiones que ansiaban llegaran a los oídos de Camila. Ella, al recibirlos simplemente sonreía.

Decidido, tomó una hoja de papel de su cuaderno, y escribió en el cuanto ansiaba tenerla en sus brazos. Describió de ella, el esplendor envidiable de ser más hermosa que una estrella. Sus bellos ojos, su agradable sonrisa y el frenesí incontenible de lanzarse sobre ella y acariciar sus labios. Le habló de sus sentimientos tan puros como su angelical belleza. La enferma locura que lo hacía divagar como sonámbulo en arrebatos de un éxtasis apasionado que lo hacía sangrar su propio amor.

Dibujó una rosa roja en la esquina superior de aquel papel y debajo de su nombre encerró en un corazón el nombre de ella. Decidido como valiente soldado, le entregó, suplicando en ruegos, el papel a Olena. Llevaba el aroma de su perfume y estaba doblado en cuatro.

Cada día esperó lleno de ansias por la respuesta a su declaración de amor. Cada día pasaba como los anteriores con la misma historia y los gestos de penas que ya Olena no podía ocultar. Sobre su tocador, descansaba el papel doblado en la misma posición que fue dejado. Aunque su corazón no, pero su alma comprendió que el viento se había llevado, si hubo, alguna chispa de esperanza que tanto anhelaba.

Sobre la mesa, al lado de su vaso conteniendo agua, una píldora. Eran las mismas indicaciones pero con el encargo más humano. El Dr. Kingsley esta vez dejó a un lado su recetario y le habló directo a sus corazones.

—«Lo que el viento se ha llevado, no volverá. No permitamos que el tiempo arrastre consigo la oportunidad de compartir con nuestros seres queridos en cuanto podamos, en cualquier momento puede ser tarde, muy tarde».

Aquella noche, sin estrella, sin la brillantez de la Luna, solo pretendía amar las danzas de las luciérnagas. Compartieron con ella su desvelo, compartieron

con ella desear brillar en la oscuridad como aquellos diminutos insectos. Amaron desear estar a su lado.

Las lágrimas de los ojos de Olena, no brotaron más. Tomó un lugar a su lado en la galería y compartieron el regalo de los verdosos destellos frente a ellas. Escucharon las aves nocturnas en lucha cantar su sobrevivencia. Andrés y Diana, amaron más que nunca aquel momento en que Olena decidió acompañarla, ahora se convertía en una adorada hija.

Capítulo XV

Lágrimas y dolor

El alba aún dormía. La noche aún reinaba en la madrugada de aquel abril. Era la primavera y los colores estaban de fiesta. El cantar de las aves anunciaba la pronta partida de la oscuridad. Las frescas brisas que arropaba a Abdem, acrecentaban la desilusión de los ajetreos de sus residentes y en sus rostros enarbolaban la esperanza. Aun así, corrían tras la esperanza de un mejor destino, entre riesgos y momentos de ilusiones que se evaporaban cuando los efectos trascendían a la realidad. Poco a poco retornaba el bullicio que le daba la vida a la gran ciudad.

Los sonidos despertaban y la serenidad de la noche era acompañada en su partida por los sueños eternos de extender las alas y surfear con la corriente del viento enarbolando la bandera del protagonismo. Desplazarse venciendo la inercia, aferrarse a la convicción de levantarse tras la caída. Deambulaban desde el alba, antes de ella, para ganarle al tiempo, para que su cansancio sea el orgullo de su esfuerzo.

La avenida que bordeaba la costa, se hacía eco del sonido provocado por las olas, buscando descansar y encontrándose con afiladas rocas grises que detenía bruscamente sus recorridos y blancas y finas arenas que las acogían en un tierno encuentro. Al final, el atracadero de ilusiones de barcos, con su entrada y salida bajo el cantar de la trompeta que espantaban las gaviotas y las golondrinas en bandadas en un vuelo impetuoso y agitado. Exhibiendo las banderas del sudor cansado, de hombres malhumorado, inmersos en fantasías que las masas de agua les hacían imaginar.

En un pequeño cuarto desordenado con salpicaduras de tintas de colores por doquier, se respiraba el aroma del café recién preparado que compartía el aire con el fuerte olor de pintura. La calma del mar se veía imponente, dormían sus olas. El oscuro horizonte no ofrecía ninguna esperanza a los atrevidos navegadores intrépidos que se lanzaban en busca de buena fortuna. Pero, permanecer en tierra le negaba la oportunidad de ondear sus sueños,

amaban enfrentar la fuerza de las olas, alimentaba sus instintos.

Un velero al viento no era más que una mancha blanca en un cristal sin sombra ni reflejo. Era un panorama que esperaba por las gaviotas para que con sus vuelos, sus aleteos despertaran las olas y animaran al viento. Era la tranquilidad de la primavera pintada de colores en sus flores.

Una luz sobresalía a través de la ventana de una habitación en el apartamento de Valeria y Abel. Sobre una pequeña mesa circular a la derecha del trípode, una taza de café caliente que era ingerida en pequeños sorbos, intentaba despabilarlo mientras creaba sobre el lienzo su más preciado concepto entre curvas y líneas, entre sombras y luces. Pero aquella mañana, sus pinceles, externaban sobre el blanco lienzos la frustración que atormentaba su alma. Buscaba a través de la ventana de cristal y sus miradas no captaban nada, solo una neblina en sus pensamientos que destrozaba su alma.

Momento después, caían sobre sus hombros, alrededor de su cuello unos suaves brazos y unos labios que acariciaban su mejilla. Aquellos tiernos labios besaron una y otra vez su cuello. Él permaneció inmóvil, pareciendo ignorar las caricias que le amaban. Con una mano alcanzó su taza y bebió de su café. Ella, le regaló un beso una vez más, y él disimuló sonreír.

— ¿Vas de viaje?

— ¡¿Cómo dices amor!?! —preguntó simulando estar sorprendida, deteniéndose en la puerta a la salida del cuarto.

Ella había escuchado bien las palabras de Abel, que estaban cargadas de un tono apagado y sombrío, expresando las penas de su corazón cuando le habló. Fue una pregunta incisiva, elaborada, que ansiaba articular. Volvió a colocar la taza en su lugar, y esperó por su respuesta sin dirigirle la mirada.

—Tu pasaporte está sobre la mesa.

— ¡Ah!, bien, voy a Nueva York. Pensé que te lo había dicho anoche.

Ella se apartó con la intención de abandonar su taller, comprendió que el humor no le acompañaba. Su atractiva figura modelaba una bata de seda

transparente que permitía ver la ausencia del sostén y el color de la prenda de vestir que cubría su cadera. Él la siguió momentos después en que lograba asimilar la respuesta que ella le había dado. Se empeñaba en contener toda la ira que sintió al ver sobre la mesa los documentos de Valeria, que sobresalían de su bolso.

—No comprendo. Acabas de regresar de Italia.

—Nueva York celebra la semana de la moda. Y me han asignado cubrir el evento. Mis sueños se hacen realidad. Ya sabes lo que significa para mí esta oportunidad

—Entiendo, sí que es bueno.

Las palabras emergieron de su boca con un tono seco y lleno de amargura. La recibió en la cama apenas una hora antes y ahora vuelve a volar como paloma dejada en libertad. Parecía disfrutar extender sus alas mientras él solo veía pasar los días entre los colores de su imaginación, un lienzo que todo lo soportaba y la fría almohada llenas de esperanzas frívolas.

— ¿Algún problema? Porque ese tono de voz tan afligido dice algo más, ¿o no?

—No, no, todo está bien.

—Imagínate, voy a entrevistar al rey de la moda, Giancarlo Amore y luego...

Sus palabras se perdieron entre las paredes que se negaban a ser testigos de su presencia. Sus perturbados pensamientos nublaban la comprensión para asimilar lo que trataba de explicar Valeria llena de entusiasmos. La suavidad de la caída del agua de la ducha le hizo saber que había entrado al baño. Él, aun así, la buscaba entre las sábanas de su cama. Miraba la almohada ser indiferente. La mesita de noche guardaba su postura, obligada a permanecer inerte ante la escena de enojo de Abel y la nubosidad de su entendimiento.

Volvió a la cocina y vertió más café en la taza. Sus ojos resaltaban el color rojo y su semblante languidecía. Manchas de colores salpicaban todo su cuerpo que recordaba la rabia con que el pincel acariciaba el lienzo. Volvió hacia la habitación y se detuvo entre los marcos de la puerta. Bebió todo el

líquido en la espera que se le hacía eterna.

Con su toalla blanca alrededor de su cuerpo, cayendo desde sus senos, dejaba ver la gracia de su belleza. Ella pretendía encender la chispa de la compresión ante una sumisión obligada por el temor de desatar la fuerza de un tornado que podría destruirlo todo. Lo miró a sus ojos que estaban a punto de explotar, quiso irradiarlo de ternura. Tomó dos prendas negras de una de sus gavetas. Dejó caer la toalla exponiendo sus encantos sin ningún tipo de reserva. Luego, disimulando la prisa, como deteniendo el tiempo y modelando ante la vista de su amado, lentamente se cubrió. La primera prenda para cubrir su pelvis, y luego vistió la segunda con que hacía el juego de sus ropas íntimas. En aquel momento solo actuó, no lo miró, sabiendo que él acaricia cada lugar de su cuerpo con las miradas de su corazón.

El calor de su cuerpo hizo enrojecer su tez, y su enojo podría olerse. Una ceguedad cubría sus pensamientos al verla moverse en la habitación solo con la ropa íntima. Recorrió todo su cuerpo tal y cual lo hizo la primera vez que la vio frente a uno de sus cuadros. La miraba en total silencio, deseando que su alma salpicara toda su rabia. Miró el contenido en su taza y en un momento de enojo despreció lo restante del líquido, apenas unas gotas reposando en el fondo.

Colocó la taza sobre la mesa del comedor, y volvió a presenciar la escena que le inquietaba. Vistiendo su delantal salpicado de pintura guardando la historia de sus sueños, Abel, cabizbajo y con los brazos cruzados, se recostó de la puerta de la habitación observando a Valeria en la prisa de vestirse, pretendiendo repetir la escena. Su respiración se aceleraba, y sus nervios temblaban. La contempló luciendo aquellas prendas que resaltaban las curvas de su anatomía que encendía la llama de su pasión. Pero tanta energía de enojo buscaba exponerse. La ansiedad de estallar lo consumía.

— ¿Y ese rostro triste?

Permaneció callado, observándola y moviéndose de un lado a otro. Con la falda en la mano, esperando por un agrado de cortesía que nunca llegó, le miró y acercándose se detuvo frente a él.

—Te comprendo, pero, desde el principio has sabido como es mi profesión. No tengo un trabajo de escritorio con un horario de oficina. Para sobrevivir, debo estar en constante movimiento y si no, lo hará otro. Ni siquiera puedo darme el lujo de estar un paso atrás.

—Y... ¿A dónde iras después? Francia, España... ¿Dime?

— ¿Estás celoso? Solo eso me faltaba, no puede ser.

Un rostro de sorpresa reveló la compañía de una sonrisa nerviosa. Él continuó inmóvil en su posición sin apartar la vista sobre ella. Una mezcla de gestos de enfado y descontento, acompañaron la incompresibilidad de sus juicios. Apenas movía sus labios para expresar la reacción de su corazón.

— ¿Dónde está el hombre con el que estuve anoche? ¿Me estabas estudiando? ¿Me estabas poniendo a prueba? No puedo creer que te hayas atrevido.

— ¡Que locuras dices! Es un argumento muy pobre. He estado aquí todo este tiempo haciéndole compañía a una cama fría...

—Porque mejor no dices que has elegido de compañía una maldita botella de vino. ¿Mírate? Estás alcoholizado. No corre sangre por tus venas.

Tragó en seco, sus ojos aumentaron de tamaño y una profunda respiración dejó saber la colisión entre su corazón y su alma que le hirieron los sentimientos. Pronto emergió la súplica de arrepentimiento sobre el rostro de Valeria acompañada de terror y miedo. Turbada, continuó vistiéndose, esta vez con la prisa de esfumarse de la presencia de Abel.

—No puedo creer que tus besos y caricias eran fingidas. ¿Dime que no es cierto?

Retrocedió hasta su tocador, sintiéndose aterrada. La traicionó el instinto de querer comprenderlo. Su mirada estaba cargada ya no de ternura, ahora eran súplica de que la fuerza de su ira no destruyera cuanto el amor ha creado.

—Llegas en la noche diciendo estar cansada y al otro día sales corriendo, cuando no estás subida en un avión, es con ese tal...

—Jeffrey es mi jefe y a él le debo todo lo que he alcanzado. Él ha sido mi

apoyo, quien ha estado a mi lado y me ha dado su soporte incondicional. Y tú bien lo sabes. Eres muy injusto al juzgarlo de esa manera.

—No te das cuenta, estás siendo egoísta. Entre esas sábanas no hay ni siquiera cenizas...

—Por Dios Abel, me asustas —sus manos temblaban y su voz se entrecortaba.

—Cómo crees que se llama este tipo de relación. ¿Tiene nombre? Por supuesto que no...

Las lágrimas emergían con rapidez mientras él expresaba con fuerte voz el orgullo de su ira. Valeria sentía repulsión por las palabras que Abel declaraba. Sus nervios enloquecían. Parecía que el mundo venía sobre ella. Logró terminar de vestirse, luego sentada frente al espejo de su tocador, intentaba borrar con sus colores la rabia que le cubría, pero sus impulsos naturales obligaban a dirigir su mirada a Abel a través del espejo y él estaba ahí con su vista fija sobre ella, sin pestañear. Se sintió perdida, las lágrimas arrasaron como río desbordado todo los colores sobre sus pómulos. Alcanzó la toalla y la manchó con la humedad de su rostro.

—Tú no tienes idea de lo que he tenido que soportar como mujer. Roces provocativos, palabras obscenas, frases inadecuadas. He tenido que soportar mentes enfermas de hombres depravados que solo piensan en desvestir a las mujeres como si fueran objetos sin alma, sin sentimientos. Que con sus miradas afiladas destrozan nuestra dignidad. ¿Sabes lo que es amor propio?...descuida se la respuesta.

Expresó al lanzar bruscamente la toalla sobre el banquito de su tocador. Una ligera calma le llenó de valor queriendo cubrir de justificación el tiempo en que tardaba en prepararse para poder escapar de sus garras. Intentó que la empatía tocara su corazón sin fruto alguno.

—El egocentrismo que los hombres encarnan, hace que solo vean a las mujeres como objetos de satisfacción. No te dejes arrastrar por ese mal. Tus palabras me hieren, y estoy segura que a ti también. Te amo Abel, pero anhelo que el hombre que he conocido me vea como un ser humano. Las espinas no lastiman las rosas, cuidan de ellas, las protegen. Estás confundido, estás

aceptando fantasías que tus temores crean y te hacen creer que son reales.

El estallido de sus nervios alcanzó el tope con el intenso estruendo provocado al Abel lanzar contra la pared una de las sillas del comedor, cuando logró abandonar la inerte posición en la puerta de la habitación, que la hizo callar y a todo su cuerpo temblar. Fue rodeada de una nube de terror que se posó sobre ella y al ver que dejaba su posición de poder en la puerta no dudó ni un instante en salir.

Luego unos cristales se hacían pedazos y la rabia enfrentaba la impotencia. Alcanzó la maleta que yacía en la misma posición de la noche anterior y dando torpes pasos cargados de miedo, logró llegar a la mesa del comedor y con su mano temblorosa tomó su bolso.

—No tienes que huir, ni salir a escondidas. Las estrellas en el cielo se ocultan tras la luz del día, pero están ahí. Mi alma se ahoga en un desierto frío y tu presencia no quiere mi compañía.

—Sabes bien que eso no es verdad. Te he amado siempre y por lejos que vaya mi corazón carga contigo y mis pensamientos solo son para ti...

—Siempre llevas prisa. Siempre vas de prisa. Te es difícil enfrentar mi presencia.

—Has cambiando mucho. ¿Dónde está el comprensible hombre que conocí? ¿Qué te ha pasado amor? Mira como me has asustado con este salvajismo que has escenificado sin razón. Brota la amargura de tu alma, no caigas en el lodo de la bajeza.

El timbre de su teléfono sonó como si fuera la respuesta divina que le salvará. Abel se asomó a la ventana y moviendo la cortina a un lado, miró al exterior.

—Te esperan.

Ella contestó el teléfono, hizo a un lado sus cabellos que bloqueaban su visión. Pasó una de sus manos por su rostro. Observó como pretendía ignorar su presencia, y se marchó. Tras su salida, escuchó con pánico, estruendosos ruidos de golpes de objetos partiéndose en pedazos. Un aura de miedo y un

sombrío escalofrió la escoltó hasta salir del edificio y mirando hacia arriba, la silueta de una figura se dejaba ver tras los cristales de la ventana que le afligió el corazón.

Abel al escuchar el sonido del vehículo en marcha, volvió su mirada a la calle. Las luces rojas encendidas se disipaban con la distancia hasta que pronunció para sí un adiós que solo escuchó la amargura de su alma y la soledad que le acompañaba.

Para entonces, Abdem recibía los tibios rayos de sol que acariciando los pétalos, estos extendiéndose, mostraban sus bellezas. La ciudad se consumía en sus acostumbrados bullicios. El mar exhibía su esplendor de ilusiones falsas. Y las gaviotas se adueñaban de los cielos disfrutando ser dueñas de los vientos. Abel, volviendo al pequeño cuarto que fungía como taller, quiso ser tragado por el lienzo blanco donde fracasó en el intento de plasmar su enojo.

Capítulo XVI

Perdida en el tiempo

Aquella tarde la naturaleza mostraba una pasiva calma. La ausencia de los sonidos creaba una sensación de caer libre en un abismo vacío. Las aves descansaban bajo las ramas recuperando sus energías gastadas de tanto surcar los cielos. Parecían dormitar evitando que los rayos cálidos del sol las fastidiaran. Las ramas permanecían inertes, la brisa se había ausentado y el polvo del camino adormecía. Las flores silvestres hacían el oficio de hacer resplandecer todo en sus alrededores. En lo alto de una palmera, en un hueco redondo, se escuchaban los chirridos de llamado de una cría que reclamaba por su cuidado, pero el viaje de aquellos sonidos se ahogaba en la trayectoria.

Camila con su ropa deportiva, aún con el Sol en su altura, caminó paralelo a la cerca de madera de la casa, en el camino hacia la alta colina que los primeros días subió para observar los espléndidos colores del atardecer que tanto admiró. Miró hacia atrás y haciendo señales a Olena, que avistó tras una de las columnas de la galería, la invitó a hacerle compañía.

— ¿Hacia dónde vamos?

Una vez Olena la alcanzó, Camila echó un brazo sobre ella y la abrazó. Miró a su lado y vistió su rostro de una sonrisa destellante y fresca. Los columpios debajo del almendro se movieron, y en aquel momento obtuvieron un vistazo de Camila, sin aquel desprecio que la hacía incomodar. Sin la necesidad de la prisa, se alejaban a paso lento de la casa. Diana, se le acercó a Andrés que dejaba a su vista alcanzarla, dejando caer su cabeza sobre su hombro. La escena que observaron les produjo la esperanza efímera de un sosiego que han anhelado tras la realidad que les describió el Dr. Kingsley.

— ¿Sientes el sonido del silencio?

— ¿¡Qué!?

Camila extendió sus brazos y cerrando los ojos expuso su rostro al Sol.

Luego, giró en círculo extendiendo sus brazos como un aeroplano. Las carcajadas retumbaron produciendo ecos que viajaban en ondas a través del bosque haciendo levantar el vuelo a las aves que, despavoridas salían volando. Olena se sumó a su juego infantil y logrando una melancólica expresión en Diana y la aflicción de su corazón.

—Cuando reina el silencio, no le temo a la soledad.

—No logro comprender de que hablas Camila.

Con dificultad de mantener el equilibrio, dando tropezones atolondrados como si estuviera mareada, corrió, alejándose de Olena como si persiguiera a alguien. Corría evitando que alguien la alcanzara y por momentos miraba hacia atrás para evitar ser tocada.

—«*Olena es nuestra mejor amiga*».

—Sí, ella lo es.

Olena, miró hacia atrás a la casa y luego al almendro y aquellos columpios habían dejado de moverse. Miró a todos lados y las ramas de los árboles no recibían el impulso que al acariciarlas las movías. Entre las carcajadas de Camila creyó escuchar su voz. Aquella vez no sintió miedo, su cuerpo no reaccionó a ningún instinto de precaución, más sintió sobre ella, un aura de paz que le cubría.

Era una sensación de estar en alta mar, buscando avistar aquella estrella que les dirigiera. Viendo a todos lados solo masas de aguas, pero no sentían estar perdida. Un llamado extraño, como un viento del Norte, ansiaba empujarlas del recóndito lugar en que sentía la vida tornarse confusa, alejado de la luz de la realidad. Una energía la arrastraba a tierra firme, extendiendo una mano que ansiaba agarrar, rescatarla con una única dosis, una única oportunidad.

Pronto el viento trajo su fuerza y las ramas se agitaban en los árboles. El tiempo estacionario adquiría movimiento. Las aves saltaban entre las ramas buscando evitar los cálidos rayos del sol. Camila, recogía flores silvestres, pero esta vez, no mucha y deteniéndose en su andar, inhalaba su aroma con una

sonrisa de placer y felicidad, al acercarla a su nariz. Los columpios eran movidos suavemente y ella, extendiendo una mano con movimiento de olas en sus dedos les sonrió, era la primera vez que recibían un cumplido de agrado. Mirando hacia atrás, vio a Olena recostada de una columna de la galería y agitando sus brazos para llamar su atención, le indicó que le acompañara.

—Amo este aroma. Las flores silvestres como las margaritas me fascinan.

—Realmente son hermosas.

Encorvándose recogió unas más y compartió con Olena. Extendió su brazo y lo colocó sobre sus hombros, abrazándola y luego mirando al lado opuesto sonrió con aquella hermosura con la que ha cautivado tanto hasta a sus propios amigos. Luego, saliendo corriendo como yendo tras alguien, lanzó al aire algunas flores riendo a carcajadas, como una niña llena de felicidad.

Era disfrutar estar sumergido en el bosque. Sin saber dónde ir, entre los troncos de altos árboles que parecían alcanzar el cielo entre las nubes. Lluvias de hojas secas caían sobre ellas, tantas eran que al posarse una sobre otras, sus pies quedaban sumergidos entre las hojas imposibilitando su andar. Las gigantes ramas se extendían hasta lograr oscurecer la luz que deseaba desplazar la oscuridad. Las aves volaban esquivando las hojas que caían después de haber perdido su verdor.

Era un bosque sin final, sin principio que guardaba el secreto de su silencio. Camila, mostraba la valentía de no tener temor, dejaba que sus alas fueran llevadas por las frescas brisas que conocían la salida y la entrada. Ella dejaba ser llevada y sin negarse iba tras quien la invitaba como niña feliz, sonriendo.

—«*Sígueme*».

—Sí.

Parecía haber pasado la noche en la galería. Mantenía la misma posición de aquella vez, cuando disfrutó la encantadora escena que brindaron las luciérnagas. Era como si el tiempo no logró mover las agujas del reloj. Era una tarde fresca y el Sol estaba en su punto más alto. Los rayos del sol no

ardían aunque las aves buscaban protegerse bajo las ramas de los árboles que descansaban de la fuerza del viento en paz.

Sobre ella, la mirada de tristeza y melancolía de Olena. Recostó su cabeza contra la columna próximo a la puerta cerca de los escalones que daban acceso a la galería. Camila la sorprendió sumergida en sus añoranzas, atrapada en la nostalgia de sueños perdidos que se aferraban a no abandonar el lugar de ser recordados y levantándose de su asiento se le acercó.

— ¿Por qué estás triste?

—«*Ella es débil*».

—Lo sé.

Olena sonrió, aparentó dibujar una sonrisa en su rostro y Camila abriendo sus brazos, la abrazó regalándole un beso en la frente. Cerrando los ojos y suspirando una lágrima corrió por la mejilla de Olena.

Era una hermosa tarde, el cielo despejado, mostrando un azul intenso. Parecía reflejar la misma luz, como si un eco la volviera al cielo. El Sol lucía más grande que nunca y parecía ocupar todo el universo. Las aves cantaban con alegría y brincaban entre las ramas disfrutando la agradable temperatura. El color amarillo de las flores silvestres parecían manchas entre el pasto verde impregnándolo de vida. Un colibrí, luego otro, se mantuvieron suspendidos moviendo sus alas agitadamente mientras disfrutaban de la ternura de la flor.

Camila, saltó de su lugar en la galería y corrió tras las pequeñas avecillas en un intento de atraparla. Corrió con prisa, queriendo volar. Olena, sonrió a su locura de intentar privar de la libertad a las aves y dando voces animaba a Camila en su afán. Los colibríes al verse en peligro emprendieron con rapidez sus huidas y agitando las alas lo más que pudieron elevaron sus vuelos y se perdieron entre los altos árboles de la foresta frente a la casa cruzando el camino.

Olena fue tras Camila y alcanzándola la invitó a ir bajo el almendro y jugar en los columpios. Ocuparon los columpios y Camila se meció más fuerte que

Olena. Parecía ser que el viento la empujaba con la magia de la brisa actuando sobre ella y consentía alegremente.

—Vamos, más fuerte.

—«*Siempre te ha gustado la diversión, ya no eres una niña*».

Aquellas palabras lastimaron su corazón y repentinamente bajó del columpio borrando de su rostro las señales de alegría.

— ¿Qué pasa Camila? ¿Te lastimaste?

Permaneció callada en su enojo. Se alejó, sin mirar hacia atrás y la tristeza ocupó el lugar de la niña alegre. Olena insistió, pero ella continuó su marcha llena de enojo e ignoró su llamado.

El Sol irradiaba fuertemente. Eran rayos intensos que quemaban como fuego vivo descendiendo del cielo. Los árboles parecían morir, sus ramas inertes mostraban sus hojas pálidas, como si estuvieran perdiendo el color verde. Aquella tarde el silencio tomó un lugar en el valle verde y solo exhibían síntomas de vida las margaritas que se afanaban en hermohear con sus encantos.

Camila, animaba a Olena que le acompañara a disfrutar de los encantos de los alrededores, pero la tristeza se reflejaba en su rostro tanto que, parecían languidecer. La abrazó y la hizo sonreír. Recibió con agrado el saludo que percibió desde la sombra del almendro y por un largo instante permaneció con su mirada fija en aquel lugar. De pronto, ya cerca del portal, en el camino, comenzó a correr y mientras lo hacía, sus carcajadas rompieron la paz del silencio. Las aves, permanecieron en su siesta bajo las hojas de los árboles y el viento continuó en su letargo efímero de holgazanear.

—«Deja esas flores tranquila, no ves que les quitas la belleza al paisaje».

—Entonces, ¿para qué son las flores? Para dejarlas morir sin la oportunidad de apreciarlas —dijo Camila extendiendo sus brazos al enfatizar su argumento.

Olena giró en círculo y deteniéndose frente a Camila, esperaba escuchar algunas palabras de ella. Volvió a mirar a su alrededor, esta vez sintiendo una presencia que le hizo erizar los bellos de su piel y un escalofrió corrió por todo su cuerpo.

— ¿Escuchaste algo?

—No.

Volvió a mirar a sus alrededores y su vista se perdía entre las dunas de arena que le rodeaba. El viento levantaba nubes de polvos y ponía borrosa la visión. El calor del sol quemaba su piel y pudo ver a Camila con su rostro mojado sosteniendo en sus manos las margaritas que habían perdido su esplendor, se marchitaban. Luego sintió sus pies hundirse tras sus pisadas en la fina arena.

Sus nervios se agitaron tanto que su cuerpo temblaba. El miedo se apoderó de ella y entrando en pánico, alcanzó a ver a Andrés y Diana que le llamaban, pero ella, queriendo escucharlos no podía. Sus voces buscaban tocar su corazón y encontrándolo hecho pedazos, procuraron ir por su alma que pendía de un hilo, en su agonía.

Abriendo sus ojos, se encontró con el rostro sonriente de Camila frente a ella. Diana, sentada a su lado tocaba suavemente su espalda. Andrés vestido de su funesta preocupación, bañado en sudor y enrojecida toda su piel. Apartándose, se alejó.

— ¡Hola!

Expresó dulcemente Camila, cuando al fin Olena recuperaba los sentidos. Diana le ofrecía un vaso con agua, y no pudo evitar un largo suspiro de sosiego.

—De un momento a otro te pusiste pálida y luego...hemos intentado...pero qué bueno que ya estás bien.

—«Te das cuenta, ella es muy débil».

Olena dirigió su mirada hacia la ventana para poder ver el exterior, pero solo vio la oscuridad cubrir todo. Sentíase insegura y turbada. Parecía haber perdido el sentido de la orientación, como si estuviera perdida en el tiempo. Buscaba percibir cada detalle lo que le rodeaba, el cantar de las aves, los movimientos de las ramas en los árboles. Fijó su mirada en Camila y luego en Diana y solo pudo ver la mirada de afectó que les regalaban. Pero aquel movimiento de Camila, la hizo comprender qué pudo haber pasado, cuando sonriendo miraba a su lado en espera del consentimiento de alguien que aprobaba con un sí.

Aquella tarde fue, como cualquier otra. El paso del Sol en su camino que solo dejó el calor que su luz regaló. Y luego, cediendo, brindó espacio a la noche. Por un instante sus pensamientos se confundieron, estaban cubiertos por un manto de nubes grises, pero luego, recordó a las luciérnagas danzar para ellas y el golpe del cincel frío penetrando lentamente en su corazón cuando al escuchar el eco de las palabras del Dr. Kingsley, tronando impetuosamente en su mente, eran transmitido por los padres de Camila.

—«Solo el amor podrá. Ella confunde la fantasía con la realidad. Trae a su presente los recuerdos de un pasado arraigado en sus recuerdos y los recrea. Entonces, cuando mira a su entorno y ve como se disipan aquella falsa realidad, es como si estuviera cayendo girando en un gran agujero sin poder sostenerse, cae lentamente hasta que la realidad colisiona con la fantasía y la hace perder el interés por la vida».

Andrés, por un momento se sintió perdido y confundido, cuando estando en la galería tardó en comprender lo que sus ojos veían. Frente a él, cientos de pequeñas luces flotando en el aire, suspendidas, estáticas. Parecían mostrar interés por esperar alguna noticia. Quiso volver hacia atrás, entrar a la casa, pero se detuvo, y las apreció, sonriendo para sí mismo.

—Hermosas, ¿verdad?

Capítulo XVII

El beso del colibrí

El olor a pintura fresca lidiaba con los aromas de las flores silvestres y del café recién colado por el predominio en el ambiente. Era una madrugada silenciosa donde la luz y la opacidad de la noche compartían un efímero lapso de tiempo, tal cual un titilar de una estrella. Una densa neblina navegaba sobre la superficie cristalina del lago sin lograr ningún reflejo. Llegaban las aves en bandadas presentándose con sus peculiares cantos. Unas posándose en los gruesos postes del pequeño muelle y otras hurgaban con sus largos picos en los pedregales alrededor del lago y en la arena de la playita frente a la casa. Abel, con su taza en la mano, paseaba pensativo tomando pequeños sorbos del líquido caliente. Aún permanecía el vestigio de la noche sin querer rendirse, y el alba con timidez anunciaba un nuevo día por encima de las arboledas que rodeaban la casa del lago.

Recreaba en su imaginación aquella dulce y tierna mirada de Lisa que contrastó con el arretrato de enojo de Martin. Recordó las tiernas miradas de su madre en ella y aun estando en su soledad, la nostalgia le hizo sonreír. La luz que reflejó en sus ojos llenó su alma de paz. Desplazaban las lluvias de lanzas punzantes y egoístas de Martin. Terminó de tomar todo el café y ansió más. La luz se imponía y los vestigios de oscuridad se desvanecían dejando ver el cielo que vestía nubes tan blancas y relucientes en su imponente intensidad azul.

Entró a la casa, subió las escaleras hacia el taller y, parado frente al cuadro, observó detenidamente su última creación. Plasmó sobre el lienzo la imagen que persistía mantenerlo desvelado cada noche. Le dio vida a la imagen que se apoderó de sus pensamientos, sus sueños y de sí mismo. Una pequeña avecilla tomando del néctar de una flor. Era una margarita de pétalos blancos y centro amarillo y sobre ella, agitando velozmente sus pequeñas alas. un colibrí con su plumaje verde y una mancha violeta que resaltaba sus electrizantes ojos. Era un beso con que el colibrí apreciaba la belleza de la flor. Un leve destello de cálida luz coqueteaba con la flor y reflejaba la

sombra del colibrí en el pasto verde que detalló borroso en segundo plano, mezclándose con la sombra adormecida de una doncella.

Pintó en el momento perfecto, aquel en que su corazón con el impulso de las ansias, desveló su alma. Seleccionó los tonos, aquellos que dejó deslizar con el pincel sin pensar más que en aquel cálido día en que el destino le regaló la oportunidad de verle de cerca. Expresó entre líneas, curvas, luces y sombras sus más íntimos deseos, tales que hacían felices aquellos desvelos. Pintó aquellos colores antes de que el alba expusiera su belleza, abrigándose bajo el aroma intenso del café y deleitándose del canto de las aves que le despabilaban de sus sueños.

En el suelo, la fotografía que llevó al lienzo sostenida en la cuatro esquina por pequeñas latas de pinturas, que sirvió de guía, más su inspiración procedía de los torrentes de pasiones que emergían entre cálidos deseos a los que se aferraba. Hizo de aquella creación la perfección, transmitió su mayor esfuerzo a través de los movimientos que aplicaba al pincel. Acariciaba el lienzo con delicadeza, deslizó sus dedos por la superficie con fogsidad y deseos. Transmitió en cada curva el gozo de su amor. No pudo evitar los suaves movimientos entre la flor y el ave. Las pequeñas alas acariciaban los delicados pétalos en un éxtasis de amor inimaginable. La salpicadura de pintura escaseó en su ausencia. Los golpes del pincel se transformaron en suaves caricias. El intenso deseo ocupó el lugar del enojo, y el frenesí de locura en entusiasmadas miradas. Y aquella sombra que resaltó sobre el verde pasto, la expresión de su más anhelado sueño, la intensidad de su creación.

Una cinta roja, una flor del mismo color en papel. Marcos de cedro de tres relieves al natural protegían su más íntima creación. Los envolvió cuidadosamente y, luego sobre el papel, debajo de la flor, el nombre de la joven. Suspiró suavemente como si estuviera en un sueño. Miró hacia el lago, y allí aún permanecía paciente como deseando detener el tiempo, la neblina queriendo ocultar el reflejo de luz sobre las cristalinas aguas. Con el regalo en la mano permaneció observando a la neblina que no se movía y luego sintió una extraña sensación, un escalofrió que recorrió todo su cuerpo, cuando alcanzó el último peldaño de las escaleras. Suaves pisadas dejaban sentir la presencia de alguien aproximándose a la casa. Sus pies parecieron estar

clavados a la madera del piso y la turbación le sorprendió cuando a través del cristal de la puerta vio quien llegaba.

— ¡Valeria!

—Pareces ver al diablo. Tu piel ha cambiado de color.

Un beso y un frío abrazo matizaron el encuentro. Aún con sus pies fijos al suelo, observó a Valeria atónito y sin respiración y, volviendo a mirar al lago, notó que la neblina se había ido. Inmerso en su creación, ni siquiera escuchó su auto llegar, preguntándose cuánto tiempo dedicó a envolver el cuadro. Recobraba su estado normal del color de su piel y de sus intranquilos nervios que comenzaron a relajarse a medida que se adaptaban a la presencia de Valeria.

— ¿Café?

—Por fin notaste mi presencia. Llegué a pensar que era invisible.

Permaneció inmóvil con el regalo en las manos, no encontraba palabras algunas que expresaran lo agradable de volver a verla, si era que sentía algún sentimiento de placer. Anonadado, perdido en otra dimensión cuando la vio acercarse y penetrar en la casa. Notó la pantalla de su teléfono encendida, que mostraba la notificación de recibir un mensaje: “*Valeria en camino.*” Lisa intentaba advertirle de su presencia. Volvió a mirar hacia el lago donde dos sillas compartían la soledad y el reflejo de la luz era intenso.

— ¿No vas a preguntarme como me ha ido? O..., por el contrario continuarás parado ahí como un maniquí.

—Traeré tu equipaje, seguro que habrás traído algo...

—Si supieras que no mucho.

Valeria se aproximó al refrigerador, mientras Abel dejó saber que iba por sus cosas. Colocó el regalo en la cabina posterior de su vehículo, mientras escuchaba la voz de Valeria quejándose de que apenas encontró agua.

—“Ven S.O.S.”

—“No” —respondió Lisa al mensaje de Abel.

—“Por favor, ven.”

—“No me involucres, por favor.”

La desesperación le hizo pedir clemencia a Lisa, sentíase hundirse en aguas negras sin alcanzar a ver algún destello de luz que indicara una salida. Sus nervios volvían a inquietarse y la consternación se apoderaba de sus pensamientos, mientras su piel se humedecía. Sus pensamientos se nublaron como si estuvieran encadenados, no reaccionaban.

—“Tengo el regalo preparado.”

—“¿Qué regalo, Abel?”

—“Está en mi vehículo, gracias.”

Llevó su equipaje a la habitación, respiró profundo varias veces intentando relajarse y asimilar la presencia de Valeria. Borró todos los mensajes y apagó el teléfono.

Había pasado varios meses desde aquella despedida donde solo ellos fueron testigo de su adiós. El tiempo solo era un deponente de la soledad en que Abel se aferró. La necesidad de espacio para enmendar las heridas de su corazón eligió llegar al apacible pueblo de Palmira. Cuando creyó encontrar esa paz interior su alma se volcó en ansias cuando el destino desveló ante sus ojos aquella joven que le hizo palpar su corazón.

—Aquí estás.

—Pensé que estaba trabajando en algún proyecto.

—Sí, estoy en eso.

—Y... ¿Dónde está lo que has elaborado? —dijo abriendo los brazos y girando en círculos.

Pretendió ignorar la pregunta. Valeria intentaba tomar ventaja de su llegada. Ella paseaba su vista por las paredes observando los cuadros colgados, pero sin la perspicaz mirada crítica que la definían. Abel, se apresuró al recoger del suelo la fotografía que modeló para recrear su fantasía plasmada en vivo colores y la guardó en una gaveta, simulando que ponía en orden varias cosas.

— ¿Ha servido para algo tu...“aislamiento”? —dijo con un tono esperanzado y con una sonrisa elaborada, que ocultaba sus verdaderas ansiedades.

Una vez más prefirió permanecer callado. Conocía bien sus juegos de palabras y sus habilidades de domar al más salvaje animal. Caminaba marcando sus pasos con lentitud, se detuvo en la ventana y dirigió su mirada al lago. Curioseó siguiendo las aves que surcaban el cielo para luego posarse entre las rocas de la orilla del lago. Contuvo su vista ante la irradiación de la luz sobre las aguas.

— Las aguas del lago son un espejo líquido, ¿no te parece?

El silencio compartía el tiempo con la voz de Valeria y las insistencias de sus preguntas con las cuales intentaban romper el hielo con que la recibió Abel. Luego, se apartó y decidió salir de la casa y acercándose al lago caminó descalza, buscando ser acariciada por los rayos del sol, entre las aguas que llegaban a descansar sobre las finas arenas. Jugó con sus pies en las arenas, hizo movimientos queriendo dibujar formas. Recogió algunas piedrecitas y las lanzó a las aguas para verlas rebotar sobre la superficie. Caminó rozando su mano sobre la baranda de muelle, divagaba en su escena de interrogantes y pensamientos confusos intentando ignorar la falta de calor en Abel.

Fue arrebatado del letargo pensativo en que se encontraba inmerso con su mirada distraída en Valeria, cuando el ruido de un vehículo le llamó la atención. Dejó escapar una sonrisa e inmediatamente con la velocidad que apremiaba se acercó a Lisa quien había acudido a su auxilio.

—Ni te atrevas a decirme una palabra. ¿Dónde está ella?

Expeliendo un intenso enojo que cubría su aura, a pesar de haber preguntado por Valeria hizo gestos que prefería no escuchar su voz. Abrió con ímpetu la puerta trasera del vehículo de Abel y extrajo el regalo para llevarlo al suyo, descargando su enojo al cerrar las puertas.

—Te diré donde quiero que lo lleves.

— ¿Estás loco? ¿Qué te pasa? Ahora logro comprender a Martin. Has olvidado...abandonado tus proyectos...mírate no creo que falte mucho para convertirte en un pordiosero —dijo mientras le indicaba con una mano que observara su propia vestimenta.

Escuchó con atención cada palabra de Lisa. Ella quiso invadir su corazón golpeando suavemente su pecho tratando de rescatarlo del naufragio en que sucumbía. Él permaneció parado frente a ella y al sonreír, Lisa desvió su mirada hacia el lago, cruzó sus brazos y luego expresó con su expresión la misma candidez de ternura y comprensión que siempre ha tenido para él.

— ¡Gracias!

—Gracias, ¿por qué?

Con sus zapatos en las manos y la curiosidad luciendo en su rostro, Valeria se les aproximó sin que ellos notaran su presencia. Abel sostenía a Lisa por los hombros y ella abrigándose con sus brazos, recostada de su vehículo con la cabeza inclinada perdiendo su vista en el suelo, confundida, se negaba aceptar la complicidad a la que Abel la arrastraba.

—La invité a que viniera a acompañarnos...

—Valeria, te ves radiante, ¿cómo estás?

El tiempo convirtió a Valeria y a Lisa en amigas. La frialdad de Abel fue sustituida por una cálida muestra de amor de Lisa que brotaba en sus expresiones. Apartó sus inquietas emociones que el desborde de locura de Abel intentaba apresarla. Venía al rescate de su amigo quien divagaba sobre las finas arenas de un desierto, soñando ilusiones, fantaseando oasis de ternuras acompañado por el frenesí de su corazón, que imponían a su alma el martirio de sus deseos ansiados, para saciar los más recónditos de su ser, donde hervían las carnadas del pecado. Lisa la apartó de Abel ágilmente para que no leyera la locura que brotaba en su piel donde rebosaba la miel del néctar de caricias angustiadas por atraer la reina que deseaba conquistar.

Sus pies se enterraban entre las dunas del desierto. Las sombras de las

palmeras eran llamas que desprendían los rayos del sol. Veía el reflejo del resplandor hacer olas entre el arenal. Sus rodillas flaqueaban, pero, un horizonte mostraba el espejismo azul que reflejaba la ilusión de sus desvelos. Espejismos de nubes de polvo posaban sobre su cabeza mutilando la claridad de sus pensamientos. No asimilaba la llegada de Valeria que se mezclaba con las ilusiones de sus sueños que deseaba calentaran su cama. Pero Lisa soltaba la soga que lo asfixiaba, o por lo menos, pudo llenar sus pulmones de aire.

Ellas confundiéndose en un abrazo caminaron en sentido contrario a Abel, que decidió sentarse en la galería y observarlas en su intercambio de las historias de sus vivencias, sentía sus nervios relajarse y la tranquilidad de sus latidos recobrar sus normales palpar. Ya no percibía en ella aquella resplandeciente atracción que lo hizo enloquecer y que lo encadenó a sus deseos, y domándolo en la pasividad de sus actos caía en sus redes de caricias que lo llevó a surcar los cielos envueltos en delirios de pasiones haciendo mísera a su alma que se abandonaba a sus peticiones. Aunque entre las cenizas podría vivir alguna chispa que renegaba morir.

Compartieron sus impresiones acercándose al lago. Tomaron lugar en el pequeño muelle al bajar la escalera de piedras. Era una plataforma amueblada con sillas de madera que hacía placentera la vista que se perdía en el horizonte azul y la densa foresta de árboles verdes. Allí charlaron con la única intención de dejar pasar el tiempo. En ocasiones, matices de frialdad resaltaban las palabras de Valeria que solo buscaba echar vistazo para localizar a Abel.

— ¿Por qué no lo llamaste antes de venir? Sabes bien como es él.

Se paró de la silla, caminó hacia la baranda y después de pasear su mirada por todo el horizonte, volteó e inclinando su cabeza expresó con voz triste y apagada.

—Lo hice..., pero él no contesta mis llamadas.

Lisa la miró con toda tristeza y compasión por aquellos que pretendían utilizarla como mensajera. Pero confusa, intentó modelar una sonrisa de enojo

e irritación, pero prefirió la misma falsedad. Por un instante quiso permanecer callada o quizás huir, prefería esfumarse.

—Lo siento.

Rosando su espalda con la intención de abrazarle. Entonces, intentando localizar a Abel, dijo para sí: “cuan mala actriz soy.”

Lisa entendió que debía marcharse. Valeria y Abel se tropezaban en medio de frívolas miradas. Sus ojos realizaban movimientos ariscos en intento de no encontrarse. Él le ofreció una copa de vino que aceptó tímidamente. Valeria pensó lo inoportuna de su llegada. Lisa fue solo la rueda que movía sus charlas de vacías palabras y amargos sabores. Lisa deseaba sucumbir, evaporarse del medio de aquella guerra de dardos fútiles que se desviaban de su objetivo. Aquel día almorzaron frente al mar anaranjado de flores de los flamboyanes que ignoraron completamente y pretendieron agradar a la joven que les atendió con gestos simulados entre las comillas de la educación. Los saltos provocados del camino de terreno irregular amenguó el funesto regreso a la casa del lago. La velocidad suplantó la ansiada presencia de Lisa.

Tomaron asiento en el sofá. Miraban el rojo líquido en sus copas agitado por aquellos besos y caricias que ardió en sus pieles. Un espacio turbulento de pasiones desenfrenadas que los más indomables ser, bajo la fogosidad del calor de los látigos, extrañaban.

—Mi corazón es muy terco.

—Lo sé —dijo Valeria

—Estoy seguro que lo sabes muy bien.

—No voy a mentir que vine al no responder mis llamadas..., vine porque me preocupé por ti —dijo con tono triste y apesadumbrado.

Abel deseaba sumergirse entre la copa de vino deseando ser absorbido junto al líquido. Prefería contar las palabras que expresaba, deseaba que sus miradas se desviarán si alguna intención habría de verla.

Sobre el lago, la Luna. Entre las oscuras aguas, su reflejo. La foresta

callaba y dormía, al llegar la noche, apenas algunos faroles mostraban su esplendor. Cuando hablaban el tiempo absorbía las pausas de sus expresiones e impedían que el eco las repitiera. Ofreció más vino a Valeria que ella rechazó, en cambio, puso a un lado la copa y bebió directo de la botella.

—Ahora comprendo por qué no has terminado tu proyecto. Mejor dicho iniciado.

Hizo ademanes de no importarle su observación. Siguió tomando y fue entonces cuando Valeria comprendió el daño que sus celos habían logrado en su corazón. Esta vez lo miró con lástima, sin miedo a esquivar su mirada. Colocó su copa sobre la mesita al lado del sofá. La pintura rosa de sus labios forjó el sabor del vino en el borde de la copa.

—Estas alcoholizado, Abel.

— ¿Algo más...?

Respondió con dureza y rapidez, al expandir sus brazos. Recorría locamente la sala, dando pasó de un lado a otro sin poder detenerse. Ingería con rapidez todo cuanto podía. Ella se levantó del sofá y se encontraron frente a frente. Esta vez, a pesar del solitario lugar en donde se encontraban, ella no sintió miedo y él así lo percibió. Penetraron hasta sus almas a través de sus ojos, podían sentir sus respiraciones, humedecer sus cuerpos con sus sudores. Ella, extendió su mano y le quitó la botella de vino. Luego, inclinándose, beso sus labios, una y otra vez, mientras él permanecía inerte.

Colocó la botella sobre el sofá. Luego tomando su mano derecha la llevó hacia su seno izquierdo y presionó fuertemente para que el sintiera lo que su corazón aún reserva para él. Desnudó frente a él su cuerpo y quitándole la camisa se abrazó de su pecho. Volvió a besar sus labios ahogados en vino y lo hizo estremecer con sus caricias. Un manso cordero bajo los dulces y suaves golpes del látigo, que intentaban deshacer los arranques de celos que carcomían su alma y destruían su corazón.

La humedad en las sábanas estrujadas se adueñaba del momento y el tiempo fue testigo de un salvaje actos de pasión. Valeria se entregó con toda su

alma, queriendo extraer de las cenizas la chispa de fuego que le quemara su piel. Aquella noche, Valeria durmió cansada y Abel, observó cada curva de su cuerpo, cada segundo hasta que el lucero de la madrugada los acompañó anunciado las luces del destino. Al abrir sus ojos, él estaba ahí. Alcanzó la sábana y cubrió su cuerpo. Se sentó en la cama, intercambiaron miradas. Entendieron lo que evitaron expresar con palabras, pero ella, dejando escapar una lágrima no pudo contener los movimientos de sus labios en un intento de su corazón de hablar.

—Te amo.

Capítulo XVIII

Paranoia

La fresca brisa de la mañana hizo ver fascinante la foresta de Palmira que seguía cautivando la admiración de Camila. Y si los atardeceres eran un espléndido atractivo que la encantaban e incendiaba en su ser el gozo de efímeros momentos de alegría, sentía que aunque perdida entre aquel pueblo que no tenía lugar en un mapa, su alma, ansiaba permanecer allí. La perfección en la delineación de las colinas vestidas de verde hermoideas con flores silvestres y salpicadas por hileras de pinos levantados como protectores y esporádicos almendros que con sus sombras deleitaban la frescura de almas ardiente, daban la sensación de coquetear con sus emociones. Aquella mañana decidió levantarse temprano, y al abrir los ojos a un nuevo día, recordó que el desvelo estuvo ausente toda la noche. Se hizo acompañar de su almohada hasta que un rayito de luz osó penetrar a través de la misma ventana donde ella extasiaba su vista hacia el camino como el niño que con sus ojos cansados de la espera del sueño ansiado se convirtiera en realidad.

La noche transcurrió en unos placenteros y armoniosos susurros de chirridos de aves nocturnas que rompían el silencio en un éxtasis analgésico. Su cuerpo consintió y su mente lúcida no reaccionó a crear fantasías de sueños anhelados ni pesadillas devoradoras que luchaban por la hegemonía de torturar su alicaído cuerpo. El despertar trascendió de la oscuridad a la partida de la triste luna que se aventuró a posar por instantes su belleza en un cielo azul sin conseguir captar la atención. Las luciérnagas dormitaban entre las hojarascas, en silencio ocultando su hermoso verdor. Ellas, durmieron triste, sin ser acariciadas, sin ser apreciadas por sus danzas.

Recorrió con sus hermosos ojos marrones todo el techo de la habitación. La luz sobre su rostro insistía en levantarla, pero aún dormitaba en la pesadez de sus párpados. Estaba rodeada del silencio, una calma que le aterró el corazón y girando su cuerpo sobre la cama, buscó con su vista y sin encontrar nada, quiso romper la serenidad con su voz, pero calló.

Posó frente al espejo de su tocador y observó su rostro no cargar con la pesadez del desvelo. Miró en la brillantez de sus ojos que atraían cuan corazón enamorado y quiso sonreír en la soledad de su habitación para sí misma. Colocó en la cama varias prendas de vestir y seleccionó aquella que la vistió para emprender el disfrute que le regalaba aquel amanecer tardío. Ordenó su pelo negro rizado pausadamente mientras observaba el reflejo de su imagen y la tristeza que embargaba su alma. Adoró ver como intentaban sus cabellos alcanzar sus hombros. Deslizaba suavemente el peine con su vista ida junto a sus pensamientos melancólicos intentando abortar el tiempo. Disfrutó acariciar sus cabellos y queriendo volver a sonreír, evocó sus más hermosos momentos. Acarició su pecho como queriendo arrancar algún dolor que le atormentaba, y sonrió con picardía al tocar sus senos. Sumergida en el tiempo que el pasado le hizo evocar, vislumbró tras la borrosidad del reflejo de su imagen cuanto amaba de aquello que renegaba haber perdido. Lidio con las fantasías de sus imágenes entre los reflejos y la realidad. Se miró a si misma entre confusos pensamientos efímeros y veloces que pretendían apoderarse de su mente.

Una paloma, al posarse en la ventana, la despertó de su sueño al pasado y recobrando la normalidad de sus sentidos, decidió abandonar la habitación no sin antes mirar hacia atrás sin poder captar señal de lo que ansiaba ver. Comprendió en aquel instante lo efímera de la noche y la frialdad en que la vivió. Entonces entendió por qué no hubo conversaciones frívolas, ni la exposición de temores ocultos. Recorrió con su vista la habitación llena del vacío de las voces que pretendía sostenerla en el pasado arraigado a vivencias que el tiempo olvidaba borrar. Quiso pronunciar su nombre, deseó preguntar dónde estás, deseó volver atrás y apartar la soledad que le rodeaba, pero, recibió una energía desde el umbral de la puerta que le haló y abandonó la habitación.

Cruzó el umbral de la puerta, como quien atraviesa el oscuro túnel lleno de telarañas y mugre haciendo largo el recorrido de esa distancia. Encontró a sus padres en la cocina compartiendo sus pesares y el sabor del café. Acercándose, besó a ambos en la frente y enseguida, ignorando el ofrecimiento que Diana le hacía de compartir el desayuno, salió a la galería para dirigirse a su caminata atraída por el aroma de las flores silvestres. Tras ella, Olena,

viéndola vestir aquella mañana con el tierno rostro que amaba surgiera en ella. Modeló lo que vestía para ellos, haciendo reír a carcajadas a Olena que reaccionó con emotividad.

— ¡Genial!

Llevaba la prenda que mostraba sus hermosas piernas, el color favorito en su blusa de tela transparente y sus zapatos deportivo sin media. Pero esta vez, un toque de elegancia en su pelo fue interpretado como una reluciente estrella en la profundidad del oscuro cielo. Era la hermosura de la intensidad de la luz del día que resaltaba la cinta roja sosteniendo su pelo. El destello de su resplandeciente sonrisa, fue sobre ellos, como bálsamo en los corazones de sus padres y como un rayito que vislumbraba la esperanza de los días ansiados para liberarse de la funesta carga que azotaba a sus almas para Olena.

Abrió la puerta hacia la galería, y deteniéndose repentinamente por un momento, partió en pedazos los corazones de Andrés y Diana, que vieron disipar el momento de felicidad. Olena, intentó acercársele, pero una extraña fuerza la contuvo y pasando su mano por su cabeza, deseó arrancarse el alma.

—« *Por fin, pensé que nunca saldría*».

— ¿Qué es?

—« *Es para ti, no creo que tenga el derecho*».

—Si, por supuesto.

Tomó el regalo y leyó su nombre bajo la flor roja. Intentó destaparlo pero se contuvo y lo volvió a poner sobre la mesita localiza entre las dos sillas. Alejándose un poco, quiso sonreír, pero solo movía sus brazos queriendo preguntarse del por qué.

—«*Debo confesar que estaba equivocada*».

Camila hizo señal de silencio. Descendió los escalones de la galería al jardín pretendiendo ignorar, pero, deteniéndose, inmediatamente volvió hacia atrás, con la intención de tomar el regalo en sus manos una vez más.

—«Eres pésima actuando, ábrelo ya».

Quizás fueron segundos, pero la rapidez para medir aquel intervalo de tiempo era imposible. Acabando de cerrar la puerta, Camila, volvía al interior de la casa con un regalo en las manos y un rostro sonrojado por la sorpresa, no feliz, pero se conjugaba en su semblante una expresión entusiasta. Aquella escena los impactó, y sin saber cómo reaccionar, Olena y sus padres con sus ojos sobrepasando sus órbitas, apenas podían contemplarla en su novel papel de dramatismo.

Sus párpados embozaron el temor de sus miradas en el instante que Camila se detuvo en la puerta. Sus voces retumbaron en sus corazones sintiendo esfumarse el rayito de esperanza que ella misma les regaló al despertarse. Escucharon voces, aquellas que el desvelo les regaba entre pesadillas, haciendo tan extensa la noche, tal cual la inmensidad del firmamento. Se aproximaba a ellos mostrando el regalo en las manos, Olena lo tomó y acompañándola a su habitación, ingresó con ella dejando a sus padres inmóvil y perplejo en un mar de incertidumbre deseando querer estar soñando.

A través de la puerta, el crujiente sonido del papel que protegía el regalo siendo desgarrado, era cuanto podían escuchar. Permanecieron con sus ojos clavados en la puerta, a la espera que esta se moviera sobre su quicio como telón elevándose dando inicio a la escena. El tiempo, aunque breve, inquietaron sus nervios y los poros de su sonrojada piel humedecieron. El nerviosismo evitó que sus miradas se cruzaran, ya no sabían hacia donde desviar sus tristes ojos y solo podían soportar que la espera no los consumiera.

Camila dejó caer de sus manos el regalo. Un estremecedor sobresalto la hizo entrar en pánico ahogando en su alma un grito de pavor que le detuvo la vida por un instante. Olena actuó de inmediato y abrazándola la apartó hacia la cama susurrándole tener calma. Entre los pedazos del papel que cubría el regalo, un marco protegía un lienzo pintado de negro y en el centro una cruz roja destilando gotas de sangres.

Camila se acercó a la ventana y miró hacia el árbol de almendro y sus

columpios permanecían inertes, tristes, sin querer jugar. Luego, deseando llamar en alta voz, hizo sentir sobre sus hombros el suave toque de una mano que ansiaba calmar su alma. Sintió el cuchicheo de unas voces y el suave susurro de una angelical voz en sus oídos. Olena recogió los pedazos de papel como forense en la escena del crimen y luego analizó el desdichado cuadro, pero su mente estaba en blanco. La pintura aún estaba fresca y su olor era nauseabundo y penetrante. Estaba sobre las evidencias en cuclillas, cabizbaja y ofuscada. Sentía el peso de una nube gris sobre su cuerpo y deseaba desesperadamente encontrar palabras que aliviaran el infortunio que arrancó el rayito de esperanza en el semblante que Camila les regaló en el amanecer.

Olena se incorporó, apoyándose del tocador y girando lentamente, aún con su mirada oculta ante Camila, respiró profundamente mientras sus labios pretendían moverse para expresar su pena. Sus ojos contuvieron revelar la sorpresa, sus labios se apartaron todo cuanto podían y con su corazón aún más confuso, sintió la incredulidad acompañarla. Una escena de una luz brillante. Era un niño soslayado en los brazos de su madre dormía placentera y amorosamente. Acurrucado contra el pecho y protegido entre sus brazos escuchando las dulces y tiernas palabras de la voz del corazón susurrarle baladas de amor. Sentíase una inmensa paz, y ella, junto a la ventana, no con su mirada perdida en la lejanía, sino pareciendo disfrutar de quienes les acompañaban, relucía paz. El miedo se apoderó de Olena y atónita, parada sin poder mover sus pies, las manos le temblaban, pero una mirada aliciente de Camila la alentó.

— ¿Estás bien? —dijo Olena con voz temblorosa.

—Sí, ¿por qué no debería estarlo? —Camila se le acercó tímidamente y le susurró—. Te voy a confesar algo.

Los latidos del corazón de Olena se alteraron como torbellino sin dirección y sintió un hormigueo por todo su cuerpo, a medida que ella se le acercaba.

—A veces no estoy tan sola...

—Por supuesto que no —intervino rápidamente Olena y tratando de desviar el tema dijo—, vamos afuera un rato, ¿te parece?

La tomó por la mano y la invitó a salir de la habitación. Camila inocentemente asedió y viendo hacia atrás, sonrió. Olena, detuvo sus pasos por un momento y sintiendo una extraña energía que recorría su cuerpo, queriendo no ver, sintiendo una tierna luz que irradiaba de los ojos de Camila y que le transmitía una paz que le tranquilizó su corazón. Sintió una calma en medio de un torbellino, una paz llegar a su alma entre vientos huracanados y una luz queriendo amarla. Olena, logró mover sus pies que sentían estar pesado y adherido al piso y avanzó como queriendo llegar a la meta.

Afuera, consumiéndolos la desesperación, los padres de Camila, atrapados en la confusión de sus ánimos, abandonaron la esperanza y con sus rostros largos y tristes, no disimularon mostrar su funesta paciencia. Al fin, la puerta giraba en sus quicios y su hermosa hija salía con la misma sonrisa, pero más brillante.

—Y...que rostros tan triste. ¿Alguien...murió? —gesticuló con sarcasmo en tono bajo y pasando su mano derecha por la garganta.

—No...no mi hija, por supuesto que no...

Apresurada, Diana respondió después de comprender los mensajes en el rostro de Olena que insistía desesperada tras Camila llamar la atención.

—Parece ser que alguien nos quiso jugar una pesada broma.

Explicaba Camila con naturalidad ante la sorpresa de Olena que sentía su mente estar confusa. Era la explicación de Camila quien pausó a la espera de que la escucharan.

—Sí, sí, eso pudo haber sido —dijo Diana sin pensar— y... ¿Que era el regalo?

—Una estupidez. Gotas de sangre en un lienzo.

El corazón de Diana del sobresalto se detuvo y el susto erizó la piel de Andrés al escuchar como Camila resumía con tanta calma una pesadilla que les partía la vida en pedazos y, justo en ese mismo instante, escucharon unos toques en la puerta de la casa. Camila acudió al llamado, mientras que

perturbada Olena acudió en compañía de Andrés a socorrer a Diana que parecía perder la fuerza en su cuerpo y la ayudaron a sentarse en una silla del comedor.

— ¡Miguel...!

La suave y angelical voz de Camila estremeció la casa de la algarabía al recibir a su amigo. Se lanzó en sus brazos, tanto que lo ahogaba de la emoción. Después de intentar asimilar, Diana intentaba forzar sentirse tranquila. Andrés, con el sudor corriendo por su frente, solo asentía una bienvenida al joven.

— ¡Lo siento tío! Es que... —dijo avergonzada Olena— Solo quise darle una sorpresa a Camila.

—Valla sorpresa muchacha, por poco nos mata —expresó disgustado Andrés, mientras le pasaba un vaso con agua fría a Diana.

Un aura brillante cubría a Camila. La felicidad ocupaba un lugar en su corazón. Olena parecía encontrar sosiego entre aguas negras turbulentas con la llegada de Miguel. Un refresco de jugo de limón calmó los agitados ánimos por la repentina llegada de Miguel.

— ¡Qué pena! Ha sido inoportuna mi llegada.

—Descuida ya se le pasará —expresó sonriente Camila—. Tienden a exagerar todo, ¿comprendes? —susurró mirando a sus padres de reojo.

—Bebe tu jugo, que es mucho de lo que tenemos que hablar —indicó Olena asintiendo al comentario de Camila.

—Sí, creo que sí... —dijo Miguel intentando comprender la actitud de sus amigas.

Las carcajadas contrastaban con el estado de ánimo de Andrés y Diana. El tiempo no recordaba tanta alegría en la casa. Pero de pronto un reflejo vago captó la atención de Miguel al notar la mirada fija de Camila, como si estuviera ausente. La nostalgia trajo consigo recuerdos que persistían en permanecer, no deseaban irse.

—Camila —pronunció en voz baja Miguel al percibir su estado pasivo y ausente.

—Aunque el tiempo avanza, para nosotras es como si permaneciera detenido —expuso Olena al notar a Camila distraída.

—Bueno muchacho, después de tu agradable susto. ¿Qué te trae por aquí?

—Le pedí si podía acompañarnos un tiempo tío —dijo Olena—. Solo que la sorpresa ha sido un desastre.

— ¿Qué traes ahí? ¿Una mochila? Estos tiempos de ahora —dijo quejándose a regañadientes Andrés.

—Eres bienvenido Miguel, ya las muchachas te guiaran por Palmira.

Miguel agradeció la cortesía de Andrés y Diana, quien todavía permanecía sentada en el comedor intentando reponerse del susto.

—Camila, cuéntame. ¿Cómo estás?

Permaneció un instante observando a Camila que parecía no escucharle, y luego, sintió la mano de Olena sobre su muslo que intentaba llamar su atención. Camila se mostraba ausente, pero daba la impresión de sostener una conversación con alguien a quien miraba fijamente. Sus gestos hacían que su rostro brillara, pero era como si estuviera navegando en la nostalgia que encendió la llegada de Miguel. Luego, gotas de lágrimas vislumbraron en sus ojos y la tristeza emergió acompañada del silencio.

— ¿Quieres ir afuera? No me digas que estás cansado.

El tono afligido de Olena, captó la respuesta de Camila con una sonrisa donde transmitía la ausencia de quien amaba tanto. Los jóvenes salieron de la casa, dejando el dolor del vacío de la pérdida de Yulia. Andrés se acercó a Diana y ambos buscaban consolarse mutuamente en su agonía. Diana lloró desconsoladamente como aquel día. Andrés entró a la habitación de Camila y trajo en su mano el lienzo con las gotas de sangres, mostrándoselo a Diana.

— ¿Qué significará?

—No sé, ¿Quién quisiera hacerle daño a nuestra hija?

Andrés caminó unos pasos hacia la ventana y mirando con el cuidado de no ser visto, ubicó a los jóvenes. Luego, se acercó a su esposa y a pesar de estar solo habló en voz baja.

—Diana, ¿no te has dado cuenta? Camila salió de esa habitación muy... tranquila. Mientras nuestros nervios nos destrozaban, ella estaba calmada.

Era un soldado en la trinchera, insistía en mirar hacia afuera. Impedían que sus pisadas no hicieran ruido. Volteaba hacia atrás y sus ojos giraban en su órbita queriendo captarlo todo. Diana, recibía la lluvia de temor que él le reflejaba. Le hablaba de táctica, programar planes de emergencia, estar atento sin desmayar.

— ¿Qué te pasa? Te estás poniendo loco. Tira eso a la basura y cálmate ¿sí?

Detuvo sus pasos, firme, inerte, pretendió escuchar una orden superior y calló. El viento trajo a ellos las carcajadas de los jóvenes. Diana arremetió con sus gestos prefiriendo enmudecer ante la conducta de Andrés, quien inquieto y en voz baja inquirió.

— ¿De quién será esa sangre?

Capítulo XIX

Sabor a vino

El eco de aquellas palabras se había apoderado de su mente y constantemente se reproducían en su interior. Retumbaban en sus entrañas como el golpe del frío cincel sobre la roca. Había perdido la concentración de sus trabajos y los colores perdían significado. Sus pensamientos no encontraban la razón del uso del pincel, y el lienzo solo era un valle extenso sin pasto verde, sin vida. Era una constante batalla entre la imagen de aquella joven y sonido clemente de la voz de Valeria que rogaba por sostener lo que creía le pertenecía. Su vista se perdía en la cristalina superficie de las aguas del lago y retornaba a él con la misma sensación melancólica en que su alma ardía.

Perdía la noción del tiempo entre recuerdos y anhelos. Le acompañaba una botella de vino y una copa que ansiaba ser llenada, mientras sentado en el pequeño muelle intentaba emerger a flote. Vio la mañana irse con toda su prisa, cargando todo lo que le pertenecía. Llevaba consigo sus aromas, sus calores, hasta encerró en sus entrañas los mágicos colores del alba. Quiso no verla partir, solo sintió como se le arrancaba del alma los rasguños que surcaron su piel.

La botella sin descorchar lucía gallarda con su atrevido color rojo. Leyó la etiqueta una y varias veces, buscando encontrar alguna huella que subsanara su soledad. Trajo a sus recuerdos la sonrisa de Lisa junto a la de su madre, el gesto inconfundible de amor. Era un rostro radiante cargado de paz y cuando evocaba sus recuerdos pretendía estar a su lado. Plasmó una y tanta veces las líneas que definían el amor de su madre en cada lienzo, en cada cuadro, era su marca. La luz del sol se apagaba y una sensación adormecida se apoderaba del ambiente. Era la tarde que anunciaba su partida con sus cansancios y la tenue luz perdiéndose en la penumbra de una noche anunciada. El aire cargó con la fragancia de la madera que emergió de la botella y que intentó retener en sus pulmones.

Era estar en medio de una tormenta, sin vientos, sin lluvias. Era caminar en un desierto, entre las dunas, lidiando encontrar un oasis entre las nubes de arena. Era la ansiedad que reclamaba romper aquella soledad que hastiaba a su alma. Recibió la noche junto a la Luna y la brisa fría que le regalaban los pinos de los alrededores. Contempló en las alturas las luces danzante de las estrellas y allá pudo dibujar el rostro que insistentemente batallaba por adueñarse de todos sus recuerdos.

Perdía la noción del tiempo y todo era oscuro a su alrededor. Unas nubes grises ocultaban la Luna y su reflejo sobre el lago. La botella de vino no pudo resistir ser descorchada y la copa recibió la alegría de ser útil. Ingería con suavidad el deseo de ahogarse en el color tinto del líquido. Unos pececitos se dejaban ver en su juego al salir a flote. El panorama solo le regalaba unas pocas luces en el horizonte y el fresco de la brisa llegaba cargado de humedad.

Una radiante luz de un vehículo indicaba su acercamiento. Miró a su espalda y luego continuó recostado en su silla sin importarle de quien se trataba. Las luces se apagaron, luego el sonido del motor y el sonido de unos pasos se hacían más cerca cada vez.

— ¡Hola!

Una suave y dulce voz anunció su llegada. Por un momento vaciló ver hacia atrás y responder. Miró la copa en su mano y entonces, incorporándose reaccionó ante quien saludaba.

— ¡Lisa! —Tartamudeó nervioso y luego dijo— ¿Qué haces por aquí?

Lisa aún no había descendido las escaleras y la oscuridad impedían verla con claridad. Le tomó unos segundos responder. Ella frotaba sus hombros que eran golpeados por la fría brisa.

—Bueno, pensé que Valeria estaba aquí.

—Pues no, se marchó.

— ¿Estás bebiendo, Abel?

Se le acercó y una vez sobre el muelle, él la invitó a sentarse. Un suave destello de luz iluminó el oscuro cielo. Luego, comenzaron a caer gotitas de agua sobre ellos. Momento después, la llovizna comenzaba a tomar fuerza y sobre ellos caía una fuerte lluvia. Ambos, corrieron hacia la casa para refugiarse. La furia de la naturaleza golpeaba. Intensos relámpagos se asemejaban a columnas de fuego cayendo sobre la tierra que iluminaba todo. Los relámpagos partían el cielo en pedazos. Tronadas ensordecedoras aterrorizaban a Lisa, quien se tapaba los oídos, presa del miedo. Abel, cerraba puertas y ventanas, tratando de amenguar el ruido de la tormenta.

—Cálmate, ya pasará. Son las sorpresas a que no me acostumbro.

—Odio cuando pasa esto.

Aquella tormenta pretendía quedarse. Las lluvias impactaban sobre el techo dando la sensación que podría destruirlo.

—Esto te calmará los nervios.

Le ofreció una copa de vino. Ella aceptó con vacilación por un momento. El insistió en su ofrecimiento.

— ¿Por eso bebes? —dijo arrugando el rostro a la reacción del sabor amargo del líquido que sintió le hurgaban los sentidos.

—Solo ocurre en el primer trago.

— ¿En serio? Y... ¿Qué pasa con los demás?

—Inténtalo. Pruébalo por ti misma.

—Llegó a su destino, ¿verdad?

—No me vuelvas a estresar, por favor, Abel.

Lisa sostuvo la copa con sus dos manos y se sentó sobre sus piernas en el sofá. Bebió un sorbo más, lentamente, sintiendo la mirada de Abel sobre su espalda.

— ¿Cuándo pasará esta tormenta? Dejé mi teléfono en el bolso... — dijo lanzando un grito que le interrumpió y que se mezcló con el estruendo del trueno.

—Si quieres puedes usar el mío, está sobre la mesa.

—Bien, digo no, seguro pasará pronto, ¿verdad? —dijo Lisa vacilando.

—A veces, el miedo a las tormentas es saber cuándo pasará.

—Sí —dijo echando un vistazo a través de la ventana—. Puedes cubrirla con las cortinas.

—Ahora mismo y además te traeré un abrigo.

Parecía una tormenta estacionada sobre la casa con el tiempo pausado haciéndose de cómplice. Los destellos eran cada vez más frecuentes. El servicio eléctrico comenzó a ceder, las bombillas se apagaban, hasta que por completo colapsó.

—Lo que faltaba —dijo quejándose Abel—. Aquí tienes, pónelo.

—Abel

— ¿Sí?

— ¿Dónde vas?

—Voy a encender una lámpara de keroseno, espera ya vuelvo.

El cuerpo de Lisa comenzó a temblar de frío, de miedo. El viento se dejó sentir azotando los árboles, su zumbido era ensordecedor. Momentos después, Abel regresó con la lámpara encendida.

—Creo que por ahora estaremos bien. La colocaré aquí.

— ¿Cómo puedes estar tan solo?

Hizo silencio, solo los sonidos de la tormenta se dejaron escuchar. Un destello iluminó su rostro y Lisa pudo comprender lo inoportuno de su pregunta.

—Lo siento.

—Descuida, estás bien. Martin debe estar preocupado.

— Por ti, eso creo.

— Me refiero a ti y a esta tormenta.

—Sí, claro. Él salió por unos muebles para el hostal. Se fue ayer temprano.

— ¡Qué bien! ¿Remodelando?

— Sí, hay que mantener el negocio. Es una tarea difícil y mi hermano, ya

sabes lo testarudo que es. Se toma todo el tiempo para comprender.

—Es una gran persona. Haré mi parte, ya verás.

Lisa tiritaba de frío y su cuerpo se estremecía en cada tronada.

—Un poco más.

—No gracias, me mareo con facilidad. Pensé que tú no podías tomar.

—Así es...

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Su corazón se contristó, y su semblante no lo pudo ocultar. Un estado de melancolía se apoderó de él.

— ¿Crees en ángeles?

— ¿Así como asistir a la iglesia? Sí, claro —contestó con sus dudas y restando importancia.

La tormenta comenzó a menguar. La lluvia comenzó a caer ligeramente y sobre el firmamento podría apreciarse su recorrido. Abel estaba sentado próximo a Lisa que lidiaba con su instinto femenino por mantener su vestido cubriendo sus rodillas. Mostraba una inevitable sonrisa cada vez que se expresaba. Sus ojos negros pequeños, matizaban el reflejo de la luz y su suave tez clara recibían el alago de su pelo lacio.

— ¿Debes sonreír cada vez que hablas?

Sonrojó, la expresión de sorpresa la semejó a una estrella bajo el techo del cielo. Inclino su cabeza, sus nervios la obligaron a acariciar la copa.

— ¿Quieres una frazada? Este frío te va a...

—Creo que me voy, ya la lluvia está por parar.

Perdió momentáneamente el equilibrio al querer pararse. Abel reaccionó de inmediato sosteniéndola por sus hombros. Sus ojos se encontraron tal que podía sentir su respiración. Ella, movió sus cabellos hacia un lado y levantó su mirada, esta vez, la timidez ocultó tras el rubor de su piel, su hermosa

sonrisa y cerrando sus ojos, entregó sus labios. La copa encontró el suelo y el abrigo que le cubría dejó ver su pecho.

—Te dije que el vino me marea.

—Lo siento. No debió pasar, disculpa.

—Bien...y... ¿Qué decía de los ángeles?

Volvió a acercarse a Lisa que recogía la copa del piso. Las bombillas se encendieron. El cielo recobraba su belleza y la Luna ocupó el lugar de privilegio en la oscuridad. Ahora pudo notar el bello vestido amarillo de fino tirantes que los sujetaban sobre sus hombros. Ella detuvo lo que hacía y lo miró. El extendió su mano, ofreciéndola para ayudarla a levantarse. Permaneció pensativa observándola por un instante y dejando los restos de la copa en su mismo lugar, se asió de su mano y se incorporó.

—Te diré. No tengas miedo a lo que voy a decirte —dijo sosteniéndola firmemente entre sus manos por los hombros—. Tu rostro es una copia exacta de mi madre. La dulzura de tu voz, tus pequeños ojos negros, como te peinas y esa tierna mirada al sonreír. Hasta puedo sentir en ti, aquel palpitar al estar en su regazo.

Sostuvo su rostro y ella dejó que besara sus labios y la acariciara. Lisa permitió que sus brazos recorrieran todo su cuerpo, su espalda, su pecho. Ella dejó que le arrancara la respiración hasta sentir a sus latidos palpitar, mientras al cerrar sus ojos, pretendía soñar. Ella aceptó que se adueñara de su cuerpo entre sus suaves caricias y cálida pasión.

—No me haré ilusiones. Las chicas del campo somos “*ingenuas*,” muy frágil. Nos creamos sueños y fantaseamos con qué seremos...pero siempre mantenemos firme los pies sobre la tierra, ¿comprendes?

Él la volvió a besar. La obligó a callar su voz. Presionó sus gruesos y rosados labios contra los suyos, la hizo navegar en fantasías, cerrando sus ojos. Luego, buscó su pecho, mientras ella se recostaba sobre el espaldar del sofá y dejó que saciara su sed y que la quemara con su fuego entre sus senos. Recorrió todo su cuerpo, como recorre el pincel el virgen lienzo puro y

blanco.

Sus manos sintieron cada curva de su cuerpo, cada detalle de su hermosura. Era el movimiento de la mano de un artista creyendo dibujar su sueño. Plasmó con sus labios aquellos lugares que el pincel retocaba. Matizó el color de sus deseos hasta que el cansancio lo obligó a respirar. Ella solo era una flor que sentía sus pétalos ser apreciado, con el cuidador de su adorador. En el éxtasis de su locura, sus pestañas cubrían sus ojos de la intensidad de la luz que le acariciaba. Quería gritar, no de miedo, sino de sentirse viva. Apretó con toda sus fuerzas sus hombros al vibrar su cuerpo y él, halagando su rostro, sonrió verla feliz.

Se miraron sus ojos un instante. Ella le sonrió con la misma ternura que su corazón lo atrapó. Él la observó dejarse ver, vistiendo solo su piel. Era la imagen perfecta que daba vuelta en su cabeza y ansiaba plasmar en sus lienzos. Ella se estuvo quieta, como modelan las flores en el jardín a la espera del beso del colibrí o las caricias de las abejas que con sus encantos llevan lo mejor de sí.

—Estoy aquí, no muy lejos.

Ella lo observó ausente, navegando en sus imaginaciones. La tormenta llegó con sus furias y pasó, dejando el regocijo de acariciar tan dulce doncella, como si fuera estar viviendo un sueño. Sus ojos embebecidos, sin pestañear no cesaban de apreciarla. Ella, alcanzó su mano y la llevó contra su seno, sonriéndole. Quizás pedía más, a lo mejor deseaba sentirse estar viva. Pero su mirada ardía sobre su piel, sentía su calor y ansiaba ser amada.

La contempló con la ternura de ver una flor. Tantas veces como ella ansiaba. La tormenta ya no estaba, ya no había destellos en el cielo. La calma volvió y las estrellas titilaban su hermosura. Tras la lluvia, la armonía del cantar de las aves nocturnas, les hacían compañía. No se sentía frío, hacía calor sobre aquellas pieles humedad. Una copa más de vino, compartieron entre sorbos, caricias y besos. Apagaron la luz y solo dejaron encendida la lámpara de kerosene. Cerraron sus ojos, pretendiendo dormir. Ella, solo callaba, él contaba sus sueños.

—Cuando logré llegar a Palmira, gracias a mi teléfono, me hospedé en tu hostel. Recuerdo muy bien aquel día, estaba cansado y sudado. Martín estaba a cargo del cuidado de la casa y me platicó que debería esperar que la organizaran. Tú estabas allí, en la oficina, haciendo tus quehaceres y cuando nos acercamos, primero te vi de espalda con aquel vestido con estampas de flores, pero tu pelo mostraba esa caída serena como agua de una cascada. Giraste y la sorpresa, el espanto hizo que dejara caer mi maleta y no sabía ni siquiera si podía moverme, solo te veía. Tu hermano reaccionó, como advirtiéndome, ella es mi hermana, sin pronunciar tu nombre. Mi corazón se sobresaltó y mis nervios hicieron erizar mi piel que se tostaba de roja. Tú sonreíste y tu mirada preguntaba cómo que pasa. Vi en ti a mi madre, tal y cual es ella y al escuchar tu voz mi alma se conmovió.

— ¿Deseaste estar conmigo en aquel momento?

— ¿Te puedo mentir?

—No.

Un instante de silencio entre ellos, permitió escuchar el chirrido de los grillos.

—Mírame. Y... ¿Qué de aquella joven? La de la casa del valle.

— ¿Qué con ella? —respondió sorprendido.

—Aún bajo esta débil luz pude notar tu reacción de sorpresa. No temas decir la verdad.

—Ahora solo estamos tú y yo aquí, no destruyas el momento.

—Soy ingenua, pero no tonta. Soy una campesina, pero sé cómo es vivir en la gran ciudad. Te puedo asegurar que conozco como piensa el corazón de un hombre.

Acarició su rostro y besó sus labios. Jugó con sus cabellos y ella lo permitió en su silencio.

—Bien, mírame Abel, aún me cubre el calor de tu piel, ¿puedes notarlo? O necesitas ayuda.

—De acuerdo, te estoy viendo.

Se sentó sobre sus muslos de rodilla, vistiendo solo su piel, queriendo sentir su mirada.

—Quizás el tiempo nos regalará un día, un momento para robarnos un beso. Quizás la Luna en su discreción guarde nuestro secreto. Nos hemos amado en silencio, nos hemos saciado sin prisa. Te he entregado mi cuerpo hasta apagar tu sed y así lo quise. Pero...

Enmudeció un instante hasta que logró que Abel abriera sus ojos.

—No me está mirando Abel.

—Lo siento es que...

Colocó su dedo índice suavemente sobre sus labios y lo hizo callar.

—La joven de la casa del valle es una flama ardiente en tus entrañas que enloquece tu alma. Lo sé. Los celos de mi hermano, mejor dicho, sus locuras lo hacen hablar de más. Viniste aquí, huyéndole a Valeria, a su posesividad. Ella no te sintió anoche en la cama, ella me lo dijo al marcharse.

—Sabias que no estaba aquí, ¿verdad?

Apagó el conato de fuego que pudo emerger de su ira besándolo. Lo calló con su pasión, tocó su alma, su corazón que sabía solo podía ser de ella, aquella noche.

Escuchó cada palabra con el sentido de su alma. Permaneció con sus ojos cerrados pretendiendo soñar despierto. Vistió su ropa, cubriendo su desnudez. Abel descolchó otra botella de vino. Ella tomando la botella en su mano y vertió en la copa cuanto podía.

Bebieron en total silencio hasta pretender ahogar en el rojo del vino sus caricias, sus besos y su íntimo secreto. Brindaron por el sabor del vino que compartió sus besos. Agradecieron a aquella tormenta que iba de paso y hasta los temores de sus espantos. No volvieron a contemplar a través de sus ojos sus almas y tampoco pretendieron decir adiós ni olvidar aquel momento.

Recogieron sus cenizas, la chispa que encendió sus corazones y la atesoraron en su más preciado baúl. Fue una noche mágica de sueños y amores tonificados con vino y cuerpo llenos de sudor pretendiendo ignorar el cansancio. La noche avanzaba, a la espera de la madrugada entre resacas de amores envueltos en placeres de pecados ansiados. Ella se incorporó y parado frente a él, solo mostrando al desnudo sus rodillas, alzó su copa y brindó por sus caricias. Ingirió todo el contenido sin darle oportunidad a sus pulmones respirar, bebió hasta la última gota. Él sólo la observó cerrar su libro al terminar un capítulo.

Abandonó su inerte posición de la silla frente al lago al escuchar el sonido de un motor que se aproximaba. El sol estaba sobre él, quemando su piel. Miró al mundo a su alrededor borroso, apenas podía mover sus párpados.

Inclinándose para ver a su espalda, reconoció a quien se acercaba y entonces comprendió que volvía a su soledad, a las luchas de sus imágenes rondando en mente. Deseó otra botella, y creyó ver el vino más rojo y quiso reír de sí mismo.

— ¡Dios mío, Abel! ¿Qué estás haciendo? Ven te ayudaré a entrar a la casa. Necesitaras una buena ducha fría.

Apenas pudo incorporarse. Sobre el pequeño muelle, tiradas, varias botellas de vino le hicieron compañía. Sus ojos se esforzaban en quitarse los parpados de encima. Martin lo sostuvo con sus brazos y lo ayudó a llegar a la casa.

—Apesta amigo.

—Fue a socorrerse, ¿verdad?

—Como siempre, se desahogó con Lisa. Está devastada, se quedará con nosotros hasta que se sienta mejor, por si crees que debes remediar lo que has roto, aún tienes tiempo. Mirna enloquecerá contigo.

Cerró la puerta del baño y abrió la ducha. Se sumergió bajo el agua pretendiendo apagar el fuego de su piel. Martin comprendió que sus palabras fueron arrastradas por el viento. Sobre la mesa, el teléfono de Abel, apagado.

Capítulo XX

Fiestas

Era el sol del verano, pero en Palmira, aunque el calor fuera sofocante, sus paisajes eran primaverales. La presencia de Miguel transformó el semblante de los padres de Camila con una esperanza más deslumbrante y la apagada estrella que mostraba ser, cobraba luz. Olena, intentaba captar su atención con sus curiosidades atrevidas cada vez que Camila se sumergía en su vacío pensativo, en ese viaje a la nostalgia que transformaba su semblante en un triste gris con salpicadas delineadas de sonrisas simuladas. Sus inquietos ojos, continuaba buscando entre los demás, lo que en los columpios acostumbraban. La tarde acompañó la despedida del Sol dejando detrás sus melancólicos colores plasmados entre las nubes que les apuraban el paso. La oscuridad era el presagio de una noche agradable pintadas de luces y aquellos encantadores sonidos brotando de las forestas y rompiendo el silencio.

Era una apacible noche y Camila declinó una vez más correr mientras la despedida de los incandescentes destellos sucedía tras las colinas, lo cual anhelaba fervientemente. Como si aquel reto del ver caer tras su espalda el ocaso perdiera interés en su vida, deseo que amara apasionadamente. Pero su mirada taciturna deponía la pasión de alcanzar aquella altura. El espesor de su foresta intimidaron su corazón, aunque su ardiente deseo permanecía encendido y solo podía conformarse con esa mirada vaga y triste en la distancia. Con ese intenso deseo arraigada de estar en aquel lugar y formar parte del derroche de colores en la despedida de la tarde.

La compañía de Miguel solo eran palabras pronunciadas por un tono de voz diferente y una lluvia de miradas lascivas que rebotaban en su piel. Era Olena en su desesperación, jugando a la milicia de cálculos fatídicos, quien erraba en su propio diseño. Camila actuó como los cálculos errados esperaban, con una conducta indiferente que solo acertó en un efímero encuentro para luego volver a refugiarse en su deprimente aura.

Los gestos de Miguel al disfrute de Camila frente a las luciérnagas,

alentaban su curiosidad. Aquellos puntos verdes lumínicos, parecía danzar para Camila. Su primera reacción ante ellos, causó confusión a Camila, que dejó ver su rostro sombrío y que la agilidad de Olena convirtió en broma para recobrar el feliz momento que disfrutaba.

—Nunca las había visto. ¡Son maravillosas!

Estimulado por la reacción de Olena, entendió que tan importante eran ellos para Camila. Aún no comprendía el excesivo interés de Olena de pautar las conductas ante ella. Conocía de Camila ser una joven extremadamente feliz y que las sombras de la muerte de su hermana pudieron haber creado en ella el desconsolado sentimiento cuando se pierde a quien se ama. Sus intenciones lujuriosas avivaban una llama que traía consigo desde temprano en la adolescencia y acudió como cordero manso al llamado de Olena. Él era el eterno enamorado platónico que satisfacía sus ilusiones solo con estar cerca de su sombra.

Aquella noche se embriagaron de risas y carcajadas. Disfrutaron la celosa ausencia de Diana y Andrés, que buscando aventajar a la noche, se retiraron a sus habitaciones. Miguel, intentaba buscar ser el foco de atención y solo obtenía la agradable compañía de Olena. Aquella noche, la Luna deseó ser testigo. Completamente formada, su resplandeciente redondez se posó sobre aquella colina, en donde primaba en Camila la llama ardiente de deseos de querer internarse entre sus altos árboles jugando con los destellos de luces del atardecer. Opacó el brillo de las estrellas, creando la magia de un sueño de fantasía para que los atrevidos se confesaran sus secretos.

—El alborote hizo que olvidara darte las gracias por haber venido.

—No fue una buena entrada. Imagínate, por poco y le da un infarto a Diana.

Él continuaba embelesado con la presencia de Camila, a quien no perdía de vista. Apreciaba, sus gestos, sus movimientos y su cautivadora sonrisa que lo hacían desfallecer. Sentado en la baranda de la galería observaba las luciérnagas pero, le era imposible dejar de mirar los encantos de Camila. Olena le hacía compañía, tratando de evitar que se sienta desplantado por su prima.

—Mañana darán una fiesta en el pueblo.

—Así es, será en el hostel donde me hospedo. Vi el cartel.

—Entonces...quiero que nos sintamos invitadas por ti, ¿te parece? —
susurró Olena con discreción.

— ¡Vaya! ¡Qué novedad! Sí que sabes pedir lo que quieres, Olena.

—Acostumbraste, conozco bien tus miradas. Camila te pone como brújula sin Norte.

— ¿Qué me estás diciendo?

—Piensa. Las oportunidades a las que te puedo presentar.

— ¿Es un trato?

—No.

La noche estaba avanzada y Camila parecía ignorar la presencia de Miguel. Las voces de la noche se dejaban oír, sobrecogiendo a Miguel que se mostraba inquieto con los ruidos que traía el viento. La Luna se inclinaba tras la gran colina y debajo del almendro daba la sensación escalofriante de la presencia de alguien que observaba. Podrían sentirse miradas punzantes que con su ardor alentaban la huida del invasor.

—Camila, Camila.

—¿Sí Miguel?

Ella le respondió pero sin mirarlo. El semblante alegre que exhibía iba evaporándose a medida que la noche avanzaba.

—Disculpa que te interrumpa, ¿nos acompañas mañana a la fiesta?

Cruzó sus brazos contra su pecho, deseando ocultarse en sí misma. No miró a Miguel, si no a Olena. Sus ojos se aguaron. Sus recuerdos trajeron del pasado los felices momentos en que compartían. Ella era la invitada, el centro de atención.

Respondió aceptando la invitación, como si fuera al viento que le hablaba. Miró a su derecha y sonrió y luego, levantándose de la silla que ocupaba, se mezcló entre las pocas luces que flotaban en el jardín, las demás dormitaban

del encanto de sus placeres. Caminó con su sombra acariciando las soñolientas margaritas que adornaban el jardín. Salió al camino deseando salir corriendo hasta aquella colina que sentía le llamaba.

El miedo se apoderó de Miguel, quien transformó su mirada alegre en un rostro de espanto. Con sus gestos preguntó qué pasaba y creyó vivir una pesadilla. En el cielo solo reposaban las estrellas aquella noche, la Luna se perdió en su deseo de descansar y abandonó su oficio de acompañar a los amantes más temprano, modeló solo unos instantes fugaces. Fue una larga noche fría y serena, solo los chirridos de los grillos le daban vida.

Desistiendo de su caminata, Camila vino al encuentro de Miguel. Y mirándolo a sus ojos, sin sonreír, le dijo:

— ¡Fiesta! Suena bien.

— ¿Es premeditado?

— ¿A qué te refieres?

—Has ignorado la presencia de Miguel, excepto aquel desdichado momento al llegar.

—No pensé en que debería estar a sus servicios. Ni siquiera estoy segura de que hace él aquí.

—Camila, estás siendo injusta. Quienes te rodeamos, intentamos mostrarte cuán importante eres para nosotros.

— ¿Quemándome la piel con sus repugnantes miradas?

Olena contuvo su ira, brotaba a través de su acalorada piel el enojo. Pausó un instante, casi mordiéndose la lengua.

—Camila —dijo con serenidad— sé cuánto él te quiere, no creo que sea correcto tratarlo así. Pero es inevitable controlar sus sentimientos por ti.

Una lágrima rodó por su mejilla, reteniendo en su interior el eco de sus

gritos, y de sus llantos.

—Sabes —suspiró y enjuagó sus ojos—, siento sobre mi cada mirada y no es que él disfrute, es...es que mis pensamientos se tornan grises, se nublan, como si una capa invisible detuviera mis emociones...creo estar perdida en medio de un torbellino de arenas en un lejano desierto. Sé cuan pendiente están ustedes de mí, lo sé. El temor de mis padres, sus desvelos...

Sus ojos enrojecieron, y no pudo contener más su llanto. Olena agarró sus manos con firmeza y luego compartieron un triste abrazo.

—El Dr. Kingsley...bueno, el tocó mi corazón. Y deseó con todas las fuerzas de su corazón que me aferrara a la vida...

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Olena. Camila le habló sin dirigirle la mirada, abrió su corazón para que ella conociera el dolor que le castigaba desde aquel fatídico día.

—Yo también la extraño. Pero ansiamos que esa hermosa y coqueta joven que vuelve locos a los chicos emerja de la oscuridad en que está secuestrada.

—Si no hubiera insistido, si tan solo hubiera escuchado a mi padre... cuanto lo siento en verdad...

—Shhh, no te lastimes más. Debemos honrar su memoria, sintiéndonos felices de haber compartido a su lado los agradables momentos que nos regaló.

—¿Eso crees...?

—Seguro. Acompáñanos a la fiesta, creo que ella estaría feliz de que vinieras.

Volvieron a confundirse en un sincero y amoroso abrazo. Olena, limpió las lágrimas sobre su mojado rostro y ambas se regalaron una sonrisa.

—Feliz sueño Camila.

—Te quiero mucho.

Olena se despidió besando su frente. Ella aceptó gratamente cerrando sus

mojados ojos, permaneciendo así hasta escuchar la puerta cerrar. Una paz se apoderó de su cuerpo y tras la oscuridad de la cortina que se balanceaba por el suave toque de la brisa en la ventana, vino sobre ella, la ternura de su mirada como una ligera llama brillando contra la oscuridad hasta sentarse a su lado.

—«*Ve a la fiesta, vístete hermosa, hermana mía*».

Extrajo del armario un vestido, que guardaba celosamente. Evocaba gratos recuerdos esquivando los tristes rasguños de la melancolía. Con el vestido aún en la percha, modeló frente al tocador de su espejo. Solo con las prendas íntimas cubriendo su cuerpo, se sentó frente al tocador y resaltó la belleza de rostro. Suaves colores alrededor de sus ojos y sobre su mejilla talco que disminuían la sensación de sequedad. El rojo matizó sus labios.

Permaneció pensativa, soñando despierta mientras sonreía para sí misma. Abrió la gaveta de su tocador, y del pequeño cofre donde guardaba sus joyas, extrajo un papel doblado en varias partes y lo abrió, sumergiéndose a través de las letras, dejándose llevar por sus pensamientos, a un pasado reciente.

Ella se detuvo frente a él, ante su escritorio. Él la miró por encima de sus lentes, y un instante después, la invitó a sentarse, alcanzó el recetario y lo firmó. Le pasó el papel, y luego, retirando sus lentes y colocándolo sobre el cristal de su escritorio, se reclinó en su sillón y le dijo:

—*Camila, solo hay un ser humano que ame a uno con toda la fuerza, y es uno mismo. Tomarás tiempo en reconocer el amor de quienes te rodean, pero en ese lapso de tiempo lucharás contra tu propia alma y los anhelos de tu corazón. Tienes que pensar en el precioso valor de tu vida, es la mejor opción. Sentirse culpable no traerá de vuelta a tu hermana que el destino te arrebató. Ni cambiará aquella trágica escena. Esa carga de culpas es un manto que solo te hiere a ti misma. Debes levantarte de la ceniza en donde el fuego te ha consumido y encender la chispa de esa hermosa chica que eres. Eso es todo lo que puedo decirte.*

Entonces, con un poco más de ánimo, acarició su pelo suavemente dejándolo libre al viento. Dejó oculta la tristeza de su alma y alentó a su corazón con alegría. Sostuvo aquel papel contra su pecho y luego volvió a guardarlo. Aquel momento fortaleció su espíritu y vistió su más hermoso vestido. El cierre del vestido recorrió desde su cintura hasta subir toda su espalda y dejó escapar una sonrisa de gracias a quien le ayudaba. Permaneció frente al espejo hasta que su propia imagen se perdía en los pensamientos de un ayer que anhelaba sostener entre sus manos.

— ¡Hola Lisa!

Le dio la espalda y continuó con sus quehaceres, detrás del mostrador donde ofrecía las bebidas. Lanzó con su mirada una flecha envenenada que podía ponerlo en estado agónico.

—Descuida, ya se le pasará. Está enojada contigo por la situación entre Valeria y tú. Pude ser testigo de su desdichada conversación.

Frenó el automóvil bruscamente frente a la puerta del hostel, levantando una espesa nube de polvo. El susto provocó en Lisa que su corazón alterara el ritmo de sus latidos.

— *¡Valeria! ¿Qué te pasa querida?*

—*Ese desgraciado, se mostró como una carne fría sin vida.*

— *¡Qué locuras dices! Ven entra, necesitas calmarte.*

Sosteniéndola por un brazo la ayudó a entrar en la oficina. Las lágrimas caían como torrente aguacero y sus gemidos impedían que hablara con normalidad. Le ofreció un vaso con agua fresca y sosteniendo sus manos la consolaba. Contó con toda la rabia en su corazón el gran dolor de su alma al simulado desplante de Abel. Le habló de la parte de su vida que moría, su alma marchitada por las faltas de sus caricias. Y llorando inconsolablemente, confesó cuanto su corazón lo amaba.

— ¡Cuán difícil es la vida! —exclamó en un profundo suspiro al escuchar el relato de Martin.

—Te comprendo.

—Estoy lleno de confusiones, Valeria, mi propia vida, mi profesión...

—Anímate, disfrutemos de la fiesta —dijo Martin dándole una suave palmada en la espalda oscilando el índice de la mano derecha.

—Sí, si lo sé, ni una sola copa.

—Buen chico.

Era la prima noche de un cielo que prometía ser encantador cuando sus estrellas se apoderen del firmamento. Era la agradable sensación de frescas brisas que inundaba con sus caricias el entusiasmo del que se apoderaban los jóvenes en aquel encuentro. El disfrute era común y la amenidad llevaba el ritmo de la música que la banda musical complacida, haciendo a todos reaccionar a sus delicias, tocaba sus mejores melodías.

—Este aire me hacía falta.

—Pueda ser que sí, hermano. Entre el vino y el agradable olor de tus pinturas, te acarreaban a un total desastre.

—Mi cabeza, mis pensamientos, todo es un desastre.

Caía la tarde y se entregaba, con sus cansancios y sudores al esplendor de la noche que le acogía con sus frescas y adormecida brisas. Era una caída lenta del ocaso queriendo no irse, amando quedarse. Tras ella, su pomposa llegada con la armonía de los chirridos de aves agradeciendo a la luz y buscando el refugio entre la foresta para dormir su ajetreo. Era una tarde plácida con un resplandeciente cielo azul vestido de nubes blancas. Garzas persiguiendo la despedida del Sol hasta su escondite. Sus cálidos rayos acariciaban a los mozos vestidos de fiestas quienes, con sus pasos apresurados, buscaban entre los lugares desde donde podían apreciar la belleza. Celebraban encontrarse de la pesadez del diario vivir y desnudarse ese ansiado grito de vigor atesorado queriendo extender al viento sus más deseados anhelos. Dejaban atrás sus rostros fétidos de triste melancolía de

esperanzas absurdas que les cubría las máscaras de la falsedad. Empecinado a andar sobre el camino de su sombra y los charcos de sus lágrimas adornada con el negro presagio de la amargura de su alma. Aquella tarde dejaban sus lugares y se entregaban a sus fantasías y a recrear sus secretos de jóvenes, renegando a disentir por el curso de sus penas.

—Siempre me ha gustado verte vestida de amarillo.

Arrancó de su alma la tristeza y juntos a las tantas lágrimas las guardó en el oscuro baúl de sus penas. Suspiró tantas veces que recobró su juvenil sonrisa, aquella que deslumbrando vestía de celos a la Luna. Perfumó su piel, encantó a su alma y alegró su corazón.

—Anhelo verte feliz.

El viento jugueteaba con su pelo y su perfume embriagaba su aura. La tarde entregó, todo cuanto tenía a la noche.

El tiempo pausó, los latidos del corazón de Abel tardaban en reaccionar. Entre la multitud emergía como un astro reluciente una hermosa joven encantando con su presencia. Abel permaneció deslumbrado por los que sus ojos apreciaban. Un vestido amarillo ajustado al cuerpo que descansaba sobre las rodillas, colgaban de sus hombros de dos delgados tirantes. Sus cabellos tendían cuan alas extendidas libres danzando entre las oscilaciones de las enmudecidas brisas que acariciaba la noche.

Era los arreboles del alba anunciando la llegada del Sol y sus imponentes destellos de luces sobre las colinas de Palmira. Era la presencia de una diosa iluminando sus alrededores con su alegre sonrisa. Pudo imaginar ver la Luna deslumbrar en la oscuridad. Era las estrellas que estaban de fiesta. Una rosa con sus suaves pétalos extendidos embelleciendo el jardín.

Llegaba escoltada por Olena y Miguel, quien dejaba notar estar perdido, desorientado. Lisa contempló la reacción de Abel a la llegada de Camila y no disimuló en su asombro. Comprendió las lágrimas de Valeria, entendió el dolor de las penas derramadas sobre sus hombros cuando en grito

inconsolable acudió a ella. Entendió ver el corazón convertido en migajas por un amor que buscó refugiarse en la obsesión de una fantasía de deseos. Las lágrimas caían sobre su falda que arrastraba consigo todo el dolor del alma. Comprendió aquel fuerte abrazo de Valeria como un adiós.

Entraba a una pasarela caminando sobre los pétalos que el éxtasis de Abel rociaba donde sus suaves pasos se apoyaban. La imaginó descender de entre las nubes entre destellos de luces y sintiendo el toque sobre su hombro de la mano de Martin, entendió no estar sumergido en un sueño y que los despertaba del hechizo que lo abrigaba.

—Abel, Abel disimula hombre.

Respondió con una sonrisa insípida, parecía enfocar con su cámara fotográfica al objeto que le puso en suspenso su respiración.

—Esa joven y el vino, sí que te vuelven loco, amigo —susurró Martin.

Hizo el esfuerzo por contener sus emociones, pero su corazón tenía toda la intención de ser atrapado por la carnada que flotaba sobre la cristalina agua. Olena lo alcanzó a ver y enseguida se les aproximó.

— ¡Hola chicos!

—Olena, que bueno que viniste, mejor dicho, vinieron.

—Sí, necesitábamos un poco de aire fresco, ¿no les parece?

—Bueno sí, pero...

—Ha sido genial el regalo que recibimos. Pero, quiero que sepan que no logró su objetivo, su broma de chiquillo malcriado.

El disgusto en Olena era notable a pesar de mantener una sonrisa a flor de labios. Abel y Martin, permanecieron desconcertado mientras la escuchaban. Abel se ruborizó, pero no lograba comprender la conducta de Olena a un simple regalo. Tantas noches de desvelo no podrían ser un veneno para un alma. Expresó ligeramente oculto la intensidad de su corazón en aquel cuadro.

—Yo envié el regalo, pero mi intención era solo agradecerle...no comprendo que malo puede tener.

—Pero que insensible eres. Como puedes atreverte a lesionar a alguien de esa manera —insistió Olena expeliendo fuego por sus ojos.

—Fue un simple colibrí, recuerda aquella imagen del ave sobre la flor, eso fue todo.

Un eterno momento de silencio que rompió ágilmente Martin en la confusión de la discusión que presenciaba. Martin intervino para tranquilizar la ira que ansiaba descargar Olena sobre Abel.

—No fue un simple colibrí —dijo con tranquilidad Camila

La voz de Camila fue como bálsamo al alma de Abel, pero su presencia la hizo perder noción del tiempo ante la belleza que le cautivó.

—Nuestras fiestas no son tan nocturnas como a las que se celebran en la ciudad —dijo Martin con interés de romper la tensión del momento.

—Celebran algo en especial —preguntó Miguel.

—No exactamente, mi hermana y yo creemos que de vez en cuando hay que encender alguna chispa, un poco de fuego.

Una pícara sonrisa resplandeció detrás del mostrador donde realizaba sus labores Lisa. Observó la habilidad de salvavidas de Martin y como Abel inexplicablemente se derretía ante el calor de Camila.

Una banda musical encabezada por dos chicas, animaba la fiesta. El contagioso ritmo de la música envolvía a los jóvenes que no paraban de bailar. Cantaban junto a las intérpretes, gritaban, brincaba, mostraban la alegría que sus cuerpos sentían. No había una pista de baile, solo un espacio para todo frente a la plataforma de los cantantes. Los globos y las bombillas de colores que intentaban vencer la oscuridad de la noche, recreaban un ambiente chispeante.

— ¿Algo para tomar?

—No —respondió sonriendo Camila.

— ¿Segura? Bien te traeré algo.

—Ella dijo que no, seguro que escuchaste.

Abel continuó insistiendo en su ofrecimiento a Camila, lo que provocó que Miguel interviniera molesto. Abel se detuvo y Martin se lo aproximó poniéndole la mano sobre su hombro. Olena, mudo unos pasos hacia Miguel haciendo señal con la mano de que todo estará bien. Camila observó el drama con sorpresa y dejando ver su enojo se alejó.

—Creo que la intención es divertirnos —dijo un preocupado Martin—, él solo trata de ser amable. Estoy seguro de que no lo conoces.

—Está bien Martin, calma por favor.

Abel se había alejado después de la intervención de Martin y se acercó a Lisa solicitándole una copa de vino.

— ¿Quieres esconderte? ¿Qué te pasa amigo? El vino no es la solución. Me temo que voy a negarte la bebida, lo siento.

Permaneció entre el enojo y la paciencia mirando a Lisa, cuyos ojos intentaban penetrar ardientemente su corazón y remenarlo con fuerzas. El ritmo de la música rebotaba sobre su piel sin conquistar ningún movimiento. Lisa continuó absorbiéndolo sin pestañear mientras lluvias de rabia explotaban en Abel. Golpeó con fuerza el mostrador, sintiendo el dolor en su puño y adolorido por la negatividad de Lisa se marchó.

Parecía sonreír recostada de la colina donde descansaba. Completamente iluminada y con sus reflejos más encantadores, la Luna, le hacía compañía a la fría noche. Se detuvo en la calzada frente a la puerta de salida y cuando decidió ir por su camioneta con la llave en la mano, su alma sintió en su mismo seno el suave toque de la voz de un ángel.

— ¡Estrellada noche!

Paralizado, detuvo su marcha y girando lentamente, mientras la presión en su corazón aumentaba y el palpitar de sus latidos competían con el cantar de los saltamontes, sus ojos alcanzaron el tamaño de la Luna al ver a Camila acompañada de la soledad en la calzada.

— ¿Te parece?

—Sí, en la ciudad, las luces impiden disfrutar de tan bello regalo que nos ofrece la noche.

—Te estás perdiendo la fiesta.

—Por lo visto no soy la única.

—Cierto.

Camila continuó observando hacia la colina, y él se le aproximaba pausadamente. Guardó la llave de su camioneta en uno de sus bolsillos delantero de sus pantalones. Un automóvil salía del estacionamiento, doblaba a la derecha y luego se dejaba perder en la distancia.

— Lo siento, ¿era tu chofer?—dijo con sarcasmo.

—Descuida, hay historia corta, muy corta. Creo que esta es una de esas.

—Solo quería ser amable. Me disculpo.

—Bien, ya que nos hemos arruinado la fiesta...—dijo mirando hacia el cielo.

—Puedo acompañarte aquí toda la noche, bajo este hermoso techo, ¿si gustas? Pero también, puedo ofrecerte, si aceptas...

—Bien... ¿Por qué no? —dijo Camila sonriendo.

Entraron al vestíbulo del hostel, compartiendo impresiones y mezclando sus palabras entre agradable sonrisa y la música que era dueña del ambiente. La felicidad disfrutó su máxima expresión de regocijo en Olena, cuando a través del cristal, pudo apreciar unas líneas de luces en un rostro plácido que exhibía Camila, mientras que miradas discreteas cargadas de antipatía y celos definían los pensamientos de Lisa. Martin, en cambio se escabullía en la multitud, con sus pensamientos atolondrados, no queriendo presenciar aquella escena.

Fue una larga y fría espera para Andrés y Diana cuyas miradas se perdían en el oscuro camino. Los nervios en su desesperación convirtieron el tiempo

en una tortura. Látigos que marcaban sus huellas sobre sus pieles pintándolas de rojos. Tomaba su té de manzanilla sin perder de vista hacia donde deseaba apareciera las luces de los faroles que ansiaba rompiera la oscuridad. Ansiaba escuchar el ruido del automóvil que lidiando contra las imperfecciones del camino lo doblaba a andar en zigzag. Poco les llamó la atención la imponente presencia sobre la colina de la gigante Luna presumiendo su inmaculada belleza. Los nervios de Diana se hacían trizas atizado por los incontrolables gestos paranoicos que el pesimismo de Andrés resaltaba.

Les rodeaba el murmullo de la noche, los golpes quebradizos de ramas secas siendo diezmadas por la sombra de la oscuridad. Asomos tras las ramas y los troncos de los árboles que se escabullían de la presencia del intruso. Gritos que se ahogaban en la distancia del salvajismo dominante en los desafiantes bosques. Movimientos bruscos de la cadena de colinas tras la casa queriendo desplazar el valle imprimiéndole el temor de consumirlo. Diana sentía cuan grimoso era el ambiente que les rodeaba y el temor la envolvía en estado de ansiedad por abandonar aquel lugar.

La fresca brisa acariciaba las ramas, pero aquellos columpios bajo el árbol de almendra mostraban la tristeza de la soledad y con su pesadez no podían ser agitados. Solo eran dos objetos tragados por la densidad de la oscuridad queriendo opacar, si alguna vez los tuvieron, su importancia en el valle.

La lucha constante entre la impaciencia de Diana y la pesadez de los párpados de Andrés motivaban a resguardarse, pero su terquedad paranoica podía más que el deseo de Diana de ser vencida por el sueño que era acompañado por los sobresaltos cada vez que percibía pisadas entre el bosque.

— ¡Que bella está la Luna!

La arrogancia se vistió de intolerancia y el fuego que llevaba su mirada hacia Diana la trasladaría directo al infierno llevándose con ella la imprudente afición de jóvenes desenfrenado por el calor de sus emociones.

—Que estupidez dices, mujer.

Solo fue un pequeño instante en que la miró con una expresión hostil y no dudó en pronunciar su fuero salvaje.

—Belleza ni belleza.

Volvió a concentrarse entre la taza de té y el lugar donde el camino persiste zambullido en la negrura y que solo podía verse la cerca blanca de madera que marcaba la frontera de la casa. Volvió a asestar una fuerte estocada en los sentimientos de Diana que acarrearón dolor en su alma. La tristeza le embargó y aquel momento comprendió que solo era un guardia que hacia una miserable compañía. Un adorno que solo era centro de atención cuando la memoria accionaba el recuerdo de su existencia, entonces sí, ahí estaba ella.

Aquella fría noche, solo Camila apreció la belleza de la luna, sobre la colina que le permitía disfrutar los colores del ocaso. El valle era una sombra oscura amargada de chirridos contristado escabullada entre las hojas adormecidas. Pero ella apreció su compañía, deseó que su luz le cubriera. Fue tanto el empeño en lucir tan hermosa que veía derretir su ilusión bajo la flama incandescente de la vela. Corría en sentido contrario a los jóvenes que agitaban sus cuerpos al ritmo de la música. Se escabulló de la presencia de Miguel y su arrogancia, sus ansias y pestilencias.

Pero aquella Luna tan hermosa y radiante si escuchó a su alma gemir, si notó los fuertes látigos que marchitaban su corazón y deseó ser su compañía. Posó justo en su Norte, en donde siempre ella había anhelado correr tanto que el dolor podría ser un refrigerio. Se recostó de la pared del hostel en la calzada y viendo a todos lados, solo estaba ella y la Luna en su soledad. Deseó modelar su vestido, deseó gritar el nombre de su hermana pero su alma no, su alma misma vestida de paciencia jugó a la suerte del destino. Y mirando a su izquierda, sus labios se movieron y salieron al viento palabras que no pensó en expresar y a la reacción, solo le quedó, con sus nervios vivos, sonreír.

Andrés volvió a mirar a su mujer. Sintió su piel quebrarse ante su tenebrosa voz que sin pensarlo descubría cuan oculto entre las sombras

aquellos hermosos puntos verdes danzantes brillaban por su ausencia, que cada noche lograban arrancarle a Camila su más hermosa sonrisa.

—Las luciérnagas, ¿dónde están?

Capítulo XXI

Café frío

El sonido insistente de teléfono aquella mañana rompió el silencio que rodeaba la casa del lago. Abel despertaba con los rayos del sol sobre él. No hubo sueños ni pesadillas, ni la fijación de intrusos pensamientos girando en su mente. El reloj despertador continuó con el incansable oficio de girar, descansando sobre la mesita de noche, pasando desapercibido sus tonos melódicos arrastrados por el viento.

Abrió sus ojos bajo la luz tibia del día. Vio el origen de la llamada haciendo el esfuerzo de despegar los pesados párpados y respondió con serenidad con unos: “*buenos días*”. Escuchó con atención y al despedirse soltó el teléfono sobre la cama. Era un nuevo día, y aunque no percibió el alba, su semblante irradiaba el mensaje de sosiego de su alma. Se detuvo sentado sobre su cama, en un intento de acomodar sus pensamientos y asimilar el transcurso de las últimas horas.

Despabiló lo que restaba de su adormecido cuerpo entregándose al sabor de café. El Sol ocupaba el centro del cielo cuando entendió el momento del día. No vio las garzas en formación cruzar los aires, ni los espectaculares juegos de colores de la neblina acariciando la superficie del agua al amanecer. Pasó desapercibido el gorjeo de las inquietas palomas, ni escuchó los estruendos ruidos de los saltamontes escondidos tras el camuflaje de la foresta. No sufría la resaca del vino agitando su cuerpo ni queriendo reventar su cabeza, más una extraña sensación de sosiego rodeaba su cuerpo, una magia le envolvía que le permitía sentir la alucinación de estar flotando ligeramente bajo el cielo.

Con la taza de café en la mano y parado en la ventana dejó divagar sus pensamientos mientras sus ojos se trasladaban hacia el infinito. Una agradable sensación en su cuerpo lo hizo girar y mirar hacia atrás, y entonces, entre los movimientos de la cortina, en su penumbra, recordó la agradable imagen de su madre con su tierna mirada fija sobre él. Paralizó sus pensamientos, un

escalofrió acompañó el sobresalto de sus nervios hasta querer pronunciar su nombre, llamándola.

Aquella mañana su corazón no se contristó, ninguna lágrima vino a recordar la tristeza, más la nostalgia fue amena y tierna, tanto que, sonrió y permaneció queriendo verla con su vista perdida en el vacío del anhelo de una realidad falsa. Entonces, comprendió la reacción a la llamada telefónica. Comprendió que pudo haber sido un sueño, un estado de éxtasis de sosiego cubierto de magia entre nubes de colores con paisaje de fantasías. Prefirió continuar durmiendo en el vacío de los sueños, no recordar, permanecer con la mente en blanco. Prefirió no afrontar el destino formado en el funesto pasado de colores grises y amargos.

Y la confusión hizo una ligera presencia, pudo haber sido rasgos de una neblina que renegaba a extinguirse a pesar del calor del sol. El café cambió de temperatura al igual que el interés de consumirlo. La imagen de su madre, el fugaz recuerdo nostálgico apenas rozó su alma pero con el ímpetu suficiente para reaccionar a las escenas que viajaban en sus pensamientos.

No se inmutó ante la presencia de quien descendía del vehículo que llegaba sigilosamente, o que al menos, captó su llegada tarde. Observó con detenimiento hasta que sus miradas se cruzaron. Una falda extendida al juego de la brisa, acompañaba a una blusa holgada transparente que permitía ver las formas de las siluetas tras ella.

Retiró sus gafas de sol y marcó en su rostro las líneas de una felicidad apreciada. Sus pasos la acercaron a la casa, subió a la galería y luego dentro, reaccionó amena a un feliz encuentro. Ella se acercó pausadamente, sonriente y con su ojos fieros captando en cada paso el suspenso de su respiración. Besos tibios y abrazos inesperados con roces sensuales elevaban la temperatura. Prolongó el abrazo intentando derramar en él todo el néctar del aroma de su perfume. Abel en la confusión en que se ahogaba, intentaba salir a flote esquivando unos oleajes que le impactaban directamente a su alma.

— ¡Hola!

Expresó con melodía al acariciar su cuello, después de un beso sensual que marcó la huella de sus labios. Soltó su bolso que solo traía como prenda decorativa y dejó entrever los gestos que describían el calor.

—Anoche me ignoraste, hoy estás aquí, conmigo.

— ¿Vienes por Valeria?

Hizo silencio, pero sus gestos fueron explícitos de que un no era la respuesta.

Fue una larga noche de desdén, frustraciones y un encuentro que sus protagonistas ignoraron la tanta maldiciones sobre ellos y creyeron disfrutar de un ameno encuentro. Fue su primera noche en un largo tiempo que el vino no le hizo compañía. Resonaban en sus pensamientos los ecos de la angelical voz de Camila acompañada de esa gracia entre los movimientos de sus labios y los gestos que le encantaban y le hacían difícil pestañear, convirtiéndolo en testigo del derroche de esplendor.

—Es un hermoso día, ¿te parece? Así que vine a compartirlo contigo. Desplazando a la soledad que te acompaña.

Continuó inmutado por su llegada, estudiando cada detalle de sus movimientos. Volvió su vista tras la cortina de la ventana, pero el fresco aire que le daba vida, la había abandonado.

—Entiendo porque Martin prefiere tu café.

—Porque lo encuentra preparado, ¿verdad?

—El cinismo no forma parte de tus habilidades. Lo cierto es que sabe sabroso.

Lisa actuaba con normalidad, era una joven risueña, inteligente y astuta. Podía esquivar la más incisivas indirectas, poseía un temperamento envidiable, pero sobre todo la delicadeza femenina era de sus mejores armas.

— ¿Qué haces?

—Ya no puedo continuar con esta falsa, ni verte sumergir en un inconsolable mar de miseria. Mi corazón late por ti, y decidí no continuar

derramando mis lágrimas en las oscuras y frías noches de soledad...

Entonces comprendió. Fugaces imágenes recorrieron toda su mente y tiernas miradas penetrando a su corazón, de aquel rostro que le hacía recordar el cariño de su madre. Ella, descargó todo cuanto guardada en su alma, se liberaba de una presión que no podía continuar soportando más.

—Espera...Lisa, detente, por favor...

Ella se le acercó y él sintió aquel sensual beso que le saludó a su llegada. Pero esta vez, cargaba su voz de un torrente de lágrimas que emergían tras sus pequeños ojos negros. Ella extendió sus brazos para alcanzar los suyos, él aún continuaba inerte, presenciado el drama, era un espectador sorprendido en oleajes de confusión.

—No puedo continuar dándole órdenes a mi corazón para que cese de ese apasionado fuego de pasión que siente por ti. Urge de tus caricias, de tus abrazos...Abel.

Logró esquivarla y recordando llevar la taza de café en la mano, deseó con toda las fuerzas de su ser, que fuera vino, más bien, alcohol. Deseó embriagarse para asimilar la escena que Lisa desnudaba para él. Ella continuó tras él, decidida a desnudar su piel, a mostrar sus sentimientos, sus íntimos deseos que anhelaba compartir.

— ¿Te has vuelto loca? ¿Has pensado en tu hermano? Todos estos años de amistad. Tú siempre has intervenido para aliviar los dolores de Valeria y ahora...estos...

Intentó hablar en un tono bajo y suave. Intentó hablar con calma, pero su piel adoró vestirse de rojo. La sorpresa motivó a sus nervios a enloquecer y el raciocinio giraba en su interior con la furia de un torbellino sin saber hacia dónde marcar un destino.

— ¿Qué? ¿Acaso no soy mujer también? ¿No crees que tenga el derecho de sentirme viva?

Argumentó con pasión enardecida. Su alma gritaba, extenuaba con un tono más vivo y acalorado su íntima convicción. Cada paso que daba, Abel sentía su corazón queriendo abandonar su lugar. Sentíase acorralado con el orgullo inexcusable de ser hombre sobre sus hombros. Calló sobre el sofá sintiendo el abandono de sus fuerzas. Ella se le acercó, afincó su rodilla izquierda próximo a él e inclinándose, su cuerpo encontró el calor anhelado.

Ella logró que sus labios se encontraran, y deseándolo, besó con pasión. Él perdió su respiración, dudó por momentos del lugar de su existencia al ser embriagado por el néctar que destilaba de sus rosados labios. Él abrió sus ojos y estos quedaron tenso, fijo, queriendo extenderse más allá de sus orbitas, y ella, sintiendo el mismo escalofrió de Abel, giró su rostro tras su espalda y el espanto le hizo colocarse a un lado.

Fue un llamado de auxilio, o el temor de ser atrapado por los juegos de una víbora que absorbía su alma. La pasiva y tierna imagen de su madre parada tras Lisa, enfrió su cuerpo tanto que lo blanqueo intensamente.

—Esa jovencita ha embrujado tu alma, pero descuida, te salvaré de sus garras.

Era estar en un vacío. Su voz no alcanzaba sus oídos. Abel pendía de un abismo que succionaba su estado mental. Miraba a Lisa continuar con su letanía de sensaciones y deseos ansiando para anclar en su corazón. Llegó a verse a sí mismo como el reflejo borroso en un espejo desvaneciéndose en penumbra.

Lisa se sentó sobre su muslo izquierdo y con su mano derecha sobre la de él, le habló con suavidad de amor que expandía sus pétalos cual flor en la primavera y deseaba que extrajera del néctar que le ofrecía.

—Quiero ser tuya, lo necesito para vivir. La distancia y los suspiros solo producen sueños en donde mi alma se quema en un mar de tormentos. Ven, tómame.

Se levantó del sofá y como relámpago vino a su mente el encargo que sigilosamente colocó en sus manos, cuando los botones de su blusa eran libertados.

—Eres hermosa...

—Lo sé...

—Me has confesado tu amistad con Valeria...y ahora...me confundes...

—Ella solo ha sido una egoísta, solo piensa en ella, ¿cierto?

Por un instante vaciló, Lisa buscaba diligentemente y decidida que cayera en sus brazos, sin dar tregua. Se paró a su lado, mirándolo a sus ojos, quiso penetrar hasta su alma, mientras expresaba lo que quería que él deseara, hasta que cayó en sus manos.

Mujer determinada, segura, poseedora de miradas penetrantes, sagaz e inteligente. Sus encantadores dotes femeninos, podían en un momento derramar sus lágrimas fingiendo severo dolor, y en otro expresar la más reluciente felicidad. Pícara de tentáculos ponzoñosos y una envidiable presencia sensual.

—Te voy hacer el hombre más feliz. Te levantaré de ese mar de angustia en que ardes, amor.

—Espera, espera no estoy pensando con claridad...voy un momento afuera...por favor...

Se liberó un momento de ella y se apartó dando la espalda. Floreció en su rostro la pícara sonrisa de un hecho consumado. Luego, al escuchar la puerta cerrar, tomó del bolso su teléfono y hablando en voz baja dijo:

—Te dije que era buena.

Capítulo XXII

Destino

Destino, cómo pudiera revelarse en el presente tus tropiezos, tus crueldades, tus esperanzas y sosiegos después de correr tras esa amada antorcha ardiente en tus caminos. O cómo dibujar con el color amado los caminos que ansiados al andar sobre el verdor del césped, sobre los suaves pétalos, sosteniendo esas chispas en el corazón hasta alcanzar los sueños. Cómo romper esas pesadas y frías cadenas que les ataban a sudar tras su piel la sangre de una abnegación que detesta marchitarse. Cuán doloroso fue querer alcanzar el firmamento y soñar entre los colores del alba y compartir la felicidad con el reluciente ocaso.

Los años no contaban, las canas solo eran la historia acumulada de mirar al pasado, o con los ojos cansados o con la sonrisa de haber destrozado aquella cinta al cruzar la meta. Pero durante todo el trayecto, las espinas y los pétalos, por igual, eran las manos que se extendían para sostenerles y evitar que sucumbieran al abismo del olvido. Unos ojos cansados, una eterna esperanza que se disuelve, solo podían ver el tiempo transcurrir en una vida que se agotaba. El constante chasquear de las palabras del Dr. Kingsley marcaron huellas en los sentimientos de Andrés y la agonía vencía a Diana, en una travesía llena de púas. Cargaba una pesada cruz que, soltarla, podría apagar la persistencia de la débil vela.

Un roció tras otro, un día caluroso y radiante, otros grises y triste formaban los tiempos. Desvelos acompañados de angustias y esperanzas podridas arrastrándoles al borde de la locura. Apurar la llegada del amanecer para ver a su hija, después de sobrevivir al temor de lo peor, la pérdida irreparable. La casa del valle amaneció en total silencio.

Las margaritas exhibían sus hermosuras. Las hierbas verdes cubrían el manto con más esplendor. Los columpios retozaban con el viento y disfrutaban la felicidad de las caricias de la brisa que les regalaban las colinas.

—«*Despierta hermana. Estoy desesperada por escuchar tu historia*».

—Déjame dormir. Tengo mucho sueño.

Cubrió su rostro con la almohada. Escabullida bajo su sábana parecía nadar bajo la fresca agua de la playa y jugar con los rayos del sol intentando penetrarla. No importó compartir el alba, ni ver la noche partir porque su alma sintió estar feliz.

—«*Sabía que ese vestido no podía fallar*».

—Sí.

Fue un grito ahogado bajo la almohada. Un grito de victoria, que deseaban que se escuchara por todas partes. Que lo llevara el viento a los confines del mundo. Un grito de vida que repitió llena de felicidad.

—Sí.

Una y mil veces con su angelical voz se decía a sí misma el canto de su victoria. Relucía la felicidad en Camila. Retiró la sábana bajo la cual se escondía y mostró que aún llevaba puesto el vestido que su hermana guardó para ella.

—«*¡Qué mejor ocasión para lucirlo!*»

— ¡Gracias!

Susurró amargamente. Un momento de tristeza mezclado con la felicidad que acarreo la alegría. Yulia mostró su complacencia y orgullo, e hizo silencio. Bajó su cabeza y miró al exterior tras la ventana. Levantó suavemente su cabeza y mirándola a sus ojos, con la ternura y amor de hermana.

—«*No te enojas hermana, pero tú sabes que he tratado antes de que les des la oportunidad. Sé que es difícil para ti, pero el destino así lo ha querido. Yo...yo soy feliz viéndote sonreír, pero...*».

—Yulia.

Ambas hicieron silencio y desviaron sus miradas evitando verse. Camila se

aproximó a la ventana, allí estaban bajo la sombra del almendro con sus miradas tristes y largas, en súplica.

—Ha sido el día más triste de mi vida y, ese dolor aún retumba dentro de mí. Es un torbellino que deambula dentro de mí ser. Y...constantemente... imploro, como podría yo volver el tiempo. Si tan solo...cada vez que veo a nuestro padre, siento en mí tener una herida abierta...cuanto lo siento...

—«*Te estás lastimando demasiado y... ¿Qué culpa tienes sobre los actos con los que nos sorprende la vida? No puedes sentirte culpable*».

—Es precisamente lo que siento cuando me miran.

Olena penetró la habitación ansiosa e inmediatamente abordó a Camila.

— ¿De qué hablaron?

— ¿Cómo?

—Estaban platicando muy...animados —Olena hizo unos gestos que sonrojaron a Camila.

— ¡Olena! —Reclamó Camila las insinuaciones grotescas de Olena y sonriendo agregó—. Bueno, me dijo qué cuadros me gustaría que pintara para mí.

— ¿¡Hablaban de pintura!?! Comprendo.

—Sí, le dije de los colores entre las nubes de un atardecer.

— ¡Oh! ¿Verdad? ¿Eso quieres?

Olena observó como Camila se trasladaba al sueño de un pasado y que añoró que ese momento estuviera en sus manos. Mientras contenía expresar su sorpresa ante la dificultad de ver a su hermana tras la cortina junto a la ventana, dijo:

—Debemos anhelar la felicidad a pesar de los tragos amargos que nos disponga el tiempo.

Camila cerró sus ojos pretendiendo estar soñando y al abrirlos miró a Olena con un sí a flor de labios, que quizás era la misma respuesta de su amada hermana.

—La extrañas, ¿verdad?

Hizo silencio, pero dejó saber que escuchó la tímida pregunta de Olena. Se sentó sobre la cama y tomando la almohada la sujetó contra su pecho.

—Él habla diferente. No trae consigo esas falsas conquistas de mercenarios buscando satisfacer sus desenfrenos.

—Por Dios Camila no te expreses así.

Sonrió, y fijando su mirada al valle, permaneció como pretendiendo hablar con alguien. Entendió que se refería a la importuna presencia de Miguel. Y luego en un momento de nostalgia expresó con tristeza.

—La extrañaré siempre.

Olena comprendió en aquel instante que su inquieta alma deseaba librarse de las cadenas que la ataban. Reflejó un vacío en su corazón, una ausencia de estímulo que le hicieran sentirse viva, deseada. Desconocía ese vacío de amor que la tristeza había arrancado de esa necesidad de sentirse amada. Sus largas miradas a la nada se iban junto a la suave corriente que pretendía mostrar dormitar en su paso. Mostró desconocer el amor, aquel por el cual su corazón ansiaba palpar. Eco de su voz de Abel danzaba en su cabeza haciéndola soñar despierta, recreaba el sonido de cada una de sus palabras.

Olena se acercó a la ventana y puesta su mirada al piso, respiró profundamente y despacio, volteó para ver a Camila y con un tono suave, casi un susurro, dijo:

— ¿Está ella aquí?

Camila intentó disimular no haber escuchado y continuó aferrada a la almohada con la mirada perdida al vacío. El silencio, a la espera de respuesta de Olena, se ocupó de crear un ambiente nervioso y tímido.

—Hemos escuchado voces, conversaciones...y, sabemos cuánto la amabas. Esto es difícil para todos Camila, tus padres mueren por dentro y...y...yo, yo estoy desesperada. Camila, puedes contarme.

—Ella está aquí, junto a nosotras, sonriendo como siempre lo ha hecho.

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Olena, sintiendo miedo. Sus piernas se paralizaron, temblaban. Giró su cabeza a ambos lados con sus ojos casi cerrados, forzada por la incertidumbre, y detuvo su mirada hacia donde ella extendió su mano derecha. Olena enfrentaba los mismos temores de una realidad que intentaban desconocer.

—Sé lo que estás pensando, todos creen que he enloquecido. Crees que no me he dado cuenta del temor que siente mi madre cada vez que cierro la puerta de la habitación y como me mira en la mañana al verme, con esa expresión en su rostro que dice: “¡*Gracias a Dios!*”

—No, eso no, mi prima —replicó rápidamente Olena—. Estás confundida, solo eso. Sabes bien que venimos a Palmira, porque necesitábamos tiempo para asimilar lo que ha pasado...

—La casa del valle, como todos la llaman. Luciérnagas, luces de esperanza.

—Sí, cierto...

—A esta casa es que el Dr. Kingsley envía sus locos, ¿cierto?

—No te tortures, no se pensó así.

—Mi vida está vacía, llevo un hueco en mi corazón, los sentimientos son solo fantasías en sueños, que al despertar solo retiene el vacío de la nada. Y esta maldita culpa que me recuerda mi imagen frente al espejo. Esas píldoras no contienen lo que mi alma necesita, solo una falsa ilusión para la felicidad de mis padres.

Olena dejó que saliera todo cuanto podía de su abatida alma. Camila habló con su mirada enterrada en la oscuridad, unas veces con sus ojos cerrados, otras, cubriéndose con sus manos. Luego, levantó su mirada directa a Olena y dijo:

—Perdóname hermana, te amo.

Olena permaneció inerte, esta vez sus ojos se expandieron sin pestañear, deseando querer salir corriendo. Un soplo de brisa ondeó la cortina y vino hacer un refrigerio al calor de la tensión.

—Por favor, Camila, detente me asustas...

—Sé que no me creerán, pero, mi hermana es un ángel. Es lo único que me conforta.

—Entonces, mi querida prima... ¿pueda que exista un lugar en tu corazón para alguien? Ella así lo deseará, estoy segura.

Su semblante relució. Una luz rodeó su rostro. Un intercambio de miradas dejaba evaporar el tono azul y triste de sus palabras. Pícaros gestos de Olena pintaron de rojo su piel. Ella se le acercó y limpió su rostro, al sentarse a su lado en la cama. Tomó la almohada y la alejó de ella, y tratando de penetrar a través de sus ojos, le dijo:

—Eres muy hermosa, en verdad. ¿No has pensado que el amor quizá quiera un poco de ti? ¿Alguien?

Presionó su pecho, sobre el corazón y luego tomó su mano derecha y la empujó en el mismo lugar.

—Siéntelo palpitar, es vida.

Aquella mañana persistía el cantar de las aves, como un llamado a una eterna primavera. El radiante Sol se mostraba bajo un cielo azul que no lucía las manchas blancas flotando en los aires. La ventana solo fue un espacio, un hueco en la pared que permitía deleitarse con el exterior y se hacía cómplice para que los rayos hurgaran en la habitación de Camila pretendiendo erradicar la oscuridad.

Aquella acción de Olena trajo a su memoria las palabras del Dr. Kingsley y su recetario que estrujó entre su puño como cofre guardando un preciado tesoro.

—Ansío con toda las fuerzas de mi corazón, creerte.

Susurró a su oído y besó su mejilla. Dejó que sus ojos navegaran junto a los de ellas hasta la ondulante cortina de la ventana, y ambas, lloraron

amargamente en silencio.

—Ese chico, anoche en la fiesta...bueno, pasamos un momento agradable. Por lo menos no hubo que salir disparada, ni por la paranoia que te han contagiado mis padres, ni por mi desmayo...aunque casi se echa todo a perder... ¡Ah, los hombres!

Sonrió al hablar, sus ojos se iluminaron, fue un rayito de luz que danzó de alegría tal cual las luciérnagas en la oscuridad mostrando su hermosura. Olena, a pesar de su rostro estar húmedo por las lágrimas del recuerdo, sonrió alegremente y las dos se mezclaron en un fuerte abrazo.

Con pasos turbados se aproximó al pequeño muelle, estrujándose la cabeza con ímpetu. Hurgaba en sus pensamientos aquella escena de Lisa, gozando de felicidad e irradiando una hermosura que atraía con locura, extendió sus brazos para abrigarlo, confundiendo sus sentimientos. Era la mañana que ansiaba que llegara, sin desvelo ni pesadillas. Guardaba en su corazón las miradas de aquella inocente joven que el destino calculó colocar en su camino, era lo que anhelaba permaneciera en su mente.

Las aguas cristalinas y mansas del lago enmudecían al soplo de la brisa. Ningún pez saltó a flote, y las garzas que en bandadas cruzaban los cielos para aterrizar las arenas de la playa, emprendieron su regreso más temprano. Solo observaban el paisaje formado por un horizonte de verdes pinos que custodiaban los bordes del lago, dos sillas cansada de esperar.

Abandonó aquel lugar, sin rumbo, solo atinó a caminar hacia donde sus pies, que torpemente se movían, los llevaban. Se dejó llevar como ligera pluma al viento, entre el juego ondeado que lo estimulaba cada vez más a alejarse de la casa. No miraba a su espalda, ansiando borrar aquel capítulo que le hizo enloquecer su alma. Su sombra pretendía ir delante, evitando ser pisada por sus enojadas huellas que dejaba tras sus pasos.

Era un camino angosto que él desconocía al borde de una colina, llenos de altos árboles que robaban la luz para que no matara la oscuridad de sus sombras. Apenas había espacio para mudar sus pasos. El cielo sobre su cabeza no tenía color, y el fuerte chirrido de los grillos opacaba el sonido de su corazón. Su alma perdió el sentido de orientación, pero, sintiéndose perdido, escuchó unas voces que venían con el viento. Caminó más despacio hasta que tenía su sombra bajo sus pies y a su izquierda, una inmensa colina vestida de pasto verde.

Decidió subir, la curiosidad le empujaba. Ladeaba lentamente pero sus pasos iban firme como si estuviera andando en un valle, y al llegar a la cumbre, pudo disfrutar de aquellos colores que buscaba impregnar sobre un lienzo. Su corazón palpitó de alegría, su alma se regocijó y aquel ocase parecía detenido esperando por él.

Luego miró hacia atrás, alertado por el sonido de unos suaves pasos que cada vez indicaban su acercamiento. Ahí estaba ella, y él perdido como embarcación en alta mar sin ningún faro ni estrella que indicara algún camino, desconociendo el transcurso del tiempo. Ahí estaba ella con su hermosa sonrisa y su pelo jugando con el viento, y él desvanecido con su expendedor cayendo de rodilla ante aquella visión de sueño que creía soñar.

Volteó para ver el ocase y sus colores y sus luces y parecía un cuadro expuesto para agrandar a los curiosos. Y la miró a ella, y confundido entre el tiempo y el espacio, rogó a su alma claridad. Y en la cima, mostró lo que sus ojos veían y pudo ver en ella la complacencia de un deseo cumplido. Intercambiaron miradas, sonrisas tímidas y ansiosas. Disfrutaron aquel espectáculo en silencio y luego, cuando el Sol se entregó al firmamento y la penumbra que majestuosamente anunciaba la llegada de la noche, acompañada de la fresca brisa del atardecer, ansiaron no despedirse.

Aquel día al caer la tarde, Camila no jugó contra la sombra del atardecer corriendo tras ella. Su alma no sintió el cansancio del sudor de su piel. Sus latidos calmaron la ansiedad de la prisa, cuando se vio envuelta entre luces verdes que emergía tras ella.

En el valle, las borrosas luces rojas de un vehículo perdían intensidad

mientras se alejaba. Observó a Abel en su silencio, sin habla, en el que ella también permanecía y decidió descender y él tras sus pasos. Los columpios permanecían inertes bajo el almendro escondido en la oscuridad que poco a poco lo absorbía.

Bajo la sombra de la noche, entre aquellos puntos luminosos, platicaron una vez más contándose entre ellos las historias de sus almas. La Luna que vistió de gala fue ignorada y solo percibió una triste mirada desde la ventana. Cubriéndoles de techo miles de estrellas que observaban.

Olena montó guardia. Andrés y Diana revestidos de temores lidiaban, en su afán de protección, con Olena que mostraba su apoyo a la luz que se avecinada irradiando el corazón de Camila. El teléfono de Olena sonó, una voz femenina suplicaba entre lágrimas y desesperadas suplicas, que solo escuchó.

—Estamos desesperados, no sabemos dónde anda...

Apartó de su oído el teléfono y lentamente se acercó a la puerta para ver aquellos que platicaban felizmente. Diana, con su instinto femenino, se aproximó a Olena, que traicionada por sus nervios, no pudo disimular el infortunio de la llamada. Olena, solo pudo externar una sonrisa al verlos, el faro relucía en su brillantez.

Destino, hace que el presente solo sea un lapso de tiempo que se ame o se aborrezca con cicatrices que, impregnada en el alma, sean llevados como marca indeleble. El presente solo fue un ligero espacio de tiempo que arrastrado hasta el pasado en un constante movimientos de ilusiones fantásticas, se convertiría en historia. El ayer lo resguarda entre el polvo de sus historias de momentos fugaces. Los caminos soñados al andar, los sueños anhelados florecientes solo pertenecen a un porvenir de ilusiones, torbellinos que giran bajo un entorno de chispas de energía que sucumben con la cera y mueren en la oscuridad.

Aquella noche la Luna no estorbó con sus encantos. Las estrellas solo eran luminas que con sus armónicos titilar que danzaban de felicidad. Las luciérnagas vestían su mejor color de esperanza, su encantador borroso verde.

Floreceía una triste flor marchitada aún sin el cálido roce de los rayos del sol ni el cariño del rocío. Esbozaba la mejor silueta el pincel con sus suaves trazos el color que ansiaba. Sucumbían en la agonía, aquellos ojos tristes que con el alma afligida veían el castillo que levantaban dos mozos compartiendo entre sus timidez, la dulzura de una esperanza bajo la ignominia de un salvaje destino.

Capítulo XXIII

Desilusión

Mirna se sentó en una mecedora, recostó su cabeza al espaldar y dejando que su mirada viaje sobre la superficie cristalina de las frías aguas hasta la imponente montaña de pinos verdes, que en el horizonte parecía emerger desde el fondo del lago. Portaba en su mano una copa de vino. Tomó uno y otros sobos seguidos con urgencia de ingerirlo. Deseaba apagar la sed que le ardía en su alma. Una vez que se aseguró de que Abel le había seguido, con una voz suave y directa, pero sin dejar externar la agri dulce mezcla de sentimientos que su corazón enfrentaba, dejó a su corazón hablar:

—Cuando vine a Palmira por primera vez, tú no habías nacido. Tu madre disfrutaba ver la puesta del sol justo desde aquí en donde estoy sentada.

Continuó con su vista vagando hasta la distancia, mientras hizo un forzado minuto de silencio provocado por la nostalgia.

—Sus hermosos ojos verde tristes, en ese momento se cargaban de tanta energía que simulaban la radiante luna. Se les veían grandes. Expresaba tanto entusiasmo y regocijo al ver esa ardiente llama besar la montaña para luego dormir tras ella. Permanecía inmóvil por todo ese tiempo hasta que apenas el último rayito de luz se despedía.

Sonrió tímidamente complacida y gozosa de traer a la memoria aquellos momentos. Abel, quien había tomado lugar sobre la baranda, observaba callado e inmutable. Mirna volvió a tomar un sorbo más de vino, esta vez con la calma de saborear su textura.

—La distancia hace que la percibamos azul. En otras ocasiones algo oscura, menos verde. Pero siempre imponente.

Hizo silencio un instante, pero sus labios se movieron aunque las palabras no se dejaron escuchar. Una lágrima surcó su mejilla y el rojo tomó lugar en

sus aguados ojos. Abel mostró la rigidez de sus nervios que permanecieron inalterables. Su mirada estaba fija sobre Mirna quien buscaba afanosamente expresar lo que su atormentada alma ansiaba.

—Me he preguntado tantas veces que es lo que no ves en Valeria. Una chica dulce, amena, inteligente y hermosa. ¿Qué no ves en Valeria? Tu madre haría la misma maldita pregunta, pero ella, estoy segura, arrancaría ese terco corazón de tu pecho y lo exprimiría hasta que la última gota retorcida en dolor hablara.

Su rostro estaba completamente mojado cuando con toda su furia gritó esas últimas palabras. Abel queriendo responder solo abrió la boca cuando Mirna, aún sin mirarlo, alzando su mano derecha donde sostenía la copa, lo detuvo. Había ingerido todo el contenido que llevaba la copa. Dejó que cada gota de lágrimas cursara su rostro hasta perderse en la blusa, humedeciendo su pecho. El viento que llegaba del lago jugaba con su largo pelo y pretendía enjuagar su rostro.

—Ni siquiera te molesta en responder mis llamadas. Maldición Abel, ¿te han encantado?

Su vigorosa voz retumbaba como trueno en un calmado día. El eco de sus agrias palabras parecía rebotar en la piel de Abel sin alcanzar a tocar el corazón.

—Valeria me asfixia. Reconozco todas esas cualidades que tú dices, pero no quiero encadenarme...sí es buena chica, solo eso.

— ¿Qué crees que encontraras en el camino? ¿Piedras ofreciendo bondades?

—Tía por favor...

—No estás razonando Abel, estás confundido, tienes que...

—No me gusta cómo ella me aborda, ¿comprendes?

Levantó la voz ligeramente golpeando la baranda. Hacía el esfuerzo de conservar su enojo, lidiar con sus tormentas, pero Mirna, no comprendía su corazón.

— ¡Lo siento!

«—Hermana, Abel es un chico dulce, tierno. Su corazón es muy sencillo. Tengo la esperanza que su media naranja, sea una chica dulce, amable, sencilla. Quiero que me prometas, si algún día falto, no abandonarlo.

—No hables así, hermana.

—No somos eternos, nada lo es. Siempre evade hablar de esas cosas.

—Me gusta más el presente, eso es todo. Tú siempre preocupada pensando como elaborar el final de las historias.

—Bueno, ya que me conoces, estaré feliz sabiendo que cumplirás nuestro compromiso».

Se levantó de la mecedora, y vertió en la copa todo el vino que pudo. Haber se había alejado. La tarde pretendía dormir, las aves buscaban diligentemente donde descansar. El Sol se apagaba en el firmamento. Mirna continuaba intentando ahogarse en la copa sin perder de vista a Abel.

—Cometemos errores que el tiempo no curará. Decisiones que llevaremos sobre nuestros hombros, nuestras conciencias clavadas tan profundamente que la herrumbre no podrá darnos fecha.

—Esa dulce chica...que el destino ha hecho cruzar en mi camino...

—Es una demente —enfaticó con rudeza en alta voz.

Un suave sollozo llamó la atención a sus espaldas. Abel se levantó rápidamente y al darse cuenta de quién era, miró con furia a Mirna y salió tras ella. Camila, se acercaba y al escuchar las palabras de Mirna su alma se estremeció y su corazón se hacía pedazos.

Camila corrió con prisa, pero Abel pudo más y la alcanzó. Ella se detuvo, apenas podía respirar, estaba sobresaltada, angustiada. Abel extendió una mano para sostenerla, mientras ella lo miraba bañada en lágrimas por la estocada que recibió su corazón.

— ¡Calma! Sostén mi mano, por favor.

Caía hacia un profundo abismo de oscuridad. Perdía noción del lugar en donde estaba. Sus fuertes piernas se desboronaban. Sentía que la tierra se la tragaba. Él continuó mudando lentamente sus pasos hasta llegar a donde ella permanecía estática queriendo estallar.

—Dame tu mano, por favor.

Lloraba desconsoladamente. El cielo venía sobre ella y los árboles la aplastaban. Llevó su mano izquierda a su rostro tratando de ocultar sus penas, y el instinto la hizo levantar su mano derecha y rozar la de Abel. Sus dedos se tocaban por primera vez. Él rozaba su suave piel que tanta veces ansió tener entre sus brazos. Entre gritos y sollozos dejó que Abel la sostuviera entre sus brazos. Recostó su cabeza a su pecho y humedeció su camisa, mientras él la calmaba con suaves palabras pidiéndole que callara.

De repente el Sol fue cubierto por grises nubes. El viento animó su fuerza y se hacía sentir. Las olas respondían a la fuerza de la naturaleza que las hacía levantar, salir del letargo de tranquilidad en que adormecían. Los fuertes hombres comenzaron a temer y sus nervios se agitaban. La embarcación era sacudida con ímpetu por la fuerza de las olas que aumentaban de tamaño. Vino sobre ellos la lluvia, al principio era ligera, y luego era un fuerte aguacero que cundió el pánico en todos. El capitán ordenaba que hacer pero su voz entrecortada se la llevaba el viento y sus hombres inquietos agotaban las fuerzas de sus brazos y caían vencidos, entregándose a su suerte.

Con ella en sus brazos miró hacia el lago y la distancia solo le ofreció una mancha negra que no encajaba en el paisaje de luz. Sus ojos irradiaron tanto odio como fuego envenenados hacia aquella mujer.

Mas luego, el fuego cubrió el cielo. Fuerte tronadas y relámpagos lo convertían en un infierno. Despavoridos, algunos hombres prefirieron lanzarse al mar y perder la vida, otros, más afortunados, perecieron sin luchar. El capitán tomó su látigo y golpeó a los más fuertes que osaron permanecer sobre la embarcación y aquellos golpes sobre sus espaldas mezclaron sus sangres con el agua y sus sudores. Era una tempestad oscura

que arrebató la visión, destruyó su camino.

La sujetó con suavidad por temor a lastimarla. Ella enmudeció aquel instante, y él mecía su cuerpo aferrado al suyo. Luego, levantó una mano y acarició su pelo y ella, levantó su mirada y le sonrió.

Un fuerte viento contrario vino sobre la embarcación y la hizo pedazo. Y las aguas del mar hicieron espacio para tragárselo a todos. Los más afortunados se asieron de pedazos de madera que flotaban entre los vaivenes de las olas. Se adhirieron a ellas con tantas fuerzas que sus pieles sangraban. No sentían temor, no sabían si estaban vivos, si era una pesadilla o sueño, solo sabían que la misericordia era lo único que podía llevarlo a la orilla, aunque muertos.

—No puedo creer lo que acabo de escuchar.

— ¿Ahora te dedicas a escuchar mis conversaciones, hermanito?

— ¿Con quién hablabas? Era Mirna, ¿verdad? ¿Qué se traen ustedes, responde? —vociferó Martín airado sosteniéndola por un brazo.

—No creo que deba darte explicaciones. Déjame en paz, me lastimas —replicó intentando soltarse.

—Crees que no sé qué fuiste tú quien cambió el regalo. ¿Qué pretendías?

—Desde cuando te he importado. Esclavizada entre estas cuatro paredes viendo otros coronarse de felicidad y mi corazón atado a la amargura que el maldito tiempo me regala. Soy mujer y también sueño. Qué sabes tú de eso.

—No me cambies el tema. ¡Qué vergüenza! Te has convertido en una cualquiera...

Intentó descargar su enojo en él, pero solo, levantó su mano en advertencia e intimidación y lentamente pronunció con firmeza su veredicto.

—No me juzgues. ¿Qué sabes tú lo que mi corazón sufre?

Los empleados se dispersaron dejándolos solo en la oficina. La tensión

tomó lugar entre ellos, él la miró con desdén, ella, con altivez y orgullo. Lisa externo sus sentimientos, y él la vergüenza de una complicidad que intentaba robar la libertad de un corazón. La miró y cerrando la puerta con fuerza se alejó.

—Señora, ¿está usted bien?

Daniela, una de sus empleadas de confianza, entró sigilosamente a la oficina después de presenciar el altercado entre los hermanos. Lisa parecía perder el juicio. Caminaba alocadamente en la oficina dando vueltas y vueltas, haciendo ademanes con los brazos. La locura la poseía.

—Él sabe muy bien cuanto he sufrido en silencio. ¿Cómo es que creen que uno no tiene sentimientos? Mi piel muere por sus caricias.

Se reclinó en la silla y luego se desplomó sobre el escritorio, golpeándolo con fuerza.

—Señora, se va a lastimar.

—Maldito el día que mis ojos vieron a ese desgraciado. Como pudiera arrancarme este desdichado corazón.

«—Lisa...no quiero lastimar tus sentimientos, pero...

— ¿Qué mi amor?

Ella se le acercó queriendo recostar su cabeza en su hombro. Él la detuvo y poniéndose de pie le dijo.

—Por favor, escucha. Esto no va a funcionar. Eres joven, hermosa, una chica agradable, pero...no sé qué decirte, lo siento, trata de comprenderme.

—Ha sido todo muy rápido, lo sé, pero el tiempo estarás de nuestro lado y pronto tu corazón me deseará como lo hace el mío.

—No se trata de acostumbrarnos. Es nuestra vida, la tuya. No es un juego, estancarnos aquí hasta que Cupido encuentre la chispa que nos encantaría. Tienes que reaccionar.

—Prometo que te amaré con todo mí ser. Estaré a tu lado siempre, ya verás que todo saldrá bien.

Abel hizo silencio y apartó con suavidad sus manos. Ella buscaba sus

ojos, él desviaba los suyos, mientras su alma se estremecía de la pena. Se dieron la espalda sin un adiós, sin un hasta luego, solo el sonido de las pisadas fueron testigo de la distancia entre ellos».

—Esa loca, mal nacida, tuvo que entrometerse.

Dijo para sí en un tono que sobrecogió de temor y espanto a Daniela, al ver en su semblante el fuego de la cólera hirviendo en odio. Se dejó arrastrar por el despecho y no se contuvo en reaccionar guiado por los mandatos de su acongojado corazón. Era una pieza desdichada de un juego en donde creyó encajar. Sus pétalos caían, como las lágrimas sobre sus mejillas, marchitados sin las caricias de un cuidador, sola en su amarga soledad.

Decidieron caminar entre el chirriar de los grillos a pesar de la oscuridad. Conoció lo hermosa de su mirada y ella el aura de ternura que le cubría. Calmó su tristeza y vistió de alegría su rostro. Enjuagó sus lágrimas y calmó sus nervios la pasividad de su presencia. Unas tímidas luciérnagas sorprendieron a Abel que solo atinó a sonreír.

—Ni siquiera sé dónde voy a pisar.

—Descuida, toma mi mano. Te guiaré

Ella sonrió, al extender sus manos, no a él, solo respondió al agrado, al gesto de amor que tanto ha ansiado su felicidad. Ella sostuvo su mano con firmeza, y él, con la delicadeza con que se acaricia una rosa. Sus carcajadas y risas se mezclaron con los sonidos de la negrura de la foresta y pronto con la prisa que la distingue, se asomó la Luna y punteó el rastro del camino de sus andares.

—Las luciérnagas nos siguen, ¿verdad?

—Ellas no nos siguen, nos acompañan.

Su respuesta lo dejó estupefacto y riendo tímidamente sin saber que decir

en su asombro. Momentos después, alcanzaron la casa del valle que iluminaba todo su rededor como faro en la bahía a los perdidos del mar. Olena acompañaba a Diana en la galería y Andrés en su furia, ardía en enojo al ver su hija tomada de la mano. Abel, quiso soltar sus manos, más ella la apretó con firmeza, como respuesta a la reacción de su padre.

—Solo quise correr en el sentido contrario que acostumbro.

—Hablaré con mi tía, lo siento mucho —dijo avergonzado—, ¿nos volvemos a ver?

—Si es que los lobos no te devoran en la oscuridad.

Se despidieron en el portón de entrada. Ella permaneció en silencio con su mirada puesta en él hasta que la oscuridad de la noche lo permitió en el camino.

—«*Es un buen hombre, hermana*».

— ¿Puedes cuidar de él?

No recibió respuesta mucho menos su tierna mirada, solo un sentimiento vago de tristeza que le hizo sentir querer ir tras él. Surgió de inmediato la expresión de terror al mismo tiempo que la imagen de quien le acompañaba junto al portón, se disipaba, perdiéndose de su vista. El tiempo se detuvo y las aves despavoridas saltaron con rapidez de su lugar de descanso alocadamente y nerviosas. El silencio de la noche fue abruptamente interrumpido. Olena saltó de la galería y corrió tras Camila que iba todo el camino dando voces de grito.

Capitulo XXIV

Viva esperanza

Abdem amaneció conmovida por la noticia que manchó el amanecer. Abel Dabelym se debatía entre la vida y la muerte. Un sujeto, aún no identificado, le habían disparado a quemarropa en el camino próximo a la casa de veraneo en Palmira. Las conjeturas flotaban en el aire. Un estado funesto vistió toda la ciudad y las interrogantes permanecían con más dudas que respuestas.

Aquella escena de terror permanecía en los pensamientos de Camila, retumbando en su interior como un torbellino. Camila permanecía en compañía de Olena en la sala de espera del hospital, sentada con sus brazos rodeando a sus piernas y con su vista perdida en la nada, bañada en sus propias lágrimas. Aún permanecían sobre ella vestigios del horrendo momento que vivió cuando se arrodilló sobre el inerte cuerpo de Abel.

— *¿Cómo podría saber más de ti?*

La timidez le hizo sonreír y bajar la cabeza. Luego le miró y encontró sus ojos que recorrían todo su rostro. Pretendió decir algunas palabras pero su corazón prefirió que él continuara con el agrado de su mirada.

—*Entonces, ¿eres la chica misteriosa? —dijo sonriendo.*

— *¿Qué quieres saber de mí?*

Suspiró ligeramente y sus nervios removieron toda su piel. Ella le brindaba la oportunidad de conocerse. Pero perdía la voz ante su belleza. El palpitante de su corazón ansiaba expresar lo con que su voz las palabras no podían.

—*Entonces, ¿te gusta pintar?*

Ella dijo entre el chirriar de los grillos y saltamontes que parecía callar al movimientos de sus labios.

—*Sí, si eso hago...*

Permanecía poca luz en el cielo y las sombras de los altos árboles oscurecían el camino. Entonces él tímidamente extendió su brazo para que ella se sostuviera. Miró su mano y luego lentamente extendió su brazo hasta que sus dedos se encontraron y luego, ella se sujetó. Levantó su mirada y

dijo.

—*Está muy oscuro aquí y...solitario.*

Era estar en medio de la nada rodeado por la oscuridad de la noche. Las voces de la noche hicieron silencio y solo los llantos aterradores de Camila mostraban vida. Su cuerpo estaba allí, tirado entre las hierbas del camino que fue testigo de sus andadas. Totalmente inactivo aferrándose de la vida por tibios soplos de aire que en la desesperación encontraban sus pulmones. Su corazón perdía vigor, su piel se blanqueaba y sus ojos descansaban. Camila al lado de su cuerpo en una escena tétrica y desesperada sumida en la desesperación imploraba por ayuda. Enjuagó con sus lágrimas y lavó sus manos con su sangre, como si estuviera acariciando su propia alma. Sus gritos hacían eco entre las colinas haciendo callar todo a su alrededor.

Aquella tarde el destino de una manera inexplicable la hizo correr en sentido contrario a la colina. Detuvo sus pasos al escuchar la malignidad de las palabras que destrozaron su alma y cubriéndole una densa negrura entró en pánico. Pero sus brazos estuvieron atentos a socorrerla y su alma sintió el sosiego de un sueño placentero en su pecho. La sostuvo con la ternura de una frágil rosa entre sus brazos, susurrando palabras que calmaran la indignación.

Contrastaba en Camila una extraña sensación de alegría y felicidad con efímeros momentos de temor con augurio de premoniciones vaga que insistían permanecer en sus pensamientos. El color verdoso de las luciérnagas eran más acentuadas esa noche y el intercambio de ternura de quien sentía siempre a su lado menguaba. Olena se convertía en la protectora de su prima deteniendo la incomprensibilidad de las terquedades de Andrés incentivada por unos celos por el temor de perder a su hija. Diana vivía en el trance de la ignorancia y la realidad evitando enfrentar los hechos que matizaban el norte que tomaba la vida de Camila.

Irradiaba en su rostro la felicidad de su corazón. Ansiaba contar, gritar a todos la humildad derramada por Abel aquella noche en que transformó con su magia la tristeza de sus lágrimas en una colorida felicidad. Las fuertes palpitaciones de su corazón cuando apenas le tocaron su mano. Aquel

abrazo en que la acurrucó como preciado tesoro. Su protección contra el veneno rociado sobre ella con tanta maldad. Narrar su pequeña y reciente historia entre llantos y sonrisas.

Aquella noche deseó saltar sobre su cama, bailar, cantar canciones con su voz tan alta que todos podrían oírla. Ni siquiera se interesó en la belleza de la luna y en los puntos luminosos del oscuro cielo, quiso pensar en sí misma. Mientras él sostenía su mano, ella se sumergía en un paraíso de hadas, era un cuento. Escuchaba cada una de sus palabras que imprimía en su corazón para luego recitarla con las melodías del alma, haciéndolas suya, para recrearla en los sueños de su alma. Aquella noche solo pudo imaginarse en un efímero momento en que soñó compartir y que aquel estruendoso sonido acabó marchitando su feliz ilusión.

Mirna pretendía mostrar unos nervios de acero y su intensa mirada permanecía sobre Camila. Martin le hacía compañía retorciéndose de preocupación. Aunque el volumen era inaudible, las imágenes de la televisión, adherida a la pared al lado del puesto de enfermería, mostraban el último suceso del que todos esperaban respuestas. Imágenes y retrospectiva de la vida del gran pintor narraban su historia. Los investigadores realizaban su labor de mostrar sus habilidades y afirmaban su ego de encontrar la verdad. Era como si todo en Abdem se hubiera detenido y Camila absorbía cada detalle que mostraban.

— ¿Quién es esa joven?

—Ellas fueron quienes lo encontraron en el camino.

—Eso ya lo sé.

No fingió su incomodidad ante la áspera respuesta de Mirna que continuaba inmóvil intentando analizar a la joven que se consumía en dolor.

El angosto camino se había iluminado con la brillantez de las luciérnagas. Parecían danzar mientras avanzaban al ritmo de sus pasos. Ella se había aferrado a su mano y él sintió temor de apretar aquella angelical piel vestida de pétalos de rosas. Sentía sostener fragilidad de una rosa entre su mano, y el temor de quebrarla le erizaba su piel.

— *¿Le tienes miedo a la oscuridad?*

—*Ahora no. y... ¿tú?*

Ella respondió de inmediato y mudó un paso más cerca de él, y luego susurró a sus oídos.

—*A veces sí...*

Sonrieron, ella permanecía tranquila, él sentía sus nervios inquietarse y su frente humedecer. Pensó estar soñando, su corazón palpitaba con tanta velocidad que se mezclaba con el cantar de las aves. El quebradizo sonido de una rama seca los detuvo. Callaron, Abel miró a todos lados, ella solo a él.

Las interminables horas parecían no avanzar. Frente al hospital comenzaron a aglomerarse los curiosos hambrientos de noticia del estado de salud de Abel Dabelym. Una elegante y alta joven, bien vestida, se aproximó a Mirna y a Martin. Llegó llorando, exhausta, sus nervios a flor de piel. Su inquietud alteró estado de tranquilidad de la sala, preguntando tantas cosas al mismo tiempo que Mirna le pidió calmarse. Valeria se percató que Mirna desviaba su mirada hacia aquella joven que mantenía la misma posición desde la madrugada.

— *¿Quién es ella?*

—*Quien nos avisó* —respondió una vez más Martin a seca.

—*A esa hora, en ese camino, ¿no les parece extraño?*

—*Sí, todo lo de ella es extraño* —apuntó Martin.

El doctor se acercó a la sala solicitando los familiares del Sr. Dabelym. Sus pasos lentos y firmes, vistiendo su impecable uniforme verde, y aún traía sobre su cabeza el gorro de tela que cubría su pelo durante la cirugía. Mirna se levantó de su asiento seguida por Martin y Valeria, pero antes miró de reojo a Camila que no se inmutó con la presencia del doctor.

—*Soy su tía.*

—*Soy Valeria, su compañera* —dijo con timidez en voz baja.

El Dr. Dobles relató cómo recibieron al paciente, la razón de la intervención quirúrgica y la esperanza puesta ahora en las manos de Dios. Su explicación alteró el temple de Mirna y Martin perdía fuerza en sus rodillas

que le hacían imposible permanecer de pies. Valeria, se mostró firme, atento a cada detalle sin inmutarse.

— ¿Podemos verlo? —preguntó Valeria.

—Preferimos dejarlo descansar, por el momento. Aún está sedado, en la unidad de cuidados intensivos.

Estaba perdido entre los altos árboles, había salido sin rumbo bordeando el lago. La tarde avanzaba y pronto la luz del sol se ausentaría. Escaló la colina con dificultad y sus fuerzas se agotaban. Pasos quebradizos a su espalda lo espantaron.

— ¡Es un hermoso espectáculo!

— ¿En verdad? —contestó sobrecogido a la voz que escuchó.

—Sí, me fascina ver el Sol despidiéndose...

—Renovando fuerzas sabiendo que habrá un nuevo amanecer.

—Cierto, siempre hay un nuevo amanecer —dijo revelando tristeza en sus palabras.

— ¿Quién te acompaña? Para una joven...es un lugar muy solitario.

—No me siento sola —expresó sonriendo como si hubiera alguien más a su lado—, andamos juntos mi soledad y yo.

—Entiendo.

—Pero veo que...andas perdido.

Escuchó sus palabras y la observó con detenimiento. Luego le dio la espalda para exponerse frente al ocaso del Sol y extendiendo sus brazos en alto, dijo:

—Sí.

Era lo más alto de la colina, su lugar preferido en Palmira y que lidiaba con sus pesadillas para que no le fuera arrebatado. Desde allí, observaba el valle, apreciaba los colores conjugarse con las nubes y corría tanto hasta agotar sus energías como queriendo expulsar dentro de su cuerpo ese peso que le ataba a la funesta oscuridad y le quitaba brillo a su vida.

—Te mostraré el camino, ¿sí?

El silencio era fúnebre y los noticieros actualizaban el morbo de los curiosos. Las ruedas de prensas estaban a la orden del día entre doctores e investigadores. Palmira rompió su tranquilidad, y saliendo del anonimato,

ocupó un lugar en el mundo. Las palabras de esperanzas de los doctores eran una premonición de un mal augurio, una tristeza compartida. Los investigadores armaban el rompecabezas y daban a entender que pocas piezas faltaban para esclarecer sus conjeturas. La normal cotidianidad de los ciudadanos de Abdem se volcaba al interés del progreso de la salud de Abel Dabelym y su negra historia.

— *¿De dónde vienes?*

— *Abdem, ¿y tú?*

— *Igual —respondió afligido.*

— *¿Qué haces por aquí? Creo que estoy preguntando demasiado.*

— *No, no está bien. Las conversaciones son muy frívolas con quienes comparto algunos momentos. Creo que me escondo de mí mismo...no sé qué decir...*

Él la miró directo a sus ojos buscando que aceptara sus palabras como única verdad. Sentía la necesidad de hablar con libertad. Ella detuvo el paso y miró sus manos que permanecían juntas aunque él hacia lo posible por no dejar sentir su fuerza.

— *Siento que te creo.*

— *Dime, ¿Qué haces tú en...Palmira?*

— *De acuerdo, te diré —Ella desvió su mirada, sus ojos se nublaron y luego sin mirarlo dijo—. El destino planificó en contra de mis ilusiones con todas sus fuerzas, es su momento, y siento que mi alma busca encontrar los colores que me devolverán mi vida.*

Esta vez el detuvo el paso. Alcanzó su otra mano y fijó su mirada en sus ojos con la poca luz que la Luna les regalaba. Ella se mostró tierna y dulce exponiendo su mejor sonrisa. Permanecieron un instante allí, rodeado de las luciérnagas que les cuidaban. La miró con tanta intensidad que su alma permaneció extasiada con el brillo de la luz de la luna reflejándose en sus ojos. Ella se dejó apreciar, permitió que su vista recorriera todo lo que ansiaba ver de ella. Sus rosados y tiernos labios definieron cuanto de él apreciaban. Ella posó ante él para que diera forma con el pincel del encanto a su sutil imaginación de la creación perfecta con los colores del alma sobre la piel de su corazón. Pero él la apreció con tantas ansias que embriagado de pasión pero contuvo su ímpetu, sus impulsos para no marchitar tan

delicada alma.

La televisión interrumpía su programación habitual. Las indagaciones mostraban frutos. Explicaban que un posible forcejeo en el lugar del hecho dejó como evidencia una cadena que posiblemente pertenecía al autor del intento de asesinato. La presión mediática aceleraba el trabajo de la policía. Martin y su hermana fueron citados como dueño del hostel y requirieron los libros de visitantes. Se revelaba un punto común en los hechos. Varios testigos coincidían con la descripción de un automóvil color gris que se desplazaba a alta velocidad alrededor de la hora del atentado. Lisa reconoció la cadena y la atención que le llamó la extraña conducta de su dueño.

—Parece muy animada la fiesta.

—Sí, parece...

Él mostro interés en localizar hacia donde se perdía su mirada, robándole una tímida sonrisa.

—A mí también me fascina ver la majestuosidad del cielo.

Ella hizo silencio y enfocaron su mirada en el automóvil que se detenía próximo a ellos en la salida del hostel.

—Tu amigo es un poco intolerable.

—No me gusta que me aborde con su enferma mirada.

Abel se le acercó un poco más, guardó la llave de su vehículo en los bolsillos y mientras ella aún continuaba contemplando la distancia, le dijo:

— ¿Puedo invitarte a conversar un momento? Puede ser aquí mismo en la recepción. ¿Aceptas?

Había perdido el interés por la fiesta. La actitud de Miguel alteró sus deseos de compartir aquella noche en donde vistió su más preciada prenda. Abel esperó por su respuesta, fijó su vista en sus labios para verlo moverse al pronunciar la palabra de aceptación. Ella lo miró, caminó hacia el lugar que él había indicado, volteó su mirada atrás y sonriéndole quiso estar segura que venía con ella. Su reacción tardó, su corazón permaneció embelesado ante el movimiento de su andar, era como si estuviera flotando entre las estrellas en un mundo mágico.

La tarde avanzaba y desde la sala de espera se apreciaban las mismas escenas. Las mismas prisas de hombres y mujeres vestidos de blanco con sus pasos fingiendo la urgencia que reclama la necesidad. Olena continuaba siendo fiel a su prima que se había encerrado en el silencio. Mirna continuaba perturbada con sus interrogantes por la extraña escena de la joven que solo estaba allí con su mirada perdida en algún lugar del pasado sin decir una palabra. Olena recibía las llamadas telefónicas de Diana que le narraba la intranquilidad de Andrés y como los nervios y las preocupaciones les consumían.

El volumen de la música y la algarabía de los jóvenes hacían vibrar los cristales de la recepción. Se sentaron en extremo opuestos sobre el mismo sofá.

— *¿Solo pintas o...te dedicas a provocar casuales encuentros?*

Abel sonrió motivado por la franqueza y la ingenua curiosidad de Camila.

— *¿Quieres tomar algo? ¿Qué prefieres? Tú eles.*

— *Es una hermosa noche, ¿verdad? Entonces digamos que una soda. Si eso.* —

Salió un momento y trajo consigo las bebidas.

— *Soda.*

— *Sí, es una hermosa noche, me parece también.*

Brindaron sin pronunciar una palabra, riendo de ellos mismos.

— *Le agradezco al destino desde que te vi entre los tramos de los libros...*

— *Pausó y ella sonrojó —, y he tenido dificultad de plasmar sobre el lienzo mis ideas, mis pensamientos. No logro poner orden en mi cabeza.*

Ella lo miraba fijamente, él expresaba unas palabras que emergían libre desde lo más profundo de su ser.

La policía presentó a un sospechoso, posible autor del atentado. Olena reaccionó estremecida cuando el encargado de la investigación anunció el sometimiento a la justicia del joven. La razón conmovió a los familiares de Abel y Camila cuando en su confesión expresó que actuó influenciado por un arranque de celos. En aquel momento, Mirna lidiaba con su rompecabezas buscando las respuestas que llenaban el vacío de su cuestionario.

— *¿Celos!? ¿De qué diablos hablan?*

Valeria reaccionó sorprendida a la explicación de la policía. El estruendo de sus palabras acompañaron su ira destapando el dolor que reservaba en su corazón. En aquel momento con la paciencia que la experiencia le ha enseñado, Mirna entendió que aquella joven que ha permanecido acurrucada en sí misma y en silencio no era una casualidad del camino.

- ¿Eres amiga de Abel?
- Sí señora —contestó Olena.
- Comprendo.
- ¿Qué comprende usted, señora?
- ¿Quién eres?

Camila continuó sumergida en sus pensamientos con su mirada perdida, ausente. Olena se incorporó, incomoda por el tono altanero de Mirna y asumiendo una posición de defensa, que fue interpretada como amenazante por Mirna dijo:

- Saben muy bien quienes somos, ¿usted? ¿Quién es usted?
- Eres alguna...noviecita, seguro.

Expresó Valeria con desdén y arrogancia, al acercarse a Mirna. Mostrando gestos de repugnancia a la actitud agresiva de Olena.

— Tranquila, cuida tus palabras. Debes decir gracias por lo que hemos hecho, malcriada.

Advirtió Olena directamente a Valeria, que marcó unos pasos tras Mirna, mostrando su dedo índice derecho de forma amenazante.

— Bien, calma por favor. Soy la tía del Sr. Dabelym, es decir, Abel. Solo me preocupa saber cómo es que dos jovencitas a esa hora de la noche, prácticamente en el bosque, estaban junto a mi sobrino y...

— Escuchamos los disparos y corrimos de inmediato, así.

Interrumpió rápidamente Olena, mientras Camila permanecía inerte, sin

mostrar importancia a lo que se hablaba. Olena continuó enfrentando la arrogancia de Valeria y a Mirna que con su astucia y perspicacia, les eran insuficiente para comprender la actitud de Camila que no encajaba en la escena. En ese momento Martin retornaba, después de haber dado su declaración en a la policía. Llegó visiblemente incómodo, lleno de ira y se acercó al encuentro que sostenían Mina y Valeria, en la sala, con las jóvenes. No contuvo sus impulsos y puesta su mirada de fuego contra Camila colocó, sobre la mesa la pieza que le faltaba a Mirna.

—Tu amiguito la va a pagar caro, ya fue apresado.

Extrajo de la gaveta aquel papel sobre el cual el Dr. Kingsley prescribió el resultado de sus observaciones y después de desdoblarla lo leyó en silencio.

«Viste tu vida de colores, vive. Nadie jamás te amará más que tú misma. Sentirte culpable no traerá a tu hermana por más que lo anheles. Abre tu corazón al amor, extiende los brazos a quienes te demuestren afecto. Vuela libre, jovencita, anhela tus metas y esfuérazate en hacer realidad tus sueños hoy, mañana podrá ser tarde...»

Sus lágrimas humedecían el papel a medida que su corazón comprendía el significado del mensaje del doctor. Detuvo la lectura y se miró al espejo a observar su imagen y tras ella con sus manos sobre sus hombros, la miró asentir con alegría.

A Camila le fue indiferente la acalorada discusión entre su prima, Mirna y Valeria. Ni siquiera se inmutó con las palabras de odio de Martin y levantando la cabeza, su rostro marcaba líneas de alegría. La imagen de su hermana con su tierna y cariñosa mirada, posaba acompañada para ella, a pesar de que era casi imperceptible. Captó en sus sonrisas una luz de esperanza y ella asintiendo gozosa, un aura de luz le rodeó.

—Disculpen, ¿quién es Camila?

Preguntó la joven enfermera con urgencias en sus palabras.

—Soy yo.

—El señor Dabelym, pregunta por usted.

«...Ese amor que ella sentía por ti, que no sea en vano, has que brille. Permite que esa chispa encienda en tu corazón, la vida».

Insistían el eco en su cabeza de aquellas palabras del doctor. Aquella sonrisa tierna de su hermana. Los bellos recuerdos volvían a su memoria. Escuchó a la enfermera y al levantarse de su asiento, allí estaba ella acompañada animándola a acudir al llamado de Abel. Valeria y Mirna cruzaron miradas, sus palabras se perdieron en el asombro. Valeria anheló desvanecerse y se marchó, sin mirar hacia atrás. Martin apenas manifestó su sorpresa extendiendo sus brazos. Olena, emocionada, no pudo contener su mirada pícaro y cubriéndose el rostro, sonrió, pudo notar en Camila la alegría de su corazón y el placer de acudir al llamado de Abel.

Capítulo XXV

Encanto de luna

Los ladridos de Mambrú expresaban la alegría de encontrarse con Abel. Llegaba cansado y sediento, Abel después de acariciarlo miró hacia el camino y nadie venía tras el perro. Era temprano en la mañana, era otoño sus suaves y frescas brisas se conjugaban con los colores nostálgicos de la estación. La superficie cristalina de las aguas del lago parecían dormir y el cielo se regocijaba con el canto de las aves que lo surcaban. Mambrú corrió tras las aves impidiendo que descendieran en la pequeña playita.

Camila reía a carcajadas viéndolo ir en su fracasado intento de querer atraparlas. Observaba desde la sala, mientras conversaba con sus padres. Su voz transmitía la alegría que en otros tiempos era la luz que irradiaba a todos. Ellos respondían felices, a pesar de la añoranza que les traía a sus pensamientos los recuerdos que evocaba a Yulia, habían encontrado el sosiego que anhelaban para Camila.

Abel había dejado en la sala sobre el trípode el lienzo en donde su alma expresaba con los movimientos de los pinceles los colores que robaban esa angelical y encantadora sonrisa en Camila. Ella describía a sus padres cada detalle que él logró plasmar y que sus ojos fueron testigos incontables veces desde la cima de aquella colina y que en sus pesadillas logró vencer. Era el ocaso tras los altos árboles y el lejano firmamento de montañas rozando los cielos y que en la llegada de la grisácea sombra, ella descendía tan veloz, para que, no le alcanzare y la consumiera en lo que la luz se extinguía en el cielo.

— ¡Gracias!

Saltó sobre él lanzando a un lado el teléfono cuyo estruendo sentimiento de felicidad viajó a la distancia llevándose consigo caricias a los corazones de sus padres. Se confundieron en un fuerte abrazo que lastimó la huella de aquella herida. Pero aún con las quejas del dolor, él recibió su apasionado beso como si fuera el primero.

- ¿Café?
— Sí, ¿preparaste?
— ¡Qué! ¿Cuándo aprenderás?
— Pronto, ya verás.
— Eso dijiste ayer, y antes de ayer...

Abel preparó el café prácticamente con ella sobre su espalda. La callada y tímida Camila, quedaba en el pasado, y renacía una adorable y dulce joven luciendo sus encantos más brillantes que el alba.

- Descuida no te voy a lastimar.
— Bien, ven acá.

Parados frente a frente, el acaricio su pelo, su rostro y ella le sonreía, permanecía quieta para que él disfrutara con agrado cuanto podía.

- Eres muy hermosa, Camila.

Colocó su dedo sobre sus labios interrumpiendo su movimiento. Continúo contemplándola como si fuera una obra de arte, una creación de excelencia. Aquel momento lo vivió como si fuera un sueño en que el olor del café lo despabiló. Tomó dos tazas y vertió el café en ellas. La contuvo por el brazo cuando se dio cuenta que iría a la galería.

- ¿Dónde vas?

Vestía una bata transparente que mostraba todos sus encantos. Ella rio y se dejó llevar de él hacia el sofá. Luego, le quitó su taza de la mano y se recostó sobre su pecho. Él le acariciaba el cabello mientras le pedía hacer silencio para escuchar el palpitar de su corazón.

— En mis pesadillas luché incansables veces buscando arrancar de mí las cadenas que sujetaban mi vida y la apagaban como lo hace la cera al derretirse. Sé que ha sido difícil superar todas estas tormentas, pero, cuando me acurruque en ti aquella tarde, mi alma sintió paz y comprendí que debía lidiar para aferrarme a la vida y tú has sido en quien he encontrado esa luz.

—Sé lo que quieres decir.

— ¿Cómo lo sabes Abel?

—Yo también había perdido el interés por la vida. Quise que mi madre me acompañara por siempre —suspiró ligeramente y dijo—, hasta que llegaste tú.

Ella hizo silencio, y cerró sus ojos mientras él la mimaba sobre su pecho y acariciaba su espalda y enredaba sus dedos entre su pelo. Él la dejó hablar, dejó que su alma se desahogara, librara su vida de la oscuridad de la culpa en que había hundido.

— ¿Y...tus padres?

Ella sintió un ligero y profunda inhalación de aire, parecía que sus pulmones anhelaban desesperadamente subir a la superficie. Se alejaba de una profundidad oscura, sin luz, sin dirección. Sintió sus latidos pausar y emerger en su piel enojo que brotaban de sus poros. Abrió sus ojos y con toda paciencia esperó por su repuesta.

—Mi madre, sufría de jaqueca. Cuando regresaban a la casa en hora de la noche, entraron a una farmacia y...—pausó, sus palabras les eran imposibles expresarse. Un nudo en la garganta reveló su aflicción—, sin la más mínima misericordia, unos bastardos les cegaron la vida.

Camila permaneció sobre su pecho, sin mirar su rostro, pero sabía que las lágrimas de su corazón humedecían su rostro. Su alma acongojada y triste aún reservaba el enojo de aquella crueldad. Camila comprendió que eran almas que caminaban sobre las mismas brazas ardientes. Almas que luchaban contra vientos huracanados que soltaban ráfagas de látigos sobre su ensangrentada piel queriendo destrozarlos.

—Desde entonces, te confieso que me he encerrado en el vino, y de alguna forma una extraña energía, creo, me trajo a Palmira. Así lo ha querido el destino y aquí he encontrado la flor a la quien le ofrezco todo mi amor y cariño. Déjame amarte, Camila. Tú me has devuelto la vida, me has librado de la miseria en que he estado perdido. Eres mi luz, cariño. Te amo.

Ella se incorporó pensando que soñaba sus sueños. Lentamente levantó su cabeza para ver su húmedo rostro y sonrió para él. Ella, también, lloraba de felicidad, apenas podía mover sus labios y sus manos, las palabras permanecieron ocultas.

—No creo que nuestros encuentros hayan sido casuales, el destino nos ha permitido enmendar nuestras heridas. Te prometo amarte, quererte y cuidarte como te lo mereces, mi reina. Solo déjame vivir en tu corazón.

—Abel, no digas más...abrázame.

La sostuvo en sus brazos y la llevó a la habitación. Allí, las palabras sobraban y confundiéndose entre sus besos y caricias, dejaron a sus corazones expresarse. Él recorrió todo su cuerpo, ella saciaba la sed de su pasión. Él la hizo sentir estar viva, ella le entregó todo su ser. Ella susurraba al oído cuanto le amaba, él se sumergían entre sus encantos con frenesí entregándole toda la fuerza de su corazón. Sus almas se unieron en uno hasta que el cansancio los venció, hasta que la llama ardiente hizo vibrar todo sus cuerpos.

El café solo fue un aroma que cubrió aquel momento. Las tazas sintieron el calor y guardaron el líquido ignorado por las llamas del amor.

La hora del ocaso se aproximaba, la tarde se marchaba plácida y serena. Las aves buscaban entre las ramas de los árboles donde pasar la fresca noche del otoño. Puñados de nubes cubrían el firmamento, navegaban en la misma dirección del Sol. Las nubes lucían un arrebol intenso, llamas encendidas de un Sol que se apagaba. Era un suburbio a las afueras de Abdem, con casas cargando el degaste de los años, jardines abandonados y hombres de rostros cansados. Aún permanecía el recuerdo de mejores tiempos, pero el polvo inclemente los cubrías en el olvido.

— ¿Quieres que te acompañe?

—No, tengo que hacerlo sola.

—Bien, estaré aquí por si me necesitas, ¿sí?

Se desmontó del automóvil y con unas bolsas en las manos cruzó la calle. Frente a la casa, volvió su mirada hacia Abel que no la perdía de vista, y él desde la distancia, le animaba. En la casa número setenta y dos, tocó suavemente el timbre, dio unos pasos hacia atrás y esperó. Una joven portando un delantal de cocina acudió al llamado. Era una mujer joven, menos de veinticuatro años, abrió la puerta con una sonrisa tímida. Su semblante mostraba la amargura del cansancio y la pesadez de un desdichado destino que le azotaba sin misericordia.

— ¡Hola!

—Mi nombre es Camila y, me gustaría charlar un momento contigo.

— ¿Eres vendedora? Porque la verdad es que perderías tu tiempo conmigo.

—No, no. Es algo que...me gustaría que me dejaras explicarte. No te haré daño.

— ¿Quién es mami?

Era la voz de una dulce niña con su pelo rizo, su rostro sucio. Se acercó tras el vestido de su madre dejando ver sus ojos negros lleno luz.

— ¿Es tu hija? ¡Qué hermosa!

—Pasa por favor. La casa es todo un desorden, ya sabes, niños. Pero ven, siéntate aquí. Nadia, mami tiene visita ve con tu hermana.

— Disculpa, ¿cómo se llama?

—Nadia, es la más pequeña, Teresa vive encerrada en su habitación, ella tiene diez años. Ella aún no asimila la pérdida de su padre...ella es muy frágil. Vivo aterrada todo el tiempo.

Camila sentía el alma destrozarse en pedazos. Lidiaba con sus nervios y un nudo en la garganta le impidió por un momento expresar su historia.

— ¿Cuál es tu nombre? Lo siento no lo escuché.

—Danisia.

—Para mí ha sido muy difícil llegar hasta aquí. Es una historia larga y no pretendo asustarte ni que creas que estoy loca o nada de eso. Hice un compromiso, bueno fui forzada realmente y estoy aquí.

Danisia expandía el tamaño de sus ojos y sus nervios mostraron su preocupación por lo que Camila le narraba. Hablaba rápido sin parar, casi no respiraba. Se levantó de su asiento y corrió a cerrar la puerta de la habitación de las niñas para que no escucharan. Luego, dio unas vueltas y parada frente a Camila dijo:

—Me estás asustando. Soy muy creyente...

—ES difícil de creer, pero las noticias están ahí, no me dejan mentir. Vengo a ofrecerte ayuda... a tus niñas. Se lo que Teresa está viviendo, lo acabo de superar, créeme.

Danisia se dejó caer sobre el pequeño sofá, sin fuerza. Sus manos temblaban. El portarretrato en el estante mostraba la foto de su esposo vistiendo con orgullo su uniforme. Permaneció mirándolo sin pronunciar una palabra. Camila se incorporó y tomó el portarretrato en sus manos y lo colocó en las de ellas.

—Estoy segura de que él así lo querría.

—Mami, ¿Qué pasa? ¿Quién es ella?

Las niñas no contuvieron su paciencia y se aproximaron a la sala. Camila se les acercó y ellas se mostraron su timidez.

—Está bien, ella era amiga de papi.

Una extraña sensación le hizo detener su paso al salir de la casa, se tomó un instante en mirar hacia el lado derecho y cuando lo hizo, quienes vestían de gris, les saludaban con agradecimiento. Luego, una luz blanca llena de paz, cubriendo la imagen borrosa de su hermana, mientras se desvanecía, decían adiós con un te quiero.

La melodía del arrullo le despertó. Era el cortejo de un par de ave que se

encantaban sobre una rama del flamboyán próximo a la ventana de su habitación. Abrió sus ojos y puesta su mirada en el techo sonrió. Inhaló el agradable aroma de incienso que aún permanecía en el ambiente de las velas aromáticas. Después de extender sus extremidades se levantó. Vistió la camisa azul que levantó del suelo para cubrir su bata crema transparente de dormir y la única prenda de vestir que llevaba. Salió a la terraza descalza caminando en cuclillas para no despertar a su acompañante. Apoyada sobre la baranda, observaba sonriente el apareamiento de las aves que celebraban su feliz encuentro.

Por la puerta de acceso a la terraza se internó en el pequeño jardín de orquídeas. Una colección de orquídeas de variados colores y formas exóticas. La rama se extendía directamente por encima del pequeño y secreto paraíso. Las observó danzar, exhibir sus mejores y galantes poses, cantar sus emociones y entregarse en sus conquistas. Él, al despertar de su sueño, con las risas y carcajadas que escuchaba, palpó su ausencia de la cama y luego, levantándose la siguió con su mirada. La miró ser feliz en su mundo de hadas. Jugaba entre las mariposas que celebraban la llegada de la primavera. Entre ellas, se imaginaba ser una de las hermosas y frágiles insecto. Esta vez, solo disfrutó de las flores y sus bellezas. No tomó para sí ninguna de ellas para ocultar la funesta apariencia, ni alejar ninguna oscuridad. Disfrutó junto a las mariposas de sus fragancias, su aroma y colores.

Fue un hermoso amanecer, la brillante luz emergía tras la alta colina y la oscuridad corría en sentido contrario. Huía de aquella luz que pretendía devorarla con su fuego abrasador. El cielo lucía su mejor azul y algunas nubes dispersa le hacían compañía. El reflejo sobre la cristalina superficie imitaba como eco, la naciente imagen. Algunas aves sobrevolaban velozmente en todas direcciones y los sonidos que recordaban la vida emitían sus mejores melodías. Era una escena de paz, tanto que el viento hacía silencio. Una terraza bordeadas con hermosas flores de encanto primaverales, hacían guarda a una pequeña mesa circular acompañada de dos sillas. Las tímidas abejas acariciaban con delicadeza cada flor. Inquietos ruiseñores hacían su mejor entrada a la pintoresca escena.

Dos tazas blancas de porcelanas con gravados de trazos rojos y azules,

dejaban expeler el aroma penetrante del café. Un bouquet de flores marcaba el centro de la mesa. Entre sorbo y sonrisa les daban la bienvenida al día que los despertó de sus fantasías. Ella exhibía una sonrisa radiante que traía a su memoria el calor de unos besos ardiente. El mostraba su orgullo de haber tocado las raíces de su corazón y hacer flotar la magia de la felicidad. Tomaba cada sorbo sosteniendo la taza con ambas manos. Inhalaba el aroma al mismo tiempo que permitía al vapor que emergía tocar su rostro. Era su día de felicidad.

—Extrañaré las luciérnagas.

—Sí, ese lugar es maravilloso.

—Cada noche, ellas danzaban para mí, estoy segura de eso. Era como una cera inagotable que impedía que la luz de vela se apagara. Esa pequeña luz débil, capaz de ser fuerte.

Era frente al mar, su mirada alcanzaban el horizonte. En cada sorbo, irradiaba una hermosa sonrisa y Abel, no dudaba en capturar esa imagen que se apropió de su corazón.

—Ven aquí, a mi lado.

Dijo cuando la miró a través del lente de la cámara. Su mirada transmitía lo que su corazón ansiaba expresar, amor.

—Abrázame siempre, aunque no te lo pida, ¿sí?

Almas gemelas que se despojaban de su miedo. Que elevaban la vela para que el viento lo llevara por las aguas azules del mar. Navegaban sin perder la mirada a su destino. Eran gaviotas marineras navegando libre y felices.

